

LA CIUDAD QUE NOS INVENTA

Crónicas de seis siglos

Héctor de Mauleón



Lectulandia

Héctor de Mauleón le ha devuelto a la crónica sus poderes: voluntad de estilo, erudición, sencillez y profundidad a un tiempo, pasión por los secretos, gran misterio revelado en un relámpago histórico.

En pocos escritores el periodismo ha alcanzado la calidad y la altura prosísticas con las que De Mauleón resuelve sus reportajes y sus textos de prensa. En las páginas que ha escrito desde hace más de veinte años y en varios libros fundamentales de historia urbana, la crónica vuelve a ser relato, ensayo personal, indagación íntima, reconstrucción de época, todo puesto bajo la destreza de una mano que dirige y organiza las tramas de éste y otros tiempos.

La ciudad que nos inventa es el libro más importante que se haya escrito en el México moderno sobre el laberinto urbano que habitamos día a día. Al mismo tiempo historia social e íntima formada por miniaturas colosales, datos curiosos, revelaciones insólitas, la ciudad brilla desde el año de 1509 hasta la demolición del Cine Teresa y la celebración de los doscientos años de la Catedral.

¿Quiere usted saber la historia de la cerveza, del galeón de Manila, del año de la peste, de las ramerías corregidas, de la Estación Buenavista? En estas páginas se encuentran historias, personajes, calles, luces de la ciudad a través de crónicas de seis siglos, la ciudad que como escribió Paz «todos soñamos y que cambia sin cesar mientras la soñamos, / la ciudad que despierta cada cien años y se mira en el espejo de una palabra y no se reconoce y otra vez se echa a dormir».

RAFAEL PÉREZ GAY

Lectulandia

Héctor de Mauleón

La ciudad que nos inventa

Crónicas de seis siglos

ePub r1.0

Titivillus 14.06.2018

Título original: *La ciudad que nos inventa*
Héctor de Mauleón, 2015
Fotografía del autor: Alma Paz Riquelme
Diseño de cubierta: Maricarmen Miranda Diosdado

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

novedad de hoy y ruina de pasado mañana, enterrada y resucitada cada día, /convivida en calles, plazas, autobuses, taxis, cines, teatros, bares, hoteles, palomares, catacumbas, /la ciudad enorme que cabe en un cuarto de tres metros cuadrados inacabable como una galaxia, /la ciudad que nos sueña a todos y que todos hacemos y deshacemos y rehacemos mientras soñamos, /la ciudad que todos soñamos y que cambia sin cesar mientras la soñamos, /la ciudad que despierta cada cien años y se mira en el espejo de una palabra y no se reconoce y otra vez se echa a dormir, /la ciudad que brota de los párpados de la mujer que duerme a mi lado y se convierte, /con sus monumentos y sus estatuas, sus historias y sus leyendas, /en un manantial hecho de muchos ojos y cada ojo refleja el mismo paisaje detenido, [...]

OCTAVIO PAZ

Perderse en una ciudad, como quien se pierde en el bosque.

WALTER BENJAMIN

El cuento de espantos más antiguo

EN MUCHOS EDIFICIOS antiguos del Centro Histórico existen fosos rectangulares, cubiertos por una capa de cristal o bien rodeados de barandales, a los que los arqueólogos han llamado «ventanas arqueológicas». Esas ventanas permiten asomarse a los primeros días de la ciudad: son elevadores en cuyos botones hay siglos en lugar de plantas: conducen a muros y fuentes que quedaron sepultados, a fragmentos de azulejo y restos de pinturas murales que sobrevivieron el andar del tiempo.

Esas «ventanas» se vislumbran en el atrio de la Catedral, en el Palacio del Arzobispado, en el Museo de la Caricatura, en la casa del Marqués del Apartado. En algunas de ellas se vislumbran entierros, osamentas, pisos que pertenecieron a la otra ciudad, México-Tenochtitlan, la ciudad prehispánica.

En ninguna «ventana» es posible hallar, sin embargo, lo que ofrece un foso ubicado en uno de los corredores del Palacio Nacional. En el verano más caluroso que recuerdo decidí visitarlo.

Crucé los patios cargados de historia de ese edificio, «galerías de ecos, entre imágenes rotas», escribió Octavio Paz. Aferrado a un barandal, me «asomé» al pasado.

Vi lo que queda de la famosa Casa Denegrida, el aposento sin ventanas, de paredes negras y piso de basalto oscuro, en donde sucedió el cuento de espantos más antiguo.

La Casa Denegrida, el aposento al que Moctezuma II solía retirarse a reflexionar, formó parte de un conjunto integrado por cinco palacios que se comunicaban entre sí a través de grandes plataformas. Los conquistadores llamaron a aquel complejo «las casas nuevas de Moctezuma». Sobre aquellos edificios se levantó más tarde, cuando Tenochtitlan no era más que un puñado de piedras, la sede del gobierno virreinal.

La tarde de mi visita, lo he dicho ya, hacía en el centro un calor maléfico. Pero al mirar aquello, la sensación que me acometió fue cercana al frío: la Casa Denegrida era el origen de todo, del país, de la ciudad, de nosotros mismos. Allí se encerraba Moctezuma II a meditar cada que aparecían bajo el sol de Anáhuac las cosas «maravillosas y espantosas» que le anunciaron el fin del mundo azteca: los ocho augurios que según fray Bernardino de Sahagún precedieron a la llegada de los españoles.

Moctezuma pisó las lajas de basalto de la Casa Denegrida la noche en que una llama de fuego, «muy grande y muy resplandeciente», iluminó el firmamento oscuro

«con tanto resplandor que parecía de día». Era 1509, faltaban diez años para el arribo de los conquistadores, y aquel fenómeno se repitió noche tras noche, por espacio de un año. «Toda la gente gritaba y se espantaba; todos sospechaban que era señal de algún mal», relata el padre Sahagún.

Moctezuma entró de nuevo en el aposento el día en que se incendió sin motivo el templo de Huitzilopochtli y la gente quiso apagar el fuego con cántaros de agua: mientras más agua lanzaban contra el fuego, éste, «más se encendía».

Volvió Moctezuma a este sitio:

—Cuando cayó el rayo que quemó el templo de Xiuhtecuhtli.

—Cuando cruzaron el cielo «tres estrellas juntas que corrían a la par muy encendidas».

—Cuando hirvió el agua de los lagos y las olas entraron a las casas.

—Y cuando se escuchó, desgarrando la noche, un grito que varios siglos después llegaría hasta nosotros bajo la forma de una leyenda.

El grito era este: «¡Oh, hijos míos, ya nos perdimos! ¡Oh, hilos míos, a dónde os llevaré!». Ese grito se transformó durante la Colonia en el «¡Ay, mis hijos!», de La Llorona.

Moctezuma II se hallaba meditando en la Casa Denegrada cuando unos cazadores le llevaron un ave prodigiosa que tenía en la cabeza un espejo redondo, a través del cual él vio con horror «una muchedumbre de gente junta que venían todos armados encima de caballos». (¿Qué habrá ocurrido con ese pájaro maravilloso?)

Poco antes de acudir en busca de refugio al reino de los muertos —tenía miedo del fin: no quería ver el apocalipsis del mundo azteca—, antes de encaminarse a la temible gruta de Chapultepec por la que se entraba al inframundo, Moctezuma II pisó una vez más las lajas de basalto que aquella tarde yo tenía ante mis ojos: sus ayudantes le habían llevado varios «monstruos en cuerpos monstruosos», seres deformes, enanos con dos cabezas, que desaparecían en cuanto el gobernante los miraba.

Todo este relato de horror que es, en realidad, el origen entre nosotros del cuento de espantos, gravita como eco alrededor de estas piedras. No hay una máquina que recupere los pensamientos, pero si la hubiera el primer lugar donde me gustaría probarla sería en este sitio.

No existe tampoco modo de saber cuándo fue la última vez que Moctezuma visitó el aposento. De la Casa Denegrada sólo quedan ahora fragmentos de pisos, de muros. Salgo del viejo palacio de los virreyes, vuelvo a la calle de Moneda y pienso en las dolidas palabras de fray Toribio de Benavente sobre el fin de Tenochtitlan:

La séptima plaga fue la edificación de la gran ciudad de México, en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalem; porque era tanta la gente que andaba en las obras, que apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas; y en las obras a unos tomaban las vigas, otros caían de lo alto, a otros tomaban debajo los edificios que deshacían en una parte para hacer en otra, en especial cuando deshicieron los templos principales del demonio. Allí murieron muchos indios, y tardaron muchos años hasta los arrancar de cepa, de los cuales salió infinidad de piedra.

Qué horrible calor hay en la calle. Estoy temblando.

El fantasma del Correo

LA PRIMERA CARTA que se escribió en México comenzaba de este modo: «Muy altos y muy poderosos, Excelentísimos Príncipes, Muy Católicos y Muy Grandes Reyes y Señores». El autor era Hernán Cortés. Fue firmada una tarde, tal vez una noche de 1519, y despachada a caballo a la Villa Rica de la Veracruz para que una flota la condujera al otro lado del mar.

Ese documento inauguró entre nosotros, con el género epistolar, una edad en la que el país iba a vincularse emocionalmente con el mundo a través de cartas. Cartas que pedían amor, cartas que pedían ayuda, cartas que pedían dinero. La gente dejaba en ellas un poco de su vida, un poco de su alma.

El Archivo General de Indias resguarda la correspondencia que los primeros pobladores de la Nueva España enviaron a sus familiares, allá en la península. La vida corre a torrentes en aquellas hojas de papel adelgazadas por el tiempo, y en las que un ejército de seres sin rostro continúa narrando sus cuitas, sus problemas, las hazañas de la vida diaria:

Veinte y tantos años que ha que estoy en esta tierra y no he visto carta alguna de v.m. ni menos he sabido de v.m., que estoy con pena. Yo, bendito Nuestro Señor, quedo con mucha salud y viuda con un hijo. De mi marido quedaron ocho a diez mil pesos en posesiones y haciendas, las cuáles no me he atrevido a deshacer hasta saber primero de vuestras mercedes... [Carta de Irene Solís a su hermana Ángela, 1574.]

Qué poder tendrían esas misivas que la ciudad entera solía aguardarlas con el corazón temblando. Las crónicas, los diarios de sucesos notables de la época, registran invariablemente el momento en que los vecinos asistían a la Plaza Mayor a presenciar la llegada de los «cajones de cartas», unos fornidos e imponentes baúles de madera, sellados con chapas de hierro, que contenían noticias de temblores, de tifones, de incendios; relaciones de flotas que se perdían en el mar; expresiones de afecto, de resentimiento, de vicisitudes:

En lo que me dices de mis hermanos y parientes, son unos perros que me han comido cuanto han podido y aunque Dios me diera caudal, primero se lo dejara al más extraño que a ninguno de mis parientes. [Carta de Marcos Ortiz a su padre, 1589.]

Me detengo, quinientos años más tarde, ante la escalinata del Edificio de Correos de la Ciudad de México, el opulento palacio de estilo ecléctico que el general Porfirio Díaz inauguró en 1907 y el arquitecto Adamo Boari bañó con vitrales y bronce y mármoles florentinos. Enorme, grandioso, excepcional, el palacio expresa la

importancia que tuvieron las cartas en un mundo en donde el teléfono era aún privilegio de los ricos.

Todo eso terminó. Ahora, el palacio recuerda un cementerio abandonado, un museo al que no asiste la gente. Hay algunos empleados, pero no encuentro carteros, ni cartas, ni público. ¿Quién gastaría su tiempo escribiendo misivas que tardarán un mes en llegar o acaso no llegarán nunca? El nobilísimo arte al que Erasmo dedicó el más leído de sus tratados, finalmente fue asesinado por el .com.

En 1580, medio siglo después de que Hernán Cortés escribiera la primera de sus *Cartas de Relación*, el grueso flujo de correspondencia entre el viejo continente y la capital de la Nueva España originó la creación de un incipiente sistema postal compuesto por jinetes, cabalgaduras y peones encargados de tareas diversas. Ese año, un hombre del que no queda siquiera un retrato, Martín de Olivares, fue nombrado Correo Mayor de la Nueva España. Sus oficinas, situadas en una casa cercana al palacio virreinal, se volvieron un referente que terminó por dar nombre a cierta importante arteria de la capital: Correo Mayor. Olivares recibía cada tantos meses los cajones de cartas y clavaba en lugar visible una lista con los nombres de los vecinos a los que había llegado correspondencia. No es difícil imaginar a los interesados, atravesando a grandes zancadas las calles de tierra de aquella ciudad misteriosa para romper los sellos de la carta, y recibir las nuevas que se habían esperado temblando.

Tuvieron que pasar otros cincuenta años —1628— para que se formara al fin un servicio de carteros que entregara la correspondencia a domicilio. Tampoco en este caso hay que hacer un gran esfuerzo para ver pasar a los carteros, judíos errantes de la urbe, con un pesado saco al hombro, buscando «destinatarios» en calles que aún carecían de nombre, y en casas adonde la numeración iba a tardar más de otro siglo en llegar.

En 1522, Erasmo de Rotterdam publicó su célebre manual de epistolografía, *De conscribendis epistolis*, con ejemplos que ayudaban a escribir una carta con virtuosismo. Aunque Hernán Cortés había escrito varias cartas perfectas antes de que la obra de Erasmo fuera publicada, para la gente común la escritura de una carta no resultaba algo sencillo. Ángel de Campo —el imprescindible *Micrós*— relató en una crónica que en el siglo XIX este trabajo podía llevar un día entero:

La dama, péñola en ristre, usaba «falsa», goma, cuchillo, rascábase la coronilla, probaba los puntos, mojábalos en saliva, dibujaba una letra, se le iba el santo al cielo, derramaba el tintero, se manchaba el vestido, regañaba a la criada, tomaba dos vasos de agua para calmarse, preguntaba de uno a otro balcón a su prima la profesora si anhelo llevaba una, dos, o cuántas haches; aclarada la duda volvía al suplicio, y le faltaba el papel...

Y sin embargo, todo mundo las escribía. El mundo se comunicaba en cartas. Un caudal de la literatura se hizo con relatos, cuentos y novelas que comenzaban con la llegada o el hallazgo de una carta.

En las primeras décadas del siglo XX, Salvador Novo anunció que el teléfono

militaba victoriosamente contra el género epistolar, sostuvo que la Larga Distancia atentaba contra la duradera belleza testimonial que poseía una carta. El «¿Con quién hablo?» remplazaba al «Estimado señor».

Novo murió en el año 74. En una época en la que el iPhone milita victoriosamente, los armatostes telefónicos que a él le preocuparon son piezas de museo, el Edificio de Correos está completamente vacío, y de todo aquello sólo quedan recuerdos.

Asciendo como un fantasma por la escalinata solitaria del palacio postal. No veo a nadie más. Aquí no hay nadie más.

Soy el fantasma del Correo.

La prodigiosa aventura del conquistador Montaña

EN 1519, HERNÁN CORTÉS pasó entre las cimas que resguardan el valle de México. A él se debe el primer relato español sobre la existencia de los volcanes. El Popocatepetl se hallaba entonces en un periodo de actividad febril. Según Cortés, del cráter salía a toda hora un «gran bulto de humo» que llegaba «hasta las nubes tan derecho como una vira». «Es tanta la fuerza con que sale» — escribió, admirado, el conquistador—, «que aunque arriba en la sierra anda siempre muy recio viento, no lo puede torcer».

Cortés eligió a diez hombres y los envió al volcán con la orden de averiguaran «el secreto de aquel humo, de dónde y cómo salía». Diego de Ordaz quedó al frente de la expedición. Cortés escribe que el grupo no pudo llegar al cráter «a causa de la mucha nieve que en la sierra hay, y de los muchos torbellinos que de las cenizas que de ahí salen andan por la sierra, y también porque no pudieron subir por la gran frialdad que arriba hacía».

La expedición vio desde aquella altura la gran Ciudad de México «y toda la laguna y todos los pueblos que están en ella poblados» y regresó con trozos de carámbanos y nieve, para que sus compañeros los vieran.

En el siglo XIX, el barón de Humboldt describió científicamente aquellos volcanes. Los artistas viajeros Daniel Thomas Egerton, Cari Nebel y Johann Moritz Rugendas iniciaron con ellos el registro visual de la naturaleza mexicana —e inauguraron acaso «lo pintoresco». Las cúpulas heladas del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl habitaron los cuadros de José María Velasco, Eugenio Landesio, Saturnino Herrán, Adolfo Best Maugard, Joaquín Clausell, Diego Rivera, Luis Nishizawa y Jesús Helguera. El fantástico Doctor Atl, quien dedicó su vida a pintarlo, tuvo en una cueva del Popo su «habitación habitual».

Los volcanes están en las fotos de Hugo Brehme, Michael Calderwood, Manuel Ramos y Charles B. White; es posible hallarlos en los poemas de José María Heredia y José Santos Chocano... Están incluso en el telón de vidrio opalescente que la casa Tiffany hizo para el Palacio de Bellas Artes.

Y sin embargo, cuando los miro, solo puedo pensar en la inaudita audacia del conquistador Francisco Montaña.

Acababa de caer Tenochtitlan y el ejército de Cortés se había quedado sin pólvora. Cortés se volvió a mirar el gran bulto de humo que salía del Popo como una vira, y ordenó a algunos soldados —el padre Andrés Cavo los identifica como Montaña, Larios y Mesa— «que subieran al volcán por piedra azufre». A fin de que

se hiciera público el arrojamiento de los españoles (era obvio que los indios le temían al volcán: el recuerdo de bestiales erupciones seguía ardiendo en la figura ubicua del dios viejo del fuego), el capitán hizo que un ejército indígena los acompañara.

En 1519, la expedición de Diego de Ordaz se las había visto negras. El volcán arrojó piedras quemadas y mucha ceniza; luego comenzó a temblar de tal modo que los soldados «estuvieron quedos sin dar más paso adelante hasta de allí a una hora». No era fácil la encomienda que Cortés hacía a Mesa, Larios y Montaña.

Los soldados salieron de madrugada. Al anochecer, no habían logrado aún alcanzar la cumbre. El padre Cavo cuenta que tuvieron que subir a gatas, afianzándose con unos clavos que llevaban en las manos. Uno de los soldados resbaló y cayó varios metros; «de no haberse atajado entre los carámbanos duros como acero, se hubiera despeñado».

El frío les picaba como el diablo. Abrieron en la nieve unas cuevas para guarecerse, pero entonces el hedor del azufre y el humo que salía por los poros de la tierra les impidieron ya no digamos conciliar el sueño, incluso respirar.

Bien entrada la mañana, pisaron al fin la boca del volcán. El espectáculo de aquel caldero ardiente debió estremecerlos. Dejaron que la suerte resolviera quién iba a bajar. Perdió Francisco Montaña. El soldado se despidió con un apretón de manos y se descolgó, con ayuda de una cuerda, llevando un costal ceñido a la espalda. Según Cavo, bajó «catorce estados» —Cortés escribe que bajó «setenta u ochenta brazos»—, llenó el costal con fino azufre y volvió a la superficie. Para juntar ocho arrobas, tuvo que bajar siete veces más. Larios bajó seis veces y extrajo un quintal.

Cavo afirma que «alegres los españoles, por camino menos fragoso, volvieron a Coyoacán». Los mexicanos los seguían, mirándolos con estupor: sólo quien lo ha hecho sabe lo que significa alcanzar una cumbre. Cortés salió eufórico a recibirlos y prometió premiarlos.

Después del Popo, Montaña conquistó otras cosas. Participó en las expediciones de Michoacán, Pánuco y las Hibueras, y recibió encomiendas en el obispado de Tlaxcala —que luego Cortés le quitó «sin causa alguna», y también sin remuneración alguna.

Cuando una masa de viento extrae del smog la cúpula helada del Popo, la caravana de nieve del Iztaccíhuatl, pienso en Montaña. En la sencilla y prodigiosa aventura del conquistador Montaña.

La noche de Blas Botello

EN LA LISTA DE LIBROS PERDIDOS en la noche de la Historia —el arqueólogo Eduardo Matos sostiene que Hernán Cortés extravió durante la Noche Triste el diario en el que consignaba minuciosos pormenores de la expedición de conquista— acaso el más inquietante es el del nigromante Blas Botello.

Botello era el astrólogo de Cortés. De acuerdo con Torquemada, varias veces le anticipó al conquistador cosas que, efectivamente, más tarde ocurrieron. Bernal Díaz del Castillo lo describe como «muy hombre de bien y latino». «Decían que era nigromántico, otros decían que tenía “familiar” (tratos con un espíritu) y algunos le llamaban astrólogo», apunta Bernal.

Según Francisco Cervantes de Salazar, este nigromante indicó a Cortés la hora en que debía atacar a Pánfilo de Narváez, «para quedar señor del campo». Francisco de Aguilar dice que Botello anunció también que Pedro de Alvarado se hallaba cercado, y a punto de morir, en la batalla de Cempoala. Gonzalo Fernández de Oviedo recuerda que el astrólogo «echaba conjuros y presumía de pronosticar algunas cosas futuras».

El 30 de junio de 1520, sitiados los conquistadores en las casas viejas de Moctezuma, el capitán Alonso de Ávila se retiró a descansar al aposento que compartía con Botello. Encontró al astrólogo tumbado en una estera, llorando en silencio. Botello le dijo: «Sabed que esta noche no quedará hombre de nosotros vivo, si no se tiene algún medio para poder salir».

Alonso de Ávila le habló de esa profecía a Pedro de Alvarado. La noticia cundió rápidamente entre las tropas. Cortés no quería abandonar Tenochtitlan. «No caigan en agüeros» —decía— «que será lo que Dios quisiere». Él mismo recordó: «De todos los de mi compañía fui requerido muchas veces que me saliese, y porque todos o los más estaban heridos y tan mal que no podían pelear, acordé hacerlo aquella noche».

Había granizado en Tenochtitlan. Caía sobre la ciudad una lluvia fuerte y persistente. Bajo esa lluvia comenzó la Noche Triste, la huida en que la mitad de las tropas españolas pereció, y en la que se perdieron «en las puentes» las monturas, las armas, el quinto que pertenecía al Rey, y el tesoro saqueado en las cámaras de Moctezuma.

Cortés logró alcanzar tierra firme, más allá del que luego sería conocido como Puente de Alvarado. Al comprobar que eran muchos los soldados que faltaban, volvió grupas y fue a buscarlos. Unos doscientos españoles no habían logrado cruzar los canales: regresaron al palacio de Moctezuma y se encerraron a piedra y lodo. Los días

de todos ellos terminaron en el Gran Teocalli, frente a la piedra de los sacrificios.

Blas Botello fue uno de los que murieron en el camino. Uno de sus compañeros localizó su petaca. Contenía un talismán —un falo de cuero— y «unos papeles como libro, con cifras y rayas y apuntamientos». El astrólogo había trazado ahí esta pregunta: «¿Si me he de morir aquí en esta triste guerra en poder de estos perros indios?».

Relata Bernal: «Más adelante decía en otras rayas y cifras: “No morirás”. Y tornaba a decir en otras cifras y rayas y apuntamientos: “Sí morirás”. Y decía en otra parte: “¿Si me han de matar también a mi caballo?” Decía adelante: “Sí matarán”. Y de esta manera tenía unas como cifras a manera de suertes que hablaban unas letras contra otras, en aquellos papeles que eran como libro chico».

Al menos siete cronistas narran las angustiosas predicciones de Botello. Ninguno explica cuál fue el destino de su libro. Resulta interesante ese silencio.

En un ejército que creía en lo sobrenatural, con soldados que caían en agüeros y juraban ver «visiones y cosas que ponían espanto», ¿no habría querido alguno conservar para sí aquel libro prodigioso?

La Historia no vuelve a mencionar el libro mágico de Botello. A pesar del oscuro silencio, el libro merecía seguir rodando, pasar de mano en mano a lo largo de los siglos, alumbrando a las generaciones —a todas las generaciones que nos separan de la Conquista, el fatal augurio de su destino.

La primera casa que hubo en México

HACE UNOS AÑOS, el Centro Cultural España, en Guatemala número 18, intentó ampliar sus instalaciones. Al reventar el piso de un antiguo estacionamiento, en un predio que había pasado el siglo XX sin sufrir apenas modificación alguna, salieron a la luz los restos de una construcción prehispánica, una banqueta pequeña, el arranque de una escalinata, varias pilastras demolidas, las ruinas de una habitación de estuco y el eco de lo que fue alguna vez un patio con piso de lajas. Acababa de aparecer, después de casi 500 años sepultado en el lodo, lo poco que queda del Calmécac, la escuela donde se entrenaban para gobernar los hijos de los nobles mexicas.

Qué extraño mirar esas piedras que en 1521 quedaron sumergidas en la oscuridad, en medio de un silencio que nada rompió nunca. Mientras caminaba por el recinto tuve la impresión de que la Ciudad de México acababa de abrir el baúl de sus recuerdos: yo miraba exactamente lo mismo que un día vieron Cortés, Sandoval, Alderete, Alvarado. Lo mismo que vio Bernal la tarde del siglo XVI en que cayeron los últimos vestigios de un esplendor irrepetible; el día en que la antigua soberana de los lagos, calle por calle, casa por casa, al fin fue demolida.

Esto mismo debió tener enfrente el buen Motolinia cuando escribió uno de los episodios más inolvidables de la crónica mexicana, el de la séptima plaga y la destrucción de México, «cuando se deshicieron los templos principales del demonio».

Guatemala resulta una de las calles más antiguas de la urbe. En ella, llamada en 1524 calle de los Bergantines, Cortés repartió los primeros solares entre sus hombres. Fue en Guatemala donde los conquistadores levantaron la primera casa que hubo en la ciudad, la construcción conocida como las Atarazanas, una fortaleza en donde se depositaron los trece bergantines empleados en el asalto a Tenochtitlan.

Cuando abandono las sombras, las entrañas del Calmécac, sigo de largo entre los edificios hundidos, las fachadas de tezontle, las hornacinas con santos y los sillares de cantera. Intento ubicar el punto donde se alzó la primera casa de México.

Como prolongación natural de México-Tacuba, Guatemala forma parte de la calle más antigua de América. Hacia el oriente, la suciedad y el descuido la vuelven, paradójicamente, misteriosa y bella.

No se sabe a punto fijo dónde estuvieron las Atarazanas. Manuel Orozco y Berra cree que más allá del Hospicio de San Nicolás, en los bordes de la apartada plazuela de la Santísima. Cortés consideró aquella casa «la que más conviene que estuviese

guardada». En una carta dirigida al Rey, le explicó que requería de una fortaleza en la que pudiera tener los bergantines seguros, y desde la que fuera posible huir, o llegado el caso, «ofender» la ciudad con rapidez.

En el interior de ese edificio había pertrechos y piezas de artillería.

Cortés vivió en las Atarazanas durante un tiempo, mientras ponía en marcha el gobierno de la ciudad apenas reconstruida. «Hecha esta casa me pasé a ella con toda la gente de mi compañía, y se repartieron solares para los vecinos», escribió.

En 1535, sin embargo, el nivel del lago bajó en forma dramática y los bergantines quedaron imposibilitados para navegar. En tanto la ciudad se extendía al poniente, sobre terrenos más secos y menos insalubres, la fortaleza fue adquiriendo un estado ruinoso. Sobre esas ruinas se levantó el hospital de San Lázaro, primer leprosario de la capital.

Guatemala deja caer a cada instante el peso del tiempo. Atravieso Margil, la pequeña calle de San Marcos. La versión moderna de la lepra, el abandono, sigue envolviendo a los indigentes, los borrachines de pantalones orinados que roncan frente al mercado de Mixcalco. Hay ruido, gente, anuncios. Chamarras Profox, Telas El Barrigón, Camisería Pepe El Flaco, El Sueterero de Mixcalco.

En uno de esos predios debió estar la inimaginable fortaleza —¿de piedra, de madera?— que prefiguró el nacimiento de la nueva Ciudad de México.

Cierto memorial recuerda que a principios del siglo XVII la construcción se hallaba ya «en el abandono y toda apuntalada». Alzo la vista. Encuentro otro anuncio:

Polymoda. La primera casa de las colchas.

No sé lo que significa. Cruzo Circunvalación y dejo atrás el ruido, los puestos, la música.

UN DÍA, UNA ESQUINA OLIÓ A PAN. Era 1522 y había llegado a la ciudad el más entrañable de los aromas urbanos. Puede ser que aquella mañana, en aquel preciso instante, con un conjunto de hombres barbados aspirando en calles como espejos el santo olor de la panadería, la Ciudad de México quedó debida, definitivamente fundada.

El hombre al que debemos el olor a pan, esa forma de la epifanía, era un conquistador negro: «A un negro y esclavo se debe tanto bien», escribió Francisco López de Gomara. Su nombre era Juan Garrido. Nadie lo recuerda ya, aunque — prosigue Gómara— obsequió a esta ciudad «muchas y regaladas cosas».

Lo que se sabe de él es que nació en Africa y de ahí pasó a Lisboa. Lo que no se sabe de él es cómo reapareció en Sevilla convertido en «negro horro», es decir, en un esclavo liberto.

En 1502 Garrido embarcó hacia el Nuevo Mundo en la flota de Nicolás de Ovando. Recorrió Santo Domingo, Puerto Rico, la Florida. Tras una experiencia de dieciséis años en viajes de exploración y guerras de conquista, apareció en 1520 entre los hombre de Cortés. Fue uno de los soldados que al acercarse a México-Tenochtitlan quedaron admirados porque aquello se parecía a las cosas de encantamiento que se cuentan en el libro de Amadís.

En las casas viejas de Moctezuma debió escuchar los relatos de aquel soldado enloquecido que soñaba que los indios les cortaban las cabezas a los conquistadores, mientras los pies de éstos brincaban en los patios, sin necesidad de piernas.

Estuvo también en la Noche Triste, en «las tristes puentes» de la calzada México-Tacuba, donde murieron cientos de españoles «y con trabajos se salvaron los restantes».

Cuánto dolor y cuánta muerte habrá visto Juan Garrido aquella noche, puesto que a la caída de Tenochtitlan pidió permiso a Hernán Cortés para fundar una ermita que perpetuara, en el sitio de su martirio, la memoria de sus compañeros. De ese modo alzó un modesto templo, la Ermita de los Mártires, donde los huesos de los conquistadores caídos fueron sepultados. Ahí se yergue en la actualidad el hermoso templo barroco de San Hipólito y San Casiano.

Bernal Díaz escribió mucho tiempo después que «los negros y los caballos» que hicieron la Conquista «valían su peso en oro». Durante los tres siglos que siguieron, cada 30 julio, con una procesión que iba de la Plaza Mayor a la Ermita de los Mártires —en el siglo XVIII se levantó en lugar de ésta el templo que hoy conocemos

—, los españoles recordaron «a las ánimas de los que allí habían muerto». Nadie recordaba, sin embargo, al «negro horro» al que se debía esa conmemoración luctuosa.

Cuenta López de Gomara que en los días que siguieron a la toma de la capital mexicana, cuando la destruida ciudad indígena aún hedía y humeaba, Cortés recibió del puerto de Veracruz un cargamento de arroz y encomendó a Juan Garrido la tarea de limpiar los granos. Garrido halló en uno de los sacos tres pequeños granos de trigo, y los sembró.

La leyenda afirma que de aquellos granos se perdieron dos. Del tercero surgieron, sin embargo, cuarenta y siete espigas doradas. Había llegado el pan. Un día de 1522, Cortés y sus soldados pudieron comer al fin «pan como el de Europa».

Comenzaba la tradición del pan bazo y el pan floreado, del birote, del chimistlán, del cocol, del hojaldre. En el *Códice Florentino* los informantes de fray Bernardino de Sahagún dibujaron vendedores de diversos productos: todos poseían rasgos indígenas, a excepción de los vendedores de pan, que fueron dibujados con apariencia de españoles.

El conquistador negro murió en 1530. Años antes, Nuño de Guzmán —a quien Vicente Riva Palacio llamó «el aborrecible gobernador de Pánuco y quizás el hombre más perverso de cuantos pisaron la Nueva España»— había establecido en las cercanías del río Tacubaya el primer molino de trigo, llamado Molino de Abajo o de los Delfines. Una ordenanza expedida por Cortés exigía que el pan, bien cocido y seco para que no se descompusiera, fuera vendido únicamente en la Plaza Mayor: nuestro Zócalo fue la primera, gigantesca panadería.

Desde que rayaba el alba, los panaderos acercaban sus productos a la plaza. En su trayecto cotidiano fijaron una imagen proverbial: la del vendedor del pan que lleva en la cabeza un cesto incrustado de piezas. Muchos siglos después, yo la contemplé de niño.

Esa imagen ya no existe. Se la ha llevado el tiempo —como ocurre, a ciertas horas, con el santo olor del pan.

Mesones de paso

EN EL DF, SEÑORAS Y SEÑORES, la vida pasa tarde o temprano por un hotel de paso. No hay rumbo en el que no cintilen las luces de neón que acotan el paisaje, la geografía orgásmica de la ciudad: Hotel Maga, Bonampak, Monarca, Aranjuez, Manolo, Atlante:

*Amiga a la que amo: no envejecas.
Que se detenga el tiempo sin tocarte.*

No importa dónde estén, todos los hoteles se parecen y todos huelen a lo mismo. Ahí hay pasillos sospechosamente silenciosos a los que pueblan voces apagadas, y a los que llegan, ¿qué?, risas, murmullos, gemidos. Esas habitaciones en penumbra que huelen a desinfectante; esas colchas y cortinas floreadas; esos muebles que, diría Vicente Leñero, conservan quemaduras de cigarro. Los espejos que lo escudriñan todo, las bocinas empotradas en el techo, en donde se oyen canciones de Radio Joya:

*Amor, lo nuestro fue casualidad:
la misma hora, el mismo boulevard...*

En el siglo xx, la ciudad desató sobre los amantes feroces campañas moralizadoras que prohibían el beso y las caricias en la calle. Los hoteles fueron durante la mayor parte de ese siglo el único puerto del rencoroso amor; en ellos se forjó, en función de la prisa, la urgencia, las limitaciones financieras e incluso los problemas de tránsito, la fraternidad consoladora de lo que Salvador Novo llamó «el equipo congenital».

En 1526, un vecino de la Ciudad de México, Pedro Hernández Paniagua, solicitó licencia para abrir un mesón en la capital de la Nueva España. Además de alojamiento para los viajeros, «dándoles cama e ropa limpia», Hernández se proponía ofrecerles «de comer o cenar dándole(s) asado e cocido e pan e agua». La calle donde instaló su negocio, hacia lo que entonces era el sur de la capital, se habrá poblado rápidamente —según los usos la ciudad gremial— con esa clase de establecimientos que durante cinco siglos han servido para identificarla: Mesones. Hernández se convirtió en padre de la hotelería nacional; a los establecimientos de que fue precursor, Luis González Obregón los describió de este modo:

Los viejos mesones fueron el lugar de descanso de nuestros abuelos en sus penosos viajes; ahí encontraron siempre techo protector, aunque muchas veces dura cama y mala cena; en esos mesones hacían posta los hoy

legendarios arrieros con sus recuas, los dueños de carros, de bombés y de guayines, los que conducían las tradicionales conductas de Manila y del interior del país, y los que llevaban las platas de S. M. el Rey.

A mediados del siglo XIX, el hotel llegó a la ciudad, dispuesto a conquistar el favor de los viajeros. En 1842 funcionaban el Hotel Vergara (en la actual Bolívar) y el de La Gran Sociedad (en 16 de Septiembre). Según el secretario de la legación estadounidense, Brantz Mayer, estos hoteles representaban apenas un pequeño progreso sobre las fondas y mesones del antiguo México. Escribía Mayer:

Esto tiene por causa que viajar es cosa que data aquí de época reciente; es como si dijéramos una novedad en México. En otros tiempos, las mercancías se confiaban al cuidado de los arrieros, quienes se contentaban con el alojamiento que les ofrecía una taberna ordinaria [...] Cuando gente de categoría superior juzgaba necesario hacer una visita a la capital, encontraba abierta la casa de algún amigo; y he aquí cómo la hospitalidad fue obstáculo para la creación de una honrada estirpe de «bonifacios» que diesen buena acogida al fatigado viajero.

En un pasaje de *El sol de mayo*, Juan A. Mateos demuestra que estas instituciones eran usadas por los caballeros de ese tiempo (1868) para llevar a cabo ciertos lances amorosos. De modo que Hernández Paniagua fue también un precursor involuntario de la relación entre el amor y la urbe.

En la *Novísima Guía Universal* de 1901, la lista de hoteles capitalinos es infinita: Hotel América, Hotel Buenavista, Hotel del Comercio, Hotel Esperanza, Hotel Gillow, Hotel Humboldt, Hotel Juárez, Hotel San Carlos, Hotel del Seminario, Hotel Trenton. Al llegar la década de los veinte, los tubos de neón alumbrando zonas de la noche se habían convertido «en el icono urbano por excelencia». Pero la ciudad del deseo necesitaba alejar el amor furtivo de los inconvenientes del centro, en donde se corría el riesgo de encontrarse a «todo mundo». Así, el paisaje erótico fincó en las afueras la inmensidad de sus columnas vertebrales: la calzada de Tlalpan, la salida a Cuernavaca, el camino a Toluca, la carretera a Texcoco. El cronista Armando Jiménez ha señalado que fue justamente en la calzada de Tlalpan en donde se inauguró, en 1935, el primer motel de la ciudad. Su nombre es inolvidable: El Silencio.

Ramón López Velarde escribió que en un hotel se descubre que hay jornadas luctuosas y alegres en el mundo. En esas habitaciones los hombres del alba del poema de Efraín Huerta habrán descubierto que existen «lecciones escalofriantes» y «modos envenenados de conocer la vida» —aunque también hay «lluvias nocturnas» y «pájaros entre hebras de plata»: amaneceres de los que se surge, decía Efraín, «con la cabeza limpia y el corazón blindado».

La vieja calle del Seminario

SEMINARIO ES UNA DE LAS CALLES más breves del Centro. Como a Guatemala, el hallazgo de la Coyolxauhqui le arrebató un largo tramo, bajo el que aparecieron las ruinas desvaídas de Tenochtitlan. La piqueta sacrificó construcciones de los siglos XVII y XVIII e hizo de Seminario, no una calle, sino una especie de antigua litografía compuesta por cinco o seis casonas en donde la Historia sobrevive en condiciones de hacinamiento.

Prolongación de la vieja calzada de Iztapalapa, por la que entraron los conquistadores; a un tiro de ballesta de la Catedral y a sólo unos pasos del antiguo palacio de los virreyes, Seminario fue una calle codiciada por los primeros pobladores. En una ciudad estratificada en la que la posición social se diluía a medida que las casas se alejaban del centro, esta calle estuvo reservada para los personajes que habían ocupado lugar relevante en la guerra de conquista.

Cortés la repartió entre algunos hombres de confianza: allí levantaron sus casas Pedro de Maya, alguacil mayor de la ciudad y funcionario encargado del abastecimiento de carne; Hernando Alonso, primer herrero que hubo en la metrópoli, y Pedro González Trujillo, uno de los trece jinetes que formaron la avanzada del ejército conquistador.

Situada sobre los restos del templo de Hutzilopochtli, la calle ofrecía a sus moradores gran abundancia de materiales de construcción: muchas de las casas de Seminario aún conservan en sus muros bloques de piedra procedentes de la legendaria ciudad azteca (poner la mano en ellas es una experiencia perturbadora).

A pesar de sus continuas destrucciones, México posee una memoria portentosa. El historiador Salvador Ávila logró averiguar los nombres de los habitantes de la calle del Seminario desde el siglo XVI hasta la fecha. Averiguó también que los primeros colonos de la calle no lograron disfrutarla mucho tiempo. Pedro González Trujillo fue ahorcado por Nuño Guzmán en 1527, a consecuencia de una «disputa de indios». A Hernando de Alonso lo quemó la Inquisición en el auto de fe de 1528, después de llevarlo a proceso «por judaizante»: el primer herrero de la urbe se convirtió, así, en el primer mártir religioso del México colonial.

En el sitio donde estuvo la casa de Pedro González Trujillo se fundó la Real y Pontificia Universidad de México, que el doctor Francisco Cervantes de Salazar describe en sus deliciosos *Diálogos latinos*. En ese mismo predio abrió sus puertas, toda una vida más tarde, la cantina El Nivel (1872) que fue hasta su desaparición la

más antigua de la capital.

Un informe del Ayuntamiento señala que en 1790 algunas de las casas que formaban la calle se hallaban «vacías, y sin ninguna cosa ni gente» —¿en la Nueva España habría casas habitadas por cosas? Desde que los dueños originales fueron ahorcados y quemados, dichos predios sirvieron como vecindades. A lo largo del siglo xx habrían de convertirse en reposterías, restaurantes, tiendas de anteojos, librerías, relojerías, nuevas vecindades y casas de huéspedes. En fotos y litografías estas casas aparecen, una y otra vez, como mudando de traje, pintadas de diversos colores.

Han visto pasar carruajes, calesas, simones, tranvías y autobuses urbanos. Remozadas incesantemente, han estado allí desde siempre.

Una placa empotrada en un muro recuerda que en esa calle fue acribillado durante la Decena Trágica el médico de la Cruz Blanca, Antonio Márquez, «mientras hacía la curación de un herido».

Si la ciudad cabe en una calle, México está en Seminario, esa calle tan breve y tan vieja y tan deshecha.

Noticias de la Catedral primitiva

UNA TARDE, INESPERADAMENTE, fui autorizado a bajar por una de las «ventanas arqueológicas» que hay en el atrio de la Catedral. En una ciudad construida sobre las ruinas de otra, esas «ventanas» parecen hechas para que uno se sienta como el personaje de aquel cuento de Pacheco, «La fiesta brava», en el que un hombre entra a los túneles del Metro y encuentra que Tenochtitlan sigue existiendo bajo la tierra.

Descendí algunos metros y en el mundo de abajo encontré lo que cualquier habitante de esta urbe habría soñado encontrar: lo único que queda de la Catedral primitiva, la primera Catedral que hubo en la Ciudad de México. Ahí estaban los restos de varios muros pintados de rojo, y ahí estaban los peldaños de una escalinata, decorada con unos —casi diabólicos— rostros de ángeles, que datan de los primeros años del siglo XVI.

El cronista Antonio de Herrera afirma que Hernán Cortés edificó la entonces llamada iglesia mayor, «poniendo como basas de los pilares las piedras esculpidas de un adoratorio azteca». A la fecha es posible contemplar esas basas, con restos de relieves prehispánicos, arrumbadas bajo el sol en la esquina suroeste del atrio. Se afirma que la obra fue terminada por fray Juan de Zumárraga hacia 1532.

Aquella Catedral primitiva, cuya portada principal no daba a la plaza de armas, sino a donde se halla actualmente el edificio del Monte de Piedad, no gustó ni convenció a nadie. Era demasiado pobre, demasiado baja, demasiado húmeda. En 1585, atendiendo a «su ruin mezcla», y a que a causa del deterioro se hallaba a punto de desplomarse, el arzobispo Pedro Moya de Contreras ordenó remozarla.

En la reparación intervinieron los artistas más señalados de aquel momento. El arquitecto Claudio de Arciniega diseñó el proyecto; los canteros Martín Casillas y Hernán García de Villaverde fueron los encargados de ejecutarlo.

La historia relata que en 1625-1626 fue demolido el edificio original y se inició la construcción de la suntuosa Catedral que hoy conocemos. Lo que yo miraba aquella tarde bajo el atrio eran las escalinatas que pisaron los primeros habitantes de la noble Ciudad de México.

Olvidamos la historia de las cosas. Algunas veces, esa historia se pierde para siempre. Otras, permanece dormida en lo que Artemio de Valle-Arizpe solía llamar «los papeles de entonces»; legajos sepultados por siglos en algún archivo.

Contra lo que solemos creer, la primitiva Catedral no fue arrasada totalmente. Claudio de Arciniega, Martín Casillas y Hernán García de Villaverde habían logrado

construir una portada extraordinaria —la portada principal—, y las autoridades novohispanas..., decidieron preservarla.

Pero eso no se supo hasta 1985, año en que la historiadora María Concepción Amerlinck localizó un documento que señala que la portada de la primera Catedral — se le llamaba «Portada del Perdón» porque daba acceso al retablo del mismo nombre — fue vendida en 1625 al convento de Santa Teresa la Antigua «para que éste adornara la fachada de su templo». El cantero Manuel Sánchez la condujo, piedra por piedra, un par de cuadras, hasta el convento.

Se sabe que aquella portada fue retirada en 1691 y su lugar ocupado por la que vemos en la actualidad. Pero olvidamos que la historia de las cosas permanece, algunas veces, sepultada en «los papeles de entonces». Claudio de Arciniega, Martín Casillas y Hernán García de Villaverde habían logrado construir una portada extraordinaria y, nuevamente, las autoridades novohispanas decidieron preservarla.

Pero eso no se supo hasta 2008.

Ese año, Guillermo Tovar de Teresa dio a conocer un documento de 1691, hallado en el Archivo General de la Nación, que indica que el maestro de arquitectura Juan Durán firmó un contrato para desmontar, piedra por piedra, la portada del templo de Santa Teresa la Antigua, «y llevarla a su costa y asentarla en la puerta principal de la iglesia de la Limpia Concepción».

La iglesia de la Limpia Concepción no es otra que la Iglesia de Jesús Nazareno, que se ubica en República del Salvador, entre 20 de Noviembre y José María Pino Suárez. La que en 1691 era la «entrada principal» de ese templo, hoy día se ha convertido en la entrada lateral del mismo. Allí puede verse, a casi cinco siglos de su construcción, intacta, misteriosa, extraordinaria, ¡la portada principal de una catedral que se creía desaparecida: la que los cronistas llamaron «la primitiva Catedral de México»!

La noticia era de ocho columnas, pero quedó sepultada en una revista del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Lo que vi aquella tarde en el atrio no era lo único que quedaba de la vieja iglesia mayor. Pero olvidamos la historia de las cosas.

Y ahora quiero mirar esa fachada. Quiero atravesar la ciudad «fastidiosa nada más, sencillamente tibia», para oír el silencio que habita en esas piedras. Las piedras primitivas donde aún existe la ciudad de entonces.

La agencia de contrataciones

EL ATRIO DE LA CATEDRAL ES, como se sabe, la agencia de contrataciones de la urbe: herreros, plomeros, albañiles y pintores —los he visto casi siempre con un aire descorazonado— aguardan de sol a sol la llegada de improbables clientelas. Más allá, nubes de turistas gringos retratan el Sagrario —hermano deforme de la Catedral, lo llamaba Novo—, mientras un chamán azteca realiza «limpias» que se pronuncian en náhuatl, o mejor dicho, en chilango náhuatl.

Un habitante del siglo XVI que pasara frente a la portada de lo que entonces era la Catedral, en lugar de herreros, plomeros, albañiles y pintores, hallaría un conjunto más o menos lóbrego de tumbas: ahí se alzó el primer cementerio que existió en la ciudad. A dicho sitio iban a parar, desde 1535, los huesos de los conquistadores y de sus descendientes, los primeros habitantes de la urbe. Un caminante de nuestros días sólo encuentra elotes, sopes, billetes de lotería, música de organillo y —vaya usted a saber por qué— un puesto en el que se expenden ejemplares del *Manifiesto del Partido Comunista*: convertimos el atrio de la Catedral en uno de los sitios más inhóspitos y aburridos de la metrópoli.

No siempre fue así. En 1797, el virrey de Branciforte, considerado el más corrupto de la etapa colonial (para que Enrique IV perdonara sus trapacerías le encargó a Tolsá la célebre estatua ecuestre del monarca), eliminó el tristísimo cementerio y mandó instalar frente a las rejas del atrio una serie de postes unidos entre sí por elegantes cadenas de hierro. Marroqui relata que años más tarde, por orden del presidente del Ayuntamiento, José Mejía, fue plantada junto a las cadenas, en la orilla de la banqueta antigua del atrio, una serie de fresnos de copa espesa: sin haberse visto nunca, Branciforte y Mejía hicieron nacer uno de los paseos adorados por los capitalinos. Casimiro Castro lo inmortalizó en su litografía más celebrada: *El Paseo de las Cadenas a la luz de la luna* (1855-56). Una nota publicada el 14 de febrero de 1910 en *El Imparcial*, sostuvo que en aquel lugar «comenzaron la mayor parte de los idilios de aquella época». Para el anónimo redactor de la nota, aquel paseo era «un mundo de ensueño, de conversaciones románticas, de felicidad hurtada a los vaivenes políticos»:

En las noches de luna, las familias, por tácito acuerdo, se reunían en el jardín del atrio a comentar los sucesos políticos o los chismes de las damas palaciegas. Los elegantes de entonces se colocaban en las orillas de las banquetas y, sentados en las cadenas, se balanceaban displicentemente, lanzando a las muchachas que paseaban miradas más brillantes que las fosforescencias del viejo panteón, vecino lúgubre cuyo recuerdo no logró amenguar la alegría de los paseantes ni lo subido de color de las conversaciones.

Un designio de la ciudad ha consistido en asesinar lo bello. El Paseo de Casimiro Castro no podía perdurar. Antes que finalizara el siglo XIX las 125 cadenas de hierro fueron retiradas (permanecieron en una bodega hasta 1969, en que algunas de ellas fueron exhumadas y enviadas a adornar la plaza de Santa Catarina) y al poco tiempo alguien protestó porque los árboles entorpecían la vista de la Catedral y poblaban de hojas muertas el embaldosado. Los fresnos fueron talados. Del legendario paseo quedó una litografía, hermosa y célebre, y sucesivas imágenes plasmadas en crónicas, cuentos, novelas:

—¿Me permite usted que la acompañe, mialma?

El imprescindible Ángel de Campo retrata en la crónica respectiva a un grupo de señoras con el rosario enredado al cuello, que al salir de misa se plantan en el atrio a chismorrear; a vendedores de nieve, globos y aguas frescas, que vocean sus productos; a músicos, cantantes y cilindreritos encargados de llevar a cuevas el clima anímico de la noche; a ociosos en busca de conocidos, y a glotones que mordisquean tamales, turrónes, castañas. Arturo Sotomayor afirma que todavía en los años treinta del siglo pasado el atrio era el merendero más democrático de la urbe, y rememora con pasión gastronómica las tortas de chorizo y milanesa que al declinar la tarde hacían, desde un carramato jalado por tracción humana, las delicias de los paseantes.

Si el atrio era un lugar para estar, ahora es, simplemente, un lugar para pasar. No estoy totalmente seguro, pero parece que la ciudad volvió a dejar que algo se le escurriera entre las manos, mientras el herrero, el plomero, el albañil y el pintor esperan, y el curandero «indígena» hace sonar un caracol, y un turista gringo exclama: «*Fantastic!*», antes de pulsar otra vez el obturador de su cámara.

Una historia de la cerveza

PORFIRIO DÍAZ INTENTÓ BLANQUEAR el gusto de los mexicanos mediante el destierro del pulque. Aunque logró apartar esa bebida «vil y pestilente» del catálogo gastronómico nacional (sólo era consumida por las clases “bajas”) don Porfirio no pudo imponer la costumbre del champán. A cambio, el máximo emblema de su gobierno, el ferrocarril, hizo de México el país que más cerveza consume en el continente.

Hasta fines del siglo XIX, el pulque fue la bebida nacional por excelencia. En 1845 comenzó a circular una cerveza llamada Pila Seca, del suizo Bernhard Bolgard, y en 1869 el alsaciano Emil Dercher sacó a la venta la cerveza Cruz Blanca. Como aún no se habían inventado máquinas que fabricaran hielo, el gusto por esta bebida no creció. Nada peor que una cerveza sin fuerza, y la cerveza tibia carece de ésta.

El *bar room* del porfiriato es uno de los ambientes principales en las crónicas de Ciro B. Ceballos y José Juan Tablada. En esas mismas crónicas, la cerveza es uno de los personajes centrales del *bar room*. Los poetas modernistas se reunían cada tarde a consumirla en grandes tarros helados. Entre 1890 y 1910, aquel espumoso brebaje vivió su apoteosis, el instante supremo de su deificación. Nadie habría creído que la primera cerveza se había bebido en México trescientos cincuenta años antes, en el lejano 1549.

Hay una versión que indica que la historia de la cerveza está ligada con la colonia Portales, que en aquel tiempo era una hacienda pegada a dos calzadas: Tlalpan e Iztapalapa. La hacienda recibió ese nombre, Hacienda de los Portales, porque en su fachada exterior poseía unos «muy grandes y sombreados». Luis Rubluo asegura que en 1932 todavía quedaban en la despoblada calzada de Tlalpan vestigios del antiguo casco de la hacienda.

El dueño de aquella finca se llamaba Alonso de Herrera. El virrey Luis de Velasco le autorizó a establecer en ella la primera fábrica de cerveza que hubo en la Nueva España. Una segunda versión afirma que la Hacienda de los Portales estuvo en realidad en Amecameca. En todo caso, el virrey consintió la instalación de la fábrica con unas líneas que harían desmayar de gozo al entrañable Artemio de Valle-Arizpe:

Haríades cerveza y aceite de nabo, jabón y rubia, y para ello trairíades a esta Nueva España los maestros, calderas y aparejos y otras cosas convenientes para el beneficio de todo lo susodicho.

En una carta que por esos días dirigió al virrey, Herrera anotó que la bebida que

manaba de su fábrica «la bebían bien los españoles y los naturales», y estimó que la industria de que era precursor «tenía mucho provenir, como la del pastel» (*sic*).

Estaba equivocado porque tres siglos después el pastel provocaría una guerra, y en cambio las dificultades que en 1549 había en México para cosechar trigo y cebada volverían inaccesible el precio de la cerveza. No sabremos jamás a qué supo el primer trago de este producto. Sólo sabemos que a los naturales no les gustó, que no pudo competir con la variedad de bebistrajos de origen prehispánico que habían arraigado entre las clases populares, y que por tanto fue de consumo exclusivo de los peninsulares. La cerveza llegaba a Nueva España por los puertos, debidamente embotellada. ¿Cómo serían, por Dios, aquellos frascos?

En las novelas mexicanas del siglo XIX, la gente bebe pulque, chinguirito y aguardiente. Aunque en 1821 hubo una cerveza llamada Hospicio de Pobres (era fabricada en las cercanías de esa institución, ubicada en la actual Avenida Juárez), la protagonista de esta crónica no aparece como motivo literario hasta que el ferrocarril porfiriano permite la importación de cerveza desde Estados Unidos, y facilita la llegada de nuevas maquinarias, así como la instalación de las primeras fábricas de hielo.

Todo se precipita: Santiago Graf lanza en 1875 las cervezas Toluca y México. Siete años más tarde (1883), la invención de la Toluca lager, y la posterior introducción de la cerveza Victoria, convierten a este empresario en el rey de la industria.

En las célebres cartas enviadas durante su residencia en México. *Madame* Calderón de la Barca narró los años en que el pulque era la bebida favorita de la aristocracia. Hasta antes de la «ferrocarrilización» de México, el neutle era la primera bebida a la que tenían acceso los jóvenes: lo hallaban cada día en la mesa familiar; las madres cometían, incluso, la barbaridad de destetar a los niños con pulque. Hoy, el ferrocarril es un fantasma del pasado, pero la primera bebida a la que tienen acceso los jóvenes es la que fabricó Alonso de Herrera. Da lo mismo si fue en Amecameca o en la colonia Portales.

La primera crónica urbana

LA CRÓNICA QUE DESCRIBIÓ por primera vez las calles, las plazas y los edificios de la Ciudad de México estuvo perdida durante tres siglos. Lucas Alamán consideró, en 1844, que no quedaba ya posibilidad alguna de localizarla. Sólo se conservaba el registro de su título en algunos antiguos catálogos bibliográficos novohispanos. El doctor Francisco Cervantes de Salazar, profesor de la Real y Pontificia Universidad de México, la había escrito, más que para cantar la gloria de la ciudad recién fundada, para difundir el uso del latín entre sus estudiantes. De modo accidental, Cervantes de Salazar había legado un retrato vívido, extraordinario, de la niñez de la ciudad.

El libro, *Diálogos latinos* (hoy se le conoce como *México en 1554*) salió justo ese año de la imprenta del célebre Juan Pablos. Ignoro de cuántos ejemplares constó la edición; lo cierto es que casi todos se perdieron: habían ido a parar a las manos destructoras de los estudiantes, a quienes poco ha importado desde siempre conservar sus libros de texto. Unos años más tarde sólo quedaba la memoria más o menos vaga de que *México en 1554* había existido. En aquel libro se cumplía el destino de la mayor parte de las obras coloniales que, según el bibliófilo Joaquín García Icazbalceta, cuando no se perdían para siempre en los fragores de la vida diaria, llegaban al futuro incompletas, rotas, sucias, manchadas, podridas, apolilladas «y con letrerotes manuscritos».

El doctor Cervantes de Salazar fue acusado por sus contemporáneos de vanidoso y «sediento de honra». Más tardó en morir que en ser olvidado.

A mediados del siglo XIX, una generación extraordinaria determinó que su vocación no consistía en escribir nada nuevo, sino en regenerar la memoria, arrancar al pasado materiales olvidados para que otros autores escribieran sobre éstos. José Fernando Ramírez, José María Andrade, Manuel Orozco y Berra y Joaquín García Icazbalceta formaron parte de ese grupo que se pasó la vida husmeando en bibliotecas y escarbando en los depósitos de los conventos, en busca de libros y manuscritos antiguos. Estos personajes exhumaron la mejor colección de obras documentales que se ha publicado en México.

Encontrar la crónica perdida se convirtió en su obsesión. Pero Lucas Alamán había sepultado toda esperanza.

En 1849 —estremece pensar que habían transcurrido 295 años desde que el libro saliera del taller de Juan Pablos—, José María Andrade, quien decía estar enfermo de «bibliofilia acusada», encontró un ejemplar de *México en 1554* en la biblioteca de un

difunto, el botánico Vicente Fernández. El libro estaba trunco y muy maltratado. Le faltaban las páginas 289 y 290. No importaba, Andrade brincó de felicidad. Atravesó la ciudad hasta la casa de Joaquín García Icazbalceta, en la Ribera de San Cosme, y le obsequió el volumen con la condición de que lo tradujera.

En esos instantes, la vida de Icazbalceta estaba en vías de convertirse en un desastre. Primero perdió a su esposa, luego perdió su fortuna, entró en bancarrota moral y acabó hundido en un letargo que le hizo postergar la traducción durante... 25 años.

Torturado por la idea de que el libro estaba incompleto, el historiador aprovechaba los instantes en que volvía a la acción para cartearse con correspondientes a los que comprometía a buscar en bibliotecas europeas algún ejemplar de *México en 1554*. En 1866, el ansiado ejemplar apareció por fin. Se hallaba hecho pedazos, pero conservaba intacta la página 290, que Icazbalceta se apresuró a copiar. El hallazgo lo decidió a ponerse a trabajar. En 1875 llevó a la imprenta la traducción. Habían pasado 321 años desde el momento en que Juan Pablos pusiera el libro en manos de Cervantes de Salazar —y éste, en las manos destructoras de sus estudiantes. La primera crónica urbana, el texto más antiguo sobre la ciudad que refundó Cortés abandonaba al fin un sueño de tres siglos.

Tal vez no sabremos nunca lo que dice la página 289. Como en el poema de José Emilio Pacheco, es posible que en esas líneas que no leeremos jamás se encuentren «la verdad y la cifra». El resto de *México en 1554* rescata, sin embargo, las visiones, el espacio, los sonidos de un mundo remoto y alucinante: el retrato vivo, transparente, colorido, de un día en la vida de la ciudad. Un día del que no quedaba ya alguna memoria.

Los lentes: ojos para una segunda vida

L OS LENTES: SE DECÍA que con aquellos *oculi de vitro cum capsula* Roger Bacon podía mirar, desde Oxford, lo que estaba sucediendo en París. Las personas se detenían en la calle para mirar aquel objeto extraño que Bacon solía anteponerse en el rostro: una horquilla construida en forma tan ingeniosa que podía montarse en la nariz «como el jinete en el lomo de un caballo». Por los monasterios corría el rumor de que los lentes permitían leer manuscritos redactados en letra pequeñísima; en las universidades se propalaba la noticia de que los sabios, muertos después de los cincuenta para la lectura y la escritura, adquirían, gracias a ellos, una segunda vida.

Los lentes son un invento del siglo XIII. Surgieron en los talleres de vidrio de Murano, en Venecia, y despertaron con rapidez el asombro de las masas: en la edad de la sombra y las tinieblas, traían de nueva cuenta la luz.

En *El nombre de la rosa*, una novela irrepetible, Umberto Eco describe cómo esos trozos de vidrio cambiaron la vida de la gente: «Con aquello delante de sus ojos, Guillermo solía leer, y decía que le permitía ver mejor que con los instrumentos que le había dado la naturaleza, o, en todo caso, mejor de lo que su avanzada edad, sobre todo al mermar la luz del día, era capaz de concederle».

En 1352 unos lentes aparecieron por primera vez en una pintura. Tomás de Modena recibió el encargo de hacer el retrato del cardenal Hugo de Provenza. Lo pintó inclinado sobre su escritorio, redactando un documento con la mano izquierda, y portando unas raras gafas que son sólo dos pequeños aros. Ya desde entonces, ser miope y ser zurdo resultaba una costumbre entre cierta gente.

Además de objetos modernísimos, los lentes eran entonces objetos sólo utilizados por hombres mayores y de cierto nivel intelectual. Al vulgo le parecían ridículos. Mortificaban a quien los llevaba con toda clase de burlas.

Los españoles los llamaban antojos. Un estudio de Agustín González-Cano señala que los lentes aparecen por vez primera en la poesía española en el siglo XVI, en unos versos de Alfonso de Villasandino:

*Mal oyo e bien non veo.
 ¡Ved, señor, qué dos enojos!
 ¡Mal pecado! Sin antojos
 Ya non escrivo nin leo.*

González-Cano afirma que los lentes bañaron la poesía española, en especial durante el Siglo de Oro: salpican varias páginas de Lope de Vega, y también de su rival, Miguel de Cervantes. Góngora se burlaba de los lentes de Quevedo, y en clave escatológica le dedicó estos versos:

*Con cuidado especial vuestros antojos
dicen que quieren traducir del griego
no habiéndolo mirado vuestros ojos*

*Prestádselos un rato a mi ojo ciego,
porque a la luz saque ciertos versos flojos,
y entenderéis cualquier gregüesco luego.*

En 1590 desembarcó en Veracruz don Luis de Velasco, decimoprimer virrey de la Nueva España. Sólo hay en el mundo una pintura suya: dicha obra posee un valor incalculable, pues es la primera referencia sobre el uso de lentes en la Nueva España. En un estudio sobre el empleo de estas herramientas en las colonias del Nuevo Mundo, María Luisa Calvo y Jay M. Enoch describen los lentes de este modo: «[tienen] montura metálica o de material rígido, contorno redondo, con una pinza pronunciada para sujetarlas a la altura de la nariz, y un sistema a modo de varilla no rígida formada por un cordel que bien puede ser material de fibra vegetal u orgánico. La forma redondeada del puente recuerda la de los quevedos, aparecida en el siglo XV».

Cuando don Luis de Velasco desembarcó con aquel raro instrumento montado sobre la nariz, debió dar la impresión de que se trataba de un funcionario que podía ver con claridad realidades de otro modo ocultas. Los miembros de su corte debieron pensar que al nuevo virrey no iba a pasarle lo que a su señor padre, el primer Luis de Velasco, a quien los criollos le montaron una conspiración destinada a asesinarlo. Don Luis lo hizo bien, al parecer. Del virreinato de México lo enviaron al del Perú, donde consta que leyó, tal vez con los mismos lentes del cuadro, la primera edición de *El Quijote*. Es fácil sospecharle una sonrisa al encontrar esta frase de Sancho: «Que el amor, según yo he oído decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, a la pobreza, riqueza, y a las lagañas, perlas».

Prehistoria de Avenida Juárez

SEGÚN *EL MONITOR REPUBLICANO*, a mediados del siglo XIX una plaga feroz de mosquitos ahuyentó a los paseantes que por las tardes salían a disfrutar de la Alameda. La actual Avenida Juárez no era aún una avenida, sino una sucesión de calles lodosas llamadas Corpus Christi, Calvario y Patoni. No era extraño que los mosquitos hubieran tomado posesión de esa zona, pues en las citadas calles no había más que aguazales, charcos y malpasos: los restos de los lagos que los primeros colonos de la Nueva España habían desecado tres siglos antes, y que lejos de extinguirse, amenazaban con resurgir cada nueva temporada de lluvias.

El rumbo aquel era uno de los más solitarios, de los menos habitados de la ciudad. Había sido así desde el siglo XVI, en que el virrey Luis de Velasco dispuso la creación de la Alameda, el jardín más antiguo de la urbe (fue trazado en 1592). Una calle fue abierta ex profeso, para que la gente pudiera visitar el nuevo paseo. Pero por alguna causa, esa calle no era recorrida más que por unos cuantos. De acuerdo con las crónicas más antiguas, sólo la aprovechaban los habitantes del cercano convento de San Francisco, para escenificar ahí el Vía Crucis, cada viernes de Cuaresma. Los frailes avanzaban penosamente en el lodo, hasta la capilla conocida como el Humilladero, a la que más tarde se llamó del Calvario, y que se encontraba del lado poniente de la Alameda.

Mientras el resto de la ciudad crecía, se extendía, se poblaba, la bisabuela de la Avenida Juárez era una calle dedicada sólo al ejercicio de la fe. En vez de casas, a lo largo de ésta se fueron levantando diversas capillas. Llegaron a existir nueve, que recordaban las estaciones de Cristo rumbo al Calvario.

Una crónica del siglo XVIII cuenta que por las noches aquella parte de la ciudad quedaba tan sola y tan oscura que no tardó en convertirse en sitio favorito para el encuentro de hombres y mujeres deseosos de «cometer torpezas». Las «torpezas», ya se sabe, era el nombre que le daban al sexo los púdicos novohispanos.

Día tras día, al terminar las oraciones, una procesión de figuras discretas y embozadas cruzaba el puente de San Francisco hacia esa zona de rincones umbríos: los muros de las capillas resultaban espléndidos para el encuentro de los amantes. El arzobispo Juan Pérez de la Serna llegó a denunciar desde el púlpito a los ciudadanos descocados que en coches y a caballo acudían cada noche a profanar, «con ruidos y chacotas», la calle que recordaba el trágico martirio de Jesús.

El Alamedero era el único habitante de esa vía. Dicho funcionario habitaba una

casa situada en donde hoy se alza el Hemiciclo a Juárez. Ahí guardaba las herramientas necesarias para el cuidado del paseo.

A mediados del siglo XVIII la calle, que según José María Marroqui desde su fundación «había permanecido estacionaria», observó un cambio repentino: en pocos años se levantaron allí dos importantes edificios públicos: el Hospicio de Pobres y la Cárcel de la Acordada (ambos, en las cercanías de la actual Balderas).

En 1824, los vecinos que a tres siglos de la refundación de la ciudad apenas iban poblando aquella región pantanosa, se quejaron de la inmundicia y la inseguridad que rodeaban las capillas. El primer presidente de México, Guadalupe Victoria, ordenó demolerlas. Sólo sobrevivió la del Calvario, derribada años más tarde bajo el pretexto de que se había quedado sin culto: durante el último medio siglo, sólo abría sus puertas las mañanas en que algún reo de la Acordada iba a ser ejecutado. El toque lóbrego de las campanas que acompañaba a los sentenciados en su camino al cadalso era tan aterrador, que no sólo hacía temblar a los criminales, sino a la capital entera.

En 1858, dos escritores liberales, Ignacio Ramírez y Francisco Zarco, fueron encerrados en la Acordada. Cuando oyeron aquel tañido lento, sufrieron tal desazón que se prometieron, en caso de recobrar la libertad, hacer todo lo posible para que la capilla fuera derruida. Cumplieron su promesa al finalizar la Guerra de Tres Años, cuando Ramírez fue nombrado ministro de Justicia del gobierno de Juárez. En el sitio donde alguna vez había existido el Humilladero, se abrió un local que vendía carruajes y también un jardín dedicado al comercio de plantas.

El 15 de julio de 1867, con Benito Juárez a la cabeza, el triunfante ejército liberal entró en la Ciudad de México. Lo hizo por la calle que años más tarde llevaría el nombre del Benemérito. La ciudad entera lo aclamó. Juárez fue agasajado con un banquete servido en el mismo sitio donde, años después, Porfirio Díaz habría de dedicarle su famoso Hemiciclo.

Comenzaba una nueva era. El resto era prehistoria.

HACE POCO TIEMPO, el paseo más antiguo de la ciudad fue sumergido en un complejo proceso de remozamiento que lo dejó, temporalmente, fuera de la vista de los caminantes. Un largo muro de lona, que reproducía escenas del mural *Sueño de una tarde de domingo en la Alameda*, lo envolvió hasta invisibilizarlo. Aquel proceso de ocultación se llevó por unos días uno de los referentes urbanos más solicitados. De la noche a la mañana, el paseo que había acompañado la vida de la ciudad, ya no estaba.

Oscar Wilde recomienda no resistirse nunca a una tentación. Atravesé la calle y busqué una rendija desde dónde mirar. Qué sensación extraña la de no hallar adentro una sola alma, una sola voz. El quiosco, el hemiciclo, las fuentes, las avenidas: todo estaba abandonado, todo sumergido en una luz inédita.

No era la primera vez que por razones de embellecimiento las autoridades mandaban cerrar la Alameda. En 1598 —a sólo seis años de su apertura— la hicieron cerrar para impedir el paso de «caballos, mulas y otras bestias» que cotidianamente pisoteaban las plantas y arruinaban los árboles. En esa ocasión, el virrey Gaspar de Zúñiga y Acevedo ordenó la construcción de una cerca que, con modificaciones y remodelaciones diversas, se mantuvo en pie hasta 1868. ¡Así que la Alameda fue un espacio cerrado durante casi tres siglos! De hecho, para evitar también la reunión de «vagabundos españoles, mestizos y mulatos facinerosos», el virrey de Zúñiga hizo construir en el costado que da al actual Palacio de Bellas Artes una puerta que debía contar con «llave y cerradura fija, segura y permanente».

El archivo que contenía los documentos relacionados con el origen de la Alameda desapareció en un incendio. En 1874, sin embargo, mientras plantaba nuevos árboles en el paseo, el regidor Ignacio Cumplido encontró la piedra que señalaba el año en que el paseo fue terminado. Tenía labrada esta leyenda: «Reinando en las Españas Indias Orientales y Occidentales la Majestad Católica del Rey D. Felipe III... esta obra fue concluida en 1620».

Cumplido quiso empotrar aquella piedra en un monumento adecuado, pero el proyecto nunca se realizó y las autoridades volvieron a enterrarla en el mismo lugar en que había sido hallada. Sigue ahí, en algún punto.

Aunque la Alameda es uno de los paseos más manoseados por el género de la crónica, permanecen desconocidos los detalles más elementales de su historia. José María Marroqui tuvo que revisar miles de infolios para descubrir que el hombre que la diseñó se llamaba Cristóbal de Carballo. Carballo era el alarife de la urbe en 1592.

Marroqui descubrió también que para dotar a la ciudad del jardín que le daría ornato, y a sus habitantes de un sitio de recreo, el virrey de Velasco expropió las propiedades de un tal Alonso Morcillo: don Alonso hizo tal berrinche que entabló un juicio contra la ciudad, el cual se prolongó durante largos años.

Los primeros árboles del paseo fueron plantados por el guarda Francisco Vázquez en 1592. A Vázquez le fue encargada la tarea de regarlos y cultivarlos. Los álamos, sin embargo, tardaban mucho en crecer y al hacerlo tenían un aire triste. En 1594, el virrey de Velasco hizo plantar «árboles corpulentos y coposos». La Alameda perdió entonces sus álamos, y se pobló de sauces y fresnos.

La puerta del virrey causó grandes molestias entre la población. Era tan estrecha que exigía a los cocheros gran destreza en el manejo de carruajes. A la hora del paseo, por lo demás, hacía que la gente se amontonara en la entrada, quedando a merced de robapañuelos y arrebatacapas. Las cosas llegaron al colmo la tarde en que el virrey de Casa Fuerte estrenó un coche ancho, y se quedó atorado en la entrada, «sin poder entrar ni salir».

En 1629, la Alameda se había convertido en lo que iba a ser durante los cuatro siglos siguientes: acaso el mayor centro de ligue, de coqueteo y cortejo que ha habido en la ciudad. «Los galanes se lucen todos los días como a las cuatro de la tarde» — escribía, ese año, el viajero Thomas Gage—; «a la Alameda van alrededor de dos mil coches llenos de mancebos, damas y ciudadanos que quieren ver y ser vistos, cortejar y ser cortejados».

Según Gage, quienes en verdad triunfaban en aquel paseo no eran las damas de alcurnia, sino las esclavas, negras y mulatas, cuyos «atuendos atrevidos y actitudes tentadoras» hacían «que muchos españoles desdeñaran por ellas a sus esposas».

Cuatro siglos más tarde, la tradición se interrumpe. No hay domingo en la Alameda. Sólo árboles, sólo luz. Sólo el silencio que pasa.

Escaleras que llevan a ninguna parte

EN EL PATIO TRASERO de un viejo palacio colonial, la Casa Talavera del barrio de la Merced, hay una escalera trunca. Sus peldaños descienden, se hunden en la tierra, se pierdan en la nada. Es una escalera que va a ninguna parte.

En Estados Unidos y Europa es frecuente hallar escalinatas de este tipo. Todas tienen una historia de fantasmas: fueron hechas para que los espíritus se confundan y se pierdan. Las escaleras de la Casa Winchester, en San José, California, son las más célebres del mundo. Las hizo construir la viuda del inventor del rifle de repetición que facilitó la conquista del Oeste y el exterminio de los pueblos indios, Oliver Winchester. La viuda creía que su casa estaba tomada por los espíritus, especialmente los de la gente que la carabina Winchester había matado, así la pobló de escaleras sin destino.

La Casa Talavera fue construida a principios del siglo XVII. La tradición afirma que perteneció al rico marqués de Aguayo. Como toda casa antigua que se respete, posee una interesante dotación de historias de fantasmas.

Las escaleras del patio trasero son ellas mismas el fantasma de otra cosa, el espectro de una ciudad que se fue.

Resulta difícil imaginar que el desierto de asfalto que hoy llamamos Centro Histórico estuvo alguna vez surcado por siete acequias o canales que corrían en todas direcciones, caracoleando a orilla de las casas. El autor de *Grandeza mexicana*, Bernardo de Balbuena, escribió en 1604 que esos canales formaban calles de agua «que cual sierpes cristalinas / dan vueltas y revueltas deleitosas».

Durante aquellos siglos lejanos, misteriosamente remotos, las casas de la ciudad, contrariando quizá la sentencia de Pedro Calderón de la Barca, tuvieron siempre dos puertas. Una daba a la «calle de tierra», por la que corrían carruajes y cabalgaduras; la otra, que era siempre la trasera, daba a la «calle de agua» y funcionaba como desembarcadero. Allí guardaban los propietarios sus canoas, por ahí (a la puerta trasera le llamaban «puerta falsa») entraba a los domicilios el aprovisionamiento de comestibles adquiridos en el pequeño puerto interior que se ubicaba en la calle de Roldán (frutas, legumbres, etcétera).

¿No es sorprendente enterarse de que la acequia principal pasaba frente al Palacio del Ayuntamiento, a un costado del Zócalo, y continuaba por nuestra actual 16 de Septiembre hasta perderse en las inmediaciones de San Juan de Letrán?

¿Cómo sería esa ciudad? Para el poeta Balbuena era un vergel. Pura el resto de los mortales —las mujeres debían salir a la calle cubriéndose la nariz con un pañuelo

impregnado de benjuí— la capital era sucia y nauseabunda, como lo fue Venecia: en los canales flotaban desperdicios, inmundicias y animales muertos. Una ordenanza de 1677 obligaba a los vecinos a no echar «basura ni cosa muerta» en las acequias e imponía penas de treinta azotes al «negro o negra, indio o india que la echare».

Entre 1753 y 1781 se determinó eliminar lo que se había convertido en una fuente perenne de malos olores y epidemias. Los canales fueron aterrados. Los puentes que servían para cruzarlos perdieron su razón de ser y pronto se les demolió. Durante muchos años, sin embargo, dejaron su huella en el nombre de las calles: Puente Quebrado, Puente de la Leña, Puente del Cuervo.

La ciudad lacustre entró de ese modo en una agonía que se prolongó hasta 1921, año en que el último vergel, el canal de la Viga, fue asfaltado.

En la Casa Talavera —se le llama de ese modo por un taller de cerámica de talavera que funcionó en sus habitaciones en algún momento del siglo XVIII—, las escaleras que llevan a ninguna parte, y que alguna vez bajaron lamidas por las aguas hasta el extinto desembarcadero familiar, son el único vestigio que hoy existe en el Centro Histórico de aquella ciudad inverosímil.

Llevan a ninguna parte, es cierto. Pero a diferencia de otras escaleras, cuando uno cierra los ojos, las de la Casa Talavera le hacen atravesar el tiempo, caminar los siglos. Más que escaleras son una puerta de entrada. Ahí comienza la ciudad invisible de la que hablan los libros: la ciudad de las acequias, de los canales. La ciudad de las puertas falsas.

EL 12 DE JULIO DE 1605, la nao Espíritu Santo partió de Cádiz con muchos pasajeros y un cargamento de 160 libros. El viaje duró dos meses; no hubo novedades: la tripulación cantaba en las tardes la letanía; se invocaba, según el caso, a San Lorenzo o a San Telmo, y cada sábado en la mañana se entonaba a voz en cuello el *Salve Regina*. El escribano Alonso de Bassa juró ante la Inquisición que dos veces al día se impartía la doctrina a los niños que viajaban en el barco.

Cuando la nao llegó a Veracruz, el 28 de septiembre de 1605, un comerciante llamado Clemente Valdés se acercó a reclamar el cargamento de libros. Declaró que tenía pensado llevarlos a la Ciudad de México para venderlos «a doze Reales». Las autoridades portuarias le entregaron los volúmenes. Venían repartidos en dos cajas: una tenía 76 ejemplares; en la otra había 84. Valdés firmó un documento que comprobaba que se le habían entregado 160 «libros del *Ingenioso hidalgo Don quixote de la Mancha*».

El más sublime de los libros que han escrito los hombres, de acuerdo con la definición de Julián Amo, había llegado a América. Hacía sólo ocho meses que Juan de la Cuesta lo había publicado en España.

Esa tarde que los comisarios de la Inquisición abordaron el Espíritu Santo para comprobar que no hubiera libros prohibidos, le preguntaron a Alonso de Bassa en qué se entretenía la gente durante la tediosa travesía. De Bassa respondió: «Traían las dos partes del Pícaro y Don Quixote de la Mancha y Flores y Blanca-flor». (Se refería a *El pícaro Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, y a la muy traducida historia francesa de amor cuya primera versión es de 1147.)

El autor de *El Quijote*, Miguel de Cervantes, intentó alguna vez viajar a América. Su Majestad no autorizó la travesía y le mandó decir «que busque por acá en qué se le haga merced». Seduce la idea de que su libro haya realizado el viaje que a él se le negó, y que lo haya hecho habitando la mente de quienes surcaron el mar a bordo de una nao. Aquellos pasajeros anónimos fueron los primeros lectores de *El Quijote*. No sería nada extraño que la fama de esta obra se hubiera comenzado a extender como una novedad que traían en la boca los pasajeros de Indias. Cada uno de esos 160 libros siguió un camino que ignoramos, pero que por fuerza ayudó a construir la inmortalidad de Cervantes.

En 1621 el gremio de los plateros hizo una mascarada en honor de San Isidro Labrador en calles de la Ciudad de México. El desfile avanzó por las avenidas más importantes. Quienes participaban, iban disfrazados de caballeros andantes, de

personajes de libros de caballería: «Don Belanis de Grecia, Palmerín de Oliva, El Caballero del Febo, yendo el último, como más moderno, Don Quijote de la Mancha [...] y últimamente Sancho Panza y Doña Dulcinea del Toboso, que a rostros descubiertos los representaban dos hombres graciosos, de los más fieros rostros y ridículos trajes que se han visto».

¡Cómo querría haber presenciado aquel desfile! A sólo dieciséis años de la llegada del Espíritu Santo a Veracruz, Don Quijote cabalgaba en las calles de México, reconocido no sólo por el gremio de los plateros, sino identificado por un anónimo cronista como el personaje más «moderno» de la literatura.

El Espíritu Santo era parte de una flota en la que venían, entre otros barcos, Nuestra Señora de los Remedios y el San Cristóbal. En 1911 se descubrió que en dichas naos venían otros 102 ejemplares que tal vez fueron a parar a la librería de Pedro Arias, ubicada en pleno Zócalo —es decir, en plena Plaza Mayor— «frente a la Puerta del Perdón de la Yglesia Mayor de México». Los comisarios de la Inquisición tuvieron noticia de que en esos barcos viajaban dos sevillanos que guardaban en su equipaje sendos ejemplares de *El Quijote*. Se llamaban Juan Ruiz de Gallardo y Alonso López Tríos. No sabemos nada de sus vidas, salvo esto: que se nos adelantaron en el acto de reír y gozar y maravillarse, en el acto de leer sin poder parar las páginas hermosas y sublimes «del Ingenioso hidalgo Don quixote de la Mancha».

El santo de los secuestrados

EN LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA de la Antigua, en la Catedral Metropolitana, hay una escultura misteriosa alrededor de la cual suelen congregarse hombres y mujeres que lloran. Es un Santo Niño que tiene las manos esposadas. Llegó a la Catedral hace cuatro siglos, pero su culto creció recientemente, a consecuencia de la inseguridad. Le llaman el Santo Niño Cautivo. Sus fieles son personas que tienen familiares secuestrados o que purgan sentencias injustas. En los últimos años, su devoción ha crecido al punto de desplazar a la de la figura principal de la capilla, Nuestra Señora de la Antigua.

El Santo Niño Cautivo es una pequeña escultura de madera realizada en España en 1620, que se atribuye al artista sevillano Juan Martínez Montañés. Su dueño, Francisco Sandoval de Zapata, se embarcó con ella dos años más tarde, luego de ser nombrado racionero de la Catedral de México.

Ni Sandoval de Zapata ni la escultura lograron llegar a la Nueva España. Los piratas berberiscos que asolaban el Mediterráneo se apoderaron del barco y lo llevaron a Argel. Pidieron por el racionero un rescate de dos mil pesos.

La burocracia española era un laberinto semejante al del poema de Borges: «No habrá nunca una puerta... / No existe. Nada esperes». El rescate tardó siete años en llegar, y para entonces Sandoval de Zapata había muerto. Los piratas entregaron sus huesos, y también la escultura que traía en su equipaje.

Los restos del racionero fueron enterrados en el templo de San Agustín, que se incendió el 11 de diciembre de 1676, a las siete de la noche. La escultura anduvo rodando durante un tiempo. Pasó una temporada en el altar de los Reyes, y otra en el de San José.

Entre 1653 y 1660 los músicos de la Catedral, encabezados por el primer organista, lograron que se construyera una capilla para ellos, y colocaron en el altar principal la imagen de Nuestra Señora de la Antigua, una deslumbrante y dorada pintura bizantina. Bajo esa virgen, los músicos colocaron la escultura del Santo Niño. En recuerdo de su cautiverio en Argel, le colocaron unas esposas de plata en las manos.

La imagen de Nuestra Señora —copia de otra pintada en la Catedral de Sevilla— llevaba tras de sí una leyenda impactante. Cuando los moros tomaron Sevilla, y Muza degolló a la población y luego destruyó los objetos del culto religioso, la imagen de la Virgen no pudo ser borrada. Por el contrario, «mientras los moros más raspaban la pared, la imagen se mostraba cada vez más bella».

El Santo Niño Cautivo no logró rivalizar con el culto de Nuestra Señora, pero a lo largo del virreinato se fue imponiendo como protector de los niños a los que la enfermedad había hecho presos. Las madres novohispanas solían acudir a él cuando algún pequeño tardaba en empezar a hablar. Al paso del tiempo se le empezó a rogar también para que liberara a las personas a las que el alcohol o la droga mantenían en cautiverio.

Según el sacristán mayor de la Catedral, el auge del secuestro imprimió al culto un giro inesperado. A partir del año 2000, el Santo Niño Cautivo se convirtió en patrón de los secuestrados.

Es domingo y la Catedral parece hervir con la misa de once. Frente a la capilla de Nuestra Señora de la Antigua, doce o quince fieles oran. Tienen la cabeza inclinada, los ojos cerrados. Algunos están de rodillas. No deben llevar en las espaldas historias tranquilizadoras. Una mujer llora en silencio y una oración colocada en la alcancía de las limosnas invita a rogar por los que «son presa de la enfermedad, del miedo, de la violencia, del odio».

El país y sus laberintos los han traído hasta aquí. Victor Hugo escribió que rezar es poner en contacto el infinito de abajo con el infinito de arriba. Pero yo pienso en el laberinto, aquel poema de Borges, y no me gusta lo que siento.

Para colmo es un día nublado.

Suceso en la calle del Perú

PROTESTO BAJO MI PALABRA de honor que el suceso «formidable y espantoso» que voy a referir está consignado en el capítulo octavo, páginas 40 a 41, de la *Vida del padre Don José Vidal*, impresa en 1752 en el antiguo Colegio de San Ildefonso.

De este modo comienza don Luis González Obregón el relato de una oscura leyenda urbana, un terrible «suceso» de la época virreinal que según el autor de *Las Calles de México* provocó que la antigua calle de la Puerta Falsa de Santo Domingo (hoy República del Perú) fuera rebautizada por el vulgo como calle de la Mujer Herrada.

En el México de 1752 sólo unas cuantas personas se habrán tomado el trabajo de leer la voluminosa *Vida del padre José Vidal*. Algunos religiosos jesuitas, sin embargo, solían exprimir los pasajes culminantes de esa obra para incluirlos en sus sermones. En la cuaresma de 1760, en una homilía pronunciada en el templo de la Profesa, el cronista Francisco Sedano oyó por primera vez la historia de la mujer herrada.

El relato impresionó tanto a los fieles que aquel día asistían a la Profesa, que Sedano decidió incorporarlo en un libro extravagante y arbitrario, poblado de chismes, datos curiosos y descripciones inútiles, que se titula *Noticias de México*. Viajando a bordo de las páginas de ese libro, la leyenda atravesó los siglos: yo la encontré en la mesilla de la peluquería El Bosque, bajo la forma de una inolvidable historieta de color sepia: *Tradiciones y leyendas de la Colonia*.

Extraño, a veces, ese tiempo. Semana a semana —sombras, arrastrar de cadenas, aullidos de almas en pena—, *Tradiciones y leyendas* abrió para los niños de mi generación las puertas de una ciudad desconocida: la vieja ciudad en la que la gente creía en los espantos, los espectros, los aparecidos.

En 1670, en la calle de la Puerta Falsa de Santo Domingo número 3 —hoy República del Perú número 100— vivió, «no honesta y honradamente como Dios manda», sino amancebado con una mujer, un clérigo cuyo nombre nunca fue revelado.

No muy lejos de allí, pero tampoco muy cerca, cuenta González Obregón, se hallaba el domicilio de un herrador, cuyo nombre tampoco trascendió, quien solía reclamar al clérigo descarriado (eran compadres y amigos) la forma de vida a que lo había conducido «su ceguedad».

Cierta madrugada, un par de esclavos negros llamó a la puerta del herrador. Los

esclavos jalaban las riendas de una mula, negra también, que su amigo el clérigo le enviaba para que la herrara con urgencia. De mal modo, por lo impropio de la hora, el herrero clavó cuatro casquillos en las patas del animal.

A la mañana siguiente fue muy intrigado a la casa de su compadre: quería saber por qué se le había hecho trabajar con tal premura. El clérigo le abrió la puerta sorprendido. «No he mandado herrar mi mula», dijo. ¿Habría querido alguien correrle alguna broma al buen quincallero?

González Obregón relata que el clérigo fue a despertar a la mujer con quien vivía «para celebrar la chanza». Pero la mujer había muerto. Previsiblemente, tenía en cada una de las manos y cada uno de los pies, las mismas herraduras que la noche anterior el amigo del clérigo había clavado.

La leyenda dice que el padre jesuita José Vidal fue llamado a atestiguar aquel suceso atroz, y que el padre Vidal observó que la mujer tenía, además, un freno en la boca. No se sabe por qué, el jesuita hizo jurar a los dos amigos que callarían el suceso para siempre. Él mismo, sin embargo, lo consignó en sus memorias, que fueron encontradas y publicadas un siglo más tarde.

En las inmediaciones de la Puerta Falsa de Santo Domingo terminaba, en su parte norte, la Ciudad de México. A partir de ahí las últimas casas se iban diluyendo entre canales, zonas salitrosas y capillas olvidadas. Era una zona de la ciudad en la que podía ocurrir cualquier cosa.

La Reforma demolió los muros del convento de Santo Domingo y años más tarde Álvaro Obregón cambió la nomenclatura de las calles del centro. Pero en República del Perú existen rincones en los que nada ha cambiado: todavía puede suceder allí cualquier cosa.

Salgo a buscar la casa de la mujer herrada, el número 100 de la vieja República del Perú: una colección de casonas en ruinas, muchas de las cuales proceden de otros siglos.

Atravieso imprentas, talleres, distribuidoras. «Trabajos urgentes», «Tortas Perú», «Novias Ivonne». Cerca de la legendaria Arena Coliseo aparece una vecindad de estilo neocolonial que debió ser fincada en las primeras décadas del siglo xx. En ese predio nació la leyenda que Vidal escribió y Sedano escuchó en la Profesa una mañana o una noche misteriosa de 1670.

Hay algo viejo y olvidado y descompuesto en esta calle. Tatuajes, motonetas, mugre y basura. Una sensación punzante de inseguridad. Entraré en el número 100, aunque algo me dice que ser herrado es lo menos grave que ha pasado nunca en esta calle.

La Casa de la Custodia

ITALO CALVINO AFIRMA que las ciudades no dicen su pasado, pero lo contienen como las líneas de una mano, «escrito en los ángulos de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras».

Durante casi tres siglos, la plazuela de Loreto fue la última plaza de la ciudad. Incontables virreyes la emplearon como muladar o como estercolero, pero en el siglo XVIII se hizo lo posible por embellecerla. Todo resultó en una combinación inquietante: Loreto tiene la belleza de una muchacha enferma.

A unos pasos de ese sitio se alza una casona de tezontle color vino que procede del siglo XVII. Decir que se alza es mucho decir, porque está tan ruinoso que apenas puede sostenerse en pie. En su fachada está escrito un relato: ese antiguo inmueble, se le conoce como Casa de la Custodia, lleva siglos narrando a los caminantes una de las peores tragedias que ha vivido esta ciudad.

La casa se halla en el segundo tramo de la calle Justo Sierra. Una placa informa que el capitán Juan de Chavarría murió en ese lugar el 29 de noviembre de 1682. A diferencia de otras casas coloniales, entregadas a la potestad de las vírgenes y los santos, en el pequeño nicho que corona su fachada no hay imagen religiosa alguna: las palomas se posan en un extraño brazo esculpido en piedra: un extraño brazo que parece sostener con fuerza una custodia.

Ha pasado tanto desde que el altorrelieve fue empotrado en aquel nicho, que es necesario mirarlo con extrema atención para distinguir su forma. Los cronistas de México, José María Marroqui. Luis González Obregón, Artemio de Valle-Arizpe, se detuvieron a observarlo alguna vez. Gracias a ellos conocemos su historia.

El viernes 11 de diciembre de 1676 un incendio devoró en menos de dos horas el templo de San Agustín (en la esquina de nuestras actuales Venustiano Carranza e Isabel la Católica). Un diario de sucesos notables de la época dice que se trató de «una noche lúgubre»: se celebraba el aniversario de la aparición de la Virgen de Guadalupe, la ciudad entera participaba en las fiestas; de pronto, el fuego bajó por una de las torres.

En el XVIII, la única posibilidad real de evitar que un incendio se comunicara a las casas cercanas consistía en provocar el derrumbe del edificio que ardía. Acarrear agua desde las fuentes públicas resultaba tan inútil como la práctica de sacar de los templos las imágenes religiosas y llevarlas al lugar del siniestro, o la de arrojar a las llamas cartas en las que los santos mandaban que el incendio cesara de inmediato.

Mientras el público huía de la quemazón, el capitán Juan de Chavarria, un noble que se pasó gran parte de la vida fundando iglesias y obras pías, se abrió paso entre las llamas y salvó una de las piezas más preciadas del templo: la Custodia del Divinísimo.

La primera piedra de San Agustín fue colocada por el virrey Antonio de Mendoza en 1541. Una obra de ciento treinta años se perdió en el incendio. La Custodia fue lo único que se salvó.

La tradición sostiene que a manera de homenaje, la ciudad hizo colocar en lo alto de la casa del capitán Chavarria un altorrelieve de piedra que perpetuaba su hazaña. A la muerte del militar se puso junto a su tumba una estatua que lo representaba, hincado, en actitud devota. Pero ese monumento sepulcral —Chavarría fue enterrado en el templo de San Lorenzo— ha desaparecido.

Quiero ver el interior de la casa de Chavarría, caballero de la Orden de Santiago, marido de la condesa del Valle de Orizaba. Así que camino por el centro hasta la plazuela de Loreto: hay una fuente labrada por Manuel Tolsá, que hasta 1925 adornó una glorieta de la avenida Bucareli. En esta parte del centro todo es muy antiguo. Me voy como sumergiendo en las calles del rumbo: iglesias inclinadas por el hundimiento, marquesinas de comercios que dejaron de existir hace varias décadas, vecindades que antes fueron palacios y pertenecieron a individuos de apellidos apergaminados.

Hay tardes en las que tengo suerte. Cuando toco el viejo portón de madera (en una parte restaurada y habitable de la casa se hallan las oficinas de una sociedad mutualista), el hombre que me recibe, un viejo maestro normalista, accede a mostrarme la parte impresentable de la residencia: un ala en la que los techos se han derrumbado, en el que las grietas muestran restos de pintura de épocas diversas y en donde la hierba va comiendo brutalmente todo espacio: incluso han crecido árboles en el antiguo salón, bajo cuyos techos derrumbados alguna vez transcurrió la vida.

Desde el incendio de 1676, el brazo de Chavarría contó a los caminantes una historia. Pero aquella generación murió, y las siguientes la olvidaron. El brazo perdió su significado y el altorrelieve, manchado por las palomas, se va borrando también.

Las ciudades no dicen su historia, aunque a veces los despojos hablan.

El fuego de Sigüenza

AUNAS CALLES DEL PALACIO NACIONAL, como un barco despedazado que se negara a naufragar bajo las aguas del tiempo, flotan los muros cenizos del convento de Jesús María. En 1597, sobre los muros de la portería, se esculpió una inscripción que todavía se conserva: *Aducentur regi Virgines. Aducentur in templum regis* («Las vírgenes son llevadas al Rey, son llevadas al templo del Rey»). Los mil doscientos metros cuadrados que conformaron el convento se hallan en el abandono desde 1985, el año siniestro para la ciudad: el año en que vino el terremoto.

He estado rondando las puertas de metal que lo sellan, en busca de una rendija. De plano me pongo pecho a tierra sobre la banqueta y alcanzo a ver por fin, desde un agujero minúsculo, algunas franjas del claustro. *Ver* es un decir. Ahí no hay más que muros y arquerías en ruinas y en sombras. La vieja estructura se sostiene apenas, malamente apuntalada por unas vigas.

Lo primero que me llega a la cabeza es la leyenda de fantasmas que en el siglo XVII se tejó en este convento. El primero en relatarla fue el sabio novohispano Carlos de Sigüenza y Góngora. La historia figura en un pasaje del *Paraíso Occidental* —que el impresor Juan de Ribera publicó en 1684. Las monjas de Jesús María afirmaban que el espectro de un clérigo ascendía noche con noche la escalinata oscura del claustro. Nadie les creyó hasta que el alma en pena del sacerdote se apersonó en los sueños de una monja, Tomasina Guillén, y le pidió que orara por él, y en prueba de su existencia le dejó en el brazo la huella de unos dedos que parecían marcados con fuego.

Relata Sigüenza que la historia creó tal alarma en la ciudad que el virrey decidió ir al convento para cerciorarse que aquel fuego «no era del usado en este mundo». Cuenta Sigüenza que las quemaduras duraron treinta años y se curaron de golpe la noche misma en que el clérigo salió, luego de tres décadas de oraciones, de los horribles padecimientos que sufría en el Purgatorio. Cuenta Sigüenza que él mismo llegó a ver y tocar las escaras (pero Sigüenza, ya se sabe, se hallaba dominado por un ciego misticismo).

Pienso también en las historias del más acá, que siempre suelen ser las peores.

Jesús María fue fundado en 1582 para albergar a las hijas y nietas de los conquistadores que hubieran caído en desgracia. Sólo «las más nobles, las más desamparadas y las más expuestas por su mayor belleza» podían cruzar sus puertas. Era, por lo tanto, el único convento que no cobraba dote entre sus monjas. Según las crónicas de la época, esto hizo que se convirtiera en una de las instituciones más

pobres del virreinato.

Las monjas vivían en tal estado de precariedad, que el fundador, Pedro Tomás Denia, se vio obligado a viajar a España para implorar la protección real. Felipe II escuchó sus súplicas con liberalidad magnífica, y le entregó 20 mil ducados. Le entregó también —y aquí aparece la historia de horror— a una hija ilegítima que había tenido con la hermana del inquisidor Pedro Moya de Contreras, y le ordenó que la escondiera del mundo, recluyéndola para siempre en aquel convento.

No se sabe si la niña —de dos años de edad— perdió la razón al llegar a Nueva España, o si esto ocurrió poco después, en el departamento «especial y cómodo» que las monjas le destinaron. Sólo se sabe que la hija de Felipe II murió completamente loca en México, a la edad de 17 años. Sólo se sabe que, cuando expiró, Jesús María había logrado convertirse, gracias a las regias aportaciones del monarca, en el sitio más exclusivo del virreinato.

La pompa era tan ostentosa, que las monjas, reza una crónica, se volvieron «tibias en la oración, remisas en la observancia de las reglas, aficionadas al lujo, y amargadas por la envidia, rencillosas y vengativas». Todas ellas portaban en las muñecas suntuosas pulseras de azabache.

Vino una nueva historia de horror cuando una monja vieja y enfermiza, Marina de la Cruz, que antes de tomar los hábitos se había casado dos veces, las delató ante un confesor. Según Sigüenza, sus compañeras se vengaron, obligándola a que barriese los corrales, a que matase y desollase los cameros que la comunidad consumía; la tachaban de incontinente por sus dos matrimonios, la obligaban a purgar los lugares comunes y los vasos inmundos, y evitaban su presencia «con melindres». «Acompañaban esos desaires con risotadas, empujones, apodosos y vituperios», escribe don Carlos.

Marina de la Cruz murió también en este claustro, empuñando una escoba, entre esas risotadas y esos empujones. Todo eso vieron estos muros negros y no sé cuánto queda.

Sigo ahí, en el piso, mirando ridiculamente desde un agujero. En esta ciudad que todo lo abandona, a veces sólo así es posible pescar una historia.

En el galeón de Manila

ESTAMOS EN MEDIO del Océano Pacífico a finales de septiembre de 1696. El galeón de Manila ha atravesado mares inmensos, del tamaño de la mitad del mundo, entre vientos contrarios y tempestades sin cuento. La tripulación va arrojando al mar los cuerpos de los viajeros que no sobreviven a las exigencias del viaje. Una estela de enfermedades acecha a los sobrevivientes. En cada bocado que se llevan a la boca aparecen gusanos y gorgojos. Los peroles del caldo son un cementerio de moscas. El tasajo es tan duro que hay que golpearlo una y otra vez con un palo. Las chinches infestan las bodegas, las camas, los baúles de los pasajeros.

Los rudos y curtidos navegantes llorarán de felicidad, abrazándose como niños, el día en que el galeón divise el puerto de Acapulco, «primer mercado del mar del Sur y escala de la China», luego de una travesía de ocho meses. Para entonces, el mes de enero de 1697 se estará acercando a su fin.

Del galeón, que lleva el nombre de San José, desciende el primer turista de la historia, el doctor en derecho Giovanni Francesco Gemelli Careri. En Italia, su país natal, debido a que carece de linaje aristocrático, a Gemelli se le ha cerrado el acceso a los cargos públicos. Harto de recibir «vejámenes y humillaciones», el abogado decide completar una vuelta al mundo del mismo modo en que lo hacen los turistas de hoy: por sus propios medios, pagando su pasaje para ir de un sitio a otro —y no como lo hacían los aristócratas de entonces, moviéndose en carrozas particulares, con troncos de mulas y caballos propios.

En un viaje que mucho tiempo después inspirará la novela de Verne, *La vuelta al mundo en ochenta días*, Gemelli recorre Francia, Hungría, Alemania, Egipto, Constantinopla. Atraviesa la India, visita la Gran Muralla China, cruza Macao y recalca en Filipinas. Ahí aborda el galeón que lo lleva hasta Acapulco. Gemelli no puede creer que aquella horrible aldea de pescadores reciba el nombre de «ciudad». Sólo encuentra «casas bajas y viles, hechas de madera, barro y paja» en las que, dice, «no habitan más que negros y mulatos».

En 1697, cada vez que llega la Nao de China, Acapulco se convierte en un mercado formidable. Pero luego de comprar, recibir o gravar las mercaderías codiciadas y exóticas que el navío ha traído en sus bodegas, los comerciantes españoles y los oficiales reales abandonan la aldea, dejándola enteramente despoblada y a merced de un calor infernal. Sólo los soldados que vigilan la bahía deambulan como fantasmas por las callecijuelas desiertas del puerto.

¡Acapulco a fines del siglo XVIII! Las habitaciones, cuenta Gemelli, son calientes

e incómodas; los alimentos, demasiado caros, pues «hay que llevar de otros lugares los víveres». En el libro de sus viajes —*Giro del Mondo*, publicado en 1700—, el abogado relata que el párroco de Acapulco se ha hecho rico porque se hace pagar muy cara la sepultura de los forasteros, que en ese clima caen a montones, y cuenta que las naves que conducen mercaderías prohibidas, en lugar de entrar a la bahía, van a desembarcarlas al cercano Puerto Marqués (el primer paraíso de la «piratería»).

Fastidiado del «gran daño del calor intolerable y de los mosquitos», Gemelli decide viajar entonces «hasta la imperial ciudad de México».

¿Cómo es el viaje por la Autopista del Sol del siglo XVII? Sólo llegar a Chilpancingo toma seis días, «habiendo subido y bajado altísimos montes» en donde «me chupó allí la sangre una legión de moscos». Gemelli avanza bajo el sol calcinante. En el abrasador Cañón del Zopilote, sólo es posible reanudar la marcha en las tardes, cuando el aire refresca. El viajero cruza a nado el río Papagayo. En el camino sólo ha encontrado un puesto de guardias que revisan las «boletas» de viaje que deben llevar los caminantes. La ruta está llena de ecos que han llegado hasta nosotros: Zumpango, Mezcala, Amacuzac, Ahuacutzingo, Cuernavaca, Xuchitepec, Huichilaque...

Más allá de Cuernavaca, el clima cambia. Gemelli emprende el ascenso por «una áspera montaña de pinos» en la que no hay «más que hierba seca que quemaban los aldeanos para abonar el terreno». El frío arrecia de tal modo que una mañana Gemelli encuentra su colcha de viaje cubierta de hielo.

Aparece por fin Tlalpan, que entonces se llamaba San Agustín de las Cuevas: los viajeros deben pagar al guardia que custodia la caseta de entrada un real por cada mula que lleven. Bajo un aguacero y fuertes rachas de viento, Gemelli es conducido «por una calzada o terraplén, hecho laguna», hacia el edificio de la Aduana. Allí le registran los baúles de viaje. Los oficiales advierten que es extranjero y tienen «la atención» de mirar sólo por encima lo que ya dentro de ellos. Es el sábado 2 de marzo de 1697. La Aduana se encuentra entonces sobre la calle de la Monterilla, nuestra actual 5 de Febrero. La capital luciría desierta a causa de la lluvia, las mangas de agua dejarían a Gemelli adivinar apenas el contorno de los edificios.

Una vez cumplido el trámite, el viajero debe buscar dónde hospedarse: camina sólo unos pasos, supongo que a la inmediata calle de Mesones, en donde encuentra un hostel «muy mal servido».

Desde su salida de Manila, nueve meses atrás, no ha dejado de sufrir, de padecer, de esforzarse. Y sin embargo, las frívolas pinceladas que aquel hombre de 46 años plasma en su libro, están llenas de color.

Amanece el domingo 3 de marzo de 1697. Giovanni Francesco Gemelli Careri sale a la calle. Ese día hay función en la Catedral. Ese día conocerá el espectáculo que es la calle de Plateros. Caminará por Tacuba, se acercará a la Alameda, contemplará las acequias: se inmergirá en la ciudad que Bernardo de Balbuena llamó «centro de perfección, del mundo el quicio».

Si cierro los ojos, puedo saber lo que vio.

Los dueños de la mañana

DURANTE LOS AÑOS en que dirigió *Ovaciones*, Jacobo Zabłudovsky se impuso la costumbre de mostrar el primer ejemplar que salía de la rotativa a los voceadores que aguardaban la remesa del día a las puertas del periódico, Zabłudovsky dice que podía saber si una edición iba a venderse o no con sólo observar la reacción de esos sinodales. Nadie como los voceadores para tomar el pulso de un encabezado o de una noticia: último eslabón de un ciclo que comienza con la redacción de una nota y llega a su culminación al momento de entregarla impresa a los lectores, los voceadores conocen a su público más que los propios periodistas. No en vano andan voceando cosas por la calle desde que en 1541 un impreso ofreció la «relación del espantable terremoto que agora nuevamente ha acontecido en las Yndias, en una ciudad llamada Guatimala».

Medio milenio después los voceadores pueden preciarse de haber acompañado el desarrollo de la prensa mexicana. Por sus manos manchadas de tinta han pasado todas las publicaciones editadas en el país, desde la fundación en el siglo XVIII del primer periódico «formal», la *Gazeta de México* (1722), hasta la llegada de diarios como *El Universal*, *Milenio* y *Reforma*.

Rafael Cardona los ha definido como «dueños de la mañana y señores de la última verdad». Tomando como punto de partida las montañas de papel que han delimitado su territorio histórico —Humboldt, Artículo 123, Donato Guerra, Iturbide—, los voceadores, dice Cardona, van clavando puñales en el corazón de la gente: no de otro modo distribuyeron los 385 mil ejemplares que en 1957 vendió la muerte de Pedro Infante; no de otra forma se agotó la edición que mostraba las fotos de un mundo en ruinas, en el ya lejano septiembre del 85.

¿Cuántas albas despertó la Ciudad de México con sus gritos? El investigador José Luis Camacho rescata uno de los más memorables: «¡La muerte del emperador de Alemania que está muy malo!».

Hace unos años, la Unión de Expendedores y Voceadores de los Periódicos de México presentó, con un centenar de fotografías exhumadas de los fondos Casasola y Nacho López, así como una veintena de artículos entresacados de diarios y revistas del pasado, un libro, *Voces de la libertad*, que traza a grandes saltos la historia de uno de los gremios más antiguos de la urbe. Lo mejor de ese libro, su recorrido visual, inicia con una imagen de 1895 en la que gendarmes porfirianos se lanzan contra un grupo de «papeleritos» a un costado del Zócalo. La imagen procede de unos días en los que el régimen porfirista había decidido prohibir el voceo en las calles, pues,

cuenta Ciro B. Ceballos en *Panorama de México*, «para inflar noticias aquellos muchachuelos endiablados no había reputación que no hicieran añicos ni crimen que no elevaran al máximo horror».

El viaje prosigue con una extensa galería de niños voceadores de *El Nacional* y *El Demócrata* (1925), que parecen ajustarse a la estampa que en julio de 1893 hizo un redactor de *El Siglo Veinte*:

*Aquí tienen ustedes al granuja
más simpático de la población.
Es una abeja que recorre la
ciudad en todas direcciones,
voceando su periódico.
Maltratado, hecho pedazos, con
la oreja saliéndose entre la copa
y el ala del sombrero. Alegre,
peleonero, decidor y más vivo
que una ardilla.*

Las noventa fotografías que completan el libro narran la transformación de una urbe que se va poblando de autos y rascacielos y en la que «los granujas más simpáticos de la población» —niños en ruinas, arrollados siempre por la urbe— siguen voceando en los amaneceres negros «de un día que al cabo de las horas se transformará en ayer y después en Historia», como solía decir José Emilio Pacheco.

Entre 1823 y 1828 se prohibió varias veces el pregón de noticias en plazas, calles y lugares públicos. En esos años, los voceadores fueron reprimidos y algunos de ellos incluso asesinados. En 1853 se les ordenó «gritar» sólo el título de los diarios y no el contenido de las noticias; en 1895, cuando ya se desencadenaban los años crudos del crepúsculo porfirista, padecieron cárceles y persecuciones al lado de los redactores de *El Diario del Hogar* y *El Demócrata*. Voces de la libertad: este gremio «perjudicial, escandaloso e intolerable», asociado desde siempre a la vida de la urbe, sería una pieza clave en la libre circulación de ideas, en algunas de las conquistas que hoy nos resultan imprescindibles y naturales.

EN ESTA CIUDAD el baño de vapor fue durante siglos la ventana por la que se asomaban los domingos. Paredes de azulejo, mesa de masajes, toallas y sábanas percutidas, brillantinas, lociones, hojitas de rasurar: todo lo que habita en las crónicas que periodistas como Ricardo Cortés Tamayo dedicaron a estos establecimientos. La tradición del «vaporazo», forma suprema del baño público («Una restregadita con sal, por favor», «¡Ropa para el 9! ¡Jabón y zacate para el 12!»), comienza a extinguirse, sin embargo. De mil quinientos baños públicos a principios de los años ochenta, no quedan en la actualidad sino unos doscientos, en buena parte consagrados como centros de ligue de la comunidad homosexual.

Los baños públicos más antiguos de que se tiene registro estuvieron en las caballerizas del convento de San Camilo, ubicado en la calle de Regina. Nada de este edificio —construido en 1754— se mantiene en pie. En los años posteriores a la Reforma se levantaron sobre sus ruinas las instalaciones del Seminario Conciliar, en donde años después funcionó —y funciona hasta la fecha— la primera secundaria que hubo en el país (la secundaria 1, César A. Ruiz). Una parte del convento de San Camilo se conservó hasta hace poco tiempo, pero el gobierno de Marcelo Ebrard la demolió injustificadamente para entregar el predio a vendedores ambulantes.

En ese sitio victimizado por políticas clientelares del gobierno de la capital, los frailes Camilos habían acondicionado un baño público, en el que además de practicar la natación era posible lavar las cabalgaduras. El negocio no debió rendir grandes dividendos, porque en ese tiempo el aseo personal era cosa que se postergaba tanto, o más, que el pago de los impuestos. De hecho, para sostener los gastos del convento, los frailes de *la religión agonizante* (se les llamaba de ese modo, pues su misión consistía en ayudar a bien morir a los enfermos) tuvieron que abrir, a un lado de los baños, un juego de pelota que se alquilaba por hora a los comerciantes vascos.

La historiadora Mónica Verdugo afirma que en 1856 existían en la Ciudad de México dos clases de baños públicos: los destinados a las personas «decentes», situados en las calles más céntricas y elegantes —San Agustín, Vergara, Coliseo y Betlemitas—, y aquellos destinados a cubrir las necesidades del pueblo, abiertos en las orillas y en calles de los barrios más tristes: Delicias, Jordán, Pescaditos, San Camilo, Perpetua y Puente Quebrado.

Antes de que el efímero gobierno de Francisco I. Madero inaugurara el servicio que llevó a los domicilios «el agua de la llave» (1912), quien deseara bañarse en su propia casa debía mandar por agua a las fuentes públicas o pagar a los aguadores el

precio fijado por cada cántaro que transportaban. Los baños públicos cumplían entonces una función vital: eran opciones cómodas, rápidas, baratas.

En 1850, el empresario italiano Sebastián Pane introdujo en México una técnica para perforar pozos artesianos. En pocos meses dejó listos veinticuatro pozos para riego y ciento veinte para el servicio de casas particulares. Por primera vez en la historia de la urbe, algunas casas tuvieron agua al alcance de la mano. Pane se enriqueció. Para 1872 había amasado una de las grandes fortunas de su tiempo. Ese año, ofreció a los habitantes de la ciudad un mundo hasta entonces impensable: la Alberca Pane, un suntuoso balneario que se ubicaba en pleno Paseo de la Reforma (frente a la estatua de Colón) dotado con jardines, baños hidroterápicos, escuela de natación y alberca alimentada por fuentes brotantes. Agua para tirar para arriba: una orquesta «lisonjeaba los oídos de los bañistas», que podían elegir entre baño turco, vapor o regadera. Había además «terapia de choques eléctricos curativos» y se llevaban a cabo toda clase de concursos: «El que atravesase la alberca sentado en el toro respingón sacará un premio de diez boletos de baño», se leía en un anuncio publicado en *El Siglo Diez y Nueve*. No sólo eso: un sistema de tranvías de mulitas — pagado por el propio Pane— conducía a los clientes desde el centro de la ciudad hasta las puertas mismas del balneario.

Durante los treinta años siguientes, la Alberca Pane fue el polo de atracción de los fines de semana. Antiguas fotografías muestran la alberca a reventar. En una nota cargada de sarcasmo, Ángel de Campo recoge un puño de escenas características de aquel balneario:

—Gordos que nadaban de a muertito.

—Viejos que medían la temperatura del agua con la punta del pie.

—Padres que enseñaban a sus hijos «a hacerse hombres», lanzándolos de golpe a «las aguas procelosas».

—Venus que intentaban emerger arrobadoramente de las espumas.

—Individuos sofocados, que pataleaban hacia la orilla con los ojos abiertos de espanto.

La alberca cerró en 1906. Cuando Madero llevó el drenaje a los domicilios, los baños públicos padecieron la primera embestida. Muchos de ellos conservaron, sin embargo, una clientela alentada por los supuestos poderes curativos del vapor, «que expulsa las toxinas que nos achicopalan y taran el cuerpo». Esa aduana que hacía que los *crudos* regresaran al mundo, y contenía todo cuanto necesitaba «un sobreviviente de una noche de onomástico», ha sido cercenada, casi por completo, de la vida urbana.

Ropa para el 9, zacate para el 12. Los viejos anuncios de los baños públicos se caen como los dientes en la boca de una anciana: la ciudad díscola y aparatosa, del poema de Efraín Huerta.

La fuente más antigua de México

LA HALLÉ, OLVIDADA DE TODOS, a las puertas del Metro Chapultepec. Los puestos ambulantes y el autotransporte urbano la habían invisibilizado; el Circuito Interior la mantenía aislada en el centro de un jardín seco y minúsculo. Tuve lástima de ella: la fuente más antigua que hay en la ciudad; más vieja que la fuente de la Victoria que Manuel Tolsá alzó en una de las glorietas de Bucareli —y hoy preside la plazuela de Loreto—; más antigua que cualquiera de las fuentes de la Alameda; más rancia que las que uno podría hallar en cualquier rincón del Centro.

Ocultada por los vendedores de cepillos, de pilas, de mochilas, de gorras, de tacos, de hot-dogs, la fuente más vieja de la ciudad vuelve a ser visible los domingos, como un pariente decrepito que sólo sale de su habitación cuando no hay visitas en la casa.

La llamaría suntuosa y magnífica. Debió serlo así en algún tiempo, pero ahora su caja de agua está rajada en dos y luce chueca, rota, desgastada. Con rastros de graffiti.

En esta fuente comenzaba, hace siglos, el vistoso acueducto de Chapultepec. De aquí partían los 902 arcos coloniales que Porfirio Díaz hizo derruir en 1896, y que luego de correr cuatro kilómetros desembocaban graciosamente en el tazón de piedra del célebre Salto del Agua.

Si la fuente terminal del acueducto —la de Salto del Agua— se ha convertido en todo un referente urbano —fue uno de los motivos más retratados durante el siglo XIX—, de la fuente inicial se desconocen detalles básicos como el nombre de su autor y la fecha de su inauguración (el autor de la otra es Ignacio Castera; comenzó a funcionar en 1779). Se cree que el virrey Agustín de Ahumada y Villalón, marqués de las Amarillas, debió inaugurarla entre 1755 y 1760; se sabe que en aquellos días la fuente se hallaba un poco más al poniente, a la entrada del Bosque de Chapultepec en donde surgían los manantiales que alimentaban de «agua gorda» a los habitantes de la metrópoli. (El «agua gorda» era más salitrosa que la «delgada» que llegaba desde Santa Fe por el acueducto de San Cosme: se usaba, por lo general, en labores de limpieza.)

Durante más de un siglo, esta vieja fuente surtió a los habitantes de San Miguel Chapultepec: algunas imágenes la muestran rodeada de aguadores que cargan sobre la espalda las tradicionales vasijas de barro conocidas como «chochocoles». En 1921, un arquitecto de moda, Roberto Álvarez Espinosa, autor de la estatua de la Corregidora que se halla en la plaza de Santo Domingo, la cambió de sitio para agrandarla y colocarle vertederos movidos por electricidad. Para entonces, el acueducto había sido demolido. Sólo quedaban, para el recuerdo, los veinte arcos que

embellecen la avenida Chapultepec a las afueras de la estación Sevilla.

La fuente se convirtió en un simple elemento decorativo que pronto se vio alcanzado y devorado por esa forma de la equivocación que a veces llamamos modernidad.

En el último tercio del siglo xx, tras la acometida que significaron las obras del Metro, el Circuito Interior y los ejes viales, la fuente original del Salto del Agua fue rescatada y conducida a las huertas del convento de Tepozotlán; en su lugar se dejó una copia, tan bella y perfecta como la virreinal.

La fuente más vieja de la ciudad no corrió con la misma suerte. Los altorrelieves de niños con jarrones y motivos florales que la decoran se van desdibujando bajo el sol. En unos años serán manchones irreconocibles en una metrópoli que no conoce sus tesoros, que no sabe, muchas veces, qué demonios hacer con sus joyas.

Arqueología del asfalto

LA PRIMERA CALLE EMPEDRADA que hubo en la Ciudad de México fue la de los Cereros. Ahora esa calle se llama Monte de Piedad. Ahí estuvieron alguna vez las casas del conquistador Hernán Cortés, las cuales, según las crónicas, eran tan grandes y bien plantadas que parecían una ciudad dentro de la ciudad. Durante los primeros años de la Conquista, en los bajos de aquellas casas se establecieron talleres de guarnicioneros, silleros, espaderos y talabarteros. Como a las puertas de la residencia de Cortés había siempre una guardia, la calle se llamó, también, calle de la Guardia.

Hacia 1750 estaba ocupada por vendedores de cirios y de velas, y tal vez como una deferencia a los herederos del conquistador el gobierno virreinal había procedido a empedrarla. José María Marroqui localizó un documento fechado en 1757, en el que se habla ya de la calle del Empedradillo. Artemio de Valle-Arizpe afirma que el nombre surgió «desde que la vio la gente con su buen piso de piedra».

En los años anteriores a aquel instante fundacional, la ciudad se hallaba compuesta por calles de tierra en las que, sigue don Artemio, «el viento se daba amplio gusto alzando enormes polvaredas». En una crónica titulada «La pavimentación», Valle-Arizpe relata cómo aquella «trascendental mejora» fue tan bien recibida por el público, que el gobierno se puso a empedrar una calle tras otra.

Desde 1771, el empedrado se retiró de algunas avenidas principales, como Plateros y San Francisco —las niñas consentidas de la metrópoli—, a las que se adoquinó con piedra de recinto. Aunque este adoquín jamás volvió a ser repuesto, y al paso de los años en todos los rumbos de la ciudad existían hoyos, piedras sueltas y desniveles, durante un tiempo pareció que la capital del virreinato rivalizaba con las mejores ciudades españolas. Valle-Arizpe cuenta que, tras la llegada al virreinato del segundo conde de Revillagigedo, «hasta los más sórdidos callejones tuvieron su empedrado».

La literatura, los daguerrotipos y las primeras placas fotográficas muestran, sin embargo, una ciudad lodosa y polvorienta: calles donde han quedado impresas las huellas de los carruajes, las herraduras de los caballos. El escritor Ciro B. Ceballos relata que en los años más fuertes de la «europeización» de la Ciudad de México, el gobierno de Porfirio Díaz reemplazó los adoquines coloniales por maderos embadurnados de chapopote. Así se usaba en París y en Berlín: los carruajes parecían correr con tersura, se apagaba el chocar de las ruedas contra la piedra, y todo mundo se sentía habitante de alguna capital europea. Hasta que vino la primera lluvia.

La humedad provocó la dilatación del entarugado. Algunos maderos se abombaron y otros se desprendieron de su sitio, «echándose a nadar sobre las aguas como los restos de un naufragio» (Ciro B. Ceballos). Se afirma que Miguel Ángel de Quevedo remedió aquello, y trajo al país el asfalto. La fecha: 1901. Miguel Ángel de Quevedo era entonces regidor de Obras Públicas. Gracias a él, la «jungla de asfalto» de la que habla el cliché nació en las calles de Coliseo, Refugio y Tlapaleros. Hoy las tres tienen el mismo nombre, 16 de Septiembre.

El asfalto se había empleado por primera vez en París en 1824 (la primera calle pavimentada del mundo: los Campos Elíseos). En 1905, Micrós reportó en su columna de *El Imparcial* el arribo a la ciudad del asfalto laminado. Según él, los autos rodaban con gran facilidad, aunque el nuevo pavimento tenía el inconveniente de privar al peatón de piedras, útiles antiguamente en caso de riña o ataque de perro.

Acabo de escribir que debemos a Miguel Ángel de Quevedo el nacimiento de la jungla de asfalto, y sin embargo ahora debo desdecirme, porque la jungla de asfalto es obra, en realidad, del presidente Plutarco Elías Calles y algunos distinguidos miembros de su gabinete, Aarón Sáenz entre ellos.

Calles fomentó el que sería el gran negocio de los gobiernos postrevolucionarios: la concesión y construcción de obras públicas. En 1924 se hizo socio de las compañías cementeras Anáhuac y FYUSA, a las que entregó contratos para que asfaltaran calles y caminos de México. Un ex secretario de Comunicaciones, Juan Andrew Almazán, confesó alguna vez que por órdenes de Calles visitó a representantes de la Standard Oil.

—¿A ustedes les conviene que se gaste mucha gasolina, verdad? —les preguntó.

—Pues claro.

—Bueno, pues para que se gaste mucha gasolina, necesitamos hacer muchos caminos.

Almazán salió de la reunión con un crédito de varios millones para la construcción de calles y carreteras. Y como Anáhuac y FYUSA monopolizaban la producción de asfalto, el dinero cayó a manos llenas en los bolsillos del Jefe Máximo.

El asfalto, en consecuencia, llovió también a manos llenas sobre la ciudad. Surgió la sociedad del asfalto, la mancha urbana que treparía vorazmente las lomas, las cuevas, los cerros. La ciudad se volvía gris y Valle-Arizpe terminaría por describir de este modo el nuevo horizonte: «Asfalto por todos lados».

Manuscrito del que lo vio todo

EN 1763, UN VIAJERO tardaba ochenta días y debía recorrer casi dos mil leguas para ir de Cádiz al puerto de Veracruz. El mar comenzaba siendo azul claro e iba mudando de color, según la variedad del fondo. A la altura de la Martinica se hacía verdinegro. A veces, la marcha era interrumpida por el avistamiento de fragatas corsarias. La tripulación padecía por los intensos calores y la excesiva calma del viento. Los pilotos le temían a «los Caimanes», dos islas despobladas, rodeadas de corrientes asesinas, y también a «los Alacranes», una zona de arrecifes que mordían sin piedad a las embarcaciones que se acercaban demasiado.

—Durante los ochenta días del viaje—, cada media hora un oficial de la guardia de popa llamaba a la guardia de proa: «¡Ah de la proa! ¡Ah!». La tripulación entera replicaba: «¿Qué dirán? ¿Qué dirán?». El oficial de la guardia de popa insistía: «¡Alerta la buena guardia!». La guardia de proa contestaba al fin: «¡Alerta está!».

En julio de ese año de gracia de 1763, mareado a tal punto que la tripulación pensó que no iba a sobrevivir al viaje, el fraile Francisco de Ajofrín se dirigía a Nueva España, con la misión de recabar limosnas para que un grupo de frailes capuchinos pudiera cumplir labores evangelizadoras en el Tibet.

El mareo le pegaba «con exceso y ansias mortales». Ajofrín, sin embargo, se las ingeniaba para anotar en un diario los sucesos más significativos de la travesía; dibujaba incluso, con hermosos detalles, el perfil de las islas que la fragata La Perla iba encontrando.

El manuscrito del fraile fue descubierto en 1936 en la Biblioteca Nacional de Madrid. Para entonces, salvo las islas, los arrecifes y las marejadas, nada quedaba en el mundo de lo que Ajofrín describió. Pese a todo su crónica era tan viva, tan fina, tan extraordinaria, que permitía a los lectores volver a mirar aquel mundo perdido. El diario de Ajofrín consta de siete tomos. Las páginas que dedicó a la capital de la Nueva España son un clásico de la crónica mexicana. En 2014, aún podemos acompañar al fraile: podemos entrar con él por calles perfectamente trazadas y repartidas, en las que la fragilidad del subsuelo hace, sin embargo, que los edificios naufraguen como buques: «He visto casas en la calle de Tacuba, frente a Santa Clara, sepultada enteramente la primera vivienda», escribe en su diario.

Caminando a su lado, podemos conocer la extrañeza que provocaba en los europeos el modo de saludarse de los habitantes de la Nueva España:

«Aunque sea hombre con mujer, se dicen: Adiós, mi alma; adiós, mi vida; adiós, mi consuelo; adiós, espejo mío. Es usted mi honra; es usted todo mi querer; es usted

mi almita; es usted mi vida... Es usted mi amo; es usted mi señor.»

A Ajofrín le sorprendía que al encontrarse en la calle, la gente se preguntara de corrido, «sin hacer coma ni punto»: «¿Cómo está usted? ¿Cómo lo pasa usted? ¿Cómo le va a usted? ¿Cómo se halla usted?». Se le hacía rarísimo que cuando alguien preguntaba: «¿Qué hora es?», le respondieran con un «Quién sabe.»

Españoles, indios, negros y mestizos deambulaban por calles pletóricas y abigarradas. También caminaban por ellas las «varias castas de gentes»: los mulatos, los moriscos, los barcinos, los alvarasados, los castizos. «Los *lobos, cambujos y coyotes* —escribía Ajofrín— son gente fiera y de raras costumbres. Los *albinos* se llaman así porque son sumamente blancos, hasta el cabello; son cortos de vista y se ha observado que viven pocos años. *Torna atrás* o *Salva atrás* llaman porque vuelve al color pardo de sus antecesores. *Tente en el aire*, porque ni es blanco ni es negro».

Hombres y mujeres fumaban tabaco a rabiar, «siendo su consumo exorbitante, pues apenas dejan el cigarro de la mano en todo el día»; incluso cuando iban de visita, a mitad de la conversación sacaban de sus bolsas eslabón, pedernal y yesca para encender sus cigarros y seguir fumando. Chicos y grandes, ricos y pobres, todos usaban gorros blancos y con ellos asistían a procesiones, entierros y funciones públicas: «Ayudan a misa con gorro... se ponen en el comulgatorio con gorro, y sólo se lo quitan al tiempo de recibir a Su Majestad [el virrey], e inmediatamente se lo vuelven a poner... todos traen su gorro muy empingorotado».

El panorama de México, decía Ajofrín, era bello y contradictorio: ¡en vez de fuego los volcanes tenían nieve! Las casas eran vistosas —«hay tanta grandeza en México, caballeros tan ilustres, personas ricas, coches, carrozas, galas y extremada profusión»—, y sin embargo la miseria era aterradora: «Es el vulgo en tan crecido numero, tan despilfarrado y andrajoso, que lo afea y mancha todo —escribió—. De cien personas que encuentres en las calles, apenas hallarás una vestida, y calzada. Ven a verlo. De suerte que en esta ciudad, se ven dos extremos diametralmente opuestos: mucha riqueza y máxima pobreza; muchas galas y suma desnudez; gran limpieza y gran porquería».

Camina Francisco de Ajofrín por la Ciudad de México. Los descalzos venden zapatos, los desnudos venden vestidos. Las indias no traen a sus hijos en brazos, «sino atrás, en las espaldas». Las lagunas no dan peces, sino patos. «Todo es aquí al revés de la Europa».

Camina Ajofrín por la ciudad: le sorprende el entendimiento de los naturales en «todas facultades y ciencias». Lamenta, sin embargo, que a los treinta años entran todos en decadencia «por falta de fomento y plazas en qué acomodarse». La Nueva España eterna: el fraile mira la ciudad. Y una tarde, anota en su diario: «Muchos siempre a caballo por las ciudades, sin saber dar un paso a pie; muchos siempre a pie por no tener jamás un caballo».

—La ciudad que no cambia.

❖ 1775 ❖
¿A qué nombre?

ESTÁN EN LA FILA con bultos diminutos o con el puño apretado en el bolsillo del saco. En esa fila se adivinan destellos de plata, chispazos de oro. Ir al Monte de Piedad pasado el 6 de enero, no importa de qué año, constituye el colofón de un extraño periodo de fiesta conocido en México como «el Guadalupe-Reyes».

Lo que sigue al «Guadalupe-Reyes» se parece al *Nemontemi* de los aztecas: unos días secos y vacíos, posteriores a la última ceremonia ritual, en los que sólo existe un ayuno prolongado, lacerante, general.

Esa fecha fatal en la historia de México estuvo ahí, ha estado ahí, no se sabe desde cuándo. Sobrevivió a los mexicas y sobrevivió a la Colonia. En las novelas mexicanas del siglo XIX —canta, ¡oh, Payno!—, los personajes rezan. Y si esto no da resultado van al Monte a empeñar sus sables, sus sarapes, sus calzones, sus guitarras, sus sombreros, sus toquillas.

La primera novela mexicana, *El Periquillo Sarniento*, cuenta la historia de un individuo que asistía al Monte de Piedad cada vez que era necesario enfrentar la adversidad (el resto parecen capítulos incidentales). Y es que en términos de la beneficencia pública, El Monte siempre ha sido más efectivo que Dios, más confiable que el Estado.

El sábado 25 de febrero de 1775, don Francisco Carabantes fue el primer ciudadano de la Nueva España que hizo fila frente a una ventanilla del Nacional Monte de Piedad. Carabantes iba a poner en práctica un verbo extraño: pignorar («dar o dejar en prenda»).

Ese día, la casa fundada por el gran magnate de la Colonia, el conde de Regla, abriría sus puertas «para proporcionar alivio a la población menesterosa». Se había hecho tal propaganda que quinientos o seiscientos vecinos hicieron fila frente a la institución, que por entonces se hallaba más allá de la calle de San Ildefonso, por el colegio de San Pedro y San Pablo.

Carabantes pignoró aquella mañana un aderezo de diamantes. Con ese simple acto inauguró el futuro nacional: un país de pignorantes.

Cuando Guerrero, Iturbide y el Ejército Trigarante avanzaron por Plateros, y se acantonaron en la Plaza Mayor para proclamar la Independencia, el Nacional Monte de Piedad llevaba ya 46 años de arraigo en las estructuras más profundas de la vida cotidiana. Entonces el mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas. Tal vez a eso se debe que en las primeras boletas de empeño los valuadores mencionaran que tal prenda había sido pignorada

por «el hijo del alcalde», y que tal joya había sido empeñada por «la muertecita», o acaso por «la madre de la güera».

Dos siglos, tres décadas y tres años después, los descendientes del hijo del alcalde, la muertecita y la madre de la güera siguen agolpados frente a las ventanillas. Se fueron los virreyes. La ciudad creció y se arruinó. El Monte cambió de domicilio (desde 1836 se estableció donde lo conocemos: en la calle del Empedradillo), y desde entonces es uno de los poderes que se disputan el centro ritual, el Zócalo de México.

Hoy 13 mil personas enfrentan diariamente esa otra institución: la llamada «cuesta de enero». Antes se empeñaban zapatos, calzones, pistolas, hebillas, bacinicas, fajas, fondos, catres, ropa de cama, libros, guitarras y violines. Hubo un tiempo en que las teles, los radios, las licuadoras y las batidoras (¡oh, modernidad!) fueron los bienes más ofrecidos por los pignorantes. Ahora, el tiempo de los «artículos varios» ha pasado: 96% de la gente (cifras de la propia institución) lleva a empeñar relojes, aretes, pulseras, cadenas y esclavas.

Avanza una mañana más. Una fila desesperada y desesperante se disputa los 905 millones de pesos que el Monte prestará en la «cuesta de enero». El mundo es tan viejo que todas las cosas poseen un nombre, y para mencionarlas no hay que señalarlas con el dedo: ya todos somos pignorantes.

Nostalgia de Bucareli

EN UNO DE LOS MUROS de la cantina La Reforma, pende uno de los pocos retratos que quedan de lo que algún día —un día de mediados del siglo XX— fue la avenida Bucareli. El imponente edificio del periódico *Excélsior*, diseñado por Silvio Contri en 1923, imprime a la calle un aspecto neoyorquino que desmienten los puestos de tortas, los atestados camiones urbanos, las nubes de *papeleros* que aguardan, a las puertas de la rotativa, los ejemplares del día.

La imagen cautiva. Hay tiendas que venden de todo, y esbeltos postes de luz, y hombres que se cubren del sol con elegantes sombreros de fieltro. Será horrible salir de La Reforma y encontrar una calle a la que el regente Hank González y el terremoto del 85 convirtieron en la triste avenida de nuestros tiempos. Un eje vial chimuelo, sembrado de terrenos baldíos y paredes grafitadas, en el que brotan a cada paso edificios cuarteados, abandonados, en ruinas. El polo contrario del paseo ilustrado que a fines del siglo XVIII el virrey Antonio María de Bucareli y Ursúa otorgó a la Ciudad de México.

La Ilustración introdujo en las ciudades un discurso paisajista que desconocía la ciudad vieja, «con su caserío estrecho y apiñado». En ese discurso, los *paseos* cumplían una función central: entregaban por primera vez avenidas anchas y regulares, «importantes para la salud pública», que ejercían la función, ya no de transportar a la gente de un sitio a otro, ya no de ser el escenario recurrente de las tradicionales fiestas y funciones religiosas, sino de convertirse en marco de una nueva sociabilidad urbana: la de deambular sin rumbo, sin otro fin que el de ver y ser visto.

Bucareli mandó hacer aquel paseo en los confines de la ciudad, en una zona pantanosa que los primeros colonos españoles le habían ganado al lago. En 1778 se le bautizó como Paseo Nuevo (ya existía La Alameda, un paseo del siglo XVI que, aunque no estaba en una avenida, había prefigurado las delicias de la ciudad peripatética). El público, sin embargo, le impuso el nombre de su creador, el cual persiste hasta la fecha.

En una crónica maestra —*Los paseos de la ciudad de México*—, Salvador Novo relata e imagina con envidia las ocasiones de contento que esa nueva calzada, arbolada con más de mil fresnos, debió procurar a nuestros ancestros. El Paseo de Bucareli poseía tres carriles —uno para coches, otro para jinetes, el último para caminantes— y se hallaba adornado con tres hermosas fuentes, una de las cuales, obra de Manuel Tolsá, sobrevive abandonada en una plazuela de nuestra actualidad:

la misteriosa plazuela de Loreto (en Rodríguez Puebla y Justo Sierra).

La belleza de aquella avenida impelía a la apoteosis: la eligió el Ejército Trigarante para entrar a la ciudad, la mañana de 1821 en la que la Independencia quedó consumada. Juárez llegó triunfante por ese mismo paseo medio siglo después. Bucareli es la obsesión de los cronistas del XIX: todos pasan por ahí alguna vez; Guillermo Prieto lo lleva a sus artículos con frecuencia (como en el caso de López Velarde y la calle de Madero, no hay una sola de las veinticuatro horas del día en que esta avenida no conozca su pisada).

No puedo explicar las razones por las que Bucareli fue pasando de moda. Cuando el presidente Lerdo de Tejada inauguró el Paseo de la Reforma (1872), esta calzada permanecía cerrada la mayor parte del tiempo. Nadie caminaba ya bajo la sombra de sus fresnos. Aunque el nuevo Paseo de la Reforma chocaba a los paseantes porque el sol los hería de frente al caer la tarde, un gusto inexplicable impuso el triunfo del paseo liberal, y el olvido repentino del viejo paseo ilustrado.

Los terrenos que colindaban con Bucareli fueron fraccionados. La colonia francesa sentó ahí sus reales —desde entonces llamamos «colonia» no a un conglomerado social, sino a un territorio urbano— y desde entonces se suscitó la explosión arquitectónica, la irrupción de nuevas calles que hicieron exclamar al cronista Novo: «En la ciudad ya no se pasea, el automóvil ha invadido los espacios en los que la gente sentía los latidos de su ciudad».

1903: el alodonero español Feliciano Cobián encarga al arquitecto Emilio Dondé la construcción del palacio que aún lleva su nombre y es la sede actual de la Secretaría de Gobernación. 1912: Miguel Ángel de Quevedo construye, para trabajadores de la cigarrera El Buen Tono, por órdenes del empresario Ernesto Pugibet, un edificio de ladrillo rojizo avituallado con privadas melancólicas cuyo nombre recuerda antiguas mareas de cigarrillos: Ideal, Gardenia, Mascota. 1921: *El Universal* inaugura sus suntuosas oficinas en el edificio conocido como «La Catedral de la Prensa». 1923: Es inaugurado el edificio de *Excelsior* (periódico cuyo nombre fue sugerido por un periodista olvidado: José de Jesús Núñez y Domínguez). 1923: El torero Rodolfo Gaona hace construir, bajo los dictados del neocolonialismo, un edificio de azulejo y tezontle que será el telón de fondo inevitable en las fotografías del Reloj Chino. 1924: Por fin se inaugura el señorial y afrancesado Edificio Vizcaya, pensado para albergar a diplomáticos extranjeros y funcionarios del porfirismo —y cuya construcción dejó en suspenso por varios lustros el estallido de la Revolución.

Todo esto se encuentra, de algún modo, condensado en la fotografía que cuelga en el muro de la cantina La Reforma. Bucareli fue un paseo que la ciudad perdió y también una avenida que la capital ha perdido varias veces (la ganaron el terremoto, y la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), y también Antorcha Campesina).

Antes de volver a la calle, cierro los ojos. Afuera bufan los autos, los tráileres cargados de fierros, de cajas, de cerdos. No sé por qué recuerdo el poema «Eje

Lázaro Cárdenas, 4 A. M.», que Arturo Trejo Villafuerte dedicó a la antigua San Juan de Letrán: «Hank González nos quitó todo, menos la rabia».

Apuro el último trago de mi bebida. Es una cerveza. Estoy de vuelta en la calle.

El año de la peste

EL PRIMER CASO ES DETECTADO en el Hospital de San Juan de Dios. Las características del brote parecen benignas. Sin embargo, el 20 de septiembre de 1779, el padre Joaquín Izquierdo visita al virrey Martín de Mayorga para anunciarle lo peor: la viruela ha regresado después de veinte años y se propagará sin freno en la ciudad.

El virrey cierra los ojos ante lo que está a punto de enfrentar. Se limita a enviar al hospital cien camas de madera y cuatrocientas mantas. En unos cuantos días, centenares de enfermos deambulan por las calles pidiendo alimentos y medicinas. De Mayorga hace instalar un hospital provisional en el Colegio de San Andrés y ordena que los enfermos del «virus varioloso» sean concentrados, incluso por la fuerza, en los «lazaretos».

Las familias no quieren acercarse a aquellos galrones donde gimen cientos de personas con el cuerpo lleno de pústulas y hacen lo posible por ocultar en sus casas a los enfermos. La viruela se extiende incontenible. Un miembro del Protomedicato informa: «En toda la ciudad no se ven más que cadáveres, y en toda la ciudad se escuchan sólo quejas y lamentos». El médico José Ignacio Bartolache publica un folleto con recomendaciones para curar la viruela: encender hogueras con ramas aromáticas en las calles para evitar la infección del aire y disparar cañones para limpiar la atmósfera. Proporcionar a los enfermos una mezcla de vinagre, miel y azúcar, y tocar el órgano para tranquilizar sus nervios a la hora en que se les dé de comer. En tres meses mueren 18 mil personas. En un intento desesperado por sanear el ambiente, el virrey contrata a 355 peones para que se encarguen de llevar la basura y los desperdicios a las afueras y ordena que los muertos sean enterrados más allá de los límites de la ciudad. La gente se niega a sepultar a sus muertos lejos de los templos. Un médico francés recién llegado a Nueva España, Esteban Morel, se acerca al virrey para ofrecerle «un preventivo muy útil para la viruela» que se usa en Europa desde tiempo atrás: la inoculación. Explica su método: trasplantar la pus de los enfermos en la piel de las personas sanas para provocar una infección benigna, con mayores posibilidades de supervivencia. Los médicos más eminentes de la ciudad se oponen escandalizados. Morel sale del palacio y establece en su propia casa una clínica donde inocular a siete voluntarios. Un representante del Ayuntamiento atestigua que los siete voluntarios recobran pronto la salud. El virrey ordena que se abran en San Hipólito varias salas para que ahí sean inoculados «todos aquellos que voluntariamente quieran someterse a esta operación». Nadie se presenta. Nadie está

tan loco para irse a contagiar por propia mano. La Nueva España prefiere los emplastos, las sangrías, las purgas. El médico José Flores calcula que, al terminar 1779, la viruela ha asesinado a cuatro mil personas más. Para el 27 de diciembre, hay 44 mil 286 enfermos en las calles. No se ha explicado por qué el brote cede misteriosamente en los primeros días de 1780. Todos aplauden a Bartolache, nadie recuerda a Morel.

En 1794, la Inquisición prende a Morel por leer libros de Voltaire y lanzar máximas francesas encaminadas a seducir y contaminar. El precursor de la vacunación se suicida en las cárceles secretas del Santo Oficio: una mañana es encontrado en su celda, bañado en su propia sangre. El 9 de agosto de 1795, un año después de su muerte, Esteban Morel es condenado en estatua bajo el cargo de «hereje formal y suicida voluntario con visos de ateísta».

FRANCISCO XAVIER CLAVIJERO localiza a fines del siglo XVIII, en Italia, un libro publicado dos siglos antes por Giovanni Bautista Ramusio. Se titula *Navegaciones y viajes*. Está escrito en italiano. Al pasar las hojas amarillentas, el padre Clavijero encuentra diversos relatos de viajes antiguos, cuya lectura roba el aliento: viajes de Marco Polo, Américo Vespucio y Fernando de Magallanes.

Pero la obra incluye también un relato del que Clavijero que no ha oído hablar jamás: «Relación de algunas de las cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temistitán México, escrita por un compañero de Hernán Cortés».

Clavijero no tiene que hacer un gran esfuerzo para reconocer que aquella relación anónima ha sido escrita muy poco después de la Conquista. No logra adivinar, sin embargo, la identidad de aquel compañero de Cortés, «porque ningún autor mexicano lo menciona». Decide bautizarlo con un nombre misterioso: El Conquistador Anónimo. «Sea quien fuere», escribe, «es autor verídico, exacto y curioso».

La versión en castellano de la Relación, si es que existió, no ha aparecido nunca. No se sabe si el breve documento que ha llegado hasta nosotros es el fragmento de un trabajo mayor, o si el autor sólo se propuso narrar lo que aparece en esas páginas. La Relación no hace mención alguna de los sucesos de la Conquista, pero incluye, en cambio, una vibrante descripción de la ciudad que los españoles destruyeron: el Conquistador Anónimo hizo en realidad la última crónica de México-Tenochtitlan: habla de sus calles, sus templos, sus casas; relata la forma de vivir y morir de los mexicanos; describe sus guerras, sus armas, sus comidas, sus bebidas. Retrata algunos de los hábitos más arraigados: la embriaguez, el canibalismo, la sodomía. Es la foto del último instante de la ciudad que está a punto de ser arrasada.

«Si su obra no fuera tan sucinta» —escribe Clavijero—, «no habría otra que pudiera comparársele en lo que toca a antigüedades mexicanas.»

A mediados del siglo XIX, Carlos María de Bustamente afirmó que el Conquistador Anónimo era el conquistador Francisco de Terrazas, mayordomo mayor de Hernán Cortés, a quien algunos atribuían la escritura de «un diario de la Conquista».

Terrazas había llegado en el mismo barco que Cortés. Uno de sus hijos, llamado también Francisco de Terrazas, se convirtió en el primer poeta novohispano. Alfredo Chavero y Joaquín García Icazbalceta consideraron que, al ser «Terrazas el viejo» un hombre de pluma, no sería extraño que hubiese escrito sobre «las costumbres de los naturales».

El Conquistador Anónimo, sin embargo, estaba llamado a ser uno de los grandes misterios de la historiografía mexicana. Un experto en manuscritos del siglo XVI, el historiador Federico Gómez de Orozco, descubrió (hacia 1940) que la crónica que Clavijero había considerado «verídica y exacta» daba la sensación, en realidad, de haber sido escrita por alguien «que no vio lo que describe».

La Relación hablaba, por ejemplo de las minas «de acero y hierro» de la Nueva España y de los templos aztecas en cuyas altas torres había «numerosas ventanas». La Relación decía que los tigres americanos tenían rayas blancas y que en Tlaxcala existían muchos cerezos y manzanos (árboles que en realidad importaron los conquistadores). Aún más, decía que un grano de cacao equivalía a «un medio marcheto de los nuestros» (¿por qué un conquistador español compararía el cacao con una moneda italiana?).

Gómez de Orozco descubrió además perturbadoras semejanzas entre la crónica del Conquistador Anónimo y las Cartas de Relación de Hernán Cortés. Había párrafos que parecían copiados: «Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la de la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de 60 mil ánimas comprando y vendiendo», escribía Cortés.

«Hay en esta ciudad de Temistitán México muy grandes y hermosas plazas donde se venden todas las cosas que aquellos naturales usan, y especialmente la plaza mayor, que ellos llaman Tlatelula, que puede ser como tres veces la plaza de Salamanca. Todo alrededor tiene portales, y en ella se reúnen todos los días 20 o 25 mil personas a comprar y vender», escribía El Conquistador.

De acuerdo con Gómez Orozco, el verdadero autor de la Relación podría ser un impresor que vivía en Venecia en 1556, que se dedicaba a compilar, traducir y editar obras de carácter histórico, y a quien se le han descubierto simulaciones, interpolaciones y plagios.

Se llamaba Antonio de Ulloa y es posible que a los 14 años hubiera fungido como paje de Cortés. Es posible que se le haya ocurrido simular un relato «basado en autores fidedignos» y que, para darle mayor verosimilitud, se lo haya achacado a «un compañero de Cortés».

La Relación sería, pues, una patraña y el misterioso Conquistador una especie de cronista fantasma que engañó a Clavijero, Bustamante y García Icazbalceta, y nos hace soñar con una ciudad que sólo existió en los otros: en la memoria de otros y en la mirada de otros.

La era de los incendios

C IERTA TARDE DE GRACIA hallé en un tiradero de libros viejos el primer *Reglamento para precaver y extinguir en México los incendios*. Lo había escrito en el lejano 1782 el oidor de la Real Audiencia, Francisco Leandro de Viana. Acababa de quemarse una parte del palacio virreinal: aquella tragedia hizo que el virrey don Juan de Bucareli y Ursúa conociera «la culpable omisión, descuido y desorden» con que se había procedido hasta entonces en materia de incendios en la Nueva España.

En un siniestro que las crónicas describen como espeluznante —la pira gigantesca ardió tres días— el convento de San Agustín quedó reducido a cenizas. La noche en que se declaró el incendio, las campanas tocaron a alarma general: mientras el pueblo transportaba cántaros desde las fuentes cercanas, los frailes de San Agustín lanzaban a las llamas trozos de papel que tenían escritas peticiones para que los santos encapotaran el cielo e hicieran que la lluvia sofocara el fuego.

Esto ocurrió en 1766. Años antes, un tal Antonio de Urrutia había legado a la ciudad una habitación de su casa, en la que guardaba cien cubos, 50 barretas, seis escaleras de fierro, 12 azadones y dos bombas que arrojaban «un golpe de agua tan grueso y violento que a 40 pasos hacían batería». Pero en realidad, a causa del desorden burocrático que caracterizó a la Nueva España, y en una ciudad surcada por acequias que alentaban la idea de que a toda hora habría agua en abundancia, nadie pensaba en los incendios.

Hasta que ocurrían.

No existe iglesia colonial en la Ciudad de México que no haya sucumbido al fuego alguna vez. Los incendios surcaban como las acequias la vida de la capital novohispana. En 1756 se quemó el templo de San Juan de Dios: los vecinos formaron dos hileras desde una fuente cercana; los más fuertes se pasaban de mano en mano los cubos llenos; los más viejos, los niños, los débiles, hacían circular mientras tanto los baldes vacíos. Fue poco lo que se salvó. Así llegamos a 1782, en que el virrey de Bucareli encargó a un oidor que revisara los métodos empleados en otras ciudades del mundo para poner fin a todo aquello. El oidor Francisco Leandro de Viana estudió esos métodos y preparó un reglamento compuesto por 38 artículos —el primero que se publicó en lengua castellana.

Los primeros bomberos de México fueron los arquitectos y los albañiles. El reglamento los obligaba, puesto que sabían romper muros y derribar fácilmente los techos, a abandonar sus casas a la hora que fuera, para salir a combatir incendios. Se

obligó también a los frailes mendicantes, dado que vivían de las limosnas de la gente, a convertirse en apagafuegos emergentes como una forma de corresponder a la caridad de sus benefactores.

El oidor De Viana ordenó sacar de la ciudad a los fabricantes de cohetes, recomendó colocar una bomba de agua cada dos cuadras, impuso multas severas a quienes fueran sorprendidos haciendo fogatas o almacenando pólvora en su domicilio —sólo se permitía tener la necesaria «para salir de caza»—, e hizo que los dueños de las vecindades urbanas prohibieran a sus inquilinos encender cigarros, puros y velas durante la noche. Otros artículos ordenaban que las tiendas en donde se expendía carbón, leña, sebo y aceite, estuvieran provistas de techos de bóveda, «sin madera alguna». De Viana recomendaba la creación de un fondo fijo que permitiera sufragar un cuerpo de «gritadores de noche y gendarmes de pito» que alertara sobre el inicio de los siniestros.

Los incendios eran anunciados con cien toques de campana. Cuando el fuego alcanzaba alturas espectaculares, era fácil localizar el sitio de la desgracia. Pero si la lumbre no era visible, los socorristas solían perder minutos preciosos al extraviarse en la oscuridad de la calles. De Viana sugirió que al llamar las campanas a fuego, los vecinos de las casas cercanas encendieran faroles o velas: ese débil camino de luz permitiría a «los bomberos» moverse con seguridad.

Cuánta indefensión. El aprendizaje había durado dos siglos y medio. Antes de Bucareli habían desfilado 45 virreyes, pero sólo entonces, gracias al oidor De Viana y al obligado concurso de arquitectos y albañiles, terminó la época en la que cíclicamente caían bajo las llamas las iglesias, los conventos, los hospitales. Hubo incendios, sí, pero la ciudad tenía ahora una respuesta.

A la Historia le gustan las bromas. Al mismo gremio que le tocó impedir el derrumbe de iglesias y conventos, le tocó llevar a cabo un siglo más tarde, al triunfo de la Reforma, la ingrata demolición de los mismos. Al final del día, al arte colonial le hicieron más daño los alarifes, que los incendios.

La Joya perdida

ME HA INTRIGADO DESDE SIEMPRE el tramo de 5 de Febrero que en la época colonial recibió el nombre de Calle de la Joya. Los mejores cronistas de la Ciudad de México husmearon papeles amarillentos y sacaron del olvido el origen de los nombres de casi todas las calles del hermoso e inabarcable viejo Centro. Esos cronistas —Manuel Rivera y Cambas, José María Marroqui, Luis González Obregón, Artemio de Valle-Arizpe—, averiguaron por qué se llamaban de ese modo la calle de las Ratas, las Verdes, los Medinas, la Machincuepa, la Perla, la Cruz Verde, la Paja, la Pelota y Salsipuedes. A ellos se debe lo que hoy sabemos de la Amargura, las Atarazanas, el Blanquillo, el Cacahuatal, la Cerbatana, la Escondida, las Delicias, los Flamencos. Pero con La Joya, nomenclatura destellante y misteriosa, toparon con un agujero negro.

En la ciudad refundada por los españoles entre 1521 y 1524, los primeros nombres de las calles fueron impuestos, no al acaso, sino en atención «a lo que había en ellas de más notable». Iglesias, conventos, hospitales, puentes, hospicios, palacios. La nomenclatura era una explicación y también una forma de la memoria. Incontables calles fueron bautizadas en función de los personajes que las habitaron (Roldán, Manrique, Tiburcio, Ortega, Padre Lecuona), o bien de los sucesos que merecían ser fijados en la memoria (Puente de Alvarado, calle del Indio Triste, calle de la Mujer Herrada).

Los cronistas que he citado líneas arriba descubrieron que había en la ciudad una leyenda perdida.

Recorro 5 de Febrero, desde la esquina de República de El Salvador hasta Mesones, donde una placa señala que hasta 1928 este tramo se llamó calle de La Joya. Encuentro farmacias —es la calle de las boticas—, casas porfirianas, algunas ópticas y tiendas de perfumes. En el último tercio del siglo XIX, José María Marroqui caminó mil veces esta calle, intentando arrancarle su misterio. En los legajos del Cabildo encontró que al menos hasta 1734 la actual 5 de Febrero fue llamada «la calle que va de los Portales de Mercaderes a la Aduana Vieja». En una certificación de 1784 halló, repentinamente, la referencia a unas casas ya situadas «en la calle de la Joya».

Marroqui recorrió La Joya, tocó de puerta en puerta, pidió hablar con los habitantes más viejos de la calle, pero la ciudad devora muchas cosas. Está visto que una de sus actividades favoritas consiste en la demolición de la memoria.

El 13 de marzo de 1882, Vicente Riva Palacio publicó en el diario *La República*

una de las piezas que luego formaron el libro *Tradiciones y Leyendas Mexicanas*: «La calle de la Joya». En ese texto, Riva Palacio, gran conocedor del pasado colonial, señaló que el nombre de la calle quería perpetuar el recuerdo de un antiguo crimen pasional cometido durante el virreinato. Un opulento mercader había descubierto a su mujer al momento de recibir, de manos de su amante, un brazalete magnífico; enloquecido por la pasión española de los celos, acuchilló a ambos, salió a la calle con las manos tintas en sangre y, con el mismo puñal con que había cometido el doble asesinato, clavó la delicada joya en el portón de su casa, para que todos vieran cómo se defendía la honra.

Marroqui relató que luego de leer, muerto de envidia, el artículo de *La República*, salió él mismo a la calle para preguntarle al general Riva Palacio «en qué archivo o parte» podía encontrar la relación de aquel delito. Riva Palacio sonrió pícaramente y murmuró estas precisas palabras: «No crea usted, todo es imaginación».

José María Marroqui era un hombre obsesivo. Sólo desde la obsesión se puede construir una obra como la suya: los tres insólitos tomos de *La Ciudad de México*. Esa obsesión le había llevado a descubrir cosas que permanecieron ocultas durante siglos. El secreto de La Joya debió atormentarlo hasta la tumba. «No sacamos nada en limpio», anotó el gran inquisidor de nuestros misterios metropolitanos en la última línea del artículo que dedicó a esa calle.

Es probable que, a pesar de su imaginación, Riva Palacio anduviera tras de la pista correcta. Algo ocurrió en esa calle entre 1734 y 1784. Por eso se le conoció a partir de entonces con ese nombre destellante. ¿Es demasiado tarde o algún día la aparición de un documento escondido —aclarará el misterio?

Desde luego, es tarde, demasiado tarde. Pero Marroqui enseña que la ciudad es un archivo poblado de legajos: que algún día, con suerte, de algún rincón se puede desprender la hoja de papel que nos relate un suceso inesperado.

Recuerdos del Palacio de Iturbide

LE LLAMAMOS PALACIO DE ITURBIDE desde que Agustín I lo arrebató a su legítimo propietario, Juan Nepomuceno de Moneada y Berrio, para instalar allí, durante los dieciocho meses que duró su imperio, tanto su domicilio como su despacho oficial. Salvador Novo diría, sin embargo, que la historia de este edificio, concluido en 1785, se mantiene más o menos virgen, por más que figure en guías y catálogos del centro de la ciudad.

Han pasado dos siglos y medio desde su construcción, y todavía nos detenemos a contemplarlo con el mismo asombro con que lo miraron los hombres del XVIII. En ese tiempo lo llamaban la Casa de Moncada; había nacido en medio de un escándalo que hoy haría las delicias de esa forma miserable de la prensa que se conoce como «revistas del corazón».

El marqués del Jaral de Berrio y la condesa de San Mateo de Valparaíso, de quienes se decía que podían viajar desde Cuautitlán hasta Durango pasando siempre por tierras de su propiedad, lo hicieron construir para su hija María Ana de Berrio, una belleza de la que queda un retrato al pastel: piel blanquísima, ojos pensativos, rosas y perlas en una cabellera que se derrama sensualmente sobre los hombros desnudos.

María Ana era el blanco indicado para un príncipe siciliano, enamoradizo, manirroto, extralimitado en su prodigalidad, que creyó hallar en ella el negocio de su vida. Se llamaba Pedro de Moneada y Branciforte. Su conducta disipaba no tardó en chocar con la moral, española y severísima, de sus suegros. Le retiraron la dote —200 mil pesos de entonces— e incluso, para que el príncipe no pudiera tocar un solo centavo, excluyeron a María Ana de su testamento.

Moneada juzgó esa determinación como un agravio intolerable, y abandonó a su esposa durante siete años. Sólo volvió al lecho conyugal a la muerte de su suegro, para pelear los bienes.

En 1821, Iturbide presionó al hijo de Moneada para que le cediera «en préstamo» el palacio; llevó a vivir ahí, entre obras de arte y muebles valiosos, a su esposa, Ana Huarte, una mujer con cuerpo y mirada vacunos y lo convirtió en centro de una corte de opereta en la que todo, el protocolo, la vestimenta, los modales, desataba la burla de la gente, «pues se hallaba totalmente fuera de tono».

A la caída de Iturbide, el palacio alberga al Colegio de Minería y desde 1839, año en que lo adquiere Anselmo Zurutuza, se convierte ¡en punto de llegada y salida de las diligencias! Los antiguos patios diseñados por Francisco de Guerrero y Torres se

pueblan del estiércol de las mulas y del polvo de las ruedas —que según la publicidad, «traen la civilización».

El siguiente propietario (Germán Landa) lo rescata en 1855 para convertirlo en hotel de lujo, 170 cuartos, «luz para acostarse», sala de baños, boliche, sastrería, «campanilla eléctrica para hacerse servir», elevador movido por vapor, y una de las mejores fondas de la ciudad: una fonda que, relata Manuel Payno, introduce en México un platillo desconocido: el bistec.

La cercanía del Hotel Iturbide con el Teatro Nacional —que estuvo en la calle de Bolívar—, lo eleva como alojamiento natural de las compañías de teatro y ópera que se presentan en México. Como ocurre hoy a las puertas de las televisoras, los jóvenes y las muchachas de la época se agolpan frente a la fachada para conocer a sus ídolos: Carolina Civili, Adelina Patti, Emma Albani, Mauricio Grau —y años más tarde, Ana Pavlova y Tórtola Valencia, quien, recuerda Salvador Novo, baja a desayunar «con su exuberante identidad únicamente velada por un abrigo de pieles».

En ese hotel se abre el Lady Baltimore, que en las primeras décadas del xx llega a competir, infructuosamente, con el Sanborn's.

La construcción del Hotel Regis en avenida Juárez hiere al Iturbide de muerte: es considerado frío, incómodo, pasado de moda. Después de 73 años de servicio, en 1928, se ve obligado a cerrar sus puertas. Durante el medio siglo siguiente será ocupado por oficinas y establecimientos comerciales, pasará por propietarios que no lo pueden conservar, ni sostener, hasta que en 1972 sus ruinas son compradas y restauradas por un banco.

Si pudiéramos regenerar la memoria de cada edificio, ¿esa conciencia ayudaría a su rescate? Novo creía que sí, porque cada rincón de la metrópoli está aguardando a su cronista.

El año del hambre

FUE UN AÑO SECO el que provocó el desastre. Los historiadores lo llaman «el año del hambre». Comenzó con calores intensos en el mes de abril. Cuando terminó mayo, no había aparecido en el cielo una sola nube. En un gesto desesperado, las autoridades pasearon en procesión a la Virgen de los Remedios, rogando que vinieran precipitaciones copiosas.

Pero acabó junio, y más tarde julio, y después agosto. Sólo se registraron lloviznas ligeras. En septiembre, se había perdido la totalidad de las cosechas del centro y occidente del país. Conforme se difundió la noticia, los vendedores cerraron sus trojes y acapararon los pocos granos que quedaban. Comenzaron las compras de pánico, y un incremento en los precios que llegó a niveles sin precedente. La gente del campo huyó a las ciudades. De un día para otro, las calles se llenaron de menesterosos y desocupados. El maíz, el trigo, el frijol, las lentejas, los garbanzos, se convirtieron en bienes que unos cuantos se disputaban a arañazos. Era 1785. Gobernaba el virreinato el conde de Gálvez.

La sequía no tardó en cubrir los campos de animales muertos. En menos de un año, el hambre dejó 19 mil cadáveres en el actual estado de Guanajuato —que perdió 35% de su población—. Las enfermedades destrozaron a las clases bajas, que cada vez padecían límites más críticos de angustia y desnutrición. Según una investigación del historiador David J. Robinson, los archivos parroquiales reportaron una ola de muertes provocadas por el tifo, las fiebres, las disenterías y el «dolor de costado». En algunas regiones del país los decesos se incrementaron, de un año a otro, en 500%. Michoacán perdió casi cien mil habitantes. Para 1786, la hambruna había cobrado medio millón de víctimas en el México colonial.

Las autoridades de la Nueva España, con el poco trigo que había en las trojes, se lanzaron a fabricar un pan corriente, manufacturado con harina común y harina de cabezuela y granillo, que era ofrecido al público en depósitos y alhóndigas. Incontables tumultos se verificaron entre quienes deseaban obtener algún mendrugo. La Iglesia exigió a sus feligreses que las limosnas fueran entregadas en especie: los ricos del virreinato llevaban a los templos raciones de caldo, atole y tortillas. Un cura de Durango informó que de las nopaleras de los montes sólo quedaban los troncos, pues la gente las había arrasado. El historiador Rodolfo Pastor asegura que los habitantes del campo se comían la corteza de los árboles, y que por los cerros vagaban cuadrillas de desharrapados que revolvían la tierra en busca de raíces. Un testigo informó: «Hacen tantas huellas que parecen haber andado por ellos manadas

de cerdos».

Los indios se vieron obligados a comer frutos silvestres que aún se hallaban verdes. «Muchos han enfermado y fallecido a causa de tan indigestos y nocivos alimentos». En la Ciudad de México, la gente cazó por las calles a los perros y a los gatos, para devorarlos. El virrey ordenó que la fuerza pública matara y enterrara a los animales que habían quedado vivos, para evitar nuevos brotes de enfermedades. No hay peor infierno que una ciudad con hambre. De acuerdo con Robinson, se reportaron cientos de casos de padres que intentaban vender a sus hijos por dos o tres reales. Cientos de niños fueron abandonados a su suerte en las calles. El sistema colonial no supo reaccionar ante la crisis. La gente moría en las plazas de inanición. En 1787 una hilera de nubes coronó los cerros de México. La lluvia puso fin a aquel horror.

Historia del carro de basura

CUANDO LA CIVILIZACIÓN no había terminado de inventar el asco, el virrey don Juan Vicente de Güemes Pacheco, segundo conde de Revillagigedo, trajo a la ciudad de México un invento sublime: el carro de basura. Francisco Cervantes de Salazar, a quien se considera el primer gran cronista de la ciudad fundada por Cortés, escribió alguna vez que «todo México es ciudad, y toda es bella y famosa». Los vecinos, sin embargo, volcaban el contenido de las bacinicas en las calles y arrojaban la basura a la puerta de sus casas. Era común que las «bestias muertas» —los perros, los gatos, las mulas, las ratas, los caballos— se pudrieran bajo el sol a plena calle. Había sido de ese modo durante siglos, y nadie creía que las cosas debieran funcionar de otra manera.

La llegada al virreinato, en 1789, del conde de Revillagigedo, significó la mejora más radical del paisaje urbano en los últimos doscientos cincuenta años. Revillagigedo —«el excelente Revillagigedo», lo llamó don Artemio de Valle-Arizpe — prohibió la defecación en la vía pública, embelleció las plazas, abrió nuevas calles, renovó el empedrado, introdujo el alumbrado público y creó un cuerpo de serenos encargado de dar la hora y apartar las sombras.

La Ilustración creía que para mantener sana una ciudad había que echar a andar todo aquello que estuviese estancado. La inmovilidad fue para los ilustrados la forma suprema del pasado: en los nuevos tiempos era preciso desalojarlo todo, quitar cuanto estorbara la circulación del aire o el fluir del agua. Había que limpiar las calles, las acequias, las habitaciones. Buscar lugares alejados para verter los desechos que la ciudad generaba.

Revillagigedo ordenó que medio centenar de carretones peregrinara por las calles al rayar el sol, recogiendo a la puerta de los domicilios las basuras que serían conducidas a los «arrojaderos» ubicados más allá de las garitas. Los mismos carretones volvían a la carga durante la noche, luego de las oraciones, pero ahora para coleccionar «las inmundicias» que a lo largo del día se habían acumulado en bacinicas o en «lugares comunes», el antecedente novohispano de los excusados (curioso: un lugar común es el sitio al que todos van a defecar).

El bando del virrey ordenaba a los vecinos «bajar prontamente a vaciar en los carros». La costumbre de anunciar la llegada del carretón de la basura con el toque de una campanilla procede de aquellos tiempos.

Y sin embargo, las campanillas sonaban y nadie se tomaba la molestia de bajar. La Nueva España permanecía anclada a sus costumbres ancestrales. En *Basura e*

ilustración, Marcela Dávalos ha señalado que un siglo después de concluida la gestión del virrey, los positivistas del porfiriato seguían luchando por implantar las teorías que «el excelente Revillagigedo» había esbozado. Pero pocas cosas habían cambiado: la *limpia*, escribe Ángel de Campo, es un «tema siempre sucio en nuestra ciudad de esterquilinios». El gobernante había prohibido «arrojar la menor cosa a las calles». Había prohibido sacudir desde el balcón ropa, petates y otros efectos. Había prohibido que fruterías, almuerceras y mesillas de comestibles se instalaran en la vía pública. Había prohibido que se lavaran carruajes en calles y avenidas. Ordenó que los comercios barrieran «cincuenta varas de su circuito», que los vendedores de fruta, verdura, losa y otros géneros «que vienen envueltos en zacate» recogieran todo despojo al concluir sus labores. Ordenó que los miércoles y los sábados, antes de las siete de la mañana, los vecinos salieran a barrer el frente de sus casas. Doce reales de multa a la primera infracción. Veinticuatro a la segunda. Treinta y seis a la tercera.

Salvo lo de barrer y regar las banquetas desde muy temprano, cosa que en algunos barrios se realiza desde muy temprano, nada de eso se cumplió. ¿Acaso la ciudad entera no está llena de mesillas de comestibles?

Camino por el Centro Histórico: Eje Central, Moneda, Correo Mayor, Jesús María. Siento lástima de la ciudad. En ella fracasó la Ilustración. Polvo, basurales, calles chuecas. Lo que no se puede negar, es que el carretón de la basura pasó a formar parte del paisaje urbano. El propio Micrós lo vio en 1896, cuando el drenaje no había llegado. Lo vio «paseando por las calles lóbregas esa cosa fatídica que pone en fuga a los canes mismos, y cuyo objeto no he de decirlo en tanto Rabelais no prive entre mis autores preferidos». Lo vio poniendo a las vecindades en movimiento, al son de una campanilla, y llevándose cenizas, zapatos, fondos de canasta y un petate desbarbado que contenía «cuantos desechos informes pueden recogerse en un patio de pobres».

Yo también los vi, todos los hemos visto. Un carro de basura: ahí va la Ilustración.

La gran matanza de perros

EN MÉXICO, EL OFICIO de *perrero* surgió en las iglesias: era el personaje encargado de ahuyentar a los canes que, luego de colarse a misa entre las piernas de los fieles, solían ofrecer espectáculos obscenos y poco decorosos. La Iglesia del siglo XVIII se hallaba preocupada por los perros: cometían «sus brutalidades» donde fuera, abrían a la malicia «los ojos inocentes» y no inculcaban más que lascivia en el alma de los jóvenes. El sexo fue una de las causas por las que la Ciudad de México odió a los perros. Salvador Ávila ha rescatado del Archivo General de la Nación la carta con que un sacerdote anónimo —«Un Esclavo de María Santísima de Guadalupe»—, demandó al virrey de Branciforte el exterminio total de la población canina de la ciudad. Según aquel esclavo de la Virgen, con «su abominable atrevimiento» los perros encendían la concupiscencia y llevaban a pecar.

Pero los perros no eran sólo un peligro para el alma. Otra parte del odio que se les tuvo vino del riesgo de ataques y mordeduras que las jaurías callejeras significaban para la gente. Todas las noches, cuando las últimas luces se apagaban, pandillas feroces y hambrientas salían de los basureros que rodeaban la metrópoli y vagaban por las calles, poniendo en grave riesgo a los viandantes. A esto se sumaban los constantes accidentes provocados por los «perros temibles» que tanto gustaban a los españoles (a esos perros «salvajes como el demonio, con orejas cortadas, ojos amarillos y dientes temibles en forma de cuchillo», que en 1520-21 habían formado la avanzada del ejército de Cortés, se debía en mucho la conquista de México).

Llegó a haber en la ciudad tantos perros callejeros, que poco después de que el esclavo de la virgen demandara su exterminio, el virrey Revillagigedo expidió un bando encaminado a evitar «los graves daños que se originan de la multitud de perros que hay a todas horas por la calle». El bando, fechado en 1790, ordenaba que los dueños de mastines, alanos «o cualquier otra especie de perro temible» se abstuvieran de traer a éstos sin frenillo en la vía pública. La multa a quien desobedeciera podía alcanzar la suma de treinta pesos de entonces.

¿Cuántos fueron mordidos, acaso descuartizados en las calles? El único dato disponible es que el virrey decidió cortar por lo malo y decretó que todo animal hallado en la calle después del toque de queda fuera muerto a palos por los serenos.

Comenzó la gran matanza de perros de la que habla Manuel Payno en *Los bandidos de Río Frío*: una carnicería que en cuestión de meses cobró la vida de unos veinte mil animales. El relato de Payno eriza la piel:

La ciudad toda era turbada en las noches por los lejanos ladridos de los perros que estaban fuera del alcance de la matanza y por los dolorosos quejidos y aullidos de los que morían o quedaban heridos. Muchas noches era imposible dormir y las calles amanecían manchadas de sangre.

Los *perreros* habían salido de los templos. Ya no cobraban en el cabildo eclesiástico, sino en una ventanilla del Ayuntamiento. Payno narra que a los serenos les pagaban un real por cada perro muerto, de manera que al amanecer se les veía enfundados en sus capas, jalando por la cola un sanguinolento racimo de cadáveres. Los cuerpos apaleados, muchos de ellos con los sesos machacados, formaban montañas frente al Ayuntamiento.

A pesar de la gran matanza, la relación que desde tiempos prehispánicos había entre la ciudad y los perros, no se modificó. En 1896, un cronista de *El Universal* informó que en la capital era rara la casa que no contara con uno o más perros: «Si es grande se le manda a la azotea, si es mediano se le deja pasear en el corredor, si es chiquillo, alcanza en consentimiento y mimos el rango de sultán del sofá». Las que sí se mantuvieron, tan crueles como la de 1790, fueron las políticas de sacrificio. Cada año son sacrificados tres mil perros callejeros a los que se caza con redes, entre los ladridos y aullidos de pavor de quienes están «fuera del alcance» de la razzia.

Aunque las jaurías de Revillagigedo reaparecen de cuando en cuando (en enero de 2013 unos «perros asesinos» despedazaron en el Cerro de la Estrella a cuatro personas, entre las que se hallaba un niño de ocho meses), en la historia de esta ciudad los perros han llevado siempre la peor parte. La discusión que comenzó allá, en las noches del XVIII, lamentablemente se conserva intacta.

El mandato de las campanas

EL MISMO MODO en que perdimos el arte de leer las catedrales, los habitantes de esta metrópoli hemos extraviado la clave que permite descifrar el sonido de las campanas. Solemos creer que su tañido sirve sólo para llamar a misa y dar la hora. Pero sucede que las campanadas son como los telegramas: contienen mensajes, anuncian cosas.

En 1791, el arzobispo Alonso Núñez de Haro publicó un decreto que explicaba a los vecinos de la Nueva España el significado de los toques que a lo largo del día hacían cimbrar la traza urbana. Llamar a misa, alentar a los fieles a la oración, hacer que los demonios huyeran aterrados, detener el ímpetu de incendios y tempestades, rogar a Dios por los difuntos, honrar las fiestas, anunciar el arribo de las naos, señalar las horas del día y avisar el momento en que los fieles debían recogerse en sus casas (la célebre «queda»), eran algunos asuntos que comunicaban las campanas.

Su tañido era la voz que marcaba la autoridad de la Iglesia dentro del espacio urbano: levántense, salgan, trabajen, coman, arrodíllense: un sonido destinado a convertir a la gente en ratas de Pavlov.

El ameno Luis González Obregón posee una crónica sugestiva que relata la vida en México bajo el imperio de las campanas. A las doce del día, por ejemplo, su toque anunciaba la hora del rezo del Angelus; a las tres de la tarde, en que se recordaba la pasión de Cristo, todos, incluso los viandantes, debían descubrirse, caer de rodillas y rezar tres credos. Imaginemos el aspecto del Zócalo, de la Alameda, de Tacuba o de Plateros a la hora en que llegaba aquel llamado doliente: unos bajando del carruaje, otros de la cabalgadura, todos cayendo uno a uno en obediencia a esos tristes y lúgubres mensajes. Cuenta González Obregón que incluso quienes dormían la siesta, o se hallaban en la intimidad de sus piezas, debían incorporarse a aquel mandato. Hay registro de que los clamores que las campanas daban por los muertos torturaban y afligían a quienes aún se hallaban moribundos. Quienes habitaban cerca de los templos vivían tan martirizados por el incansable doblar que bajaba de las torres, que muchas veces preferían cambiar de domicilio. Para atenuar esas molestias, relata la historiadora Lourdes Turrent, el arzobispo Núñez de Haro prohibió que hubiera toque de campanas antes del amanecer y luego de las nueve de la noche. Sólo se dispensaba este decreto en caso de que se presentara una catástrofe, algún incendio.

Manuel Toussaint halló en la biblioteca Turriana un legajo que relata la historia de las 39 campanas que penden de las torres de la Catedral. Desde la más antigua, llamada Santa María de la Asunción y fabricada en el inimaginable 1578 por los

hermanos Juan y Simón Buenaventura, cada una de ellas posee una historia deliciosa. Mi campana preferida no se encuentra, sin embargo, en la Catedral Metropolitana. No se encuentra, de hecho, en sitio alguno, porque en 1867 Benito Juárez mandó fundirla. Su historia merece ser recordada.

Una noche de Pascua, en un pueblo de España, una campana firmada por «Maese Rodrigo» y que contenía esta fecha: 1530, empezó a tañer desaforadamente sin nadie que la tocara. El pueblo se alborotó, los gallos cantaron y ladraron los perros. Pero el alcalde que subió a la torre a averiguar no encontró más que a un gato.

El hecho fue consignado en diarios, en mercurios, en gacetas. Naturalmente, la Audiencia tomó cartas en el asunto y desató una prolija investigación que concluyó con una triple —y triplemente extraña— sentencia: a) Que se diera por nulo el toque de la campana, b) Que se arrancara a ésta el badajo para que en los cien años siguientes no osara tocar por su propia cuenta, y c) Que se le desterrara a las Indias.

La campana «castigada» llegó a la Ciudad de México y debido «al arte de su hechura», se le colocó en el cubo del antiguo reloj de Palacio. Permaneció ahí durante un siglo, cumpliendo su horrible voto de silencio. Nadie se atrevió a tocarla, nadie escuchó nunca «su voz», que durante tantos años había atravesado el tiempo.

Tañen las campanas de México. Ignoramos qué nos dicen, extraviamos la clave, no sabemos descifrar su tañido. Pero en ese sonido viaja algo: una forma de la eternidad. Cuántos años, cuántas cosas, cuántos atardeceres.

Las batallas por nombrar las calles

EN LA CIUDAD DE MÉXICO hubo un tiempo en el que muchas calles carecieron de nombre, y en el que, peor aún, la costumbre de numerar las casas no se había instalado entre nosotros. La gente vivía, sencillamente, a la vuelta del Callejón del Manco, junto a la barbería del Puente del Clérigo o a un lado de la casa de los Pimenteles. No es extraño que en una ciudad en la que pocos sabían dónde habitaban, una de las calles principales rindiera culto al extravío. Hoy se llama Eje Central, pero hasta fines de los setenta se llamó Niño Perdido.

Esta ciudad ha caminado siempre dos pasos adelante de sus gobernantes. Primero se pueblan los espacios y luego —a veces muchos años después— surge el problema de nombrarlos. En 1884, cuando la colonia Guerrero militaba en toda regla como parte activa del horizonte urbano, un vecino de aquel rumbo, Antonio Torres, exigió al Ayuntamiento, según un documento que se encuentra en el Archivo Histórico del Distrito Federal, «que le señale qué nombre ha de tener la calle en la que construyó su casa».

En 1792, el virrey de Revillagigedo intentó enmendar el caos que desde hacía casi tres siglos privaba en la nomenclatura urbana. A él se debe el levantamiento del primer «padrón general para numerar las casas y rotular con azulejos los nombres de las calles». Hasta antes de su llegada, los callejones, las calles, los paseos, las calzadas, habían sido nombrados, prácticamente sin intervención gubernamental, a partir de experiencias grabadas en la memoria colectiva. Las calles eran nombradas de acuerdo con los edificios significativos que había en ellas (La Profesa, las Cárceles Secretas); según los personajes ilustres que las habitaban (los Donceles, Las Gayas, Las Damas, Los Migueles), o los «sucedidos» que los vecinos transmitían de una generación a otra (las calles de don Juan Manuel, la Quemada, el Indio Triste).

Un pasado compartido vinculaba la memoria con la nomenclatura. Cuando Revillagigedo respetó esa mecánica, y oficializó nombres surgidos según las vertientes tradicionales, lo que hizo en realidad fue enviar al futuro una ciudad poblada de calles que, al cambiar la sensibilidad, el signo político e ideológico de los tiempos, solían avergonzar a sus moradores. Chiribitos, Tompeate, Pipis y Cochino fueron algunas de ellas.

Los próceres de la Reforma quisieron hacer de las calles una fuente de educación cívica, una lección perenne de la Historia Patria. Cuando les fue posible, borraron de la nomenclatura toda huella religiosa, todo vínculo evidente con el pasado colonial. En calles surgidas donde alguna vez hubo conventos, repartieron los nombres de sus

héroes: Benito Juárez, Valentín Gómez Farías, Melchor Ocampo, Leandro Valle. La ciudad enfermó de esquizofrenia: algunas calles llevaban los antiguos nombres coloniales (Puerta Falsa de Santo Domingo); otras ostentaban azulejos cuyas inscripciones eran de claro corte liberal (Santos Degollado).

Durante el largo periodo de la dictadura porfiriana, en que imperó el deseo de copiar en la metrópoli toda suerte de modelos europeos, la expresión más incuestionable del atraso era poseer calles llamadas Manito, Chilpa, Huitongo o Machincuepa. En una crónica de 1905, Ángel de Campo se preguntaba cómo podrían presentarse en sociedad señoritas que vivían en las Arrecogidas, las Lagartijas o El Órgano. Mucho tiempo antes, en *México por dentro o sea guía de forasteros* (1811), el periodista y escritor José Joaquín Fernández de Lizardi se divirtió a rabiarse asociando los nombres de las calles con los males sociales más característicos de su tiempo:

Si buscas a un embustero,
en la calle de Jurado,
hallarás muchos, que mienten,
por cada dedo, jurando.
En la calle del Vinagre,
verás valentones varios,
y éstos dicen que han vivido
en la calle de los Gallos.
Alcahuetas declaradas
y lenones disfrazados
en la calle del Tompeate
tienen prevenidos cuartos.
En la de los Gachupines
hay muchos que han peligrado,
pero en la del Indio Triste
hay criollos en igual caso.
Si se te ofrece pedir,
líbrate de los tacaños,
que en la Pila Seca viven
por no darle ni agua a un gato...

Porfirio Díaz pretendió cambiar todo de golpe. Un influyente «científico», el ingeniero Roberto Gayol —quien años más tarde construiría la columna de la Independencia—, le propuso «modernizar» la nomenclatura según el sistema vigente en las ciudades norteamericanas: las calles serían nombradas de acuerdo con los puntos cardinales donde se encontrarán.

Si en 1522 Alonso García Bravo, El Jumétrico, trazó la ciudad de México

tomando como eje las actuales calles de Argentina y Guatemala, en tiempos de Gayol (1887), cuando la ciudad iniciaba su expansión hacia occidente (recuérdese el artículo «Puestas de sol», de Manuel Gutiérrez Nájera: «México parece como irse desprendiendo y alejando del lugar en donde lo dejaron los conquistadores... ¡Cómo brotan casas en esa calzada de la Reforma!»), el nuevo centro geográfico se hallaba en el cruce de las actuales Avenida Juárez y Eje Central. Desde ese punto comenzó a extenderse la modernidad envuelta en placas metálicas que rezaban Avenida Poniente 4 (Avenida Juárez) o Calle Sur (Eje Central) o Avenida Oriente 14 (Mesones).

La calle de Santa María la Ribera recibió el nombre de Norte 28, a la Ribera de San Cosme se le bautizó como Avenida Poniente. El desastre fue completo. Aunque se editaron listines, mapas y folletos explicativos, nadie supo en esos días cuál era la dirección de su casa. Para hacer una visita, llamar al médico o recibir un pedido, la gente tenía que buscar en el directorio dónde diablos habían puesto su domicilio.

El Archivo Histórico del Distrito Federal está lleno de documentos firmados por ciudadanos de ese tiempo, quienes suplican a las autoridades que alguien los saque de aquel embrollo. En 1893, un tal Alejo Barreció pidió al Ayuntamiento «que junto a la nueva nomenclatura se vuelva a poner en las calles la antigua, para orientarse». El gobierno descubrió que además de una ciudad repleta de ciudadanos extraviados, había una ciudad repleta de rebeldes que se empeñaban en vivir en Cabezas, Garrapata y Pachito, y no, como la modernidad dictaba, en Sur 7B, Oriente 20 u Oriente 16.

El proyecto de Gayol fue cancelado. Volvieron a las calles los nombres que se habían ostentado a lo largo de tres siglos.

Se trató de uno de los pocos triunfos de la memoria en una ciudad que se ha empeñado en perder la suya. Fue, sin embargo, un triunfo efímero: en la década de los veinte Álvaro Obregón rebautizó la mayor parte de las calles del centro con los nombres de las repúblicas latinoamericanas que habían reconocido su gobierno. La calle del Relox se convirtió en República de Argentina; San José del Real en Isabel la Católica; Santa Catarina en República del Brasil; la Puerta Falsa de Santo Domingo en República del Perú. De ese modo se oficializó la ruptura de la urbe con su pasado. A partir de aquella época suele ocurrir que las calles sean nombradas según el proyecto político en turno.

En cuanto a las reputaciones individuales, yo preferiría seguir viviendo en Pipis, Tompeate o Cochino.

La cara oculta del Palacio Nacional

FRANCISCO ZARCO RECOMENDABA perderse entre las muchedumbres como una forma de combatir el tedio: caminar sin dirección, olvidar la última sensación al recibir otra nueva, observar un rostro que no se volverá a encontrar jamás. «Descubrir pequeñas maravillas que —en las ciudades que conocemos de memoria— por lo general nos han dejado siempre indiferentes».

Llego de ese modo a la parte trasera del Palacio Nacional, la fachada que no aparece en las litografías, ni en los daguerrotipos, tampoco en las postales. La cara oculta, desdeñada desde siempre por pintores, fotógrafos, cronistas urbanos.

En un edificio que no ha dejado jamás de sufrir modificaciones (el tercer piso es apenas de 1926), los muros traseros del Palacio Nacional se mantienen intactos, prácticamente desde 1793. De manera que ahora estoy ante la parte más vieja del recinto.

Los historiadores la llaman «la fachada Constanzó». Así se apellidaba el ingeniero militar de origen catalán que la construyó. Miguel Constanzó había llegado a Nueva España para realizar la ampliación de la Casa de Moneda. Fue maestro en la Academia de San Carlos y de él se dice que introdujo en México el estudio de la geometría. Por órdenes de Revillagigedo diseñó la fortaleza milita que conocemos como La Ciudadela; se le encargó, también, el remozamiento del palacio de los virreyes.

A Francisco Zarco no le faltaba razón. Caminar sin rumbo nos hace ver las cosas como por vez primera. ¿Quién ha notado la animada serie de altorrelieves que Constanzó estampó en el muro y representan cupidos, guirnaldas e instrumentos musicales? Ese baile sorpresivo de figuras contrasta con la horrenda monotonía de la fachada principal. El ingeniero militar andaba en plan alegre, y sin embargo le imprimió al edificio un aire de autoridad, una forma de lo inexpugnable que no había tenido nunca antes (no en vano era militar).

Francisco Sedano afirma que, antes de que apareciera el conde de Revillagigedo, el palacio de los virreyes era una suerte de gigantesco patio de vecindad. Por más increíble que parezca, las oficinas de gobierno convivían con bodegas de fruta, con fondas, panaderías, almuercerías, expendios de pulque, ¡y hasta un billar! Los vagos y los borrachos solían quedarse a dormir en los corredores bajos; los perros callejeros ladraban en los patios, como si éstos fueran una extensión del tianguis que había en la plaza. Los virreyes entraban y salían en sus carrozas doradas, en medio de aquel muladar. En la noche, atraídas por los soldados de la guardia, las prostitutas acudían

al Palacio a oficiar.

Constanzó recibió la misión de otorgarle dignidad a aquel chiquero. Y le otorgó una tan atemorizante, que un siglo más tarde Zarco seguía diciendo que el Palacio Nacional era una entidad que parecía existir completamente fuera del alcance de la gente. Aislados, los presidentes estaban condenados a vivir como presos: «Uno que otro suele dar audiencia al empezar a gobernar; después se cansa de oír la misma cosa y se declara incomunicado. El público sólo tiene libre acceso al presidente cuando éste se muere», escribió Zarco.

Un simple guiño arquitectónico había hecho nacer la ciudad un burocrática. La intervención de Constanzó dejó el Palacio Nacional sin comerciantes, pero lo convirtió en garita de abogados, escribientes, mecanógrafas, inválidos, archivistas, empleados y militares cesantes, a la busca siempre de algún cargo.

En aquella perpetua ventanilla de trámites, relata el cronista porfiriano Ciro B. Ceballos, se gestionaban favores, servicios, negocios, concesiones, pensiones y jubilaciones. Día tras día lo visitaba «gente desahuciada de todo, de la familia, de la fortuna, de la salud, del amor». Según Micrós, era frecuente escuchar esta pregunta:

—¿Y diga usted, el Sr. Ministro tiene cara de recibir hoy?

La arquitectura expresa el talante del poder. En la inexpugnable «fachada Constanzó» esto queda más claro que nunca. El pasado, sin embargo, suele sobrevivir bajo la forma de astillas. Un siglo después del remozamiento del edificio (1896), Micrós encontró en el Palacio un rescoldo de los tiempos idos. Una tarde, al salir de la Secretaría de Hacienda —en donde trabajaba—, advirtió que el portero había declarado suyo el patio:

Pone a secar su ropa bajo no importa qué pilar, sus gallinas se meten a las secciones o las clases, su esposa lava a la vista de todo el mundo, se tienden colchas en los corredores y no es raro que un borrego o un gallo interrumpen el silencio burocrático a la hora de la escolta.

Pobre Constanzó.

El último día de la Inquisición

EL *TAISNERIO* ES UN LIBRO «de suertes, rayas de manos y cosas de esta calidad», que en 1581 el pavoroso Tribunal de la Inquisición decomisó en Puebla a un sevillano de 50 años, llamado Pedro Suárez de Mayorga. No había visto físicamente aquel libro maldito, aunque llevaba años escuchando de él. En una visita al Archivo General de la Nación, por fin me fue dado contemplarlo.

La Inquisición quedó instalada en México el 4 de noviembre de 1571. Un pregón repetido siete veces llamó a hombres y mujeres a reunirse en la Catedral; el inquisidor mayor, Pedro Moya de Contreras, obligó a los habitantes de la urbe a jurar que iban a denunciar ante el Santo Oficio cualquier práctica herética de la que tuviesen noticia.

Vino un rosario de denuncias, una era de persecuciones. A Pedro Suárez de Mayorga se le acusó de poseer un tratado de fisonomía y quiromancia, el *Opus Mathematicum* del astrólogo flamenco Joahannes Taisnier, y de adivinar en la palma de la mano el futuro de las personas.

Había recibido el libro —en realidad, el manuscrito que lo traducía— de manos de un vecino de la Ciudad de México, cuyo nombre era Bartolomé de Argumedo. La Inquisición le halló 269 folios plagados de dibujos de manos, y escritos por las dos caras. En esos folios se explicaban las características de quienes estaban bajo la influencia de Venus, Júpiter, Mercurio. Suárez anotaba en los márgenes algunas reflexiones, y hacía sumas y restas; a veces enlistaba las cosas que debía comprar en el mercado («frijoles, chile, tomates, coles y fruta»). En esos escolios aparecieron 15 sonetos sobre la pureza del alma (la investigadora Margarita Peña los ha editado).

El infeliz Pedro Suárez no era en modo alguno un quiromántico. Declaró ante los fiscales que no siempre recordaba el significado de las líneas y que entonces decía a las personas:

—No veo cosas de qué daros aviso.

Otras veces sí recordaba y entonces les hablaba de «ingenio, o sanidad, o enfermedad». Cuando suponía una propensión a «la travesura» —es decir, a la sensualidad— recomendaba a sus clientes «que se guardasen de caer en aquella culpa». La gente siempre andaba detrás suyo, importunándolo para que le dijera cosas. En 1581 el chisme llegó a la Inquisición. Suárez de Mayorga fue detenido. No podemos saber a qué clase de pena se le sentenció porque buena parte de su expediente se ha perdido. Ignoramos qué le deparó el futuro y si él pudo intuirlo mirándose la palma de la mano.

La Inquisición fue suprimida por las Cortes de Cádiz. En un espléndido relato, Luis González Obregón describe el último día de ese tribunal en la Ciudad de México. El 10 de junio de 1820, un piquete de soldados se presentó en la sede del Santo Oficio, el lúgubre Palacio de Santo Domingo, para poner en libertad a los reos que se hallaban en las cárceles secretas. Asustados de sus propios hechos, los hasta entonces temibles inquisidores huyeron por las azoteas: sólo quedó en el lugar el secretario Casiano de Chávarri, quien no pudo huir pues padecía reuma.

Los soldados abrieron los inmundos calabozos del Patio de los Naranjos, en los que no había siquiera un catre, y liberaron a 39 prisioneros, uno de los cuales, acusado de judaizante, y de escribir un tratado de lógica, padecía prisión desde hacía 25 años. En uno de los calabozos se hallaba el reo más antiguo de las cárceles secretas. Había sido encerrado allí en 1790: acababa de cumplir 30 años de reclusión. Los prisioneros eran verdaderos esqueletos, con luengas barbas que les cubrían el pecho. Algunos llevaban tanto tiempo presos que habían perdido a sus familias o ignoraban dónde ir. Al ser liberados, según una expresión de la época, «se quedaron en las cuatro esquinas», es decir, a media calle.

Ese mismo día, mientras aquellos infelices eran liberados, en algún lugar del edificio reposaba el Taisnerio, el libro maldito de Suárez de Mayorga: llevaba casi dos siglos y medio empolvándose en los archivos del Santo Oficio.

Lo tengo ahora frente a mí. Lo abro en cualquier página y leo «La línea vital es la primera que el esperto chiromántico mira y debe mirar para hacer juicio cuando haya de hacerle...».

Esa misma línea debió leer Suárez de Mayorga, a la luz de una vela, cierta noche de 1581. La idea me abisma, porque a él y a su proceso se los tragó la sombra. Sólo quedan en la luz unos signos, otras sombras.

La ciudad cambia de muebles

HAY UN RELATO QUE AFIRMA que la campana más antigua de la Catedral fue fundida con uno de los cañones con que Cortés tomó Tenochtitlan. Ya se sabe: las leyendas son amasijos, artefactos que funden lo histórico y lo maravilloso. A mí me gusta pensar, sin embargo, que gracias a aquella campana, en la Ciudad de México se pudo escuchar el fragor de la Conquista convertido en música.

Italo Calvino escribe que todas las ciudades del mundo han sido construidas con remiendos de otras: con los mármoles de Ravena, algún día se engalanó Aquisgrán. En un tiempo muy lejano, de la lava de los volcanes surgió el tezontle con que se hicieron los templos de la ciudad azteca. Con esa misma piedra los conquistadores españoles levantaron otra ciudad, una ciudad de lava petrificada: la capital de la Nueva España. El templo de Huitzilopochtli se transformó de ese modo en hospital o en colegio; con los bloques extraídos del Calmecac se construyó la antigua Catedral.

Todo se recicla en el gran horno de la Historia. Mientras se destruye y se reinventa, la ciudad conserva algunos trastes, unos pocos cachivaches que va arrastrando de un sitio a otro. En 1823, ofendido porque el hermoso Caballito de Tolsá pisaba con una de las patas traseras un carcaj y unas flechas (símbolo de la dominación española sobre los aztecas), el héroe de la Independencia Guadalupe Victoria ordenó que la estatua fuera retirada y convertida en monedas. El historiador Lucas Alamán impidió que aquel crimen fuera consumado y, para aplacar el furor patriótico del general Victoria, propuso que el Caballito fuera apartado de la vista del público. La estatua ecuestre de Carlos IV quedó encerrada durante treinta años en el patio de la Universidad. De las cuatro soberbias puertas de hierro que la rodeaban, tres fueron fundidas y enviadas a la Alameda en forma de bancas. La única que sobrevive se halla a la entrada del Castillo de Chapultepec: es precisamente la puerta por la que se entra al gran patio, la puerta que cruzaron, de Maximiliano a Lázaro Cárdenas, una veintena de mandatarios (el Castillo dejó de ser residencia presidencial el 3 de febrero de 1939).

A finales del siglo XVIII, el Cabildo decidió embellecer el atrio de la Catedral. En un santiamén instaló en la banqueta ciento veinticinco pequeños postes unidos entre sí por elegantes cadenas de hierro. En ese sitio, bajo la copa de fresnos recién plantados, surgió uno de los puntos de reunión más deliciosos de la metrópoli, «un mundo de ensueño, de conversaciones románticas, de felicidad hurtada a los vaivenes políticos»: el Paseo de las Cadenas, un gran centro de sociabilidad informal al que la gente de tono acudía al caer la tarde para presenciar, entre otras cosas, el espectáculo

de una sociedad orgullosa de sí misma.

En 1881, los postes fueron retirados y reclusos no se sabe dónde. Lo cierto es que más de un siglo después, en 1967, algunos de ellos fueron reutilizados en las obras de embellecimiento de la antigua plaza de Santa Catarina, en la esquina de Brasil y Nicaragua. Resulta extraños verlos: son los mismos que aparecen en las litografías, en centenares de fotos color sepia, aunque no columpian ahora a los aristócratas de los que hablaban, en el siglo XIX, las crónicas periodísticas, sino a la corte de indigentes que pululan por esos rumbos.

En 1897, el arquitecto francés Émile Bénard ganó el concurso que le dejaría construir el nuevo Palacio Legislativo, un suntuoso edificio que el gobierno porfiriano deseaba convertir en su máximo emblema. Bénard encomendó al brillante Jesús F. Contreras la fundición de un águila que iba a coronar la cúpula del recinto, y le compró al famoso escultor animalista francés Georges Gardet un par de leones, con los que pensaba adornar la magna escalinata del Palacio.

La Revolución Mexicana truncó el sueño de Bénard. Del máximo emblema del porfirato sólo quedó la cúpula, que no es otra cosa que nuestro actual Monumento a la Revolución. El águila fue embodegada; los leones escaparon del circo al que originalmente habían sido destinados, y desde 1921 custodian la entrada al Bosque de Chapultepec. En 1940, Luis Lelo de Larrea sacó de las sombras el águila esculpida por Contreras y la colocó en la cima de un adefesio conocido como Monumento a la Raza.

A principios del siglo XX, el injustificable manoteo de un hombre ilustrado, el eminente secretario de Instrucción Pública Justo Sierra, provocó la demolición de la Real y Pontificia Universidad de México —uno de los tres edificios barrocos más bellos de la ciudad, según dictamen de Francisco de la Maza. El odio de Sierra por la antigua universidad católica —que en su opinión, durante trescientos años no había hecho otra cosa que «argüir y redargüir aparatosos ejercicios de gimnástica mental, en presencia de arzobispos y virreyes»—, le llevó a confundir «las piedras con las ideas».

La portada del salón general del edificio se salvó de milagro. Aquel tesoro del arte barroco, obra del arquitecto Ildefonso Iniesta Bejarano (autor de las fachadas de la Santa Veracruz, el Oratorio de San Felipe Neri y la iglesia de la Santísima, entre otras) fue desmontado y almacenado en una bodega. De ahí lo sacó en 1923 el extraordinario José Vasconcelos, quien lo mandó reconstruir y más tarde empotrar en la fachada del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo. Este gesto de Vasconcelos permitió que un eco del mundo colonial siguiera latiendo entre nosotros (las puertas de entrada de la Universidad fueron compradas por el University Club a un anticuario: hoy sirven como guardapolvos en una de las habitaciones de ese club).

En 1910, año en que el Reloj Chino fue colocado en el viejo paseo de Bucareli, una fuente diseñada por Manuel Tolsá, que se hallaba en ese sitio, salió desterrada hacia la remota plaza de Loreto. Es un alivio verla ahí porque, durante continuas y

sucesivas mudanzas, los veleidosos Justo Sierra de la ciudad no sólo cambian de lugar los muebles. Por lo general, los tiran.

Imputados del circo, del teatro, del corral

EN 1828, LOS INTEGRANTES de la primera Cámara de Diputados del México independiente se quejaron porque el recinto en donde sesionaban, el templo del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, ponía en riesgo constante la salud de los legisladores. Construido en 1572 en un terreno en donde paraban las mulas que iban o venían de Veracruz, el viejo templo, además de incómodo, resultaba húmedo, frío, tremendamente sombrío. Los diputados salían de las sesiones con los pies engarrotados y el rostro aterido. En ese sitio, sin embargo, se ratificó la coronación de Iturbide. Ahí se aceptó luego su renuncia, ahí se decretó su destierro y ahí se le condenó a muerte.

Bajo las naves de ese templo (San Ildefonso 43) se sancionó en 1824 la primera Constitución mexicana. En ese lugar se tomó protesta a Guadalupe Victoria como primer presidente constitucional.

En enero de 1829, con una representación totalmente acatarrada, se decidió mover a los diputados a un recinto más saludable: los Padres de la Patria fueron a parar nada menos que al viejo corral de comedias del Palacio Nacional.

Desde el siglo XVII, el corral de comedias había hecho las delicias de los gobernantes. Ahí se presentaban grandes funciones los días del santo de los virreyes, en las juras del rey de España y en otras festividades solemnes. Los diputados llegaron al corral y durante dieciséis años tuvieron que llevar a cabo las labores a que los obligaba su sobria investidura en el mismo espacio en donde el autor teatral más exitoso del siglo XVIII, Eusebio Vela, había hecho llorar de risa a la concurrencia con obras que —sin alusión alguna al trabajo político de los recién llegados— se titularon *Por engañar, engañarse y Entre traición y cautela*.

No eran saludables para la patria los chistes con que, a propósito del cambio de recinto, el populacho azuzaba a sus representantes. Ya se sabe: el hábito no hace al monje, pero le da figura. Muy pronto inició la construcción, dentro del propio Palacio, de un local más conveniente. La nueva obra fue encargada al arquitecto Agustín Paz quien, por lo demás, era diputado en funciones. No se sabe cómo legislaba el señor Paz, pero no queda duda alguna de que era un asco como arquitecto. Una tarde, el piso del nuevo local se hundió sin más, «ocasionando algunas muertes».

En 1845 se inauguró al fin una flamante Cámara semicircular al fondo del primer piso del Palacio. Era la Cámara en que se de batieron los años más aciagos de México

—pronunciamientos, luchas fratricidas, guerras extranjeras—; el sitio donde se promulgó «la Constitución más liberal de la Tierra», pero también «la que ha costado más sangre», la de 1857.

En 1872, un incendio avasallante hizo arder la tribuna donde habían oficiado Zarco, Altamirano y El Nigromante. Gabriel Mancera salvó el archivo; Alejandro Casarín, el bastón y el sable de Iturbide. (El puño del bastón, un topacio de gran tamaño, se perdió, según se dijo, «estrellado, liquidado, destruido por el fuego». Ajá.). Todo lo demás se perdió.

Cuando el tiempo había borrado los chistes sobre el corral de comedias, los diputados tuvieron que refugiarse en el Circo Chiarini, un redondel destinado a acróbatas, saltimbanquis y payasos.

El presidente Lerdo quiso sacarlos de aquel destino. Pero, mal y de malas, sólo pudo mover la Cámara hacia un teatro dedicado a la zarzuela y el género bufo: el Teatro Iturbide, inaugurado en 1856 (para colmo, con un baile de máscaras). A lo largo de 37 años, hasta 1909, en que otro incendio echó por tierra el antiguo Teatro Iturbide, los diputados convivieron con la sombra de villanos, graciosos, característicos, primeros actores, primeros galanes, figurantes y secundarios.

La risa, el llanto, la gesticulación, la mascarada, el enredo, la trifulca, el desfiguro: la opereta como repertorio en las discusiones de la representación nacional.

El hábito no hace al monje, pero le da figura. ¿Se puede preguntar, con Borges, si la palabra azar rige estas cosas: circo, teatro, corral? Un hombre del siglo XIX diría que no.

Aclamaría de pie las sesiones en San Lázaro, seguro de que la forma es fondo.

Vidrios masticados

EXISTIÓ UN TIEMPO en que los niños de mi generación debíamos pasar la prueba del mastique. Matabas el balón con el pecho, disparabas con potencia hacia la portería contraria, y lo siguiente que veías era que el cristal de la vecina quedaba hecho pedazos. Las cosas terminaban siempre del mismo modo: una hora más tarde, con la cola entre las piernas, te hallabas amasando la plastilina grisácea que al solidificarse en el vidrio volvía a impedir el paso de las tormentas.

Ignoro en qué esquina de la vida se nos perdió el mastique, a qué hora de la historia realizó su entrada el Silicon. Pero la rotura de un vidrio vino a recordarme que no soy de este siglo. Por eso escribo este epitafio.

1834 es el año en que un ciudadano francés de nombre desconocido abrió una tlapalería en la calle de San José del Real —hoy Bolívar— y colocó en su puerta un letrero que decía: «Mastic». San José del Real era entonces una calle elegante de lo que hoy llamamos el Centro. La escoltaban varios palacios de tezontle con pilastras de cantera, algunos de los cuales han perdurado hasta nuestra época, en cuyas accesorias existían comercios dedicados a dorar o platear objetos. Era, como se decía entonces, una calle de batihojeros.

Los vecinos pasaban por San José del Real sin comprender qué demonios ofrecía aquel letrero. El cronista José María Marroqui, que era un niño en ese tiempo, cuenta que finalmente se supo que el *mastic* «era un pegote para pegar los vidrios en los huecos de los bastidores de las vidrieras, hecho con almáciga, que es lo que significa esta palabra traducida del francés al castellano».

En la Ciudad de México se acostumbraba, desde la época colonial, sujetar los vidrios a los bastidores con pequeñas varillas de hierro. Esto provocaba, en beneficio de las leyendas que luego explotó Artemio de Valle-Arizpe, que en los caserones novohispanos, y en particular en las horas negras, se oyera el misterioso, espeluznante ulular del viento. La aparición del «mastique» —según sonaba esa palabreja en los duros oídos de los pobladores del XIX—, no sólo apartó de la vida urbana los quejidos fantasmales: convirtió el reemplazo de vidrios en una actividad tan simple, que podía ser realizada inclusive por los niños. Le pido perdón a doña Sara: según mi registro personal, yo tuve oportunidad de practicarla en sus ventanas unas seis veces.

Todo lo verdaderamente grande es sencillo, escribe Balzac. Aquel amasijo pasó a formar parte del repertorio de cosas ordinarias que hacen funcionar a una ciudad. Su victoria fue tan contundente que la palabra «mastique» pasó al lenguaje como el

galicismo más reciente en un siglo loco por incorporar galicismos recientes, y se convirtió en raíz de un verbo «de significación equívoca», que los vidrieros de aquel tiempo enseñaron a sus clientes: «Masticar». Según Marroqui, los miembros de ese gremio adquirieron la costumbre de preguntar a los consumidores si querían que les pusieran los vidrios con varillas, o nomás «masticados». No sólo eso —escribía el cronista—, «concluida la operación, avisan que ya “masticaron” los vidrios, cosa que a ser cierta, no podrían decirla».

No pude resistir la tentación de cerrar el círculo en el que la historia de las cosas tarde o temprano nos lleva a su lugar de origen. Salí en busca del número 16 de San José del Real, sitio donde estuvo aquella tlapalería. Las viejas accesorias de los batihojeros se han convertido en locales de pollos, aguas frescas, taquerías. Farmacias El Fénix, Casimires Mundiales, Casimires Martínez. En la parte alta de estos negocios muchos vidrios siguen pegados con mastique. En el número 7 de San José del Real funcionó la imprenta en la que Luis G. Inclán editó *Astucia*. Ahora hay ahí una crepería que ignora por completo aquel pasado ilustre.

Tampoco queda rastro alguno de la tienda de herramientas y pinturas que en 1834 hizo que los fantasmas dejaran de aullar. En la esquina más cercana una placa afirma que, en los años posteriores a la Conquista, antes de llamarse San José del Real, esta calle se llamó de las Carreras. No sé si la ciudad me juega cierta broma, pero eso, y no otra cosa, es lo que echábamos en el otro siglo cuando el balón hacía estallar los vidrios de doña Sara.

Las primeras fotos de la ciudad

LA MAÑANA DEL 29 DE ENERO de 1840, el público que pasaba por la Plaza de Armas de la Ciudad de México (no le llamamos Zócalo sino a partir de 1843, año en que Santa Anna ordenó la construcción de un monumento del que sólo se terminó la base o zócalo), se detuvo a observar las maniobras misteriosas que realizaba un francés recién llegado a la capital. Aquel individuo cargaba una pesada caja negra de la que emergía un lente. Caminaba por la plaza, alzando la cabeza para mirar el sol, y emplazando hacia la mole de la Catedral la mira de aquel objeto extraordinario. En unos cuantos momentos, informó poco después *El Cosmopolita*, de aquella caja surgió la Catedral, «perfectamente copiada».

El francés se llamaba Jean Prelier, había desembarcado en Veracruz con un invento, la palabra favorita del siglo XIX, que habría de maravillar a los mexicanos: el daguerrotipo. Prelier estaba a punto de abrir un local comercial en la calle más exclusiva de la ciudad, la rutilante calle de Plateros (hoy Madero). Ahí exhibiría los prodigios que aquella caja misteriosa era capaz de materializar.

El local quedó instalado al fin en Plateros 9. En esa dirección nunció la fotografía en México.

Se cree que las siete imágenes más antiguas que hay sobre la ciudad, proceden del daguerrotipo que Prelier operó aquel día en la Plaza de Armas. En esas siete imágenes oxidadas, manchadas por las huellas digitales que en forma accidental les imprimió un no muy experto daguerrotipista, ha quedado el fantasma desdibujado de lo que un día remoto —en verdad, perturbadoramente remoto—, fue la Ciudad de México.

Contemplar esas imágenes es como hallar en un viejo álbum de familia la foto de un antepasado lejano: una ciudad de bigote alacranado que posa contra un fondo sepia.

Aquel día de enero de 1840, el fotógrafo extranjero captó dos imágenes de la Catedral en un día abrasado por el sol (debió tomarlas al mediodía, pues no existen sombras). Prelier retrató luego la portada barroca del Sagrario Metropolitano, en cuyo atrio se adivinan algunas personas: un cortejo de fantasmas enlutados, atrapados para siempre en la luz de la fotografía, y más tarde hizo una toma del Calendario Azteca, que por esos días se hallaba adosado a la torre poniente de la Catedral.

Prelier atravesó luego la Plaza de Armas, rumbo al edificio de la Universidad, retrató la estatua ecuestre de Carlos IV, que se hallaba «escondida» en el patio principal, y luego, de una sola «vista», tomó la casa del Marqués del Apartado y los

muros del convento de la Enseñanza (hoy Argentina y Donceles), en donde quedaron retratados otros perturbadores fantasmas.

Las colecciones fotográficas que han llegado a nuestro tiempo reconstruyen década a década, lustro a lustro, algunas veces año con año, la historia de la Ciudad de México: en ellas yace el relato completo de una ciudad sumergida en sus transformaciones. El punto de partida de esa gigantesca memoria visual es un día de 1840. Comenzó en la Plaza de Armas con una caja de madera oscura de la que surgieron siete daguerrotipos fantasmales (es posible consultarlos en la red: <<http://bit.ly/126bTVR>>).

Para situar la enorme antigüedad de estas imágenes formidables, sólo es necesario decir que, mientras Prelier caminaba por la plaza soleada, otra viajera, madame Calderón de la Barca, llegaba a la ciudad y comenzaba a escribir las cartas que dieron forma a *La vida en México*:

Hice mi debut en México yendo a misa a la Catedral. Al atravesar el coche la Alameda, que se encuentra cerca de nuestra casa, admiramos sus nobles árboles, las flores y las fuentes, y bajo el sol todo era un golpe de brillos para la vista. Eran pocos los carruajes que transitaban por ella; se veían algunos caballeros montando a caballo...

La máquina introducida por Prelier hechizó a la capital. Los talleres de daguerrotipia cundieron en las calles principales. Sin embargo, los agujeros negros del tiempo se han llevado casi todas las imágenes de aquellos años. Jean Prelier murió en 1857. Las siete placas históricas que hizo de la ciudad reaparecieron tiempo después en París; hoy inquietan a quien las mira en una mansión de Rochester, en donde se halla el Museo Internacional de Fotografía y Cine.

Es difícil sacarlas de la memoria. No sé qué asusta más, si su oxidada fragilidad, o la visión de los rostros perdidos que uno alcanza a adivinar entre las sombras.

❖ 1842 ❖
Zapatos

LAS CIUDADES REQUIEREN de intérpretes que las descifren. Para Manuel Payno, un par de zapatos desgastados por la curiosidad eran las únicas herramientas que los cronistas necesitaban para llevar a buen puerto ese trabajo. En la primera crónica urbana, *México en 1554*, tres paseantes describen las maravillas de una ciudad que ha cumplido treinta y tres años de existencia. Estos paseantes no usan, sin embargo, los zapatos: para admirar la arquitectura, el trazo recto de la ciudad niña, cabalgan a lo largo de Tacuba, la Plaza Mayor, la calle de Moneda.

A principios del siglo XIX, Ángel de Campo se convirtió en el primer cronista que narró la ciudad desde el volante de un automóvil: un cupé de medio uso que el poco hábil conductor dejó totalmente destrozado en menos de cinco días.

Entre el caballo y el automóvil existió una era en la que los cronistas no tuvieron más vehículo que sus zapatos.

Imagino los del incansable Guillermo Prieto, que en 1842 salía diariamente a las calles a buscar «asuntos» para sus artículos y un día pisaba los adoquines de San Francisco y otro los lodazales de la Candelaria de los Patos. Boquiabiertos de tanto uso, los zapatos del modesto Prieto debieron parecer un bostezo. Su contraparte: el calzado finísimo con que Manuel Gutiérrez Nájera, *dandy* de los salones porfirianos, salía a «boulevardear» en la calle de Plateros. Nájera, El Duque Job, murió dos semanas antes de que el primer automóvil entrara a la Ciudad de México, pero había descubierto que era posible escribir crónicas extraordinarias desde la ventanilla de un tranvía. Es célebre aquella en la que descubre desde uno de mulitas que la ciudad se desparrama más allá de la peluquería de Micoló, como «una gran tortuga que extiende hacia los cuatro puntos cardinales sus patas dislocadas». Cronista de calzado destellante. El Duque no debía trasladarse, como Payno y como Prieto, a buscar asuntos a los muladares. Sentado en una mesa del café La Concordia, saturó más de cuarenta publicaciones porfirianas con artículos originales, se dice que vívidos y firmes. Una vez prometió una crónica que no escribió. Su tema eran los zapatos, según le confesó a discípulo Micrós:

«Dime cómo calzas y te diré quién eres». Vamos a estudiar zapatos y verá usted qué cierto es eso. Aquella señora es coqueta: usa bota de cuarenta botones y quiere que lo sepan; ésta que camina lentamente debe ser esposa de un Comisario de Juzgado, trae los de su marido con tacones cortados a bisel; mire usted el último grado de la despreocupación, del egoísmo, del *nada se me da*: las babuchas de esa beata: esas señoras entran al Paraíso por la puerta de los criados y deben hacer un alto en... ¿hay Leteo allá arriba? [...] Aquí viene otra: advenediza, y usa un calzado irreprochable como forma, pero no sabe manejarlo, ignora que no se camina lo mismo con charol que con raso turco... He aquí una excelente esposa para un escritor: esos botines deben de

ser muy viejos, pero con cuánto amor están embetunados; o sucia o hipócrita o mal formada la que se baja del coche: prefiere enseñar el cuello y partes alícuotas, a mostrar la punta de los choclos...

Salvador Novo recuerda en una de sus páginas más entrañables que a los doce años le compraron en una tienda de la calle de Madero el par de zapatos blancos con que empezó a conocer, «más íntima y menos literariamente», la Ciudad de México. Con aquellos zapatos Novo caminó la Alameda, el Bosque de Chapultepec, la pastelería El Globo, el Sanborns de los Azulejos, las escaleras eléctricas del Salón Rojo, los espacios con que su prosa deslumbrante iba a poblar algunas de las páginas mejores del periodismo mexicano (el mayor elogio que le han hecho a Novo, se lo leí a José Joaquín Blanco: «Más de nuestra época que de la suya»). Como quería Prieto, los zapatos blancos del «Joven» Novo debieron volverse negros. Negros de curiosidad, negros de polvo.

Caminamos sobre muertos

EN LA ESQUINA DE SAN COSME y Circuito Interior se alzan los muros de un antiguo panteón olvidado: el Cementerio Nacional Americano. Nadie, o casi nadie, recorre nunca sus avenidas misteriosas. Detrás de esos muros hay una enigmática fosa colectiva, así como 813 gavetas pobladas de nombres extranjeros.

Fui vecino del rumbo de San Cosme. Los niños de aquel barrio recibíamos de los adultos los fragmentos de un relato inquietante: en ese cementerio, cerrado al público la mayor parte del año, se hallaban los restos de los soldados norteamericanos que habían participado en la invasión de 1847.

El día en que Winfield Scott arrió la bandera estadounidense, y se llevó la mitad del territorio mexicano, dejó abandonados en aquel panteón los cuerpos de los caídos durante aquella aventura sanguinaria. Se les inhumó en una fosa colectiva.

Hoy se lee en una placa colocada en un pesado monumento de granito: «En honor y memoria de 750 americanos conocidos solamente por Dios, cuyos huesos, colectados por órdenes de su país, están aquí enterrados».

De los panteones que fueron construidos en los alrededores del Centro cuando el miedo a las epidemias hizo que los muertos dejaran de ser sepultados en las iglesias, el Cementerio Nacional Americano es uno de los pocos que siguen en pie. Su vecino histórico inmediato, el Panteón Inglés, inaugurado en 1824 para admitir los restos de personas de esa nacionalidad que, por haber profesado una religión protestante, no podían ser inhumadas en los cementerios del catolicismo, fue arrasado en 1976, durante la construcción del Circuito Interior. En su lugar se encuentra actualmente un jardín ocupado por varios árboles típicos. Del Panteón Inglés sólo queda una solitaria capilla de estilo neocolonial, en la que se ofrecían los servicios fúnebres del cementerio (la capilla es de 1909; la construyó el arquitecto Charles S. Hall).

Ignacio Manuel Altamirano relata en una crónica que durante la era en la que los cadáveres fueron inhumados bajo el piso de los templos, «todo México iba a sentarse y arrodillarse sobre una capa de podredumbre y gusanos». Ahí, escribía Altamirano en 1869, «se recibe la salud del alma y se recibe también el tifo». Los atrios de las iglesias funcionaban también como cementerios. Según Manuel Rivera Cambas, «había tantos panteones como templos».

En el errar por la ciudad que es este libro, el virrey Revillagigedo aparece una y otra vez en los momentos cruciales. En 1779, dicho gobernante promovió por primera vez la construcción de cementerios fuera de la traza original de la ciudad. Los habitantes de las actuales colonias Santa María la Redonda y Doctores ignoran que

viven sobre las fosas clausuradas de los dos primeros cementerios construidos extramuros. En donde hoy existen calles y edificios, sólo hubo tumbas durante varias décadas: el cementerio más antiguo, el Panteón de Santa Paula (1784), fue levantado en los alrededores del actual Teatro Blanquita. Aunque fue el cementerio de moda durante un cuarto de siglo, Altamirano lo describió más tarde como «un lugar espantoso por su incuria y tristeza». Se le había edificado para que acogiera los cadáveres que morían en el Hospital de San Andrés —entre ellos, los que dejó una rabiosa epidemia de cólera. Durante la presidencia de José Joaquín de Herrera se le convirtió en cementerio general de la ciudad. Fue ahí en donde, al grito de «Muera el cojo ladrón», una turba enfurecida exhumó la pierna que Antonio López de Santa Anna había perdido en los médanos de Veracruz.

Si San Fernando era el panteón de los ricos —«el cementerio elegante»—, Santa Paula fue en sus últimos años el panteón de la miseria. Cuando lo cerraron, tras casi un siglo de funcionamiento, las cruces se hallaban desbaratadas, los sepulcros entreabiertos, las paredes ennegrecidas.

El segundo cementerio de las afueras abrió sus puertas en 1846 en una zona de chinampas desecadas, en la que la única ventaja era que los vientos conducían «los miasmas» lejos de la ciudad. Entre esos aguazales y esos pantanos se levantó —otra vez Altamirano— «un abismo de horror y miseria» que fungió como panteón hasta 1878. Cuando una década más tarde se urbanizó la colonia Doctores (1889), buena parte de los restos fueron llevados a otros cementerios —¡cuántas vidas e historias encerraban!

La ciudad inició su incontenible expansión hacia occidente a mediados del siglo XIX. Empezó dando pasitos por México-Tacuba hasta llegar a San Cosme, y por Avenida Juárez hasta rozar Reforma. Luego trotó por Bucareli, cruzó Chapultepec, y se apropió de las chinampas cercanas al río de la Piedad. De ese modo devoró los cementerios y la memoria de esos cementerios.

Hace más de un siglo que esos cementerios se volvieron calles: caminamos sobre muertos.

Anuncios clasificados

RECUERDO, PORQUE ALGO me llevó a anotar los detalles, la tarde en que empecé a coleccionar anuncios clasificados. Buscaba en una hemeroteca la noticia de un crimen ocurrido en 1850: el asesinato del político jalisciense Juan de Dios Cañedo en el Hotel de la Gran Sociedad. Como ignoraba en qué mes había sucedido el homicidio, me puse a revisar al azar los tomos de *El Monitor Republicano* correspondientes a ese año. El ejemplar del 23 de noviembre estuvo a punto de matarme de aburrimiento: reproducía en su primera plana un largo y aburrido despacho del Ministerio de Hacienda que ordenaba dotar a las aduanas «de lentes y cuentahilos para que las operaciones correspondientes sean practicadas con toda exactitud y el debido acierto». En las siguientes páginas, había informes comerciales, datos estadísticos, una crónica de teatro tremendamente soporífera, una novela por entregas de un tal Patricio de la Escosura y un artículo infumable cuyo título era: «La religión y los partidos».

En resumen, nada de lo que pudiera extraerse una pizca de vida.

Hasta que un anuncio clasificado, un «aviso oportuno», me dijo más cosas de la época, de aquel momento de México, que *El Monitor Republicano* completo. Era un aviso que anunciaba la llegada del retrato a color:

El que suscribe tiene el honor de anunciar al respetable público su regreso a la capital y ahora ofrece de nuevo sus servicios a los que gustaren honrarlo con su confianza; garantiza que los retratos tomados en su establecimiento serán superiores a cuantos se hacen en esta capital, porque como se sacan en una media luz salen las facciones con suma curiosidad y en lugar de aumentar la edad de la persona la disminuyen. Agregado a esto se dan los colores, que sin estos el retrato no puede ser perfecto ni igual a la persona. Gran Sociedad número 4.

Desde entonces, cada vez que me asomo a las hemerotecas procuro llevarme en la libreta un buen surtido de anuncios de ocasión. Lo he escrito antes: cómo refulge en ellos la vida cotidiana, cómo alumbran misterios cuya resolución no se conocerá jamás: «Se suplica a la srta. Carmen Ricoy, empleada en una de las secretarías del gobierno, se sirva pasar a la casa número 68 de la avenida 5 de Mayo, para un asunto que le interesa. F. Migueleña» (*El Demócrata*, 2 de febrero de 1915).

En los «avisos oportunos» uno puede encontrar noticias precisas sobre el modo de viajar, los avances tecnológicos y la llegada de la higiene. Ahí está el costo de las medicinas, de los tratamientos, de las casas, de los muebles, de la ropa. Ahí se consignan los sueños con que cada época ha pretendido resolver sus propios males:

El Monitor Republicano, 7 de junio de 1876:

Sífilis, úlceras. Completa curación en doce días, tomando el famoso remedio italiano antisifilítico de Pollini. Hace cerca de 200 años que bajo el nombre de Polvos de Pollini es conocido en Italia este remedio, cuya maravillosa eficacia en curar la sífilis de segundo y tercer grado y en reparar los daños causados por el mucho uso de las preparaciones mercuriales, ha sido reconocido por todos los médicos. Droguería de la Profesa. A \$50 docena de polvos.

El Siglo Diez y Nueve, 2 de enero de 1896:

¿Quiere usted adquirir un buen fonógrafo? Se encuentra en venta uno, casi nuevo, del último sistema inventado por el eminente electricista Mr. Edison. Contiene, además, un variado surtido de piezas de música nacionales y extranjeras. En la administración de esta imprenta (Victoria 15) se darán todos los informes que se soliciten.

El Siglo Diez y Nueve, 8 de septiembre de 1872:

Aseo non plus ultra. Peluquería higiénica de Fernando Beltrán. En la 1.^a calle de Plateros, bajos del número 1, quedará a disposición del público un elegante salón para los giros de peluquería y barbería, en el cual, el que suscribe, ofrece ser el primero en atender al cliente con el esmero nunca observado en otras casas, pues para el efecto posee un surtido de utensilios que no servirán para otra persona sino después de haber sido minuciosamente lavados.

El Siglo Diez y Nueve, 8 de octubre de 1841:

Se solicita un asiento de coche para Durango. La persona que quiera proporcionarlo ocurra a la ribera de San Cosme número 5, casa de D. Antonio Mesa.

La carrera política de Ignacio Mariscal se extendió a lo largo de sesenta años. Comenzó a la caída de Santa Anna, y terminó en 1910, año en que Mariscal fue sorprendido por la muerte. Don Ignacio fue ministro de Relaciones Exteriores de Porfirio Díaz durante veintiséis años. De él sabemos todo, casi todo, prácticamente todo.

Pero miren de lo que es posible enterarse coleccionando avisos de ocasión:

Afamada dentadura automática de goma coloreada. Por este mes de abril, 16 pesos. Doctores Spyer, dentistas americanos. Calle de la Palma 3. Es la casa de más fama de la República, recomendada por el Sr. Ministro de Relaciones. [*El Imparcial*, 14 de abril de 1897.]

Colonia Tabacalera

1 850. EL INGENIERO FRANCISCO SOMERA compra un terreno gigantesco en los llamados Potreros de la Horca. Se trata de un cuadrángulo cubierto de pastizales, al que hoy delimitan Puente de Alvarado, Melchor Ocampo, Sullivan y Rosales. Para decirlo najerianamente, la ciudad ya no cabe en el sitio donde la dejaron los conquistadores españoles y comienza a extenderse poco a poco hacia el occidente. En la cabeza de Somera arde un sueño utópico: construir en aquellos llanos azotados por el viento una colonia modelo, habitada exclusivamente por arquitectos y estudiantes de la Academia de San Carlos. Una colonia llena de palacios, villas, fincas y chalets, que los propios arquitectos diseñen.

De esta manera nace la colonia de los Arquitectos, que según Somera habrá de convertirse en el primer fraccionamiento fuera de la antigua traza de la ciudad.

Hay colonias, sin embargo, cuyo destino es el fracaso. En esa lista, la de los Arquitectos ocupa el primer lugar: un embrollado litigio por la propiedad de los terrenos retrasó el proyecto varios años. Cuando Somera trazó al fin algunas calles — las primeras que surcaron la colonia fueron las actuales Antonio Caso, Sadi Carnot, Valentín Gómez Farías, Guillermo Prieto y Miguel Shultz— y sacó a la venta los primeros lotes, pocos arquitectos se interesaron en comprar, casi nadie construyó, y el prestigio que iba a traerle el hecho de ser la primera colonia fuera de la traza antigua se lo llevó para siempre una colonia hermana, Santa María la Ribera.

No era la primera vez que alguien fracasaba en los Potreros de la Horca. El emperador Agustín de Iturbide se embelesó con unos planos que le mostró el urbanista Simón Tadeo Ortiz de Ayala, y se le metió en la cabeza la fantasía de construir ahí un Barrio Imperial, un sector exclusivo de palacios neoclásicos de mármol, donde se asentaría la administración del imperio, y en el que se abrirían bibliotecas, museos, teatros, parques, coliseos y hospitales.

A Iturbide, sin embargo, se le atravesó el general Santa Anna. La proclamación del Plan de Casa Mata dio al traste con su imperio e hizo que los mármoles que Su Majestad había imaginado se desvanecieran en el aire. En la Horca, sólo quedaron los pastizales en que, desde la fundación de la ciudad, iba a alimentarse el ganado.

En 1848, el presidente José Joaquín de Herrera autorizó la construcción de la nueva Penitenciaría en aquellos campos condenados. El proyecto se confió a Lorenzo de la Hidalga, que había construido el imponente Teatro Nacional, y de cuya importante obra (el Mercado del Volador, el primer monumento a la Independencia, el nuevo ciprés de la Catedral Metropolitana) no queda prácticamente nada: el

pedestal donde se asienta el Caballito de Tolsá y la cúpula del templo de Santa Teresa la Antigua.

De la Hidalga bosquejó una cárcel, muy adelantada para su época, que contaría seiscientas celdas. Pero no alcanzó a poner más que los cimientos porque, al cambiar el gobierno, el nuevo presidente —Mariano Arista— se vio agobiado por las deudas y archivó el proyecto. Al desdichado arquitecto le volvió a ocurrir lo mismo con el monumento dedicado a la Independencia, que habría de erigirse en la Plaza Mayor: sólo pudo colocar el zócalo o emplazamiento.

El proyecto penitenciario de De la Hidalga dejó también dos de las calles que iban a delimitar a la nueva prisión: la calle de la Penitenciaría, que no es otra que nuestra actual Lafragua, y la calle de los Inválidos, actual Vallarta.

Estaba escrito que en aquellos ejidos nada iba a prosperar. En sus alrededores se plantaron hermosas residencias. En Puente de Alvarado vivieron la marquesa Calderón de la Barca y el efímero y acaudalado conde de Buenavista, al que se debe uno de los nombres del rumbo. En el último tramo del XIX comenzó la explosión inmobiliaria del Paseo de Reforma, que llenó esa calzada de «encantadores palacios». La porción occidental crecía, y las nuevas colonias superaban en belleza y modernidad al viejo centro de la ciudad. Los terrenos de la Horca, en cambio, seguían como aferrados al siglo XVI. Incluso se volvieron refugio y trinchera de los «léperos y holgazanes, patéticos montones de harapos», que Madame Calderón describió en sus cartas.

Como ministro de Fomento de Porfirio Díaz, el inquieto y versátil Vicente Riva Palacio se agregó a la nómina de urbanistas y visionarios a los que la despoblada colonia de los Arquitectos terminó por derrotar. Don Vicente imaginó aquellos terrenos como sede de una Gran Exposición Universal. Las voluminosas novelas de Riva Palacio —*Martín Garatuza, Monja, casada, virgen y mártir*— prueban que a este escritor los proyectos faraónicos no le hacían temblar el pulso. En un santiamén proyectó sobre los cimientos de la fallida Penitenciaría un complejo de pabellones, jardines, acuarios, teatros, salones y restaurantes que no pedían nada a los de las grandes exposiciones de Chicago y París.

No debo hacer el cuento largo y sólo diré que de todo aquello lo único que se materializó fue una calle. La calle que iba a llamarse de la Exposición, y que en los ensueños del ministro iba a conducir desde la estación de Buenavista infinitas caravanas de visitantes internacionales: artistas, industriales, científicos. Esa calle se llama actualmente Ponciano Arriaga.

Sonó entonces la hora de poner un hasta aquí al ciclo histórico de reveses y don Porfirio fue hasta el centro mismo de los potreros para poner la primera piedra del que iba a ser el fastuoso Palacio Legislativo. La idea era cimentar ahí el edificio más imponente de México: una construcción sólida y soberbia que emblematicara al porfiriato. Como a Iturbide el Plan de Casa Mata, a don Porfirio se le atravesó la revolución. Sólo alcanzó a poner la estructura de la cúpula central, que se herrumbró

muy pronto —y a la misma velocidad se convirtió en uno de los máximos referentes urbanos.

Alberto J. Pani juzgó que era más caro echar abajo la estructura que remozarla, y propuso que se le convirtiera en Monumento a la Revolución. El presidente Lázaro Cárdenas aplaudió el proyecto: su gobierno intentó llamar de ese modo —Revolución— a la colonia en la que estaba el monumento. Sin embargo, la gente continuó denominando aquella porción de tierra con el nombre con que se le había bautizado en 1899, año en que se instaló en el antiguo palacio del conde Buenavista la fábrica de cigarrillos La Tabacalera Mexicana.

A la Tabacalera le siguieron llegando inquilinos ilustres. La Lotería, el Frontón México. Ninguno de éstos logró rescatarla de su destino extraño. Se volvió, cuando más, una colonia de medio pelo, la pariente pobre de Santa María y San Rafael, una colonia *arrimada* en el bello rumbo de los santos.

Rameras corregidas

HACIA 1856, LA DUEÑA de una florería ubicada en una de las calles principales del Centro tuvo el mal tino de colocar, al frente de su tienda, un rótulo en el que se leía: «Madame Coussin, ramera de París».

El geógrafo Antonio García Cubas, en aquellos años regidor de la capital, miró aquel despropósito y estuvo a punto de sufrir un soponcio (término simpatiquísimo que en el siglo XIX describía al infarto cerebral). En cuanto se recompuso, García Cubas tomó el lápiz del corrector y salió a la calle dispuesto a enmendar los barbarismos, las necedades, las faltas de ortografía que proliferaban en anuncios colocados, como se ha visto, incluso en las arterias más importantes. Iba a ser, desde luego, una guerra perdida, pero aquélla fue el alba de una discusión que se mantiene hasta la fecha, entre publicidad e imagen urbana.

García Cubas detalló, en un pasaje de *El libro de mis recuerdos*, cómo era el campo en que se llevó a cabo esa batalla. En la calle de Balvanera (nuestra actual Uruguay) había un fonducho que anunciaba sus servicios de este modo: «Se guisa de comer». Tiendas situadas en esquina dividían sus anuncios, mitad hacia una calle y mitad hacia la otra, de manera que los caminantes podían hallar de pronto el siguiente disparate:

Buen remedio
es mejor
no tomarlo
ay

Era preciso doblar la esquina para captar el mensaje íntegro:

Buen remedio para el pecho
es mejor que todos
no tomarlo si no es en
ayunas

Los anuncios publicitarios fueron asaltando las calles de la Ciudad de México desde principios del siglo XIX. En 1842, cuando ya eran parte del paisaje urbano, Guillermo Prieto comprendió que los letreros que decoraban las tiendas, los cafés y las peluquerías relataban historias asociadas con la vida de la urbe. Hablaban de las

pretensiones, los sueños, las aspiraciones. Toda novedad, toda aflicción, cualquier acontecimiento dejaba una huella o un reflejo en los rótulos de las casas comerciales. El año en que una turba enloquecida saqueó y quemó El Parián (un almacén construido sobre la plancha del Zócalo, en el que se vendían perlas, sedas y zapatos, entre otros productos de importación), algún tendero deseoso de explotar económicamente el suceso, cometió el autogol de llamar a su negocio: «Tienda del saqueo». De acuerdo con Prieto, los clientes no solían sentirse muy confiados a la hora de trasponer el umbral.

Había en todo caso tantas «rameras de París» que corregir en la ciudad, que en 1856 un ciudadano encomiable, José Meza, pidió al Ayuntamiento que lo nombrara, sin retribución alguna, corrector de rótulos e inscripciones de los comercios urbanos. No existen más datos sobre las andanzas del primer corrector ortográfico de esa gigantesca edición de piedra que es la Ciudad de México. Se puede suponer, sin embargo, que los esfuerzos de Meza terminaron por naufragar en el galimatías urbano, ya que trece años más tarde el Ayuntamiento se vio obligado a establecer un consejo de profesores al que encargó la tarea de supervisar que los letreros de los comercios estuvieran bien escritos.

En esos años la ciudad no era como un libro de piedra: amenazaba transformarse en una frívola revista de piedra, colmada de anuncios publicitarios. La creciente industrialización del país, a partir del porfiriato, ocasionó que las calles se poblaran de anuncios de cerveza, de polvos, de elixires, de tónicos, de bromuros, de emulsiones. En todas partes surgían letreros que ofrecían cigarrillos, bicicletas, máquinas de escribir. «Barber chop», se leía en la puerta de alguna peluquería.

Había comenzado la era de la publicidad, una dictadura más larga que la de Porfirio Díaz y Antonio López de Santa Anna juntos.

En 1871, un tal Simón López pidió al Ayuntamiento que le dejara colocar anuncios en los cuatro ángulos del Zócalo; un tal S. J. Nathans pidió autorización para fijar cartelones en todas las plazas públicas de la ciudad. En 1876, el empresario Epigmenio Barrera advirtió que los postes del alumbrado eran inmejorables para colgar letreros. No tardó en pedir el permiso correspondiente.

Quien revise el fondo «Ayuntamiento» del Archivo Histórico del Distrito Federal encontrará las huellas de una tromba: el tifón publicitario que en tiempos de don Porfirio baqueteó las calles de México. 1883: Labordie y Pinzón piden permiso para colocar en el techo de la Droguería Plateros (actual calle de Madero) el primer «espectacular» que hubo en la capital. 1885: Christens Jones hace trámites para instalar anuncios en todos los postes de teléfono. 1895: Alberto Heredia coloca los primeros rótulos de gas neón en comercios de la capital. 1896: José Gresco pide autorización para instalar anuncios luminosos... ¡en el techo del Palacio del Ayuntamiento!

Para 1923, la publicidad era el paisaje. Los poetas estridentistas hablaban de «fachadas parlantes» —muros que giraban órdenes, dictando los nuevos patrones de

consumo—, y en el texto fundador de la ciudad moderna, «El joven», Salvador Novo prevenía que, para «leer» dicha ciudad era necesario leer también la cascada de anuncios que la ocultaban: Florsheim, Eveready, Tanlac.

Enrique Díaz, Nacho López, Manuel Ramos, Héctor García, los fotoperiodistas más encomiados del siglo xx, no sólo retrataron una metrópoli que se ha llevado el viento: en sus imágenes legendarias yace también el proceso hegemónico del anuncio sobre el horizonte cívico.

La «ramera de París» fue corregida, pero la imagen urbana perdió la discusión y Antonio García Cubas ha de maldecirnos desde la tumba.

La leyenda de los túneles secretos

EN LA DÉCADA DE 1860, la Reforma exclaustró a las órdenes religiosas e innumerables conventos quedaron abandonados. Algunos se convirtieron en calles. Otros, en vecindades. Los obreros que demolían los muros de Santo Domingo, uno de los edificios religiosos más antiguos de la ciudad, encontraron trece momias emparedadas, en perfecto estado de conservación. Una de ellas era, al parecer, la del célebre fray Servando Teresa de Mier. Se le encontró con las ropas deshechas y largas madejas de cabello gris. Las momias fueron expuestas a la curiosidad pública y luego compradas por un empresario circense que las exhibió en Europa como «víctimas de los atroces crímenes de la Inquisición».

Como toda ciudad antigua, la de México suele seducir a sus habitantes cuando abre los baúles donde guarda historias no contadas: sus objetos perdidos. Todos se congregan entonces alrededor de la anciana aristócrata, para escucharla.

La soberana de los lagos tenía muchas historias que contar aquellos días. Los edificios centenarios a los que la piqueta de la Reforma iba convirtiendo en polvo, mostraba por vez primera secretos escondidos por siglos. La prensa de la época hablaba de tesoros fabulosos que los encargados de la demolición hallaban en las tumbas de los frailes. Cálices y copones de oro. Santísimos Sacramentos repletos de esmeraldas y rubíes. Fortunas escondidas en las tumbas de las monjas.

Y también, de historias sobre túneles y pasadizos que conectaban, secretamente, la Catedral y las iglesias principales.

Había nacido una leyenda urbana que durante siglo y medio iba a seducir, con su promesa incumplida, a los habitantes de México.

En los primeros años del siglo pasado, un reportero de *El Imparcial* aseguró que había caminado «bajo el suelo de México». En los años dorados de su ministerio, la década de 1930, un cronista de *El Universal*, Jacobo Dalevuelta, afirmó que había explorado una galería subterránea que partía del ex convento del Carmen. Su crónica causó revuelo en una ciudad en la que todos habían escuchado relatos asociados con túneles secretos: pasajes subterráneos que los poderosos del tiempo virreinal utilizaban «para huir expeditamente» —decía Dalevuelta— o «para moverse sin ser vistos».

Aquellas crónicas comprobaban lo que todos sabían desde siempre: que bajo nuestros pies se hallaba una ciudad oculta, un húmedo y oscuro sistema de laberintos donde se habían gestado las historias predilectas de la tribu: leyendas sobre monjas, fetos y tesoros enterrados sobre: torturas, crímenes y aparecidos. Ni la construcción

del Metro, que entró a saco en el subsuelo de las principales calles del centro, ni los alarmantes niveles de hundimiento que la urbe registró en el siglo xx (hoy estamos diez metros por debajo del nivel en que caminaba la gente del porfiriato) lograron demoler el pedestal de cemento armado en que descansaron siglo y medio de «certezas».

Tomo un taxi en Paseo de la Reforma. Al volante hay un chofer deseoso de platicar. No recuerdo cómo me embrolla. Sólo sé que la anciana aristócrata ha abierto el baúl y que el conductor me tiene fascinado con esta revelación: la línea 2 del Metro no termina, como todos creemos, en Cuatro Caminos. No. La línea 2 del Metro continúa hasta el Campo Militar, donde existe una estación secreta, pensada para movilizar al ejército hacia el centro, en caso de que ocurran disturbios. «Lógico» — dice el taxista—, «¿usted cree que el gobierno no ha pensado cómo mover al Ejército en horas pico?».

Esa noche busco en Google «Misterios del Metro» y «Pasadizos subterráneos en la Ciudad de México». No sé si estoy en 1860, en 1930, o en la segunda década del siglo XXI. No lo sé: hay gente que asegura que existe una estación oculta —«una interestación», le llaman— entre las estaciones Constituyentes y Auditorio, que sirve para salvaguardar, en caso de guerra, la integridad de la familia presidencial. Hay gente que asegura que en los centros comerciales de Santa Fe e Interlomas existen pasadizos «para que la gente VIP de la ciudad se pueda mover de un lugar a otro, sin ser reconocida, y sin peligro de ser secuestrada». Hay incluso un internauta que confiesa: «El único túnel real y verdadero que existe en el DF corre del Palacio Nacional hasta Los Pinos y es por razones de seguridad nacional. No te diré nada al respecto, pero yo lo he recorrido».

En ese mundo inquietante, la Catedral se comunica con Santo Domingo, la Santísima y Santa Teresa. En ese mundo inquietante existe un túnel «en el que cabe un auto», para que el Presidente pueda ir del Palacio Nacional a San Lázaro. En ese mundo hay sectas oscuras que desde tiempos de la Colonia realizan misteriosos rituales en galerías soterradas a las que no ha tocado nunca la luz del sol. En ese mundo inquietante hay leyendas de frailes jesuitas que en la época de la Colonia se perdieron para siempre bajo la tierra en laberintos cuya ubicación fue protegida por votos de silencio.

Y hay, también, sacristanes, veladores, meseros de rancieros restaurantes que afirman que alguna vez pudieron constatar dichos prodigios.

Apago la computadora con un escalofrío. La ciudad oculta me ha alcanzado. Esta noche parece más viva que la nuestra.

Santa María la Ribera

SANTA MARÍA LA RIBERA es la colonia más antigua de la Ciudad de México. Inaugurada en 1861 sobre los terrenos de la antigua hacienda de la Teja, marcó la explosión inicial de una ciudad que un siglo y medio más tarde se ha convertido ya en la segunda más grande y extensa del planeta. Los 32 lotes que los hermanos Joaquín y Estanislao Flores pusieron a la venta en esos días («México tiene sin duda que crecer, y todo anuncia que será hacia el lado poniente»), se leía en la publicidad del nuevo fraccionamiento) iniciaron la estampida de la urbe hacia los cerros.

Las crónicas cuentan que la colonia nació sin servicios: carecía de luz, de agua, de empedrados y embanquetados. Los ricos que deseaban apartarse de las epidemias, de la insalubridad del centro, la llenaron de árboles y de caserones exultantes, y la convirtieron en uno de los sitios más hermosos de la metrópoli.

El auge de las colonias Juárez, Roma y Condesa hizo que las clases acomodadas la abandonaran: Santa María la Ribera se resignó a admitir un destino más modesto. Quedaron allí los caserones, como viudas decrepitas y melancólicas. El Metro la llenó de micros y de puestos de tacos. El regente Hank González la demolió de tajo: donde antes hubo casonas misteriosas, porfirianas, impuso el eje vial que hoy la atraviesa como una cicatriz gangrenada.

Mugre, basura, polvo, informalidad, hacinamiento y destrucción. La escena se repite en cada esquina de ese barrio inigualable. Aquí y allá hay puertas clausuradas, muros que se caen a pedazos, hilachos de cortinas que asoman por ventanas en las que ya no existen vidrios —y que se agitan bajo el viento como pañuelos que despidieran a alguien.

Salvador Díaz Mirón 69. Junto a una tienda de pinturas e «igualado de colores», al lado de una «auto boutique» de «instalado de alarmas y estéreos», queda el frontispicio en ruinas de un antiguo teatro porfiriano. Sobre la puerta de entrada, con los emplomados rotos, hay una marquesina de hierro forjado, y más arriba, un letrero desvaído que no han logrado borrar ni la lluvia ni el tiempo. El letrero anuncia que en ese sitio estuvo alguna vez el «Teatro Bernardo García». El edificio luce en total abandono.

Toco varias veces. La voz cascada de una mujer mayor (debe ser muy mayor: tanto, que su voz parece dos voces), me informa que no puede abrir «porque afuera hace mucho aire». El investigador José Santos Valdés ha descubierto que la memoria de ese teatro no permanece siquiera en la tradición oral de la colonia.

El teatro Bernardo García, sin embargo, ocupa un lugar de honor en la historia de México. En ese sitio, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Ricardo Gómez Robelo y Alfonso Cravioto, entre otros, fundaron el Ateneo de la Juventud, el gran proyecto cultural del siglo xx mexicano. Ahí impartieron, en 1909, la serie de conferencias que iniciaron, «envueltas en motivos espirituales», la demolición del porfiriato.

El teatro era parte del Casino de Santa María, en donde los hombres prominentes de la colonia realizaban bailes, conciertos y banquetes. Había sido inaugurado en 1904 por el primer propietario de la casa, un rico minero de Chihuahua llamado, precisamente, Bernardo García. José Santos Valdés ha documentado la historia a través de la cartelera teatral publicada en los diarios de la época.

Con el Teatro Lírico, del que hoy sólo quedan el hall y la portada, el Bernardo García es el único ejemplo de arquitectura teatral porfiriana que se mantiene en pie en la ciudad. Según Santos Valdés, el auge de las «vistas cinematográficas» hizo que en la segunda década del siglo xx este teatro se convirtiera en un cine de vida efímera: Las Flores.

Bernardo García murió en 1922. Su teatro, como la mayor parte de los edificios del barrio, está en ruinas. No queda rastro de éste en la tradición oral de la colonia, y no existe, tampoco, en la memoria de las autoridades. Ha resistido un siglo. No durará mucho más.

La gran olvidada historia de Alejandro Casarín

ALTAMIRANO LO CONSIDERÓ uno de los cuatro pintores que iniciaron en México la modernidad. «Genio» era la palabra que se pronunciaba siempre a su paso. Nadie, sin embargo, lo recuerda ahora. La Academia lo expulsó a patadas del Olimpo; de su vida sólo quedan un par de esculturas que nadie quiere mirar, algunos cuadros que, dice la leyenda, «están en manos de particulares» y un puñado de anécdotas vagas, poco confiables, probablemente inciertas. Una de ellas dice que murió en duelo cuando cierto diplomático francés se negó a rendirle honores a la bandera mexicana durante un acto oficial.

Me dispongo ahora a escribir su nombre, aunque apuesto doble contra sencillo que a casi todos les dirá muy poco: Alejandro Casarín.

Fue uno de los diez mil prisioneros que en el mes de marzo de 1963 cayeron en manos de los franceses, luego de un sitio de sesenta y dos días. Casarín tenía el grado de capitán: figuró entre los oficiales que se negaron a obtener la libertad a cambio de abandonar las armas y no volver a atacar jamás a los franceses, como lo exigía el general Forey. Formó parte del grupo de oficiales mexicanos que fueron deportados a Francia tras la caída de Puebla.

Dibujante extraordinario, Alejandro Casarín aprovechó aquella estancia forzosa en París para acercarse a la obra de los principales artistas de su tiempo, entre ellos, el realista Jean-François Millet. Una anécdota informa que en París logró colarse a un baile de la corte, y que al verlo, Napoleón III preguntó quién era aquel caballero tan distinguido y pidió que se lo presentaran. Y es que Casarín se había mandado a hacer un traje «de coronel» cuyo único defecto era el de no pertenecer al de ningún ejército del mundo. «No escasearon las sonrisas imperiales», afirma esa versión.

El artista volvió a México cuando el Segundo Imperio fue demolido y participó en varias muestras colectivas, en las que exhibió su obra de caballete. Fue en ese tiempo cuando Altamirano lo colocó —con Félix Parra, José Obregón y Manuel Ocaranza—, entre los introductores de la modernidad en la pintura mexicana.

Para ganarse la vida, Casarín aprovechó sus dotes extraordinarias como dibujante y debutó en la caricatura política, un género que habitaba las fraguas de la prensa mexicana desde hacía medio siglo: son célebres las críticas que dirigió a Benito Juárez por su manía de aferrarse al poder. Los historiadores lo consideran, con Santiago Hernández, José María Villasana, Constantino Escalante y Jesús T. Alamilla, uno de los fundadores de la época de oro de la caricatura política mexicana.

Su derrumbe llegó cuando el ministro porfirista Carlos Pacheco le encargó la realización de dos esculturas y Casarín decidió hacer las esculturas conocidas como los Indios Verdes. El desplome del artista puede ser narrado mediante la exhumación de tres notas periodísticas. La primera fue publicada en 1889 por *El Monitor del Pueblo*:

Parece que el distinguido artista Alejandro Casarín cuyo talento todos admiramos, está fundiendo en bronce dos guerreros aztecas de tamaño colosal, que deberán ser colocados en el Paseo de la Reforma. El proyecto de estas estatuas y modelos fue hecho cuando Casarín, bajo los auspicios del ministro de Fomento, fundó su taller de Galvanoplastia. Hoy, para fundirlas en bronce, ha establecido también el taller que esa operación demandaba. Así, el genio creador de nuestro artista, como ayer en la porcelana, antes de ayer en la orfebrería, y después en la fotolitografía, hoy en ese ramo hará un paso adelante a nuestras bellas artes.

La segunda apareció en *El Monitor Republicano* en 1893:

Insiste un periódico y con mucha justicia, en pedir al Ayuntamiento que suprima los ridículos y antiestéticos muñecotes colocados a la entrada del Paseo de la Reforma. Los turistas que visitan esta capital creen que esos adefesios son obra de los primitivos pobladores del Anáhuac y que nuestro Ayuntamiento los conserva allí como reliquias arqueológicas. Así opinan los que nos juzgan favorablemente. En cuanto a los que sepan que son obras contemporáneas, nos calificarán seguro de salvajes.

La tercera fue publicada, en 1896, por el propio *Monitor*:

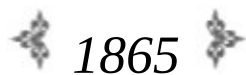
Dicen varios periódicos que próximamente se quitarán del Paseo de la Reforma las dos estatuas que se encuentran a la entrada de la calzada y que representan a unos guerreros indios. Se añade que serán sustituidas por dos caballos alados. Ojalá y así sea para bien de la estética, pero no vayamos a salir con dos jamelgos estilo... azteca.

Los Indios Verdes fueron colocados en la glorieta donde comenzaba el Paseo de la Reforma en 1891. Los retiraron en 1901. Una década de exhibición pública bastó para que, de «distinguido artista», «talento que todos admiramos» y «genio creador» que «hará un paso adelante a nuestras bellas artes», Casarín no fuera mencionado siquiera en las notas que aludían a sus «antiestéticos muñecotes».

Las pretensiones francesas del porfiriato fueron responsables de la demolición interior de este artista. Mientras los Indios Verdes eran arrumbados en un paseo más pobre, menos aristocrático, infinitamente más popular —el Paseo de la Viga—, Casarín se fue del país, se dice que con la moral deshecha, rumbo a esa muerte a sable, o a pistola, que se empeña en achacarle la leyenda.

Los Indios Verdes no hallaron descanso: aún en 1946, en un México definitivamente apartado de las ilusiones francesas, se decidió confinarlos aún más lejos, donde la ciudad terminaba..., ¡y empezaba la carretera México-Laredo!

¿Qué ocurre si confieso que no me parecen tan malos?



1865



El panteón de las celebridades

A FINES DEL SIGLO XIX ser inhumado a perpetuidad en el Panteón del Tepeyac costaba 250 pesos. En la muy guadalupana Ciudad de México todos deseaban aguardar el final de los tiempos en el mítico lugar de las apariciones de la Virgen, pero sólo unos cuantos podían permitirse el lujo de desembolsar suma tan crecida.

Había panteones —Dolores, La Piedad— donde uno podía conseguir una buena fosa por 30 pesos; esto hizo del estrecho Panteón del Tepeyac uno de los más interesantes de la capital: sólo los muertos que alcanzaron existencias rutilantes lograron que se les sepultara en aquel recinto. Como el Panteón de San Fernando, que cerró sus puertas en 1872 (Juárez fue su último inquilino), o como la Rotonda de los Hombres Ilustres (que abrió las suyas durante el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada), el Panteón del Tepeyac iba a convertirse en el destino final de varios de los personajes destacados de la historia de México.

Este panteón, ubicado a 40 metros de altura, es el más antiguo de la ciudad. Se comenzó a sepultar ahí, «sin orden ni concierto», desde 1660. No se sabe nada, sin embargo, de sus primeros inquilinos. Queda registro de que en 1716 una multitud de tumbas se localizaba en torno de la Capilla del Cerrito, pero el cementerio, tal y como lo conocemos, fue fundado en 1865. Se afirma que la primera persona inhumada en éste fue precisamente su fundador, el canónigo Juan María García Quintana y Ronda.

En 1872 fallece el segundo hijo de Agustín de Iturbide, el príncipe imperial Ángel de Iturbide Huarte, Gran Cruz de la Orden de Guadalupe. Don Ángel fue al parecer el primer personaje de importancia que llegó al cementerio. En su tumba se lee:

Julio 21 de 1872
Ángel de Yturbide
Hijo del Libertador
de México
Nació en Querétaro el
2 de octubre de 1816
RIP

Según el historiador Hugo Arciniega, su llegada al Tepeyac hizo que el prestigio del Panteón del Cerrito, como también se le llamaba, creciera como la espuma. El panteón se convirtió en un bello jardín de la muerte, poblado de hermosos

monumentos funerarios y de refinadas capillas, lápidas y túmulos.

En rápida procesión se instalaron en sus fosas el general Antonio López de Santa Anna, quien pidió que cuatro cargadores lo llevaran a la tumba sin ceremonia alguna (el sepulcro sorprende por su sencillez, tratándose de Su Alteza Serenísima), su viuda, Dolores Tosta, y la primera esposa de Porfirio Díaz, doña Delfina Ortega, quien murió de parto en medio de terribles remordimientos por haberse casado con su tío —y para colmo, únicamente por lo civil.

Los funerales de doña Delfina, celebrados en 1880 y cronicados por todos los diarios, atrajeron a la aristocracia porfirista en pleno. Si antes se anhelaba ir a descansar en el lugar de las apariciones de la Virgen, desde finales del XIX dormir el sueño final al lado de la inolvidable *Fina* se volvió la marca de agua del status.

Qué interesante ejercicio caminar entre las tumbas intentando recordar qué fragmento de la historia nos relatan. Ahí está el doctor Rafael Lucio, médico de cabecera de don Benito, que atendió al Benemérito 58 veces y le extendió un recibo por 116 pesos. Ahí está el general Bernardo Reyes, cabecilla del golpe militar contra el gobierno de Francisco I. Madero, y ahí se encuentra la tumba del general Lauro Villar, que defendía el Palacio Nacional la mañana en que cayó ametrallado Reyes.

Ahí está el modesto túmulo de Lorenzo de la Hidalga, el arquitecto más importante de mediados del siglo XIX, de quien prácticamente no queda una sola obra; ahí están las tumbas de los hermanos Juan y Ramón Agea, que tomaron parte en el diseño de las glorietas del Paseo de la Reforma, y del célebre Emilio Dondé, a quien se debe entre otras cosas un emblema del porfiriato: el templo expiatorio de San Felipe de Jesús.

Un día después de su fusilamiento, el 24 de noviembre de 1927, llega al Tepeyac el trabajador de la Compañía de Luz que dirigió un atentado dinamitero contra Álvaro Obregón, y era miembro de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, Luis Segura Vilchis. Segura Vilchis tenía una coartada que probaba que al momento de la explosión él se hallaba en El Toreo; cuando vio que gente inocente pagaría por él, decidió entregarse: lo fusilaron en el sitio donde hoy se halla el edificio de la Lotería, en Reforma y Rosales.

Ignacio Aguilar y Marocho, Filomeno Mata, Vicente García Torres, Juan Andrew Almazán, Manuel Orozco y Berra, Protasio Tagle, Manuel María Contreras, Alfredo Chavero, Gabriel Mancera, Genaro García, Joaquín Piña, Félix Zuloaga, Eduardo Velázquez, Ignacio Trigueros..., y Miguel López, el jefe del Regimiento de la Emperatriz, que entregó a su compadre Maximiliano en Querétaro y cuyo nombre, acaso de nefanda memoria, no consta siquiera en su tumba —donde sólo se leen las iniciales: «ML».

La muerte escribe novelas. Desciendo convencido de que las vidas de todos los personajes enterrados en el Cerrito de algún modo están ligadas y relatan otra historia. Al lado de la historia visible, una historia oculta.

HAY UNA CARICATURA del periódico *La Orquesta*, publicada en 1865, que muestra a la Ciudad de México completamente inundada. Sólo quedan a lo lejos las torres de la Catedral: una pareja indígena se aferra al techo de una choza, un pasajero intenta escapar por la ventanilla de una diligencia, y un grupo de ciudadanos, con los ojos desorbitados de espanto, lucha por asirse de una roca. En primer plano, un político que observa el desastre pronuncia estas palabras: «¿Por qué os ahogáis con tan poca agua? Para el desagüe, esperad un poco que el gobierno ya tiene proyectos».

En 1865 la Ciudad de México estaba ocupada por los franceses. Los periódicos informaban que «S. M. La Emperatriz se ha servido nombrar, con fecha 22 de septiembre, damas del Palacio a las señoras Doña Catarina Barrón de Escandón y doña Luz Robles de Bringas», o dedicaban planas enteras a anunciar la «Gran Barata en el Nuevo y Gran Cajón de Ropa de La Ciudad de París, en la esquina de Monterilla y San Bernardo».

Entre mayo y agosto de ese año, se desataron varios aguaceros excepcionales. Los periodistas hicieron chistes sobre «la Venecia mexicana»: los charcos volvían las calles intransitables; y el agua iba convirtiendo los patios en estanques.

A finales de agosto se había perdido el humor. El río Cuauhtitlán tuvo «cinco reventazones» y el agua desbordada ingresó en el Valle durante cuarenta días consecutivos. El 23 de septiembre inició una lluvia que duró 96 horas. Basado en las huellas que el agua había dejado, el ingeniero Francisco de Garay indicó que en algunas zonas la inundación había alcanzado un metro sesenta y cinco centímetros de altura.

Había noticias de mujeres arrastradas por corrientes procelosas. Se habló de un «zuavo» del que sólo había quedado el «chacó» («el infeliz soldado fue tragado enterito, con todo y fusil»).

Faltaba más de una década para que el reportaje hiciera su aparición en el periodismo mexicano. Los diarios dedicaban sus planas al debate ideológico y doctrinario, o bien a la burocrática publicación de bandos y edictos. A nadie se le ocurrió atravesar la ciudad (¿a nado?), para reportar lo que había pasado. De la inundación de 1865 sólo quedan quejas, protestas, apuntes dispersos. No he localizado la cifra de muertos, heridos, damnificados. Se estima, sin embargo, que unas 400 casas quedaron totalmente destruidas.

En 1858, tras un terremoto devastador, el gobernador Juan José Baz instaló en la

Alameda uno de los primeros campamentos de damnificados de que se tiene memoria. En 1865, el gobierno imperial abrió las puertas de conventos, templos, casas curales, alhóndigas y mesones, para albergar a las familias arruinadas.

Según un edicto publicado en el diario *El Pájaro Verde*, Maximiliano decidió entregar, durante un mes, un real diario a quienes hubieran perdido sus habitaciones. Se impusieron graves penas de prisión a los prefectos políticos que entregaran la ayuda «por compasión mal entendida, amistad, cohecho o falta de diligencia en la averiguación», y se amenazó con dejar caer «todo el rigor de la ley» a quienes entraran a las casas abandonadas para robar «ropa, alhaja, mueble, animal, semilla, etc.».

En el mes de octubre, la inundación comenzó a ceder y dejó al descubierto «el deplorable estado a que ha quedado reducida una parte de la población». La capital del imperio era una colección de animales muertos, árboles caídos, basura acumulada y pisos bajos encharcados.

Hoy, en algunas calles del centro, existen marcas a casi dos metros de altura que dicen «M de F» y «Acotación». No conozco a nadie que sepa qué significan, pero algunos creen que son la clave de un recuerdo: la marca con la que la ciudad relata, vagamente, aquellos días de horror.

El crimen de Henry Riley

DESCONOCÍA LOS PORMENORES del crimen que en 1869, con apoyo de Benito Juárez y Matías Romero, perpetró Henry Riley.

Cuando paso por la calle de Madero suelo detenerme ante la fachada «prodigiosa» del templo de San Francisco. Es quizá la única en la ciudad que extravió por completo las figuras que la decoraron: no hay sino nichos vacíos que recuerdan algo parecido a unas cuencas sin ojos. De la portada se esfumaron las vírgenes, los ángeles, los santos. No se pronuncia allí relato bíblico alguno.

Los amigos de don Benito Juárez creían que México sólo saldría del atraso el día en que el país se descatólizara. El Benemérito solía decir que el pueblo necesitaba una religión que lo obligara a leer, en vez de acostumbrarlo a tronar cuetes y gastar su dinero en cirios. El ministro de Hacienda Matías Romero propuso una solución: mandar traer a un sacerdote anglicano que estableciera, con ayuda del gobierno, una iglesia episcopal.

Romero invitó al país a Henry Riley. Juárez quería entregarle un templo católico emblemático. Era imposible darle la Catedral, así que lo que le entregó fue el templo de San Francisco.

Hernán Cortés había cedido a los franciscanos un predio inmenso en el límite occidental de la traza urbana. Tres siglos más tarde, en el convento de San Francisco había doce capillas de belleza impar, trescientas celdas para los frailes, un huerto que semejaba un bosque y un comedor capaz de albergar quinientas personas. Aquel convento era al mismo tiempo una galería de arte. Guillermo Tovar de Teresa afirmaba que era necesario tener en mente el convento de Tepoztlán, para imaginar un poco lo que hubo en ese espacio. Cierta virrey lo visitó alguna vez y le llevó un día entero recorrerlo.

Por sólo cuatro mil pesos, Matías Romero puso a monseñor Riley en legítima posesión de San Francisco. En diciembre de 1869, la primera misa anglicana se celebró en el templo. No asistió prácticamente nadie. El historiador José Manuel Villalpando ha descrito la manera en que prensa y sociedad le forjaron al anglicanismo un clima en exceso hostil.

Doce años antes, en tiempos del presidente Comonfort, había sido necesario arengar, incluso amenazar a una cuadrilla de obreros para que accedieran a demoler los muros conventuales por donde pasaría la calle Independencia. Ahora, la gente se persignaba al pasar frente al templo: consideraba un pecado mortal que se realizaran ceremonias anglicanas en el mismo suelo donde descansaban los restos de fray Pedro

de Gante.

Riley hizo astillas los retablos que había en el interior del viejo templo. La capital enmudeció el día en que las figuras de cantera que desde hacía siglos poblaban los nichos de la fachada fueron desmontadas. La sensación de enfado e irritación obligó a los liberales a dar marcha atrás. La gente no quería leer. Quería seguir tronando cuetes y comprando cirios.

El gobierno juarista ofreció a monseñor Riley un recinto menos importante: San José de Gracia, fundado en 1661 en la calle de Mesones. Riley aceptó el ofrecimiento, pero no entregó San Francisco. Ofendido con el pueblo que lo había repudiado y, según se dice, buscando una forma de lastimarlo, rentó el templo al Circo Chiarini, para que ofreciera, en el claustro, sus célebres espectáculos ecuestres.

A un costado de San Francisco, sobre la calle de Madero, hay un templo de 1897: el Templo Expiatorio de San Felipe de Jesús. Lo hizo construir Carmen Romero Rubio, esposa de Porfirio Díaz, «para desagraciar a Dios» por los templos y conventos que la Reforma había devastado. Es un edificio neorrománico que no compensa en nada lo que se perdió.

Monseñor Riley vivió en México muchos años. Revendió en cien mil pesos el terreno que Matías Romero prácticamente le había regalado. No se sabe si enterró las figuras de cantera en algún lugar, o si simplemente las mandó picar hasta hacerlas pedazos.

Hay una foto de 1855 que muestra cómo era la fachada de ese templo. Uno quisiera darse de topes.

¡San Francisco era un sueño de cantera!

EL SILBATO DE LA LOCOMOTORA forma parte de un catálogo de sonidos en extinción. Hubo sin embargo un tiempo en el que aquel silbato rasgaba las madrugadas con algo que parecía la queja, el lamento de un monstruo herido. Cuando uno vivía cerca de unas vías de tren, el crujido de los vagones en la oscuridad se volvía el telón de fondo de la vida cotidiana.

En 1853, el escritor Ignacio Manuel Altamirano anunció la llegada de la diligencia: frente a los pesados carromatos del pasado, lentos como un juicio de testamentaría, la diligencia era «el hipogrifo, el huracán, la luz». En anuncios pegados en las esquinas de la ciudad, los publicistas pintaban a la diligencia volando sobre nubes, «como el carro de Faetón». El caudaloso Manuel Payno —que escribió una novela inspirada en los bandidos que asaltaban las diligencias—, dedicó un pasaje de su obra a relatar la tortura que era viajar en aquellos cacharros: dos semanas de travesía entre los ruidos estridentes de las ruedas «que chocaban y saltaban sobre la piedra suelta del camino» para llegar, digamos, a Durango, con los huesos molidos y el polvo metido hasta en las pestañas.

Cuando en el último tercio del siglo XIX Payno comparaba las tortuosas odiseas a que estaban condenados nuestros ancestros, con los viajes placenteros que podrían realizarse cuando llegara a México el ferrocarril, nadie creía que en nuestro territorio erizado de montañas, «y puesto bajo la protección del rocinante de Don Quijote», se pudiera viajar alguna vez «sin molimiento de huesos y sin miedo de ladrones». El futuro del que todos desconfiaban entró por Buenavista el 1 de enero de 1873. De acuerdo con *El Eco de Ambos Mundos*, ese día, después de largos años de sueños incumplidos, el primer tren de pasajeros abandonó esa estación recién construida, conduciendo al presidente Sebastián Lerdo de Tejada «y gran número de convidados».

La inauguración del ferrocarril había levantado tal animación en la Ciudad de México que desde las tres de la mañana se registró en las calles un movimiento inusitado de jinetes y carruajes. Formada por un elegante cobertizo que podía rivalizar con los mejores del mundo, la estación Buenavista se hallaba totalmente iluminada. Los primeros viajeros, ansiosos de pasar a la Historia, corrían de un lado a otro, se estrechaban la mano, se despedían de los amigos, cargados de maletas. Buscaban, sobre todo, el mejor de los asientos.

Consignó un reportero:

Algunos opinaban que en aquel momento eran preferibles los asientos que miraban al Occidente, supuesto que se encontrarían después molestos con el calor y los rayos del sol; otros, que eran mejor los de Oriente, supuesto que el sol lo iban de tener mañana y tarde; los de más allá, que aquello era cuestión de poca monta, supuesto que el camino no era recto; y unas veces tocaría el lado malo y después el lado bueno; los de más acá, que todo era lo mismo, y que ¡viviera la bola!

Cuando una salva de artillería anunció la llegada del presidente Lerdo, el maquinista encargado de conducir la locomotora, un tal señor Buchanan (no había aún mexicano capaz de manejar aquel monstruazo), hizo sonar el silbato, el silbato iba a incorporarse durante el siglo siguiente al catálogo de los ruidos urbanos.

El tren partió, rumbo a Veracruz, a las cinco de la mañana. Las mujeres fueron privadas de tomar parte de aquel acontecimiento. El reportero de *El Eco* anotó: «En el primer viaje, no vimos señoras». No fue sino hasta la siguiente corrida cuando las primeras mujeres, «con sus sacos de viaje y sus pequeños estorbos o neceseres», treparon al vagón flamante que debía oler a nuevo y a desinfectante.

El ferrocarril se convirtió en la pieza principal del proyecto modernizador de Porfirio Díaz. En 1910 se habían construido 24 mil kilómetros de vías férreas. Narrar los viajes en ferrocarril se convirtió en una obsesión para la prensa de la época. Manuel Gutiérrez Nájera, el cosmopolita que sólo abandonó tres veces la

Ciudad de México —aunque se instaló mentalmente en París— ingresó en Buenavista una mañana de 1882. Ese día descubrió que uno ya no iba a las ciudades, porque las ciudades venían rodando hasta nosotros, que las esperábamos cómodamente arrellanados, «como sátrapas en un asiento acolchado». Escribió:

Hoy no se viaja, la locomotora nos arrastra con casa y todo. El viajero puede llevar sus libros, sus pantuflas, su mujer y su gato... En esta época de los caminos de fierro, los viajes son un mito. Sale usted y llega. No hay aventuras, no hay incidentes. Las poblaciones pasan, los árboles vuelan, y cuando vuelve uno a su casa apenas se ha tenido tiempo de leer la tercera plana de los periódicos.

Desde el viaje de Lerdo hasta el día de 1929 en que se inauguraron las dos primeras pistas del Puerto Aéreo Central de la Ciudad de México, la estación Buenavista fue la puerta que conectó a la metrópoli con el resto del mundo. La estación original fue demolida totalmente en 1958. Tres años más tarde, quinientos metros más al norte, se levantó la estación que muchos conocimos: un escudo nacional inmenso en la pared poniente, tableros gigantescos que informaban la hora de salida de los trenes, pisos y rampas de mármol pulido (por los que viajeros demorados podían llegar «derrapando» a los andenes) y grandes macetones cubiertos de plantas.

Recuerdo esos vagones: olían con fuerza a fenol, como en los cuentos de Maupassant. Había vagones de primera, de segunda y de tercera, y había gabinetes, dormitorios y carro *pullman*. El milagro porfiriano, que en sólo tres días conducía a los viajeros hasta El Paso, podía tardar seis horas en ir de Pantaco a Cuautitlán. Todo tronaba y crujía mientras los pueblos lejanos, las luces misteriosas, cruzaban por las ventanillas. Hoy aquello sólo existe en la escena final de *Distinto amanecer*, de Julio Bracho, o en la escena final de *Ya somos hombres*, de Gilberto Gazcón.

En agosto de 1999 los viajes en tren terminaron. Los grandes carros fueron vendidos como chatarra. Los viajes se convirtieron en mito (los aviones, escribe Alejandro Casona, son una forma de llegar, no de viajar).

Extraño a veces el lamento largo y demorado de los trenes que partían. Uno empieza a envejecer cuando descubre que se fueron para siempre los sonidos que nos habitaron.

Misterioso Panteón de Dolores

HE VUELTO, DESPUÉS DE MUCHO TIEMPO de no hacerlo, al viejo y misterioso Panteón de Dolores. En el estudio más completo que hay sobre este cementerio, la historiadora Ethel Herrera afirma que no existe habitante de la Ciudad de México que no tenga un familiar o un conocido sepultado allí.

En los domingos de otro mundo, mi abuelo me llevaba a visitar las tumbas de parientes que nunca conocí. De Dolores me impresionaba lo lejano de las fechas inscritas en las lápidas, el desconsolado cortejo de figuras mortuorias, los ángeles afligidos, las llorosas mujeres de piedra que se inclinaban, dolientes, sobre las tumbas; me impresionaban los árboles que se doblaban de viejos, y cuyas ramas besaban la cruz de los sepulcros, las tumbas olvidadas, tan mordisqueadas por el tiempo, que era ya imposible conocer el nombre del difunto que las habitaba. Una vez llegué hasta una de esas tumbas en busca de los restos del cronista Ángel de Campo. Pero ésa es otra historia.

Se suele creer que el Panteón de Dolores lleva ese nombre porque así se llamó la propietaria del terreno en que fue construido, una dama acomodada del siglo XIX que intentó fundar el primer cementerio no controlado por el clero —y para tal fin adquirió un gran trozo del antiguo rancho Coscacoaco (unos setecientos mil metros cuadrados). Según esa versión, aquella dama acomodada, Dolores Gayosso, tuvo la mala fortuna de morir apenas firmó las escrituras de compra-venta, lo que le dejó disfrutar del extraño privilegio de ser la primera persona sepultada en este sitio.

La realidad es menos literaria. De acuerdo con Ethel Herrera, el panteón recibió aquel nombre porque se ubica en una parte del rancho Coscacoaco conocida como «la Tabla de Dolores». «Tabla», en la época colonial, era el sitio en donde se vendía la carne destazada de las reses. Y contra el paradójico relato popular, la primera persona inhumada en el cementerio no fue Dolores, sino su esposo, el general Eusebio Gayosso.

Lo que sí parece de leyenda es lo que sucedió después: a la muerte de aquella dama, uno de sus hijos, Eusebio, habría descubierto las dificultades que deparaba hacer un entierro en México —ir a la carpintería por el cajón, a la florería por unos ramos, luego llevarlo todo hasta la casa donde se efectuaría el velorio—, así que decidió facilitar las cosas y montó la célebre agencia encargada hasta la fecha de llevar a cabo tal servicio.

En 1871 las autoridades clausuraron el Panteón del Campo Florido, que funcionaba como cementerio general de la ciudad. Trazado en una zona de

chinampas, en donde hoy se extiende la colonia Doctores, Campo Florido pasaba la mayor parte del año completamente anegado. Las tumbas estaban siempre llenas de lodo. Altamirano lo consideraba un potrero horripilante, el abismo de la miseria. Tres años más tarde, un empresario, Juan Manuel Benfield —yerno de Dolores Gayosso—, hizo trámites para abrir en la Tabla de Dolores un panteón civil.

El cementerio fue inaugurado en 1875. Los restos de muchas personas sepultadas en Campo Florido —entre ellos, los del poeta Manuel Acuña— fueron exhumados y depositados en Dolores. Morirse en ese tiempo era baratísimo: las tumbas de 1.^a clase costaban ochenta y cinco pesos; las de 5.^a, sólo cinco.

Benfield prometió abrir en el mejor lugar del cementerio un sitio de honor «para erigir los monumentos destinados a guardar los restos o a perpetuar la memoria de los hombres ilustres a quienes se hubiese decretado o se decretaren honores póstumos». El gobierno de Lerdo de Tejada aceptó la propuesta y de ese modo se creó la Rotonda de los Hombres Ilustres, a la que la corrección política ha bautizado como Rotonda de las Personas Ilustres: el sitio más curioso y atractivo del cementerio.

Los dos primeros ocupantes de la Rotonda fueron el teniente coronel Pedro Lechetipía y el general Diódoro Corella. Ambos habían muerto defendiendo al lerdismo de la rebelión de Tuxtepec que encabezaba Porfirio Díaz. La decisión, eminentemente política, de conducir sus cuerpos a la Rotonda, desató fuertes críticas. El gobierno se defendió diciendo que aquellos dos militares simbolizaban «la defensa de las instituciones». La Rotonda fue desde entonces la muerte convertida en fuente de legitimidad política. Porfirio Díaz se vengó del tributo que se había rendido a los lerdistas, y envió al mausoleo los cadáveres de ¡veintitrés! personas: todas ellas, insignes liberales.

Cada gobierno se encargaría de mandar a sus propios «representantes». Victoriano Huerta, que mató a mucha gente, envió sólo uno, el cadáver del escritor Juan A. Mateos (Miguel Alemán aportó ocho. Miguel de la Madrid, doce. Carlos Salinas, cuatro, Gustavo Díaz Ordaz, uno. Felipe Calderón: ninguno). Veintiún presidentes sólo han erigido seis monumentos dedicados a mujeres (las últimas tres, durante la gestión de Vicente Fox). No sé qué significan estas cifras, pero me entretiene anotarlas.

Camino por Dolores leyendo los nombres enmarcados en dos fechas. Hay muertos que llegaron a este sitio hace catorce décadas. Siento un escalofrío. ¿Qué es lo que hay bajo estas lápidas? Los muertos de tres siglos, muchos del XIX, muchísimos del XX, no sé cuántos del XXI: toda la historia, todos los libros, todas las leyes, todas las batallas, todos las pinturas, toda la ciencia...

Si yo fuera un lector de tumbas, podría leer aquí la historia del país, la vida que ocurrió en la Ciudad de México.

El árbol que trajo Maximiliano

EL ÁRBOL DE NAVIDAD es un invento reciente, tan reciente que podría decirse que se ignora cuándo apareció. En una crónica de 1842 —escribió tantas ese año—, Guillermo Prieto hizo la descripción de un Nacimiento, pero no referencia alguna a la costumbre de adornar los árboles que, desde el arranque del siglo XIX, se había impuesto en Europa.

En un libro de 1871, *La Navidad en las montañas*, Ignacio Manuel Altamirano señala que en el invierno mexicano era frecuente colgar heno en los árboles para representar «las últimas pompas de la vegetación». Pero Altamirano no alude tampoco a la existencia del Árbol de Navidad. En 1890, sin embargo, éste figura ya en un inventario de costumbres decembrinas que Manuel Gutiérrez Nájera entregó a los editores de *El Partido Liberal*:

¿No oyes los gritos de alegría que se escapan por las junturas de esa persiana mal cerrada?, ¿no ves las llamas inquietas de las velas perdidas, como fuegos fatuos, en el ramaje obscuro del árbol de Noel? ¡Tristes aquellos que corren las calles con su gabán abotonado! ¡Tristes aquellos que no tienen un árbol de Noel!

¿Qué ocurrió entre 1842 y 1890? ¿Por qué este clásico navideño se arraigó de pronto en el clima social del país? La respuesta está en la Intervención Francesa y el ascenso al trono del emperador austriaco Maximiliano de Habsburgo. Según la historiadora Teresa Rhode, Maximiliano y Carlota habrían popularizado entre las élites mexicanas la tradición de poner arbolito: una costumbre surgida en Alsacia en 1600 que se extendió lentamente hacia Alemania, Suiza y Austria. El árbol navideño que la pareja montó en el Castillo de Chapultepec llamó tanto la atención de los aristócratas mexicanos que en poco tiempo, de acuerdo con Rhode, «ganó terreno a la costumbre nacional de poner nacimiento».

Hace unos años, la investigadora Sonia Iglesias y Cabrera localizó la carta de un médico alemán que llegó con la Intervención Francesa —y tras la muerte del emperador se quedó a vivir en México. En esa misiva, el médico, Adolf Schmidlein, señala que antes de 1870 en el país sólo se ponían Nacimientos, pero que a partir de esa fecha comenzaron a usarse los arbolitos, «por influencia europea».

En el invierno de 1878, prosigue Iglesias (y años, muchos años después de la muerte de Maximiliano) el árbol que el general Miguel Negrete montó en su domicilio atrajo el interés de la prensa: «El árbol sembrado de luces, cubierto de heno, extendía sus ramas a una gran distancia, y contenía como 250 juguetes, entre los que cada invitado tenía derecho a elegir uno designado por un número que de

antemano se repartió». Negrete, a quien Miguel Miramón había hecho general, había traído la idea de alguno de sus frecuentes viajes a los Estados Unidos, país en el que el árbol navideño había penetrado hacía menos de cincuenta años.

La fusión cultural que hizo que el Nacimiento y el Árbol irrumpieran en buena parte de los hogares mexicanos se verificó en el porfiriato. El Árbol ganó terreno lentamente, como afirma Rodhe, y al mismo tiempo se convirtió en víctima de los defensores de «lo nuestro»: esos buenos señores que no han dejado de verlo como emblema de la invasión cultural a que nos somete el imperio. No el de Maximiliano, sino el yanqui.

En lo personal, me escandaliza pensar que, a casi 150 años de iniciada la tradición del árbol de Navidad en México, aún haya quien le regatee su carta de naturalización. ¿Habrá que añadirle un parrafito a *La Navidad en las montañas* para que relajen los fanáticos de la Patria?

EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX, el consumo de tabaco fue una de las cosas que más impresionó a los viajeros que visitaron la Ciudad de México. En los balcones de las casas, en las mesas de juego, en el atrio de la iglesia, en las callecillas sembradas de árboles de la Alameda, los mexicanos fumaban y fumaban —y cuando terminaban de hacerlo sacaban del bolsillo cigarrillos más delgados, «para después de fumar».

En su primera visita a un teatro de la capital, a Madame Calderón de la Barca le escandalizó la forma en que los espectadores despilfarraban, dilapidaban el humo de sus cigarrillos: «Todo el mundo fumaba, desde el palco hasta el gallinero; incluso el apuntador, y las mujeres eran las que fumaban más. Cuando no les tocaba decir el texto, también fumaban los actores, hombres y mujeres». Ángel de Campo, que medio siglo después de la llegada de Madame Calderón de la Barca oyó a un moribundo susurrarle al alma piadosa que le ayudaba a bien morir: «Mire, hermano, ahí junto a las píldoras están mis cigarros, ¡qué le vamos a hacer!, ¡fumemos el del estribo!», consideró que el cigarrillo era «el onceavo dedo de los mexicanos». Según *Micrós*, en este país existía un cigarro para todo:

El cigarro del despertar, el del desayuno, el de esperar el tren, el de la lectura del periódico, el de la escalera de la oficina, el preliminar para tomar aliento y emprender las labores, el de la minuta, el del oficio, el del párrafo con X, con Y, y con Z; el del momento de descanso, los comunes y corrientes que ayudan al trabajo, el del aperitivo, el de antes de comer, el del café, el del «pousse café», el de la siesta, los de la merienda, el del entreacto, el que precave del aire frío de la noche y el del estribo, cuando un insomnio tenaz no nos hace consumir toda una cajetilla, hasta la madrugada en que nos rinde el sueño.

¿Cómo se fumaría en esta ciudad cuando los viajeros se maravillaban porque ni siquiera en los arrabales más negros y olvidados faltaba el miserable —«hirsuto, despeado, comido en llagas, casi ciego, completamente sordo, sin más traje que una capa hecha de mil remiendos»— que no sólo fumaba: «¡Tenía cerillos para encender su cigarro!»?

En 1884, la tabacalera El Buen Tono sacó a la venta un cigarrillo «saludable», cuyo proceso de engargolamiento permitía suspender el empleo de los pegamentos «nocivos» que se habían utilizado hasta entonces. Fumar aquella cosa parecía tan sano —«echar humo por boca y narices es un placer inocente», se leía en *El Imparcial* en 1906— que las cajas registradoras de El Buen Tono no paraban de sonar. El dueño de la empresa, Ernesto Pugibet, que derramaba miles de pesos en propaganda, carros alegóricos, loterías y obsequios para los consumidores, desató tal

«sed de humo», que muy pronto llegó a disponer de dirigibles y aviones publicitarios, de una estación de radio, de un cinematógrafo, e incluso de un complejo residencial para sus trabajadores: las encantadoras privadas de ladrillo rojo del edificio El Buen Tono, en la calle de Bucareli, que Miguel Ángel de Quevedo construyó en 1912.

Según su propia confesión, el poeta Gutiérrez Nájera fumaba puro y cigarro, y tomaba rapé, y cuando nadie lo veía mascaba tabaco. Y sin embargo, cada vez que abordaba un tranvía o llegaba a las tandas del Principal, sentía tremendas ganas de exclamar: «¡Piedad, piedad, oh, chimeneas humanas!».

Observen ustedes el pavimento de una calle, el piso de un tren, de un corredor, de un edificio público; detengan su atención en las escupideras de una antesala, del salón de sesiones de agrupaciones higienistas, de una cantina, de un hospital, de una escuela, de un atrio de templo, de una avenida de cementerio y hallarán infaliblemente varios cerillos hechos garabato, y cuando menos, cinco colillas de cigarro

apuntaba un reportero en 1906.

En el último tercio del siglo XVIII, las autoridades virreinales monopolizaron la venta de tabaco. Los productores de esta hoja sólo podían venderla a la Real Fábrica de Cigarros y Tabacos, única autorizada para surtir a los fumadores. De acuerdo con José María Marroqui, el estanco donde el tabaco se vendía al público estuvo en la calle del Ángel, esquina con Cadena (hoy, Isabel la Católica y Venustiano Carranza). No había forma de comprar tabaco legal en ningún otro punto de la ciudad. Pero el estanco vendía caro y la pasión de los fumadores era tanta que no tardó en surgir la primera generación de cigarros «pirata»: un ejército de mendigos deambulaba por las calles recogiendo colillas y bachichas, con cuyo contenido manufacturaba cigarros «nuevos» —que eran, en realidad, cigarros de segunda. El sitio en donde este ejército se reunía a «torcer» las hojas de los nuevos cigarros, era un animado callejón que pronto fue conocido como callejón de Tabaqueros, nombre que lo acompaña hasta la fecha (se encuentra entre las calles de Corregidora y Uruguay).

Escribo esto porque dejé el cigarro y porque, desde luego, estoy obsesionado. No sé si la persigo o es la sed de humo quien me asalta, pero la encuentro en todo, los libros, los diarios, las viejas crónicas. De algo servirá juntar esos pedazos.

Balderas a través de los siglos

LA NOTA PUBLICADA EN UN PERIÓDICO me llevó de vuelta a la calle de Balderas: «El Metrobús es el último de una serie de acontecimientos que han alterado el rostro de una de las calles preferidas en la historia capitalina». Según aquella nota, la llegada del Metrobús cambiaría para siempre la imagen de Balderas. Como uno nunca sabe qué mejoras traerán las mejoras, decidí, para despedirme, caminarla entera.

El periodismo se acerca a veces a la verdad. Encontré una avenida de asfalto picado y cerros de tierra en la que parecía que acababa de ocurrir la Decena Trágica.

Hay calles que nacieron con mal fario. Balderas es una de ellas.

En el crepúsculo del siglo XIX, Marroqui la señaló como «una de las mejores que tiene la ciudad». En el tiempo en que este cronista escribía su relación, Balderas era una de las arterias más jóvenes de la metrópoli. Había nacido en los años posteriores a la Reforma, cuando el presbítero Andrés Davis heredó de un familiar el viejo convento de San Diego, fraccionó la parte trasera del edificio y abrió una calle escoltada por altas y soleadas casas en renta, un macizo conjunto de cantera, poblado con balcones de herrería.

Balderas marcaba en aquel tiempo el linde occidental de la ciudad. La calle trazada por el presbítero Davis recibió uno de los nombres más hermosos en la historia de la urbe: Rinconada de San Diego. Para 1886, el Ayuntamiento la había alargado hasta el sitio en donde se encontraban la Fábrica de Tabacos y el arsenal de la ciudad: la Ciudadela. Porfirio Díaz fue a Balderas a bordo de su carruaje y puso la primera piedra tanto del Instituto de Geografía como de la Young Men's Christian Association (YMCA). Se abrió la capilla de San Andrés, que en 1893 fue transformada en templo metodista. A unos pasos empezó a funcionar —donde hoy se encuentra un mercado de artesanías— el depósito donde los primeros tranvías eléctricos eran encerrados por las noches. La calle se completó con una serie de fornidos edificios.

En 1913 vino el cuartelazo contra el gobierno de Madero. Los felicistas tomaron la Ciudadela y a lo largo de diez días lanzaron contra el Palacio Nacional incesantes cargas de artillería. Balderas quedó en medio del fuego. La metralla convirtió en ruinas la calle que Marroqui había catalogado como un lujo. De ese modo la recibía el siglo XX.

Balderas marcaría, sin embargo, un estilo en la ciudad. En 1926, Plutarco Elias

Calles inauguró el bellissimo edificio, dotado con un portón único, de la Comisión Nacional de Irrigación. Entre el asesinato de Obregón y los fulgores del alemanismo, la calle habría de alcanzar su momento estelar: en 1946 abrió el restaurante Tampico, en donde José Inés Loredó inventó el filete a la tampiqueña. En 1950 se inauguró el Real Cinema, con una marquesina barroca espectacular. Edificios y caserones adscritos al *deco* y al neocolonialismo, iban de Independencia a Artículo 123.

Frente al célebre reloj de la H. Steel (no los busquen, como el reloj, desaparecieron con el terremoto): el Hotel Regis, la Taberna del Greco y los cabarets Capri e Impala. Más allá, el moderno edificio Beaumont, el cine Arcadia, el bar Negresco, las oficinas de rojo tezontle del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), el imponente edificio de *Novedades*. Oficinas, cafeterías, tabaquerías, librerías, estudios fotográficos, cafés de chinos y tiendas de ropa. La Mexican Machinery de Ayuntamiento y los viejos caserones de Victoria. Las viviendas decimonónicas de Ernesto Pugibet y las pobres habitaciones que, desde Márquez Sterling, alguna vez colindaron con la ex cárcel de Belén. Es fácil imaginar a Novo, a Leduc, a Alvarado, a Spota, enfrascados en la oferta de Balderas.

En 1968, las obras del Metro levantaron pavorosos edificios a ambos lados de la arteria (y entregaron a cambio al Hombre de Balderas: uno de los 54 restos humanos más antiguos de cuantos se han hallado en México).

El Gran Terremoto marcó el principio del fin. Después del 19 de septiembre de 1985, Balderas se volvió una vieja desdentada: la risa de una ciudad a medio morir. Piedras, mugre, escombros, edificios chuecos. Escuelas de computación y academias comerciales. Eternos congestionamientos y un amontonadero de puestos ambulantes.

Fui a verla el día en que recibió con los brazos abiertos —con las fosas abiertas— esta aportación de nuestro tiempo: el Metrobús.

Lo dicho. Hay calles que nacieron con mal fario. Aquí está una de ellas.

EN EL CENTRO HUBO UN TIEMPO en que, para salir de un trance urgente, había que pedir permiso a los encargados de una cantina. De unos años a la fecha, sin embargo, el viejo Primer Cuadro se ha poblado de letreros —cientos de letreros— que rezan: «WC». Se les halla de preferencia en calles donde el comercio ambulante sienta sus reales. Regina, Mesones, Jesús María, Correo Mayor. Al pasar junto a estos anuncios la gente vuelve la cara hacia otra parte, y por lo general aprieta el paso.

Dominique Lapierre demostró que también el excremento tiene historia. En una rara joya bibliográfica, *Noticias de México*, Francisco Sedano retrata una época en la que no se habían inventado los excusados públicos: una edad en la que gente defecaba a la vista de los caminantes, sin otra preocupación que la de mancharse los zapatos. Los primeros baños públicos de la ciudad fueron pues las mismas calles. «No era respetada aún la Santa Iglesia Catedral», escribe Sedano, pues los ciudadanos «se ensuciaban en sus paredes y en la cerca de su cementerio, por dentro y por fuera». Aunque aquellos desechos eran paleados cada ocho días por las autoridades —al removerlos «salía un vapor pestífero a modo de humo»—, a lo largo de la semana volvían a formarse montones nuevos de inmundicia. En los últimos años del siglo XVIII, se construyó en plena Plaza de Armas, a un lado de la horca, «un beque o secretas» que no era otra cosa que un baño sin puertas: «Hombres y mujeres hacían su necesidad trepados de cuclillas, con la ropa levantada, a la vista de las demás gentes, sin pudor ni vergüenza». No se sabe cuándo se mandó quitar aquel horror, que provocó otros: en 1892, una epidemia de tifo dejó ochenta mil muertos en la capital. El periódico *El Herald* la atribuyó a la nula existencia de baños públicos. Ni las cantinas, ni las pulquerías, ni las fondas —por no hablar de los merenderos al aire libre—, solían contar con excusados. A resultas de la epidemia, el gobierno de Porfirio Díaz instaló —nuevamente en el Zócalo— un quiosco sanitario de dos pisos. Se trataba de una construcción de hierro, forrada con láminas de zinc, que ocupó un espacio tan grande como el de la estación de tranvías. Según Ciro B. Ceballos, aquel sanitario poseía una puerta estrecha por la que «entraban o salían los hombres como hormigas a su agujero». Las filas infinitas que a toda hora se formaban frente a este quiosco, rivalizaban con las que se apostaban en la estación de tranvías. Pero las primeras eran más nerviosas.

Durante el cuarto de siglo que duró su existencia, el baño público del Zócalo, dice Ceballos, impelió a los transeúntes a alejarse «llevando el pañuelo a la nariz para ver

de conjurar el vértigo». En ese tiempo se abrieron alrededor de la plaza otros cinco baños públicos de tamaño más modesto. La policía recibió en esos años la instrucción de remitir al juzgado a las personas que continuaran llevando a cabo la arraigadísima costumbre de orinar o defecar en la calle.

Cuando «los locos veinte» se iban para siempre, hubo un concurso destinado a embellecer el Zócalo. Ganó un proyecto que proponía desnudarlo, a fin de resaltar la majestad de los edificios que lo circundan. De golpe se talaron los árboles que aparecen en las viejas fotos del porfiriato y se borró el jardín central, que Maximiliano había inaugurado en 1866: un sistema de andadores, fuentes y bancos de hierro, que convergía en el elegante pabellón que el magnate ferroviario Antonio Escandón había donado a la ciudad en 1875. También fue derribado, venturosamente, el quiosco sanitario. En la prensa, muchos lamentaron el fin de «la dulce y regalada atmósfera, embalsamada de flores», que el jardín central traía consigo; sólo a algún aguafiestas le preocupó que fueran a brotar, nuevamente en la ciudad, «montañas de inmundicia».

Desde luego que no fue así. Para salir del paso convertimos ex bodegas, ex talleres, ex fondas y ex carpinterías en modernos «quioscos sanitarios».

Un coche y una calle

EL 6 DE ENERO DE 1895 un automóvil circuló por primera vez en las calles de México. Lo había traído de Europa un aristócrata porfiriano, Fernando de Teresa. Dos días más tarde, bajo el título «Carruaje misterioso», el periódico *El Siglo Diez y Nueve* publicó una nota que anunciaba «una revolución en los medios de locomoción». Era la siguiente:

El sábado último, a las altas horas de la noche, cruzó por las principales avenidas de la ciudad un coche misterioso que hizo santiguar a más de una vieja timorata e ignorante de los prodigios de la industria moderna. Se deslizaba, nos cuentan, como una saeta, anunciando su paso por medio de una bocina semejante a la de la bicicleta, y obedeciendo con admirable precisión a la mano que lo guiaba, según se echaba de ver por los cambios rápidos que le obligaban a hacer para salvar los obstáculos que encontraba a su paso. Parecía un lando de corte airoso, y lo ocupaban varias personas. Supimos después que era el ensayo de un coche eléctrico que acaba de recibir el señor Fernando de Teresa y que por primera vez manejaba, haciéndolo ya con una habilidad que encantó a sus compañeros.

El viaje urbano se realizaba hasta entonces en tranvías jalados por mulas. La novedad introducida por De Teresa hizo que los mexicanos enloquecieran de envidia. Durante la década siguiente, los diarios reportaron la aparición de mil automóviles en las calles de la Ciudad de México. Pavimentar las vialidades que habrían de recibirlos figuró a partir de entonces entre las prioridades principales de la vida urbana.

Esa prioridad devino un modo de habitar la metrópoli. Un siglo más tarde, cuando el parque vehicular alcanzaba la cifra de tres millones doscientos sesenta mil automóviles (1998), la gente pasaría hasta cinco horas diarias a bordo de un auto: «La fiebre de la velocidad» y «los maniáticos del kilómetro» a que hacían referencia los diarios porfirianos, terminaron por borrar de la traza urbana un número incontable de calles; obligaron al surgimiento de los siempre insuficientes viaductos, periféricos, circuitos interiores, ejes viales y segundos pisos.

El automóvil encapsuló a la gente, fragmentó la experiencia urbana, convirtió la travesía por la ciudad en una aventura agotadora. Los once millones de viajes que en 2014 se realizaron cada día en el Distrito Federal arrojan imágenes asociadas, inevitablemente, al uso del automóvil.

Con un verbo infortunado, «peatonalizar», el gobierno capitalino anunció ese mismo año que la calle 16 de Septiembre sería arrancada al automóvil y devuelta a los caminantes —los habitantes originales de la urbe.

16 de Septiembre es un emblema de lo que esta ciudad le ha hecho al falso valle en que se asienta. Durante los primeros 250 años en la vida de la metrópoli que fundó

Cortés, por esa calle corrió una caudalosa acequia: la gente le llamaba «calle del Agua» o «calle de las Canoas», debido al constante ir y venir de chalupas y trajineras que conducían mercaderías —flores, frutas y hortalizas— a los comercios de la ciudad.

En 1754, sin embargo, la acequia estaba prácticamente seca y los vecinos de las casas cercanas lanzaban en ella «basuras, inmundicias y bestias muertas». En vez de asearlo y renovarlo, el virrey Revillagigedo ordenó, a fines del siglo XVIII, cegar «ese depósito de suciedad o infección», lo que nos privó, decía Lucas Alamán, de tener «una ciudad con apariencia holandesa».

A mediados del siglo XIX, en esa casa se instaló la primera casa de diligencias que hubo en la ciudad, cuando la canoa cedió su sitio al caballo y en lugar de flores, frutas y hortalizas, el rumbo se pobló de carromatos anchos y pesados, de viajeros cargados de baúles, y de cocheros, sotas, mulateros y otros empleados de menor cuantía en esa negociación».

Y sin embargo, esto no es lo importante.

Lo importante es que el junior porfiriano Fernando de Teresa vivió precisamente en la esquina de Palma y 16 de Septiembre: cruzó por esta calle la noche en que salió a «ensayar» su automóvil: fue 16 Septiembre la primera calle de la capital que escuchó el rugido de un vehículo automotor. Ésa es la calle que el Gobierno del Distrito Federal (GDF) «peatonaliza».

No significa nada. Y sin embargo, como recordatorio y como emblema, el triunfo no es menor.

Los últimos días de Prieto

EL 2 DE MARZO DE 1897, la bandera mexicana fue izada a media asta. Una noticia recorría las calles: Guillermo Prieto acababa de morir en Tacubaya. Los diarios de la capital concedieron a la noticia un espacio modesto en planas interiores. Acabo de hallar la que publicó *El Nacional*. Es una nota firmada por «Nadie», quien después de comunicar el deceso del «anciano poeta, cantor de nuestras costumbres populares», advierte que hará abstracción completa de Prieto el político, y sólo considerará al literato:

Sus errores, si los tuvo, como hombre público que tanto figuró en el periodo álgido de nuestras discordias civiles, a la Historia tocará juzgarlos, cuando las pasiones de partido se hayan calmado y puedan emitirse juicios desprovistos de todo rencor.

Parece, sin embargo, que a «Nadie» no le interesaba mucho, tampoco, el literato. Después de los elogios de rigor, escribió que no todas las composiciones del poeta estaban «sujetas al rígido preceptismo del arte», aunque agradaban «por su facilidad en el desarrollo de la idea, y lo sonoro de su forma».

Olvido de la actuación política y reticencia ante las capacidades literarias. En esa nota, perteneciente al género del elogio canalla, está el compendio de los días finales de Guillermo Prieto.

Porfirio Díaz encabezó una ceremonia luctuosa en el Panteón de Dolores. Ante el gabinete y el estado mayor presidencial, Juan A. Mateos y Juan de Dios Peza pronunciaron encendidos discursos. Ninguno de ellos le echó en cara al dictador lo que había vivido Prieto en sus días finales.

Hay una biografía publicada en el lejano 1939 —*Don Guillermo Prieto y su época*, de Salvador Ortiz Vidales— que luego de narrar los instantes climáticos en la vida de Prieto, la manera en que impidió el asesinato de Juárez, su injerencia en la elaboración de la Constitución Mexicana de 1857, su extraordinario desempeño como ministro de Hacienda —manejó 300 millones de pesos sin quedarse con un solo centavo—, reconstruye los días en que el aplaudido escritor, el polémico articulista de *El Siglo Diez y Nueve* y *El Monitor Republicano*, el combatiente incansable contra la invasión norteamericana y la intervención francesa, se vio obligado a salir a la calle, arrastrando su vejez, en busca de empleo.

Según Ortiz Vidales, el buen *Fidel* tuvo que «pasar por las horcas caudinas de muchas antesalas de señores ministros, de jóvenes arribistas, hijos de padres a quienes don Guillermo sacara de la nada, y que no teniendo más mérito que el que da

entre nosotros la siempre fugacidad del cargo, se permitían hacer esperar al poeta largas horas, quizá únicamente para darse importancia».

Relata en sus memorias Rubén M. Campos:

Habiendo tenido que entrevistar don Guillermo a un prominente político, éste se permitió el lujo de dar al poeta dos horas de antesala, y como a pesar de esto el señor Ministro no se dignara todavía recibirlo, don Guillermo llamó al ujier y le ordenó: «Ve y dile a tu jefe que cuando yo fui Ministro también, nunca tuve a su padre haciendo antesala, sino por el contrario, lo enriquecí, dándole magníficos empleos». Y cuando el ujier fue a alcanzarlo con la súplica de que volviera para ser recibido, el viejo poeta negóse, soberbio y magnífico.

En su *Colección de Poesías Escogidas*, Prieto dejó unas líneas que hablan del clima mental de sus últimos años: «Unos me tienen calificado, tiempo ha, de bruto y desbaratado [...]; hace tiempo me desengañé de las bellaquerías de la gloria, y me lanzaron de su seno, por viejo, todos los círculos de moda». Es imposible saber, sin embargo, hasta qué punto le afectó el hecho de asistir a los funerales de su propio prestigio literario: en 1890, miope, casi ciego, obtuvo en un concurso el título de «poeta más popular». Pero el lauro le fue entregado a fuerzas, escribe Salvador Ortiz Vidales, «en atención a sus pasadas glorias y quizás a su triste y larga ancianidad».

Alfredo Bablot decía que el principal defecto del maestro era «la hidrofobia intermitente». Luis González Obregón, quien le sirvió de lazarillo varias veces por las calles de México —a las que Prieto llamaba «mis salones»— alude de manera discreta a aquellos momentos en que *Fidel* era amargo como el acíbar.

Su biógrafo, Ortiz Vidales, lo acusó de no haber sabido morir en el tiempo preciso. Y es que al concluir los funerales, Prieto, que ya estaba olvidado, fue nuevamente olvidado. Nadie volvió a hablar de él en los siguientes años.

Hasta que su viuda entregó al historiador Nicolás León un mazo de cuartillas desordenadas, que León debió leer con la boca abierta. Se enchina la piel al imaginarlo. Esas cuartillas demuestran que el biógrafo de Prieto, Ortiz Vidales, se equivocó: *Fidel* supo morir en el tiempo preciso. Lo que León tenía entre las manos era el prodigioso manuscrito de *Memorias de mis tiempos*, la obra que completa, con *Los bandidos de Río Frío*, *Astucia* y las cartas de *madame Calderón de la Barca*, el cuadro de la vida y las costumbres mexicanas en el siglo XIX.

Entre la pobreza, el acíbar y la hidrofobia intermitente, el maestro Guillermo Prieto regresaba de la tumba para dar un coscorrón a los «Nadie» que lo habían mirado con desprecio.

Yo atesoro esas *Memorias*.

Un cronista al que trataron como perro

ESTA HISTORIA NO LE INTERESARÁ A NADIE. Y sin embargo, es importante contarla. José María Marroqui es una de las calles más breves del centro: la conforma un solo tramo, que va de Independencia a Artículo 123. Hay muy poco que ver en ella. Moscas, basura, teporochos, tacos de carnitas, una «Perfumería elegante», algunas tiendas de abarrotes, un edificio horrendo de ocho pisos y un conjunto de camiones estacionados en doble fila que desembarcan, a toda hora, cajas de huevo y refresco.

Hasta antes de 1928, esta calle se llamaba Cuajomulco. Cuando era necesario referirse a los grandes males de la urbe, falta de iluminación, vagancia, suciedad, los periodistas del siglo XIX venían a caminar por este rumbo.

El 25 de abril de 1898, los periódicos de la capital hablaron de un baile celebrado en la opulenta mansión de la familia Braniff, cita en Paseo de la Reforma. Los redactores describieron el hermoso concurso de las damas, la elegancia de los caballeros: «Todo era brillo, todo era artístico, todo era deslumbrador». Aquel día los diarios reseñaron también las tandas del Arbeu y el Principal, la función del Circo Orrín, las carreras de caballos en el Hipódromo de Peralvillo, una carrera de bicicletas en el velódromo de Indianilla y una corrida de toros en que resultó cornado el diestro José Centeno. Se habló de los fallecidos, los atropellados, los suicidas. Ninguno destinó una línea que avisara de la muerte del cronista José María Marroqui, ocurrida en el número 1 de la calle de Cuajomulco.

Marroqui había dedicado los últimos veinte años de su vida a la escritura de un libro extraño, único. Desde 1878 pasaba el día entero jadeando en las calles (Artemio de Valle-Arizpe afirma que era un hombre muy gordo, aunque una foto que se conserva por ahí lo desmiente) a la caza de noticias sobre la historia de la Ciudad de México.

Su método de trabajo habría desalentado a cualquiera: Marroqui llamaba a la puerta de las casas y rogaba que le dejaran examinar títulos de propiedad y escrituras antiguas. Don Artemio asegura que en no pocas ocasiones el cronista fue echado «enhoramala», y que los vecinos le azuzaban, a veces, a los perros.

Frecuentaba también el Archivo Nacional, y se hundía durante meses en expedientes olvidados, en copiosos cedularios, en informaciones cansadas que masticaba con la idea delirante de contar la historia de la ciudad calle por calle, de manera alfabética: Acequia, Betlemitas, Carreras, Damas, Esclavo, Flamencos, Gallos, etcétera.

Sus amigos lo veían pasar con los bolsillos llenos de hojas mal dobladas cuyo contenido —según otra acusación de don Artemio— nunca compartía con nadie. «Era avaro de sus noticias», escribió González Obregón.

«¡Pobre hombre!», se lamentaba Valle-Arizpe. Y es que Marroqui carecía de buena estrella: una vez fue nombrado cónsul de México en Barcelona, pero a causa de las continuas revoluciones que sacudían la patria le dejaron de pagar su sueldo, y tuvo que sobrevivir impartiendo clases particulares de ortografía (he elegido sólo una de sus muchas vicisitudes).

En 1898, soportando los dolores de un cáncer de boca, dictó las últimas páginas de un libro que iba a volverse clásico, un clásico de la crónica urbana, *La Ciudad de México*, y sin pedir nada a cambio, regaló la obra al Ayuntamiento.

El 2 de septiembre de 1899, los diarios hablaron de la inauguración del Centro Mercantil —la Plaza Antara del porfiriato— y del incendio que convirtió en cenizas la imprenta La Europea, de la calle de Santa Isabel (ubicada en donde hoy se encuentra el Palacio de Bellas Artes).

No dedicaron una sola línea a informar que entre los libros quemados en esa imprenta se hallaba la edición completa de *La Ciudad de México*, que un año y medio después de la muerte de Marroqui, el Ayuntamiento por fin se había decidido a publicar.

Estuvimos a un pelo de perder para siempre una obra crucial en el proceso de regeneración de la memoria de la Ciudad de México. Marroqui, por fortuna, había dejado de ser «avaro de sus noticias»: cuando comprendió que la muerte iba a impedirle revisar su libro, entregó los manuscritos al padre Vicente de P. Andrade. De aquellas hojas tachonadas, a veces incompletas, surgió uno de los libros más prodigiosos, y a trechos farragosos, sobre la ciudad. Como quería Bernardo de Balbuena, «todo en este discurso está cifrado»: calles, personas, paisajes, edificios.

Marroqui no obtuvo a cambio más que el olvido. En 1928, cuando habían pasado ya treinta años de su muerte, le concedieron una calle que hoy se parece mucho a su estrella. Miles pasan por ahí. Pocos recuerdan quién fue. Casi nadie lee su obra.

❖ 1901 ❖
La Ciudad de México

EL 26 DE SEPTIEMBRE DE 1901, en Pachuca, Hidalgo, un tal Miguel Bracho le obsequió a un tal Francisco Hernández, «en recuerdo de su amistad», un ejemplar del libro *La Ciudad de México. Novísima Guía Universal*, que la Librería Madrileña —Callejón del Espíritu Santo número 7—, acababa de poner en venta. Ignoro cuál habrá sido el destino de los señores Bracho y Hernández. Ignoro todo sobre su amistad. Sólo sé que cien años más tarde el libro había ido a parar a una librería de viejo de la calle de Donceles, y que una tarde de lluvia el propietario de ésta intentó vendérmelo a precio de oro.

Luchamos encarnizadamente no sé cuánto, acaso media hora, y al final me llevé el libro a mi casa con la sensación de haber dejado en la librería «un ojo de la cara» —espero que haya sido el izquierdo, pues con el derecho veo mejor.

No sabía lo que me esperaba. *La Ciudad de México* fue pensada por sus autores, Adolfo Prantl y José L. Groso, como una guía de forasteros encaminada a proporcionar «todas las noticias de que ha menester una persona que visita por primera vez esta ciudad».

La obra comienza, naturalmente, en el apartado «Llegada a México», y explica lo que el viajero debía hacer desde el momento mismo de bajar del ferrocarril, un día cualquiera de 1901. Mil páginas después, Prantl y Groso me tenían emocionado y llorando, absolutamente convencido de que su libro es una forma de viajar en el tiempo: yo había recorrido —a pie, en taxi, en ómnibus, en tranvía—, el México de don Porfirio.

Pocas crónicas son dueñas de un poder de evocación semejante al de esta guía de turistas. Exenta de aspiraciones literarias, retrata la vida urbana en números, en datos, en cifras: «El primer cuidado del viajero es ocupar un cargador para que le lleve su equipaje [...] los hay de oficio, registrados en la Sección 2.^a del Gobierno del Distrito Federal, y se distinguen por una placa de latón en la que consta el número de cada uno [...] cobran de 12 a 25 centavos».

Hago un viaje imaginario. A las puertas de la estación uno podía encontrar tres clases de coches de alquiler (de bandera azul, roja o amarilla, es decir, de 50, 37 o 25 centavos), o podía caminar unos pasos hacia la cercana estación de tranvías, en busca de las líneas que pasaban por el centro: Ferrocarril Nacional-Reforma, San Cosme-Santa María, San Rafael-San Lázaro, Peralvillo-Belén (seis centavos). Era posible, también, abordar un servicio de ómnibus que recorría los hoteles de la ciudad.

¿El viajero se hallaba en condiciones de pagar un alojamiento de cinco pesos

diarios? Era preciso entonces visitar el Hotel del Bazar, en Espíritu Santo número 8, antigua casa de los Condes de Miravalle. «Amplio, bien ventilado y en los bajos tiene un buen restaurante».

¿Los recursos del recién llegado le obligaban a buscar alojamientos más económicos? En el Hotel Gillow de la esquina de 5 de Mayo existían habitaciones desde un peso diario. «Para comodidad de los huéspedes», el hotel contaba con un ascensor.

La guía despliega una lista de restaurantes a la francesa, italiana, española, inglesa, alemana y americana, «en los que algunas veces se sirven platillos al estilo del país». Comida corrida en el Sylvain: 2.50. Cantinas recomendadas: Salón Bach y La América. Sitios para tomar café: Gran Café Colón y Café de Manrique, «curioso porque entre sus parroquianos hubo en otros tiempos algunos poetas más o menos pobres y notables».

No puedo dejar de leer: Prantl y Groso me llevan, me arrastran, me entregan pormenores de calles, plazas, baños públicos, peluquerías, buzones, casetas telefónicas, casas de cambio, paseos, parques, jardines, fuentes, monumentos, cines, teatros, circos, casinos, salas de concierto, plazas de toros, archivos, bibliotecas, hospitales, gimnasios, coliseos, bufetes de abogados, consultorios de dentistas...

Este par de locos porfirianos que afirman en el prólogo amar a la ciudad «muy de veras» lograron una hazaña a la Bernardo de Balbuena: lo vieron todo, lo contaron todo, lo cifraron todo.

He estado a punto de perderme en esas calles. Estuve a un paso de extraviarme, de quedarme allá, de jamás volver.

Postales del pasado

EXISTE UNA CALZADA que desde antes de la llegada de los españoles conecta el rumbo de Tacuba con el de Azcapotzalco. Se le puede reconocer con facilidad porque está bordeada de sauces, melancólicos e inmemoriales, y de antiguos chalets porfirianos que aparecen, inopinadamente, como imágenes de una postal que alguien hubiera enviado desde el pasado. Es la misteriosa avenida Azcapotzalco: palacetes de estilo inglés, torres altas y enigmáticas, techumbres inclinadas, como dispuestas a albergar una nevisca, y rejas que custodian jardines enmarañados, que corren al frente de las construcciones. Se trata de un rincón del porfiriato que ha quedado rezagado en una calzada de la urbe. A pesar de su encanto inesperado, no comparte los prestigios de la Roma, la Santa María, la nostálgica colonia Juárez.

Su historia es prácticamente desconocida.

Esa postal que ha viajado a nuestros días viene firmada por el periodista más destacado del otro cambio de siglo, Rafael Reyes Spíndola, dueño y director de *El Imparcial*. En los últimos años del XIX, Reyes Spíndola modernizó e industrializó el periodismo: introdujo en México la figura del *reporter*, ofreció un producto que costaba sólo un centavo, pero ofrecía a cambio, en un despliegue inédito de géneros periodísticos, entrevistas, reportajes y noticias recabadas (el último grito de la tecnología) incluso por teléfono. Como el diario recibía, además, del gobierno de don Porfirio, una subvención de 50 mil pesos al año (al dictador le interesaba combatir a la prensa «con la prensa misma»), aplastó a los diarios tradicionales, que muy pronto se vieron obligados a cerrar. *El Imparcial* se impuso como lectura indispensable. Su espectacular tiraje era anunciado diariamente en la primera plana, como una noticia («100 914 ejemplares»).

En 1903, Reyes Spíndola adquirió un terreno de 80 mil metros cuadrados, que colindaba con la antigua hacienda de Clavería. Había concebido la creación de una colonia modelo, «para la gente que no es rica», que no fuera sólo una prolongación de la ciudad. El 10 de octubre de 1906, el periódico que dirigía anunció el nacimiento de la colonia El Imparcial, «en una planicie con grandes calzadas, poblada de árboles y agua en abundancia». Se leía en la nota:

Las estadísticas de muchos años demuestran que el tanto por ciento de mortalidad en Azcapotzalco es mucho menor que en cualquier otra población de las que rodean la metrópoli: el tifo, la viruela y demás enfermedades contagiosas que tantos estragos causan en la ciudad, se cuentan como casos raros.

La nueva colonia corría a ambos lados de la avenida Azcapotzalco y constaba de un

kilómetro y medio de chalets rodeados de jardines: «El ideal de la casa higiénica». Los chalets costaban ocho mil pesos: para adquirirlos había que dar un «enganche» de dos mil, y el resto se cubría en pagos mensuales de 80 pesos.

El director de *El Imparcial* puso el ejemplo y se fue a vivir a la colonia que había fundado. Lo siguieron al poco tiempo el jefe de redacción del diario, Carlos Díaz Dufoo, y el abogado Aquiles Elordouy, que luego fue uno de los fundadores del partido que lanzó la candidatura presidencial de Francisco I. Madero (el Nacional Antirreleccionista).

Reyes Spíndola ganó en un año doscientos mil pesos, vendió la colonia, y compró en Avenida Juárez el terreno que albergaría las nuevas y suntuosas oficinas de *El Imparcial*: el edificio que andando el tiempo iba a convertirse en el Hotel Regis.

El Regis desapareció durante el terremoto del 85. Los chalets que se extendían a lo largo de kilómetro y medio fueron sucumbiendo a lo largo del siglo xx. Muy pocos aparecen todavía tras una hilera de árboles altos y apesadumbrados. Son las postales que Reyes Spíndola envía desde el pasado.

La ciudad en un aparador

EL PRIMER EDIFICIO de seis pisos que hubo en la Ciudad de México fue inaugurado en 1905. No le rendía culto a la obsesión porfirista por la modernidad, cuyo emblema era entonces el automóvil, sino al pasado que desaparecía inevitablemente, y se esfumaba, al trote, entre las patas de los caballos.

De niño me gustaba detenerme ante el aparador de La Palestina, esa extraña y anacrónica y lujosa tienda de la calle 5 de Mayo, en la que reina desde hace más de un siglo la estatua de un potro inglés de tamaño real, cubierta con el pelaje de un caballo verdadero.

Contemplar, en la ciudad de los años setenta, a la que habían llegado el Metro, los Ejes Viales, el Circuito Interior, la contaminación y los cerros repletos de «ciudades perdidas», aquella tienda extrañamente poblada de objetos del pasado, y carentes de utilidad en el mundo moderno —arreas, sillas de montar, cinturones «piteados», fuetes, espuelas—, constituía uno de los ejercicios de perplejidad más categóricos que había en la urbe.

Terminaron los setentas, se acabaron el psicoanálisis y el siglo xx, vino la ciudad que Monsiváis llamó del Apocalipstick, y aquella esquina mantiene intacta su extrañeza.

El contratista que levantó el edificio La Palestina fue uno de los ideólogos de la revolución del diez: Alfredo Robles Domínguez. En el sexto piso de ese edificio, al que se accedía por un hermoso elevador que aún se conserva, un grupo de poetas porfirianos montó la sala de redacción de la revista *Savia Moderna*, que Alfonso Reyes recordaría de este modo:

A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, [la redacción] abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Desde aquella altura cayó la palabra sobre la ciudad.

En 1905, la calle 5 de Mayo tenía sólo un lustro de haber sido abierta. Formada antiguamente por un par de callejones, al llegar el siglo xx se decidió formar una vía que conectara el Zócalo con la Alameda. De ese modo fue demolido el principal obstáculo: el viejo Teatro Nacional. Esto permitió el surgimiento de un vertiginoso boulevard transitado por autos y calandrias, surcado por tranvías, escoltado por escaparates que anunciaban bares, cafés, restaurantes, hoteles, librerías.

Ahí sembró el porfiriato su primer rascacielos, La Palestina, en cuyos bajos un talabartero que había hecho fortuna en el hoy extinto mercado de El Volador (que

hasta 1930 estuvo donde hoy se halla la Suprema Corte de Justicia), decidió abrir un templo que desdeñara la llegada del auto, del ferrocarril, del tranvía. El talabartero se llamaba Juan R. Ortiz. Frente al aparador principal de la tienda, colocó un vistoso barandal de bronce en el que se labraron hermosas cabezas de caballo. Servía para que los clientes ataran ahí sus cabalgaduras, mientras entraban a realizar sus compras.

En algunos antiguos patios del centro pueden hallarse aún, claveteadas en el piso, las oxidadas argollas de hierro que sirvieron para amarrar las monturas. El barandal de La Palestina es, sin embargo, la única huella de la era del caballo que queda en la vía pública.

Una leyenda, arbitraria como todas, dice que Francisco Villa y Emiliano Zapata ataron sus monturas en este barandal a fines de 1914, durante la entrada de las tropas revolucionarias a la capital. La visita de estos personajes a la Ciudad de México ha detonado, sin embargo, la creación de incontables leyendas: el supuesto balazo de Villa en el Bar La Ópera, una; la supuesta relación homosexual entre Zapata y el yerno de don Porfirio, Ignacio de la Torre, otra.

El barandal en sí mismo es una leyenda. Una buena tarde, a finales de los años noventa del siglo pasado, desapareció. La Palestina conservaba su giro original, pero a lo largo del siglo había ido pasando de mano en mano —en 1923, el local estuvo a punto de albergar una cantina—. Uno de tantos propietarios no pudo resistir la tentación de procurarse algún dinero, y lo vendió. Fue hallado años después, convertido en el estribo de una cantina. El actual propietario de La Palestina, Bernardo Montiel, lo recuperó. Actualmente, el barandal forma parte del Patrimonio del Centro Histórico.

Desde luego, el cuento termina un siglo después con el triunfo del automóvil. En 1926 se prohibió que circularan en la ciudad vehículos de tracción animal. Con todo, La Palestina sigue ofreciendo arreos, sillas de montar, fuetes y espuelas —para sobrevivir, alterna el ramo de la talabartería con la venta de maletas, portafolios, bolsos y carteras.

Ha pasado la vida y me sigue gustando detenerme ante su aparador. Hay aparadores desde los que puede ser contemplada una ciudad: Gutiérrez Nájera, que se sentaba a escribir allí todas las tardes, decía que el del Café de la Concordia era uno de ellos. El de La Palestina también contiene una ciudad: uno se acerca a él y esa ciudad se despereza y brilla y se acomoda como los trozos de vidrios de colores en un caleidoscopio.

El bosque del pasado

CHAPULTEPEC FUE ABIERTO al público en octubre de 1907. Los fines de semana, una línea de tranvías que salía del Zócalo y corría por Reforma, arrojaba a las puertas del bosque familias cargadas de sombrillas y cestos de sándwiches. Los paseantes se derramaban en las callecillas —sigo una crónica de *El Imparcial*— «donde las frondas se entrelazan formando bóvedas».

Don Porfirio había decidido convertir el querido bosque del pasado, como lo llamaba el cronista Salvador Novo, en un parque de su tiempo. Fustigó al ministro Limantour para que lo llenara de calzadillas, de banquetas, de árboles destinados al deleite de los paseantes. Se plantaron cincuenta mil fresnos y truenos. El bosque se embelleció con fuentes, quioscos, esculturas. Limantour hizo construir dos lagos artificiales, con sus románticos embarcaderos. En tanto los construían, los periódicos anunciaron que estos lagos eran aguardados con ansia «por nuestros *sportmen*», quienes se aprestaban a fundar un club que organizaría vistosas regatas.

El 1 de octubre de 1907, aprovechando que el secretario de Estado norteamericano Elihu Root se hallaba de visita en el país, el gobierno inauguró, con un banquete, el nuevo bosque de Chapultepec. Según las crónicas del momento, una doble hilera de carruajes desembocó en Reforma al caer la tarde. Comenzó el desfile de los aristócratas, «un soberbio torneo de elegancia». Frente al lago mayor se habían dispuesto unas tribunas.

Escribió el reportero de *El Imparcial*: «El conjunto social era el que se ve en Longchamps durante la fiesta primaveral del *grand prix*». Ahí estaban los embajadores, los gobernadores, los Científicos, los hacendados y los banqueros. Los Braniff, los Casasús, los Rincón Gallardo, los Landa y Escandón.

Hilillos de focos de luz blanca se reflejaban en las aguas que brillaban como metal bruñido, dándole al sitio «un aspecto feérico». Cuando llegó la noche, un toque de clarín hizo que el Castillo de Chapultepec —esfumado ya en la sombra—, se iluminara. Una exclamación unánime sacudió las tribunas. *El Imparcial*: «El efecto era precioso. Las luces bañaban los recios muros, como chisporroteando».

En el centro del lago brotó una cascada que se tornó rosada, roja, azul, morada y amarilla. Canoas decoradas con flores navegaron hacia el público. Dentro de ellas había tehuanas, huicholas, yucatecas y chinas poblanas. Desde una trajinera, la orquesta de charros de Miguel Lerdo de Tejada desgranaba las notas de un danzón.

Aquella noche de 1907 la aristocracia se fue del bosque. Lo empleó para fundar allí sus clubes náuticos, hípicas, automovilísticos. Pasó las tardes de domingo

escuchando a las orquestas que amenizaban la comida en el lujoso restaurante Chapultepec. Pero el bosque, lo que se dice el bosque, fue tomado desde el primer día por la clase baja y la clase media: la baja, para vender globos, algodones y otras golosinas, y la media para instaurar el paseo romántico y también la tradición que llega a nuestros días: el *pic-nic* dominical.

En la primera mitad del siglo xx el bosque estaba habitado, según la enumeración de Novo, por soldados, estudiantes, abuelitas, niñeras, ciclistas, desempleados, Penélopes solteras, parejas de novios que remaban en el lago y enfermos que tomaban sol en las bancas. La construcción del Metro, más que nunca antes, colocó a Chapultepec al alcance de las clases populares. Versión contemporánea del tranvía porfiriano, los domingos arroja multitudes, muchedumbres, aglomeraciones familiares que se pierden, ya no sólo en las callecillas «donde las frondas se entrelazan formando bóvedas», sino también entre los puestos que expenden «bromas» (ratas de plástico, bombas malolientes, cigarrillos que dan toques y chicles que pican), y en los que se venden tortas, algodones, papas con salsa tabasco, máscaras de luchadores, llaveros, dulces de a cinco, de a diez, y «chicharrones con cueritos». (Los fotógrafos de paseantes han introducido ahora la posibilidad de que uno se retrate con la cara pintada como «Sheena, reina de la selva».)

En el año 2005 limpiaron el lago. De su fondo emergió todo lo que el lago había devorado en el último siglo: botellas, lentes, monedas, sombrillas, teléfonos celulares, objetos de fierro, diversas cosas de plástico. Si los basureros son yacimientos que describen a las sociedades, en esa basura estaba contada la verdadera historia del bosque: el pasado de la gente que lo disfrutó. Se pensó en montar una exposición con todo aquello, pero el proyecto nunca se llevó a cabo. Ahora esa historia se ha perdido.

Para hablar del bosque sólo nos queda la literatura.

El aborto en tiempos de don Porfirio

UN COCHERO LA RECOGIÓ en el número 7 de la calle del Banco de la Santísima, y en unos cuantos minutos la condujo a la Botica del Hospital Real. La señorita María Fanning se apeó, sacó de su bolso 75 centavos para pagar la dejada, y entró en el consultorio del doctor Rees, ubicado en la calle de los Rebeldes. Fue la última vez que alguien la vio con vida.

Unos días más tarde, los familiares de la joven recibieron una nota firmada por el doctor. Les comunicaba que María, de 24 años, se encontraba grave. Uno de sus primos se trasladó al consultorio. Sólo encontró un cadáver en avanzado estado de descomposición. El certificado de defunción informaba que María había muerto de peritonitis.

Porfirio Díaz gobernaba entonces el país. Acababa de inaugurar con gran pompa el Edificio de Correos, pero esa noticia se desdibujó ante el fenómeno de una intensa nevada que cayó sobre la Ciudad de México la madrugada del 11 de febrero de 1907. Las tres cuartas partes de los habitantes de la metrópoli no habían visto nevar: sólo unos cuantos viejos recordaban la nevada de diciembre de 1856, cuando las filtraciones del acueducto del Salto del Agua se cristalizaron, quedando suspendidas a manera de graciosas estalactitas.

Ahora, la nieve cubría azoteas, torres, cornisas y molduras. La Catedral y los árboles de la Alameda se habían adornado de blancos encajes. El Castillo de Chapultepec se antojaba, por su aspecto, «un paraje poético de las comarcas de Noruega». Bajo una luz pálida y melancólica, la gente salió a mirar aquel espectáculo de suprema belleza. Una lluvia de plumas cubría el follaje de los parques y las figuras de piedra de los edificios. Las torres de las iglesias se erguían «con fantásticos y sorprendentes atavíos de blanca nieve». Hombres y mujeres prorrumpieron en exclamaciones de admiración, mientras los niños hacían figuras de nieve o formaban pelotas que luego se lanzaban entre ellos. Aquello era tan sorprendente, que los hermanos Alva tomaron sus cámaras y salieron a la calle a filmar.

María Fanning, en cambio, no disfrutó la nevada. Sus familiares la notaban demacrada y ausente. Había dejado de asistir a las clases de piano que impartía a domicilio. Luego se supo que visitó varias veces a una adivinadora estadounidense, que tenía su consultorio en la calle del Sapo, para pedirle que le tirara las cartas. Lo primero que salió fue un as de espadas.

La adivinadora dijo que María lloró, y que luego le pidió algún remedio, «para salvar su honor». La mujer se negó.

Cuando el primo de la muchacha acudió a las autoridades para solicitar una investigación, se descubrió que el doctor Rees, originario de Kentucky, carecía de permiso para ejercer en México su profesión. Rees afirmó que María había llegado al consultorio con una infección que «la invadía por completo»; aunque le suministró una dosis de mercurio y algunas sulfas, «la enfermedad» de la joven estaba tan avanzada, que se vio obligado a intervenirla.

Su versión, sin embargo, se derrumbó cuando el cochero Juan Ramírez dijo que nada hacía presumir que la joven estuviera enferma, pues había saltado del coche con soltura, y se había movido en la calle con agilidad.

Rees fue detenido. Aunque siguió afirmando que la joven había muerto de peritonitis, pronto se vio acorralado por las preguntas del Juez de Instrucción. Según el periódico *El Popular*, «abatido en sus antrinchamientos», terminó por confesar que le había practicado a María un aborto, y que su falta de experiencia en cirugía le había causado la muerte.

El periódico *El Tiempo* señaló que varias señoritas decentes habían muerto en los últimos meses atendiéndose, con curanderos y charlatanes, esa clase de «infecciones».

Como se sabe, las muertes siguieron ocurriendo durante todo un siglo, y fueron tantas que resulta imposible contarlas. En abril de 2007 un siglo después de aquella muerte, se despenalizó el aborto en el DF. No habrá señoritas Fanning en el futuro.

Cajas del tiempo

EN LA ESQUINA DE 5 de Mayo y la calle de Vergara (hoy Bolívar), los peones que trabajaban en la introducción de un nuevo drenaje encontraron, el 20 de enero de 1910, un mensaje que los hombres del pasado habían enviado. Era una caja de zinc, depositada cuidadosamente bajo dos piedras, que se hallaba a un metro escaso de profundidad. El jefe de los operarios, Patricio Martínez, creyó «que se encontraba ya en posesión de un gran tesoro». Extrajo la caja y la escondió.

Al día siguiente, el ingeniero Luis Bolland —el mismo que en tiempos de Maximiliano trazó el Paseo de la Reforma—, fue visitado por una mujer que le ofreció en venta una medalla y varios documentos antiguos. Bolland comprendió que aquellos objetos provenían de la «caja del tiempo» depositada bajo tierra el día en que se colocó la primera piedra del Teatro Nacional. Para entonces, del teatro construido por el arquitecto Lorenzo de la Hidalga no quedaba ya piedra sobre piedra. Bolland interrogó a la mujer con severidad —era la esposa del jefe de los operarios— y logró que confesara la historia del descubrimiento. El ingeniero se apersonó después en la esquina donde se realizaban las obras: en cuanto lo vio llegar, uno de los peones intentó venderle un peso de cobre acuñado en las montañas del Sur, ¡nada menos que por Vicente Guerrero! Las piezas que los operarios se habían repartido empezaron a aparecer: una caja de zinc, corroída por la humedad, que el mismísimo general Antonio López de Santa Anna había tenido entre las manos; dos ejemplares del periódico *El Siglo Diez y Nueve*, fechados el 17 de febrero de 1841 y el 9 de octubre de 1842; el deteriorado manuscrito que contenía el discurso de inauguración del teatro; una medalla de plata con el rostro de Su Alteza Serenísima; otra conmemorativa del Primer Imperio —con los bustos de Iturbide y su esposa Ana María—, un Calendario Galván correspondiente al año 1842, y varias monedas de oro, plata y cobre. Todo eso había permanecido oculto en las entrañas del teatro. El manuscrito decía:

Bajo estos escombros encontrarán las generaciones más remotas el nombre del Ilustre Jefe que triunfante y cubierto de laureles, no desdeñó, por la civilización, empuñar la humilde cuchara del albañil para edificar templos a su culto.

El año en que esa «caja del tiempo» apareció —el año, por cierto, de las Fiestas del Centenario—, Porfirio Díaz recorría la ciudad colocando «cajas del tiempo» en todas partes. Como si presintiera una inminente partida, y quisiera dejar un recuerdo suyo en cada rumbo de la ciudad, depositó una caja en la columna de la Independencia,

otra bajo la estatua de Luis Pasteur, y otra en el actual Palacio de Bellas Artes (antes, había colocado otra caja en los cimientos del Edificio de Correos). Seguía una tradición iniciada en la época virreinal, que sembró de cápsulas del tiempo, de botellas lanzadas a los siglos venideros, los templos, los colegios, las construcciones más importantes de la capital.

El 22 de octubre de 2007, bajo una de las torres de la Catedral Metropolitana, fue hallada una caja que guardaba, además de dibujos, grabados, cruces y relicarios, una cera de Agnus. La habían depositado ahí en 1791, cuando el virreinato era gobernado por Revillagigedo. Alguien tuvo la iluminación de colocar allí mismo otra caja, otra cápsula del tiempo, repleta de objetos de nuestros días. Unos albañiles o unos arquitectos del futuro hallarán, entre otras cosas, una copia de *Los olvidados*, la película de Luis Buñuel.

Cuando todo se haya ido, cuando lo que vemos se haya convertido en polvo, alguien hallará las imágenes animadas de un mundo desaparecido: aparecerán coches, ciudades perdidas, torres en construcción.

La sola idea estruja, roba el aliento. Desde los cimientos de los edificios, hombres de distintos siglos no dejan de gritarse algo.

Los Pegasos

ESTABA DE VIAJE EN MADRID y entonces me ocurrió una de las cosas más extrañas. Encontré, en lo alto de un edificio, a los célebres Pegasos que antes de tomar el avión había visto frente al Palacio de Bellas Artes, en pleno centro de la Ciudad de México.

Estaban ahí, a punto de emprender el vuelo, pero ahora lo hacían bajo el cielo de Madrid, y para colmo en la misma pose en que, del otro lado del mar, yo los había dejado.

Pensé que acababa de encontrar el tema ideal de un cuento fantástico: unas esculturas que vuelan de ciudad en ciudad, y posan brevemente en sus plazas.

Olvidaba que la realidad supera al arte. No es que nuestros bellos Pegasos —los Pegasos de las fotos de Juan Guzmán, de Nacho López, de cuántos más— hubieran viajado de México a España. Era justamente al revés: Pegasos españoles habían viajado a México para posar y quedarse en nuestras plazas.

Como decían las abuelas: hay que leer, porque si no piensa uno cosas muy extrañas.

Los Pegasos que se encuentran frente a Bellas Artes son el último legado que el porfirismo hizo a la Ciudad de México. Llegaron dentro de unas cajas de madera en enero de 1911, cuatro meses antes de la caída de don Porfirio. Habían sido esculpidos por el exitoso artista catalán Agustín Querol y comprados por el arquitecto Adamo Boari, quien deseaba rematar con ellos los ángulos superiores del palacio de mármol que por entonces estaba construyendo.

Agustín Querol, quien los pensó como alegorías del progreso, había hecho unos Pegasos semejantes, que desde 1905 decoraban la parte alta del Ministerio de Agricultura de Madrid.

Cuando las cajas con los Pegasos llegaron a esta ciudad, los diarios les dedicaron unas cuantas líneas. A nadie se le ocurrió que esos cuatro mitológicos corceles iban a convertirse en figuras indispensables dentro de la idea iconográfica que tenemos de la Ciudad de México.

El Palacio de Bellas Artes, iba a ser inaugurado durante las fiestas del Centenario de la Independencia. Retrasos en la llegada de los materiales, así como hundimientos en el edificio, postergaron la obra, que fue abandonada por completo en 1913.

Del mismo modo en que la estatua ecuestre de Carlos IV, el célebre Caballito, anduvo trotando durante años de un lado a otro de la urbe, los Pegasos de Querol tuvieron un destino incierto. En 1912 los montaron en la parte alta de Bellas Artes.

Durante nueve años, coronaron el palacio inacabado. En 1921, acusados de colaborar en el hundimiento del edificio, se decidió bajarlos y colocarlos —a cuatro cuadras de distancia— en las esquinas de la Plaza de la Constitución.

La prensa que a su llegada a la ciudad no les había concedido más que unas cuantas líneas, les dedicó entonces planas enteras: un grupo de intelectuales nacionalistas consideró indigno que aquellas basuras, que aquellos desperdicios del porfiriato, fueran colocados en el Zócalo, el centro ritual de México.

No sólo se rompería el «gesto» colonial de la plaza: el gobierno de Obregón tributaría un homenaje innecesario al viejo dictador que los había adquirido.

Obregón no hizo caso alguno de las críticas. Bajó los Pegasos de donde se encontraban y los posó en el Zócalo. Las fotografías de la época los muestran reinando espléndidamente en los cuatro ángulos de la plaza. Los Pegasos permanecieron ahí durante siete años y hasta los más inconformes terminaron por acostumbrarse a ellos.

Sin embargo, cuando el gobierno de Abelardo Rodríguez terminó la construcción de Bellas Artes, los cuatro corceles fueron desmontados de sus pedestales y llevados de nuevo al terreno en donde ya se erguía el gigantesco palacio de mármol. El arquitecto Federico Mariscal consideró una locura instalarlos en el espacio pensado por Boari, y decidió dejarlos en el sitio en donde hoy se encuentran.

Investigué esta historia para no pensar en cosas extrañas. Decidí escribirla para que quede constancia de ello.

Y sin embargo, cuando paso frente a Bellas Artes, no dejo de mirar a los Pegasos con miedo y desconfianza. Los observo por el rabillo del ojo temeroso de que se animen, de que cambien de postura, de que momentáneamente se despeguen del suelo, o de que ya no estén.

Porque no resistiría encontrarlos en otro sitio.

Un recado para José Juan Tablada

EN LA CIUDAD DE MÉXICO, tarde o temprano todo termina convertido en pavimento. Para finales del siglo XVIII, la ciudad había «pavimentado» la mayor parte de las acequias que la regaban; esa misma ciudad dedicó los 150 años siguientes a la tarea de pavimentar sus ríos —nada menos que 48— y los extensos lagos que la circundaban. ¿Qué tiene de extraño que el viejo jardín de José Juan Tablada haya desaparecido por completo, casi por completo, para dar paso a un estacionamiento?

Llego a la esquina de Eleuterio Méndez y Héroes del 47. Ahí se halla el estacionamiento del Teatro Coyoacán. Al centro del mismo se alza un alto sauce centenario. Bajo del coche, camino hasta él, pongo la mano en su tronco nudoso. Siento ganas de abrazarlo, pero me contiene la mirada inquisitiva del hombre que guarda el estacionamiento.

Estoy seguro de que ese árbol es el más famoso de la poesía mexicana; el árbol al que José Juan Tablada dedicó su haikú más conocido:

*Tierno sauz,
casi oro, casi ámbar,
casi luz...*

Pero no tengo prueba alguna. Sólo sé que este estacionamiento fue hace un siglo el jardín de Tablada, y sé que el árbol que estoy tocando formó parte de aquel jardín, puesto que tiene a todas luces —lo dice lo ancho de su tronco, lo alto de su copa— más de un siglo de existencia.

En 1913, una revista entrevistó a Tablada en su casa de Coyoacán. En una de las fotografías que ilustran el reportaje se alcanza a ver el jardín poblado de árboles que el poeta plantó con sus propias manos. Tablada dedicaría luego a aquel jardín uno de los pasajes más emotivos de *Las sombras largas*, su libro de memorias. «Plantas y flores comenzaron a medrar» —relató— «y a asociar a la mía su vida encantadora y misteriosa».

El sauce se convirtió de inmediato en el nudo sobre el que gravitaba el huerto.

Sus contemporáneos describieron a Tablada como un huracán que irrumpía en las cantinas porfirianas mostrando los bíceps, «metiendo un ruido de mil demonios», liándose a golpes con quien se atreviera a ponerse enfrente. Ahora debemos imaginarlo espiando por las noches «el jardín incipiente pero lleno de luna» para ver

cómo el sauz inclinaba sus largas ramas en el lago, «como si quisiera coger las estrellas que en él se reflejaban» (el poeta había construido un pequeño lago que además de conferir al jardín un toque artístico, generaba nubes de mosquitos que hicieron que los escritores modernistas bautizaran aquella residencia con el nombre de Villa Mosco).

Tablada confiesa que amó tanto a su sauz, que terminó por convencerse de que el árbol tenía un alma. «A no ser inmóvil y mudo me hubiera hablado cordialmente y acompañándome en mis paseos, hubiera discutido conmigo todas las cosas que preocupan a árboles y poetas: las lluvias, el buen sol, la obstinación de la cizaña perniciososa... Entre él y mi persona» —escribió— «habíanse establecido silenciosas vibraciones que eran más que un lenguaje».

José Juan Tablada fue uno de «los equivocados» —así los llamó Gildardo Magaña— que apoyaron al régimen de Victoriano Huerta luego de la Decena Trágica y el asesinato de Madero. Nostálgico del orden porfiriano frente al caos que había significado el maderismo, el poeta dijo que el genio de Huerta lucía «como rayos de oro en el zodiaco de la patria». Se refirió al usurpador como «soldado glorioso, arquetipo de lealtad, sacerdote del honor» y aceptó un sueldo como jefe de redacción de *El Imparcial* y como director del *Diario Oficial de la Federación*.

A la caída del tirano, en 1914, tuvo que irse del país. ¿Saben qué hizo? Se despidió de sus amigos y de sus seres queridos. Y luego se internó en el jardín penumbroso, «y al borde del lago lleno de estrellas y temblores, abracé al sauz y aun creo que oprimí con mis labios la rugosa corteza».

Un lustro después, cuando la casa y el jardín ya no eran suyos, el poeta regresó a la patria. ¿Saben qué hizo? Saludó a amigos y seres queridos, y después se acercó de modo furtivo, «como amante o malhechor», a la verja de su antiguo jardín. «Quería ver a mi amigo el sauz», escribió.

La emoción del pasado lo turbó. Comenzó a hablarle al árbol en voz baja. Pero el sauz no lo reconoció. «En una época en que muchos hombres perdieron su alma... ¡también al sauz se le había ido la suya!». Tablada se alejó hacia el auto que lo esperaba en la calzada contigua. La tristeza, recordó, le pesaba como si llevara entre los brazos un gran tronco muerto.

Ahora estoy aquí. Vine a ver el árbol más famoso de la poesía mexicana. Tal vez haya recobrado el alma y, con un poco de suerte, me dé un recado para José Juan Tablada.

Fundación de la Avenida Pino Suárez

EL 20 DE NOVIEMBRE DE 1914, horas antes de que las tropas constitucionalistas abandonaran la Ciudad de México, el general Heriberto Jara, en rápida ceremonia, decidió cambiar el nombre de dos calles principales. A la vía más importante de la metrópoli, la legendaria Plateros, Jara la bautizó con el nombre de Francisco I. Madero. A la calle de Flamencos, una prolongación de la antigua calzada de Iztapalapa que iba a meterse a pleno Zócalo, le impuso el nombre de José María Pino Suárez.

Solemos creer que fue Francisco Villa el responsable de imponer a Plateros el cambio de nomenclatura, pues una fotografía que se ha hecho célebre lo muestra con escalera, salakov y pistola al cinto, en el acto de colocar la placa respectiva. Lo que en realidad hizo Villa —la foto es del 8 de diciembre de 1914—, fue recolocar la placa que los zapatistas, enemigos históricos de Madero, habían arrancado con desprecio quince días antes, la tarde de su entrada a la ciudad.

Si Madero era la calle de la discordia entre las huestes revolucionarias, nadie volteó a mirar, en cambio, la modesta placa que el general Jara había dejado en Flamencos. Pino Suárez se impuso, sin ruido ni gesto alguno, en la nomenclatura urbana. A nadie pareció inquietarle el destino de esa callecilla estrecha y maloliente en donde estuvo ubicado durante siglos el rastro de la ciudad: mientras Plateros era el brillo, el lujo, Flamencos fue la sangre, la carne descuartizada en el matadero. Le iba bien el nombre de Pino Suárez, el vicepresidente asesinado por la espalda.

Con excepción de San Juan de Letrán, no hay acaso en el Centro Histórico una calle más golpeada y maltratada, más sacrificada a los males del momento que la vieja, noble, insigne calle de Flamencos. En ese sitio ocurrió el primer encuentro entre Hernán Cortés y el emperador Moctezuma. Ahí sobrevino el diálogo que cualquier historiador habría soñado escuchar: «¿Acaso eres tú? ¿Es que ya tú eres? ¿Es verdad que eres Moctezuma?». Por ahí entraron los españoles al inimaginable recinto ceremonial de Tenochtitlan. Ahí se levantó el hospital más antiguo de América, el Hospital de Jesús, fundado por el propio Cortés en 1524; allí se encuentra todavía una de las casas más antiguas y suntuosas de México, el palacio de los condes de Santiago de Calimaya, que Juan Gutiérrez de Altamirano, primo de Cortés, comenzó a levantar en 1536. Ahí se localiza, en fin, el templo de Jesús Nazareno, cuyos fastos demandaron cuatro décadas de lenta, minuciosa construcción (1587-1622).

El siglo de las destrucciones fue inclemente con Pino Suárez. Su lado occidental

fue arrasado sin misericordia para abrir paso a los camiones, los trolebuses, el pitadero de autos que se arrastraban por Tlalpan.

Flamencos había sido una de las tres calzadas más antiguas de México. A saber lo que se perdió en los años sesenta, cuando comenzó su demolición. La aplanadora tiró entre otras cosas el cine Rialto, y dejó sólo una calzada ancha, poblada por edificios ínfimos y horripilantes (y para colmo, el Metro).

Desde finales del siglo XVI, existió en la calle de Flamencos un matadero de cameros que alimentaba a la ciudad. Como un eco lejano de aquel giro comercial quedan en la zona peleterías y talabarterías, injertadas como a fuerzas, que sin memoria de su origen asaltan al viandante con objetos imposibles: látigos, botas, sillas de montar.

Se extienden, también, zapaterías y tiendas de tela en cuyos escaparates se refleja, de la noche a la mañana, el curso demorado de los autos. No hay una hora del día en que la trilogía de horrores urbanos no asfixie la calle: estruendo, mugre/polvo y tráfico.

Al final de la calle, en la barda que delimita el atrio lateral del templo de San Miguel, se alza un hermoso, inquietante relieve de cantera que muestra a tres figuras que arden en las llamas del purgatorio. Se trata del único altar público de la época colonial que ha sobrevivido en el centro. Bajo esas figuras labradas con expresión de angustia, hay una cartela que reza: «Si te mueve a compasión, mortal, mi necesidad, sácame de esta prisión y dame la libertad, por medio de una estación».

Desde la época colonial, alguien implora para sacarnos del purgatorio.
¡Qué alguien nos saque de Pino Suárez, el purgatorio urbano!

La mano de Obregón

UNA MAÑANA DE SÁBADO de hace muchos años vi por primera vez la reliquia más insigne de la Revolución. Una mano engarrotada, amarillenta, con las uñas de los dedos bien cortadas, que flotaba en un frasco de formol. La mano que Álvaro Obregón perdió en Santa Ana del Conde, en 1915. Desde 1935 ocupaba el lugar de honor de un monumento dedicado al general, y erigido en el sitio en donde alguna vez estuvo el restaurante La Bombilla.

Una amiga que me acompañaba aquel sábado a caminar por San Ángel, me hizo notar que la línea de la vida del general era bastante larga. Obregón murió, sin embargo, antes de cumplir 50 años.

Inquieta la relación del pueblo mexicano con los órganos, los miembros y las extremidades de sus próceres: la pierna de Santa Anna, la cabeza de Villa, la lengua de Belisario. La mano pulposa y desgarrada de Obregón —unas tiras de tejido que bajaban por el brazo le colgaban atrozmente— fue exhibida en aquel monumento durante 58 años, hasta que el gobierno de Salinas de Gortari tomó la decisión de incinerarla. En 1989 una urna que contenía las cenizas fue llevada a Huatabampo: ahora reposa junto a los restos del caudillo.

Que yo sepa, nadie se preguntó jamás dónde estuvo el brazo mutilado de Obregón entre 1915, en que fue arrebatado por una granada, y 1935, fecha en que reapareció para ser exhibido en el monumento que el arquitecto Enrique Aragón levantó para ese efecto. En *Álvaro Obregón. Fuego y cenizas de la Revolución Mexicana*, el historiador Pedro Castro hace un relato digno de la pasión mexicana por los miembros de sus próceres.

Una granada villista dejó pendiendo como un hilacho el brazo derecho del general. El mayor Cecilio López se lo acabó de cercenar. Enfermeros de Sanidad Militar lo metieron en un frasco de formol. Era el 3 de julio de 1915. Obregón diría después que para encontrar el brazo entre la multitud de cuerpos caídos en batalla, uno de sus ayudantes sacó del bolsillo un *azteca* de oro y lo lanzó al aire: «Inmediatamente, el brazo se alzó del suelo y lo atrapó».

El general Francisco R. Serrano, que en aquellos años aún era amigo de Obregón —una década más tarde sería asesinado en Huitzilac por órdenes del caudillo—, pidió que le entregaran la extremidad, «para conservarla como un recuerdo de aquella acción guerrera inolvidable». Quienes tenían el brazo en su poder, se lo entregaron. Esa misma noche, Serrano decidió correrse una parranda como las que narra Martín Luis Guzmán en *La sombra del caudillo*. Cuando volvió en sí, ya no estaba el brazo.

Unas prostitutas se lo habían robado.

Obregón fue asesinado en La Bombilla por un supuesto caricaturista que se acercó a mostrarle sus dibujos. En algún momento del lustro que siguió, el brazo apareció en un burdel de la avenida de los Insurgentes. El primer nicho donde se le exhibió estuvo en la sala principal de aquel negocio. Los parroquianos que llegaban al prostíbulo lo miraban a veces con burla, a veces con asco. Castro relata que durante una francachela encabezada por el general Eugenio Martínez, otro enérgico obregonista que terminó perseguido por el grupo sonoreense, «algún chistoso extrajo el brazo amputado de su depósito y, en juego macabro, lo hizo circular de mesa en mesa».

El médico de cabecera de Obregón —Enrique Osornio— también lo encontró en aquel lugar y decidió rescatarlo. Salió del burdel cargando el frasco y se lo entregó a uno de los «viudos» del general, su ex secretario particular, Aarón Sáenz. Sáenz era entonces regente de la Ciudad de México. Se encargó de convencer al presidente Cárdenas de que había llegado la hora de levantar un monumento dedicado al *Manco de Celaya*. La idea lúe tan bien recibida que incluso se decidió colocar allí el lúgubre frasco.

La inauguración ocurrió en julio de 1935, veinte años después del granadazo. El doctor Osornio y el propio Aarón Sáenz bajaron de un auto, sacaron el famoso frasco de una bolsa de papel que tenía impreso el anuncio «Ultramarinos La Sevillana», y con gesto muy solemne —parecía que estaban depositando el cuerpo mismo del caudillo—, depositaron el brazo mutilado en el nicho principal del monumento. Además de unos versos del gran tribuno Jesús Urueta, se inscribió esta frase:

*Paladín de las instituciones,
Abatió el pretorianismo.
Su genio militar lo elevó
hasta las cimas insuperables
que en la América nuestra
sólo alcanzaron Morelos y
Bolívar.*

¿Dije que el pueblo mexicano tiene una extraña relación con los miembros de sus próceres? Desde que se llevaron el brazo para incinerarlo, casi nadie visita el monumento dedicado a la sombra del caudillo.

EN LA CIUDAD DE MÉXICO llamamos «barrio chino» a la veintena de restaurantes y comercios que se suceden un poco apeñuscados en el segundo tramo de la calle de Dolores, y al callejón misterioso donde Arturo de Córdova y Leticia Palma filmaron en los años cuarenta la película *En la palma de tu mano*. Es, sin duda, el barrio chino más pequeño del mundo. En ese sitio funcionaron durante mucho tiempo fumaderos de opio y casinos clandestinos. Por ahí pasó varias veces, con la brasa roja de un Chesterfield encajada en la boca, Filiberto García, personaje principal de la novela *El complot mongol*.

Una calle, un callejón, veinte restaurantes. ¿A qué debemos tanta economía? La brevedad esconde un relato horrible de xenofobia. En la década de 1920 el gobierno mexicano prohibió la entrada al país de trabajadores chinos, un senador (Andrés Magallón) propuso que los que ya vivían en México fueran confinados en barrios especiales, y el presidente Álvaro Obregón expidió un decreto que les prohibía vender comestibles, entrar a los restaurantes, casarse con mujeres mexicanas, tener acceso a los puestos públicos y salir de sus barrios luego de las doce de la noche. El ex presidente y ex gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta, los había acusado de transmitir la sarna, la lepra, el tracoma y la tuberculosis. Es una historia que el país ha tratado meticulosamente de olvidar.

En un intento de reclutar mano de obra barata que trabajara en las minas y el tendido de vías férreas, en los últimos años del siglo XIX el gobierno de Porfirio Díaz abrió las puertas a la inmigración china. «Por tres o cuatro pesos al mes trabaja el chino en la construcción de cualquier camino o edificio», se leía en la prensa. Miles de trabajadores chinos —en 1910 ya eran treinta mil— llegaron huyendo, o de la pobreza, las hambrunas, las rebeliones campesinas y la violencia que asolaban a su país de modo cíclico, o del Acta de Exclusión China que en los Estados Unidos los acusaba de ser sucios, tener apariencia desagradable y quitar el trabajo a los blancos (las novedades no son más que tímidas variaciones, recuerda Borges en «El Congreso»).

Las oleadas de inmigrantes que recalaron en México estaban formadas por varones solitarios, reservados, austeros, que trabajaban maquinalmente de sol a sol, a cambio de un salario de miseria. En los estados del norte, sin embargo, muchos de ellos lograron prosperar. Primero se alquilaron como lavanderos y cocineros, y luego se transformaron en comerciantes, tenderos, restauranteros, hoteleros y dueños de casinos. Esa élite emergente logró inaugurar en Torreón una suntuosa Compañía

Bancaria y de Tranvías, que no tardó en herir susceptibilidades: el programa político del Partido Liberal Mexicano, dirigido por Ricardo Flores Magón, sostuvo en 1906 que «el chino, dispuesto por lo general a trabajar con el más bajo salario, sumiso, mezquino en aspiraciones, es un gran obstáculo para la prosperidad de otros trabajadores» y recalcó que los inmigrantes eran «una competencia funesta». De acuerdo con un relato del historiador Juan Puig, en mítines maderistas realizados en Durango se repudió la presencia en el país de estos inmigrantes, a quienes se culpó del abatimiento del salario.

La campaña de hostigamiento derivó en un feroz movimiento antichino, impulsado por grupos de poder económico. Los diarios lomaron parte activa en la campaña: la investigadora Flora Botton ha recogido notas de prensa en las que se critica la moral, los hábitos, la «monstruosa lengua, verdadera matraca de monosílabos», de los chinos.

Como siempre, los sectores más pobres y analfabetas resultaron los más envenenados. «¡Viva Madero y mueran los chinos!», se gritó en 1911 en la ciudad de Torreón, cuando la población se alzó en armas contra la dictadura de don Porfirio. En mayo de ese año, Emilio Madero y Benjamín Argumedo iniciaron la toma de esa ciudad. El general porfirista Emiliano Lojero había posicionado tiradores en puntos estratégicos, así como en azoteas de las casas más altas (las de los ricos, es decir: las de los chinos). Los hombres de Lojero fueron aplastados y tuvieron que desalojar la zona. Comenzó un episodio de robo y saqueo que alcanzó su punto culminante con una orden girada por Argumedo: «Maten a todos los chinos». Ese día, más de trescientos inmigrantes fueron asesinados a mansalva. A algunos, los jinetes los arrastraron con reatas. A otros los lanzaron de azoteas, para que sus cabezas reventaran contra las piedras del pavimento. Muchos fueron cazados a tiros en las habitaciones donde se escondían. Los maderistas esculcaron los cadáveres y los despojaron hasta de los zapatos. La caja fuerte de la Compañía Bancaria y de Tranvías fue dinamitada.

La historia se repetiría en 1913 en Monterrey (seiscientos chinos masacrados) y en 1916 en Chihuahua (doscientos muertos). La persecución, alentada por caricaturas y panfletos, tolerada por autoridades locales y estatales, se replicó a lo largo del país. En Mexicali, por la sencilla razón de «ser chinos», se impuso un impuesto trimestral per cápita a todo aquel que tuviera los ojos rasgados.

En Sonora, lugar de origen del principal ideólogo antichino mexicano, el político José Ángel Espinoza, se inició la construcción de «barrios orientales» a partir de 1915. En todo el norte de México proliferaron clubes antichinos. Al finalizar la década de los veinte, más de la mitad de la población china había huido del país. La campaña terminó con la llegada de Lázaro Cárdenas al poder. Durante su gobierno, un pequeño gueto empezó a formarse en la calle de Dolores. Por fin estábamos en paz con la Liga de las Naciones: la Ciudad de México podía ufanarse de tener un barrio chino. El barrio chino más pequeño que hay en el mundo.

EN LOS MESES POSTERIORES al terremoto de 1985, Enrique Loubet Jr. dedicó varios números de la revista que dirigía, *Revista de Revistas*, a rescatar el pasado y la memoria de una ciudad que en ese tiempo se creía perdida para siempre. Un ejército de articulistas reunió en esas páginas sus recuerdos más antiguos de la urbe. Algunos de ellos, los de mayor edad, entregaron una colección de datos olvidados, poco conocidos, todos sorprendentes, sobre el origen de las colonias de la ciudad.

Me encontré con aquellos ejemplares en un «tiradero» de libros viejos, en alguna calle del centro. Aquellos artículos podían leerse como fotos familiares extraídas de un desván: en ellos palpitaban las ciudades de otro tiempo: *nuestra ciudad mía*. Devoré los artículos uno a uno y copié en una libreta los datos más llamativos.

Luego me olvidé de la libreta y la libreta se perdió. Eso hacen en venganza las cosas que uno olvida.

Años después —al cumplirse un aniversario del sismo del 85—, me llamaron de *El Universal* para invitarme a escribir la crónica de rigor. Recordé vagamente que alguna vez había hecho un montón de notas en una libreta de pastas negras. Aquellas notas, según mi memoria, estaban relacionadas con el terremoto. Comenzó el martirio de abrir cajones, la angustia de revolverlos, el miedo de haber perdido aquel tesoro en algún cambio de mujer (que Alí Chumacero consideraba más desastroso que un cambio de casa).

La libreta relegada apareció al fin bajo un altero de sobres, folders, copias fotostáticas, páginas engargoladas y hojas de periódico que se habían vuelto amarillas. Contra lo que yo creía recordar, no había nada, absolutamente nada sobre el terremoto. Esas anotaciones eran, sin embargo, como una rueda de la fortuna. Por ellas desfilaban imágenes brillantes, en astillas. Me gustó encontrarlas porque la ciudad es de ese modo: brillante y fragmentaria. Comparto algunas de esas notas:

- En 1933, Insurgentes se llamaba «la calzada Nueva». En la naciente colonia del Valle las calles sólo estaban insinuadas por grandes losas de cemento, alrededor de las cuales crecían las milpas. Las primeras casas de la Del Valle carecían de reja y alambrada. Se hallaban rodeadas por extensos baldíos, donde pastaban rebaños de vacas, chivos y borregos. Algunos carteles anunciaban la venta de residencias en cómodas mensualidades: su costo era de doce mil pesos.
- El tranvía sólo llegaba hasta la calle de San Borja. Por las noches, la colonia

quedaba tan oscura que sus habitantes empuñaban cuchillos de cocina al oír el menor ruido. Aún era posible encontrar mujeres que lavaban ropa a las orillas del río de la Piedad —el actual Viaducto.

- Hacia 1927, la calle más importante de Polanco, residente Mazaryk, era todavía una calzada de piedra que conducía al viejo casco de la hacienda de los Morales. Por Campos Elíseos serpenteaba un riachuelo que más allá iba a reunirse con el proceloso Río San Joaquín. En ese tiempo, la actual San Pedro de los Pinos era «un precioso vallecito entre Tacubaya y Mixcoac».
- En los años treinta, en la calzada de Tlalpan se veían restos de trojes y antiguas haciendas. En 1960 todavía se conservaba en pie la ermita de San Antón, que hoy nombra a una estación del Metro: Ermita. En esa década fueron demolidos los arcos de la Hacienda de los Portales, en cuyo recuerdo se bautizó a una colonia —y a otra de las estaciones del Metro.
- Santa Julia era una extensión formada en su mayor parte por casuchas para obreros. Había surgido en los primeros años del siglo xx entre un conjunto de huertas a las que alimentaba el río Consulado. Todos aquellos terrenos se hallaban cubiertos de sembradíos. Las crónicas dicen que los niños de 1910 se divertían cazando renacuajos en los márgenes del Consulado. Río Consulado es ahora el Circuito Interior y por toda memoria de las huertas sólo queda una iglesia que recibe el nombre de San Antonio de las Huertas.
- En 1920, el canal de la Viga había perdido la mayor parte de las trajineras, las flores y los ahuehuetes que alguna vez lo hicieron centro predilecto de las clases populares, pero continuaba siendo parcialmente navegable. El punto de partida de las embarcaciones era nada menos que el puerto de San Lázaro. Cegado durante el gobierno de Cárdenas, en lo que fue el antiguo canal hoy discurren colonias caídas en desgracia: Tránsito, Ixnahualtongo, Paulino Navarro... Resulta imposible hallar en esa calle algún resto de verdor y no queda en ese sitio memoria alguna del agua. El progreso lo llenó de polvo y asfalto.
- En 1940, la Villa de Guadalupe era un pueblo separado de la ciudad. Los vecinos acostumbraban decir «voy a México» cuando tenían que desplazarse hacia el centro. Desde 1905, una línea de tranvías conectó esta población con el Zócalo. En 1952, el gobierno de Miguel Alemán ordenó la demolición de las casas que se habían levantado alrededor de la Basílica (eran cientos), con la intención de ampliar el atrio. El pequeño pueblo de la Villa, formado desde el siglo xvi, fue borrado del paisaje en unos meses. El surgimiento de las colonias Guadalupe, Estrella e Industrial hizo que fuera devorado por la metrópoli.
- En los últimos años del siglo xix, el campo comenzaba a partir de la fuente del Salto del Agua. Esta fuente no des embocaba, como hoy, en una calle —nuestro actual Eje Central—, sino en una amplia plazoleta rodeada de umbrosos portales. Por la mañana, la plazuela se llenaba de vendedores de flores y vacas para la ordeña. La rodeaban comedores cuyos succulentos moles de guajolote

atraían incluso a gente que tenía carruajes y mozos de librea. En 1933, al decretarse la ampliación de San Juan de Letrán, la plaza se convirtió en lugar de tránsito de autobuses, automóviles y tranvías.

Al cerrar la libreta supe que no tiene que llegar un terremoto para que la destrucción de las cosas pueda ser contada. Y sin embargo, hice la crónica.

Recuerdos de la prehistoria

EL CINCO DE ENERO DE 1923, en el viejo Toreo de la Condesa, un boxeador llamado Jimmie Dundee sostuvo una pelea que duró 53 rounds. Su adversario era el peleador texano Mercy Montes. A partir del round número 17, al iniciar cada asalto, Dundee le preguntaba al otro, extrañado: «¿A qué hora te caes?»

Sin embargo, Montes no caía y el combate se prolongó durante tres horas y media, «más el tiempo que tardaron en vendarles las manos a los contrincantes».

Un detalle inconcebible: a mitad del encuentro, Dundee se comió dos tortas y una limonada, «para recobrar fuerzas». El cronista deportivo Raúl Talán afirma que el público se aburrió soberanamente: la batalla fue tan larga, que resultó anticlimática. Para empeorarlo todo, comenzó a llover. Dundee se enconchó durante varios rounds, a la espera de una oportunidad para atacar. Durante treinta rounds, la oportunidad no apareció. Con todo, el desenlace del combate no careció de emoción: Montes tiró un recto que le dio al otro en la garganta y le hizo caer de bruces. Dundee intentó levantarse una y otra vez, pero resbalaba a causa del agua que empapaba la lona. Así lo alcanzó la cuenta.

El boxeo se practicaba en México con el furor de la novedad desde las postrimerías del porfiriato. José Juan Tablada relata en sus memorias que las sedes principales de este deporte fueron dos gimnasios, el Club Olímpico (en la actual calle de Madero) y el Club Ugartechea (en Isabel la Católica). La entrada a las funciones costaba seis centavos. Como en aquel tiempo no había límite de asaltos, no era extraño que los combates llegaran a durar 20 o 30 rounds y en ocasiones se convirtieran en carnicerías tremendas. En el Olímpico, Tablada presencié una pelea en la que «dos sacrificadores aztecas», entre los que alguien había cultivado un odio recíproco, «decidieron mutuamente aniquilarse, dilacerarse y desollarse». Del primer *clinch*, escribió Tablada, «salieron sin zapatos y del segundo sin calzones... ¡El *referee* resultó con una mordida en una oreja y los segundos fueron los primeros en huir! Corría la sangre... Todo el tablado, como los códices de la peregrinación, estaba lleno de huellas pedestres, estampadas con sangre enemiga».

Ésta es la prehistoria del boxeo: a aquellos gimnasios porfirianos no tardaron en llegar en busca de algunos pesos los primeros *price-fighters* estadounidenses. De acuerdo con el cronista Eduardo Canto, uno de ellos se convirtió, incluso, en el primer campeón en la historia del boxeo mexicano. Se llamaba Kid Levigne (la gente le decía Kid Lavín). Derrotó a cuantos lo enfrentaron, incluidos los dos boxeadores mexicanos más destacados de ese tiempo: Fernando Colín y Salvador Esperón.

Lavín volvió a su país huyendo de la revolución, y justo cuando las peleas de box empezaban a verificarse en cines, teatros y frontones. En algunas barriadas de la ciudad se alzaban ya pequeñas arenas entoldadas, provistas de graderíos de madera.

Había sonado la hora de gloria de Patricio Martínez Arredondo, apodado *El Tigre*, a quien se considera el primer campeón netamente mexicano (hasta entonces no había inconveniente en que los campeones nacionales fueran extranjeros; de hecho, muchos combates por el campeonato fueron sostenidos precisamente entre estadounidenses). Martínez fue también el encargado de inaugurar la dinastía de peleadores oriundos del barrio de Tepito. Nació, creció y pasó toda la vida en ese barrio, en donde su padre poseía una modesta relojería.

El Tigre Martínez Arredondo saltó a la fama en una pelea sostenida con John Smith en el Frontón Nacional, la cual fue recordada durante años: cansado de que el réferi le llamara constantemente la atención, Martínez se le fue a golpes. Resultó, sin embargo, que el réferi era un boxeador experimentado, ¡nada menos que Fernando Colín!, y aquello se volvió un pandemónium.

—Ayúdame a levantarme para pegarle a este negro jijo... —le dijo el tepiteño a un réferi en otra oportunidad, al descubrir desde la lona que la cuenta se agotaba y su contrincante, el estadounidense Battling Dudley, estaba a punto de resultar vencedor.

La etapa de visibilidad de *El Tigre* transcurrió durante los años rudos de la revolución (1910-1920), en una época en la que los diarios prestaban atención escasa a los deportes. Es difícil seguirle el rastro en las hemerotecas. Sólo se sabe de él que debutó en una preliminar en la Academia Metropolitana, que en poco tiempo venció a todos los boxeadores de aquellos días y se convirtió en campeón ligero «a perpetuidad», ya que nadie parecía capaz de derrotarlo. Se sabe que una vez sacó del ring de un derechazo a Mike Febles, que otra vez Jim Smith le mordió la frente, provocándole una hemorragia tan profusa que el réferi se vio obligado a detener la pelea; que dilapidó el poco dinero que había ganado «paseando con sus admiradoras en carretelas de bandera azul», y que terminó su vida en la pobreza, trabajando de sol a sol en un pequeño taller de relojería en el que —le dijo a Raúl Talán— «todavía *acuesto* a uno que otro cliente cuando se ponen pesados».

No se sabe cuándo murió. Las arenas en que peleó fueron de molidas hace casi un siglo. Desde aquí, es posible imaginarlo con un sombrero de bola y un saco de solapa estrecha prefigurando la ruta de cientos de boxeadores mexicanos: uno o dos instantes de gloria, y luego, el triste ingreso en la sombra.

EN 1925 COMENZÓ A CIRCULAR en México un billete y de cinco pesos en el que aparecían las facciones, singularmente hermosas, de una joven gitana. El billete no había cumplido un mes en circulación, cuando se descubrió que aquella belleza de ojos rasgados era la amante del secretario de Hacienda, Alberto J. Pani. Lo que los mexicanos atesoraban en la cartera no era otra cosa que el lúbrico homenaje que el ministro había rendido a una actricilla de teatro de origen catalán llamada Gloria Faure.

El descubrimiento levantó una ola de indignación popular. Hubo discursos incendiarios en la Cámara de Diputados. El gobierno mexicano guardó silencio ante las críticas, pero extraoficialmente hizo correr la versión de que el presidente Plutarco Elías Calles «no quería eunucos en su gabinete», por lo que no veía con malos ojos las andanzas del secretario, porque Gloria Faure desapareció en la noche de los tiempos y Alberto Pani falleció en 1955, pero el billete de la «Gitana» siguió circulando hasta 1978: fue retirado durante el gobierno de José López Portillo.

Cuatro años después de la muerte de Pani se creó la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, encargada de editar y distribuir en las escuelas del país libros de educación primaria. Desde el año de 1962, en la portada de estos libros apareció una despampanante mujer de belleza indígena, envuelta en una túnica blanca que dejaba adivinar el nacimiento de los pechos. Esta mujer se convirtió en la representación clásica de la Patria. La Conaliteg tiró en diez años cuatrocientos millones de ejemplares. Para diez generaciones de niños mexicanos, aquellos libros de texto se volvieron parte de la vida diaria. Nadie les dijo nunca que la portada de aquellos libros era el homenaje que el artista Jorge González Camarena había rendido a las potencias sexuales de una joven tlaxcalteca de diecinueve años, llamada Victoria Dorantes. González Camarena solía pintarla frenéticamente en cuadros, tintas, estudios, murales (muchos años después, aquella belleza indígena murió consumida por el alcoholismo).

En 1987, la aparición de un libro de memorias reveló uno de los secretos mejor guardados en la historia urbana reciente: que la opulenta «Flechadora de las Estrellas del Norte», la escultura conocida como La Diana Cazadora, estaba inspirada en las sinuosas formas de una secretaria de Pemex, la señorita Helvia Martínez Verdayes, cuya sola vista, allá por los años cuarenta, estuvo a punto de provocar un infarto al extasiado escultor Juan F. Olaguíbel.

Las estatuas están vivas: toda suerte de historias de fuego recorren la iconografía

mexicana. Hay una tradición que afirma que la modelo de Manuel Tolsá durante la factura de la hermosa Virgen de los Dolores que se conserva aún en el templo de la Profesa fue la legendaria Güera Rodríguez, una criolla de belleza perturbadora cuyo rostro solía quedar grabado a fuego en la memoria de quienes la conocían, entre ellos, Iturbide, Bolívar y el barón de Humboldt.

En un terremoto ocurrido una noche de sábado de 1957 cayó de su pedestal la imagen tutelar de la Ciudad de México: el Ángel de la Independencia. La escultura presidía el cielo de México desde 1910. Todos sabían el nombre del escultor: Enrique Alciati. Nadie se había preguntado nunca, sin embargo, quién era la modelo de la que había surgido «la irrepetible y portentosa Victoria Alada». Fue la pregunta que se hicieron los encargados de la restauración.

El 14 de septiembre de 1957, el periódico *La Prensa* develó el misterio. La modelo había sido una humilde costurera, a la que Enrique Alciati conoció en 1903 en un salón de baile. Se llamaba Ernesta Robles Poso. Su afición al baile la había acercado a un grupo de artistas y bohemios porfirianos. Porfirio Díaz acababa de colocar la primera piedra de la columna de la Independencia cuando un socio de Alciati, el escultor César Volpi, la descubrió entre el humo y las tinieblas de un salón cuyo nombre no se ha conservado. ¿Qué vio Volpi en ella? Muy probablemente, algo cercano a la inmortalidad.

Una vida después, hecha una anciana, Ernesta mostró viejas fotografías y relató su historia a los reporteros de *La Prensa*: «Fui con mi amigo [Volpi] a los talleres de Alciati en la calle de Monserrat (hoy Izazaga) y después de que el propio Alciati me hizo saber que ese monumento representaba a nuestra Independencia, a nuestra mexicanidad, acepté con la condición de que únicamente aportaría mi rostro y mis piernas».

El padre de la costurera acababa de morir. Ella debía hacerse cargo de su madre, de sus dos hijos, de sus cuatro hermanos. Alciati le ofreció una paga de tres pesos diarios. «Ya no encontré más oposición en mí. ¡Tres pesos en aquel tiempo eran muy valiosos!», recordó.

En su historia del Paseo del Reforma, Carlos Martínez Assad relata que Alciati se vio precisado a conseguir otra modelo que aceptara desnudarse «de la cintura para arriba». Pero el rastro de esta mujer se ha perdido por completo: sólo se sabe que se llamó María.

Ernesta Robles tenía veintitrés años cuando legó a la Ciudad de México el prodigio de su rostro y de sus piernas. Durante medio siglo había pasado por los alrededores del Ángel, mirándose a sí misma bañada en oro. Terminó sus días completamente olvidada, en una casucha de vecindad de la colonia Portales. Como la «Gitana» del billete, como la modelo indígena, al igual que la secretaria de Pemex que en un rincón del siglo xx surgió frente a Olaguíbel como una aparición, Ernesta había dejado tras de sí una imagen y un instante envuelto en llamas. Era ya la Patria en llamas.

La calle de los sueños rotos

EN MARZO DE 1934 son demolidas en pleno centro de la ciudad ocho manzanas repletas de casas coloniales. El objetivo: abrir una avenida, 20 de Noviembre, que conectará calzada de Tlalpan con el Zócalo capitalino. «Con esta calle se perderán para siempre muchos recuerdos del México antiguo, pero hay urgencia por abrir la nueva avenida que ha de ser una de las vías de descongestión de la Plaza Mayor, corazón de la ciudad», reza una nota de *Excélsior*.

A excepción de un templo, el de San Bernardo, y de un palacio, el del conde de la Cortina, todo cuanto existe en aquellas manzanas está condenado a desaparecer. Las fachadas del templo y el palacio son desmontadas piedra por piedra y «dobladas» en escuadra: a partir de entonces harán esquina con la nueva calle.

Una foto dramática muestra el último arco del Portal de las Flores, rodeado de escombros, antes de que la piqueta lo derrumbe: ese portal, ubicado en el lado sur del Zócalo, ha existido desde que la ciudad fue fundada. Ahora es otra de las cosas que se lleva el automóvil.

Las obras son concluidas dos años más tarde. La avenida 20 de Noviembre fue inaugurada, precisamente, el 20 de noviembre de 1936. Miro una foto tomada en 1948: la calle está ensanchada, la cruzan en ambos sentidos hileras de autos, un «tamarindo» subido en un banquito dirige el tráfico. Atrás están las Telas Junco, la cúpula de El Palacio de Hierro, el Edificio Industrial (los tres han llegado a nuestro tiempo).

Durante cuatro siglos, en el tramo de 20 de Noviembre que desemboca en el Zócalo existió una callejilla estrecha: separaba el Ayuntamiento del Portal de las Flores. Quienes emergían por ella rumbo a la Plaza Mayor descubrían de golpe la anchura del Zócalo, y una Catedral que se venía encima como una aparición.

En esa callejuela estuvo durante cuatro siglos la carnicería mayor de la ciudad. Esto significa que entre 1524 y 1888, la callejuela fue un amasijo de sangre, moscas, «gran concurrencia de gente y tráfico de mulas que servían para la conducción de piezas». «Apenas puede comprenderse cómo habiéndose trazado desde sus principios esta población tan regular, tan bella y de calles anchas, se dejara esta callejuela en pleno centro», se quejaba el cronista Marroqui.

La nueva 20 de Noviembre era la avenida destinada a borrar aquel pasado. Fue presentada como un triunfo de la modernidad: un panorama de edificios contemporáneos, neocoloniales y funcionales, «no carentes de mérito», que señalaban «una nueva etapa de urbanización en México» (*El Universal*). En aquella incitación

de tiendas, negocios, bufetes, despachos, restaurantes y cafeterías, se esfumaba la imagen de «lo viejo»; irremediablemente se instauraba —¡al fin!— el paradigma de «lo actual».

¿Por cuántos años fue moderna 20 de Noviembre, si es que llegó a ser moderna alguna vez? A la niña de 1936 ahora se le notan las canas, los achaques, las arrugas. Por todas partes se le ven los sueños rotos. La peor tragedia en la historia moderna de la ciudad —el terremoto de 1985— le extirpó un gran número de aquellos edificios «no carentes de mérito»; le procuró, en cambio, esperpentos de vidrio, estructuras metálicas y mazacotes de cemento. De Arcos de Belén a Fray Servando, en la avenida se amontonan las urgencias: los remiendos arquitectónicos intentan en vano prolongar la atmósfera, unas veces «colonial», otras veces «neoyorquina», de la calle. La cúpula exultante de El Palacio de Hierro, la geométrica mole de El Puerto de Liverpool, contemplan con desprecio a estos habitantes: Telas Finas, The Californian Factory, Astral Freaks, Zapatería Karele, Nina Ferré, Diseños Sylvina, Ricas Tortas Gigantes. Imagen de lo actual: la «vía de descongestión de la Plaza Mayor» no es más que una vía en donde el Zócalo se congestiona.

A lo largo de varias cuadras, ejércitos de maniqués con minifalda, y manos en la cadera, aguardan tras los árboles esmirriados, y tras las jardineras secas: demuestran que 20 de Noviembre cree que la elegancia está en las lentejuelas. Cruzo la calle.

Porque aquí, lo chafa es lo único a lo que tenemos derecho.

ALGUIEN TUVO LA IDEA de retratar edificios abandonados de la Ciudad de México y luego subió las imágenes a la red. Esas fotografías conforman un álbum inquietante y extraño: una colección de gigantes deshabitados y ruinas melancólicas, una serie de no-lugares y zonas muertas en la mancha urbana: por ahí desfilan el Frontón México, los cines Ópera, Linterna Mágica, Latino y Cosmos, la vieja torre de Banobras, el inacabado Instituto Nacional de Migración —en avenida Chapultepec 284— y el horripilante y pintarrajeado edificio de la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado (FSTSE) —en la esquina de Insurgentes y Liverpool—. Casas, comercios, oficinas que se caen a pedazos, las osamentas de un mundo antiguo que perturban con su aspecto lúgubre en cualquier calle del Centro, de la Roma, de la Juárez, de Santa María o San Rafael.

Durante largos años tuve en Álvaro Obregón 80 un «edificio abandonado favorito». Era una casa construida en las primeras décadas del siglo xx, cuyo grueso portón apolillado dejaba ver una escalera de madera por la que nadie había subido en muchos años. Una casa de taza y plato para la clase media porfiriana, en cuyas habitaciones oscuras, llenas de polvo y telarañas, nadie parecía haber reído nunca.

Me gustaba detenerme a mirar entre las rendijas las paredes descascaradas, ese pedazo de tiempo congelado que tercamente escapaba a las transformaciones del mundo. Un día le pregunté al dueño de una sastrería cercana qué sabía sobre esa casa. Dijo que nadie la habitaba al menos desde 1965.

Hay plegarias que mejor no deberían ser atendidas. Al poco tiempo entro en una hemeroteca y pido un ejemplar de agosto de 1935. Estoy buscando un crimen, no recuerdo cuál, y me tropiezo de pronto con la frase: «En el número 80 de Álvaro Obregón». Es una noticia que cuenta el asesinato de la señora María Pacheco, viuda de Foss, una solitaria anciana que parecía vivir en la miseria.

La noche del 30 de agosto de 1935, unas parientes cuyas acudieron al ministerio público «para manifestar que su tía las tenía preocupadas, ya que varias veces habían ido a buscarla y no respondía». Dos agentes forzaron la entrada y subieron por aquella escalera que a mí me gustaba mirar desde las rendijas. En el comedor, alumbrado por la llama temblorosa de un fósforo, encontraron el cuerpo de la señora Foss. Tenía la cara cubierta con una sábana y el cráneo y las costillas destrozados a tubazos. Los muebles se encontraban en desorden y los cajones abiertos.

Si en la antigüedad del tiempo y en lo pasado de la edad hubiera existido la nota roja, el rey Schahriar tal vez no habría necesitado a Sherezada. Cuando los médicos

del Hospital Juárez se aprestaban a practicar la autopsia, descubrieron que la viuda tenía una bolsa de lona atada a la cintura. Había dentro de ésta lo que los reporteros describieron como «un tesoro fantástico»: brazaletes, collares, pulseras de oro; anillos de diamante, de turquesa y de zafiro.

Revisé los ejemplares de la prensa día tras día, persiguiendo la continuación de la historia. Un mes más tarde, al ser detenido, el chofer de la señora Foss «aseguró que en ningún momento pensó matar a la viuda, pero como eran tantos y tan alarmantes los gritos que daba, tuvo que coger un fierro que estaba sobre la refrigeradora y con ese instrumento darle de golpes».

Me detengo poco frente al número 80 de Álvaro Obregón. Paso de largo, como si no existiera, hasta la sastrería o la tlapalería cercanas. Nunca miro ya entre las rendijas. Tengo un nuevo «edificio abandonado favorito». Se halla frente a la plaza Río de Janeiro, y no lo habitan más que decenas de gatos. Miro las paredes descascaradas, ese pedazo de tiempo congelado que tercamente escapa a las transformaciones del mundo. Más no me fijo nunca en el número de la casa.

Aunque sea de vez en cuando, hay que cuidar la salud mental.

DESDE HACE AÑOS los vecinos de Polanco libran una lucha feroz contra la demolición paulatina de una de las colonias más emblemáticas de México. Este territorio fundado durante el gobierno de Lázaro Cárdenas ha sido arrasado por la especulación inmobiliaria, el inopinado cambio en el uso de suelo, la creación de corredores turísticos y comerciales, el crecimiento en el número de niveles de las nuevas construcciones. Polanco pierde día con día sus espacios públicos tradicionales y se ve invadida por bancos, trasnacionales, negocios, comercios, franquicias. Una era parece haber llegado a su fin. Recorrer Polanco es hundirse en el ruido, el caos vial: dejar de ver el sol bajo la sombra incontable de sus torres y sus condominios, sus cicatrices verticales.

Ninguna otra colonia ha padecido una transformación tan dramática en tan poco tiempo. Cuando Lázaro Cárdenas llegó al poder, Polanco era una hacienda, la de San Juan de Dios de los Morales, poblada de alfalfares. La ampliación del Paseo de la Reforma hacia Las Lomas, fraccionamiento construido en los años veinte por la compañía Chapultepec Heights, unió la hacienda de los Morales con la ciudad, y de ese modo selló su destino. Un par de inquietos empresarios que años antes se habían enriquecido fraccionando la colonia Condesa —José de la Lama y Raúl Basurto—, comprendieron que en aquellos campos solitarios se encontraba el futuro de la especulación inmobiliaria. La Condesa se había saturado, Las Lomas quedaban demasiado lejos, el centro histórico estaba abandonado. Polanco era el destino posible para las nuevas camadas de ricos que gobierno a gobierno arrojaba la revolución.

En 1937, De la Lama y Basurto adquirieron los terrenos que habían pertenecido, desde el siglo XVIII, a la familia Cuevas Rubio. De la noche a la mañana crearon un fraccionamiento de ensueño: lago, estanques, una torre-palomar y un teatro con concha acústica. Los lotes les fueron arrebatados de las manos por políticos, industriales, comerciantes. Iniciaba una etapa de optimismo: el despegue económico que trajo la Segunda Guerra Mundial. La fe en el futuro se expresó en construcciones únicas: una serie de residencias que asimilaron las corrientes arquitectónicas imperantes y fincaron allí un «Hollywood a la mexicana», un estilo que dotó a las construcciones de torreones, miradores, techos de teja roja, y profusos adornos de tezontle y chiluca. Había surgido una escuela: el colonial californiano —que Diego Rivera llamó con desprecio «barroco intestinal». La cronista de Polanco, Gloria Villalobos, afirma que aquellas residencias fueron levantadas para que las admiraran, las criticaran, las recordaran. Miguel Alemán, Ismael Rodríguez, María Félix,

Agustín Lara, Joaquín Amaro, Emilio Portes Gil, Abelardo Rodríguez, Gastón Azcárraga, Maximino Ávila Camacho. «Todo México» quería vivir ahí. Polanco se volvió la máxima expresión del lujo La némesis de la ciudad entera.

Olvidamos que las ciudades tienden a ser fieles a sí mismas Esa nueva ciudad dentro de la ciudad, surgida de la especulación inmobiliaria, fue la primera en registrar el signo de los nuevos tiempos. En los sesenta, entre Periférico y Molière se alzaron las primeras torres de veinte pisos. Fallecida la primera generación de cachorros revolucionarios, muchas residencias se volvieron sedes de oficinas, restaurantes, boutiques, embajadas. La antigua calzada de la Piedra Redonda —que conducía a la hacienda de los Morales— terminó por convertirse en Masaryk: una sucursal mexicana de la Quinta Avenida. La transformación fue definitiva.

Los primeros pobladores de Polanco oían rugir a los leones del zoológico de Chapultepec. Quienes hoy viven en la zona sólo escuchan la piqueta que aniquila un momento de la historia de México, y asesina al antiguo, antiquísimo Polanco.

Una ventana al mundo invisible

9 DE JULIO DE 1941. En una remota casa de Tlalpan, el ex presidente Plutarco Elías Calles asiste a una sesión espiritista organizada por el ex gobernador de Michoacán, y ex senador de la República, Rafael Álvarez y Álvarez. La cadena la forman doce personas. La figura central es un médium llamado Luis Martínez, un mestizo obeso y algo calvo, que cojea de manera notoria debido a un reumatismo deformante. Desde 1939, fecha en la que se formó lo que Álvarez y Álvarez ha denominado Círculo de Investigaciones Metapsíquicas de México, un notario da fe de los fenómenos que durante las reuniones ocurren en la oscuridad de la casa.

Un año antes de la visita de Calles, al término de una sesión en la que «un niño» movió algunos juguetes y el espíritu guía del grupo —la presencia que supuestamente dirigía al círculo desde el «Más Allá»— escribió en una pared la palabra «Adelante», los miembros de la cadena habían firmado un acta en que se declaraban convencidos «de la indudable existencia de seres distintos a los humanos».

«Hoy podemos decir francamente que no estamos solos», escribieron.

Las sesiones, desde entonces, se llevaban a cabo una vez al mes, corrían como leyenda secreta en los círculos políticos y literarios de México.

En julio de 1941, el gran perseguidor de la Iglesia acaba de volver al país luego de cinco años de exilio. Esa noche, en la casa de Tlalpan, encuentra a un grupo de personas que hablan en voz baja y recuerdan fenómenos ocurridos en sesiones precedentes. Calles los mira con ojos fijos y entrecerrados. De pronto llega el médium.

Luis Martínez había sido «descubierto» a los seis años de edad por el director de un centro espiritista que operaba en la periferia urbana. Según el antropólogo y lingüista Gutierre Tibón, «dormía el niño Luis Martínez en un cuarto oscuro, cuando algunos vecinos vieron danzar en el aire, alrededor de él, unos globitos luminosos». Con el permiso de la madre, y a cambio de algunos centavos, fue llevado a las sesiones que un grupo de espiritistas porfirianos realizaban en la calle de San Ciprián. «Luisito dormía sin necesidad de que lo hipnotizaran y producía parciales materializaciones luminosas: velos que rozaban las caras de los asistentes, manos que los acariciaban», escribe Tibón. Con el tiempo, fue capaz de producir ectoplasmas: fantasmas gelatinosos, «entidades físicas que se parecen en todo a seres humanos», presencias tangibles que algunas veces hacían «aportes» —depositaban en manos de los asistentes fotos, lentes, flores, botes de perfume, «objetos traídos del más allá»— y llegaban incluso al «summum de la fenomenología parasicológica»: comunicarse,

no a través de golpes, sino de voces directas.

El ex senador Alvarez y Alvarez sube con el médium al gabinete de parasicología, un cuarto con una sola puerta de acceso, en la que se hallan una mesita de centro, varias sillas para los miembros de la cadena y algunos juguetes «por si vienen los niños». Mientras el ex senador hipnotiza a Luis Martínez, Calles y el resto de los participantes se lavan las manos: luego, entran compungidos, en fila india, al extraño templo del espiritismo. El médium duerme en un sillón, con la camisa arremangada.

La puerta se cierra con llave. Se apaga la luz. Se espera en silencio a que ocurran los fenómenos. Según el acta firmada aquella noche, no tardan en aparecer globos luminosos y fugaces. Al poco tiempo se materializa el espíritu guía, a quien Alvarez y Alvarez llama «el maestro Amajur». Gutierre Tibón lo describirá después: «Tiene la tez morena, roma la nariz, y es de barba negra y puntiaguda. Sus ojos redondos, brillantes, con la córnea blanquísima, están enteramente abiertos, pero la mirada es fija, como la de un sonámbulo». Amajur se acerca a Calles y le toca la cabeza. El ex presidente se estremece. Con turbación incontrolable, mira cómo la presencia satura con un fluido luminoso una jarra de agua colocada en la mesita de centro. Aún más: el ex presidente mira boquiabierto cómo la presencia vierte agua en un vaso, y se la da a beber. Calles toma tres tragos. El fantasma flota en la oscuridad: empuña un ramo de floripondios, que alguien ha colocado en la mesita de centro, y deposita una flor en la bolsa del saco del general. La respiración del médium se hace anhelante. Una segunda presencia que se manifiesta en forma de luz verdosa, como de cristal de roca, atraviesa la habitación y hace sonar en el aire un acordeón de juguete.

Cuando la sesión termina, Calles mira a los otros embelesado. Observa largamente el floripondio que colocaron en su saco. Lo mira y lo toca una y otra vez, como si no lo comprendiera.

Ha sido cooptado.

El 23 de julio retorna a la casa de Tlalpan y pide a los espíritus que lo curen de un ataque gripal. El maestro Amajur practica sobre su cuerpo algunos pases. A Calles lo embarga una sensación «sumamente agradable». Vuelve a la casa el 13 de agosto con un botellón de 30 litros de agua electropura, y ruega al «maestro» que lo sature con sus fluidos lumínicos: se lleva el garrafón a su casa con la seguridad de haber hallado una fuente de salud, de purificación, de juventud. El 27 de agosto, bajo los relámpagos de una tormenta, Amajur le frota las piernas «con empeño y cariño». Esa noche «los niños» se apoderan de objetos musicales dispuestos en la mesita de centro, y llenan de notas la habitación.

De la mano de Calles llegan a las sesiones su hija Hortensia, su hijo Rodolfo, su yerno Fernando. Todos deben contemplar aquellos prodigios. Con el tiempo invita a formar parte de la cadena al futuro Presidente de la República, Miguel Alemán, al secretario de Relaciones Exteriores de Manuel Ávila Camacho, Ezequiel Padilla, al ex candidato presidencial Juan Andreu Almazán, al escritor y ex rector universitario

Balbino Dávalos, y al líder obrero Luis N. Morones. Todos ellos estampan su firma en las actas.

El 5 de noviembre, una presencia difusa se acerca al general insistentemente, y le deja entre las piernas un piano de juguete. A la sesión siguiente (noviembre 12), el fantasma de un niño pequeño, de facciones delicadas, le tira dos veces de los pantalones. Calles lo reconoce, con voz conmovida admite que se trata de «un hijo suyo que había desencamado a los cinco o seis años».

El 17 de mayo de 1942, una noche en la que el médium está especialmente inquieto, una presencia garrapatea unas letras en la oscuridad y coloca en manos del ex presidente el siguiente mensaje: «Se nos ha colado un negrito. A. de la Paz». Las actas no explican si Plutarco Elias Calles entendió el significado de la comunicación. Lo que sí revelan es la forma en que el espiritismo se fue convirtiendo en la obsesión más poderosa, la ruta que el Jefe Máximo extenuó durante los cuatro años que le restaban de vida. No le bastaban las sesiones: en la soledad de su casa, a través de la ouija, seguía contactando a los espíritus. Uno de éstos comenzó a llamarlo «mi amigo querido». Las presencias que la tabla convocaba a su alrededor le anticipaban lo que luego ocurriría en las sesiones: «I.—Manifestación masculina, nueva. II.—Conjunto de niños, tomarán los juguetes y jugarán. III.—Dos nuevas manifestaciones tratarán de corporeizarse y si hay fuerza y unificación en la cadena, se logrará...». Calles tomaba nota de todo, y al terminar la sesión mostraba a los participantes la hoja en la que había apuntado las fases del «programa». «Miren. ¡Todo se ha cumplido!», exclamaba.

El 4 de febrero de 1943, una luz brillante envolvió al médium, y lo hizo levitar a gran altura. El general miró maravillado aquel fenómeno. De pronto, la respiración de Luis Martínez se hizo afanosa. La luz brillante desapareció de golpe, como si el médium hubiera sido abandonado. «El pobre cayó ruidosamente en el centro del círculo» —relata Tibón—, «se quejaba dolorosamente y sin embargo permanecía en estado de trance. El ambiente estaba lleno de entidades oscuras, que trataban de desahogar en el médium su furor. Lo atraparon otra vez y lo arrojaron impetuosamente, como quien lanza un fardo, a los pies del general Calles. Allí siguieron maltratándolo, golpeando su cabeza contra el pavimento».

El círculo solía recibir la visita de «una entidad turbada», intempestiva y ruidosa, a la que llamaban «Botitas» (el «amigo querido» de Calles). Pero una violencia así no la habían visto nunca. Calles no hizo comentarios. Mientras redactaban el acta permaneció silencioso, pensativo.

La última vez que los miembros del grupo lo vieron con vida fue el 8 de agosto de 1945, en la Quinta Las Palmas, de Cuernavaca. De acuerdo con el acta firmada por los asistentes, el maestro Amajur se acercó al general, y le dijo: «Dios me ha permitido venir a protegerte. Yo estaré siempre contigo». El ex presidente murió dos meses más tarde.

No dejó, sin embargo, de asistir a las sesiones. El 20 de mayo de 1947, en un

ectoplasma, el grupo reconoció «su fisonomía inconfundible». Calles saludó con enérgicos abrazos y tosió ligeramente antes de hablar, «como acostumbraba hacerlo en vida». Le dijo al general José María Tapia: «General Tapia, hay que seguir adelante, sin desmayar, en estas doctrinas. Siempre adelante, como buen soldado». Regresó una semana después, y le dijo a su yerno: «No olvides las recomendaciones que te hice cuando estaba en esa vida. Saludos a Tencha». Antes de desaparecer —se lee en el acta—, se detuvo a escuchar la música que otra presencia arrancaba a un organillo. El 10 de junio de 1947, con la voz entrecortada por los sollozos, declaró ante el círculo: «Yo los quiero con el corazón, pero no con el que quedó en una fosa en la tierra, sino con el corazón del espíritu que nunca muere y con el que seguiré protegiendo a ustedes».

Las actas de aquellas sesiones, 107 en total, fueron recogidas por Gutierre Tibón en 1960 y publicadas bajo la forma de un libro que, hasta donde sé, no ha vuelto a editarse: *Una ventana al mundo invisible*. Guiado por estos o por otros fantasmas, hallé un ejemplar en los anaqueles de una librería de viejo de la calle de Donceles. La solapa explica que el volumen contiene una fotografía lograda en junio de 1943, que muestra al maestro Amajur empuñando una flor. Por desgracia, la fotografía fue arrancada. En mi ejemplar queda sin embargo el fantasma de alguien que escribió en la primera página el nombre de una mujer, y anotó un teléfono y una dirección en Los Cerritos, California. No me he atrevido a llamar. El libro ya es suficientemente delirante, como para abrir «otra ventana al mundo invisible».

UNA VIEJA CASONA COLOR MAMEY y con las puertas pintadas de verde. Las ramas de un níspero asoman desde lo que debe ser el jardín y dejan caer sus hojas sobre la calle. Llevo veinte minutos tocando. Estoy en Mar del Norte, frente a la casa que en 1942 llevaba el número 20, la casa en la que el detective José Acosta Suárez encontró los cuerpos de cuatro mujeres asesinadas por Goyo Cárdenas, El Estrangulador de Tacuba.

La nota roja, a la que se ha encomendado la tarea de convertir la tragedia en espectáculo, según la definición canónica de Carlos Monsiváis, hizo de la historia uno de los episodios criminales más recordados del siglo xx mexicano. Era 1942 y México acababa de declarar la guerra a las potencias del Eje. Comenzaban los «obscurecimientos», ejercicios que consistían en apagar las luces de la ciudad, como ensayo ante un posible ataque aéreo. En septiembre de ese año se reportó la desaparición de una joven, Graciela Arias. Sus padres la habían esperado en vano toda la noche. Al hacer la denuncia, informaron que el novio de la desaparecida era un estudiante de Ciencias Químicas, con domicilio en Mar del Norte 20. Se llamaba Gregorio Cárdenas Hernández. Como era previsible, la policía supuso que se trataba de un rapto de amor. Un detective, José Acosta, fue enviado a hacer las preguntas de rutina.

Acostó tocó la puerta durante veinte minutos. Nadie abrió. Decidió saltar la cerca. Halló un cuartucho poblado de frascos con sustancias químicas y algunas probetas. En una habitación contigua había un colchón mugriento y algunos trapos sucios esparcidos por el suelo. No se advertía nada extraño. Porque lo anormal estaba en el jardín: Acosta vio un cortejo de enormes moscas negras, de las llamadas «panteoneras», que aleteaban en torno de un promontorio de tierra removida. Comenzó a hurgar con un palo de escoba. Los dedos de un pie humano salieron de la tierra como una flor podrida. De ese modo quedó al descubierto el cementerio particular de El Estrangulador de Tacuba.

Frente a un enjambre de vecinos consternados —algunos miraban desde las azoteas, otros aguardaban noticias a las puertas del inmueble—, la policía encontró los cuerpos corrompidos de otras tres mujeres sepultadas en el jardín. Eran prostitutas a las que Cárdenas había estrangulado «después de estar con ellas en el lecho del placer». Se difundió la especie de que el estudiante de Ciencias Químicas las había asesinado «para encontrar la fórmula de invisibilidad». La gente se arrebató los diarios para seguir, día con día, aquella saga de horror, una sociedad entera leía

hechizada los informes de la policía, los reportes de los criminólogos, las declaraciones únicas, confusas, desconcertantes del monstruo («estoy oyendo cómo me crece el cabello»).

Gregorio Cárdenas fue durante 34 años el amo indiscutible y legendario de la nota roja. Murió en 1999 dejando tras de sí los cuerpos de las mujeres estranguladas y el escándalo de ser ovacionado en el Congreso por un grupo de diputados que lo consideraron «una celebridad».

Ahora estoy en Mar del Norte, frente al teatro de los hechos.

«Ahí vive una señorita, está ya muy vieja. Se llama Lilia. Pero casi nunca sale», me dice una vecina, Angélica Morales. Agrega:

«Es muy tétrica esta casa. Siempre está cerrada. La señorita no ocupa luz y sólo come una torta al día. No tiene para mantenerse, pero presume que sus hermanas son artistas. Según, no le dan dinero.»

Angélica habla sin parar. Me dice que no conoció a Goyo Cárdenas (tiene 50 años de edad) pero que puede llamar a alguien que sí lo hizo. Mientras espero, paso revista a la calle. Hay un indudable aroma antiguo. La cruzan unas vías oxidadas. Huele a tacos de carnitas. Detecto una afiladuría, una frutería y una miscelánea. Mar del Norte es una calle de casas rancias, tanto que de algunas de ellas sólo queda el paredón.

Angélica vuelve con un hombre de aire serio y desconfiado. El recién llegado me dice su nombre: Luis Leyva Reyes. Más adelante sabré que tiene 79 años y que conoció a Goyo Cárdenas en Lecumberri, a donde llegó a trabajar como enfermero en 1961.

«Goyo era muy buena gente» —dice—, «pero se le botó la canica. Creyó que podía resucitar a los muertos, que el alma no se separaba del cuerpo hasta que caía encima la primera palada de tierra. Empezó a experimentar con conejos y se siguió con muchachas.»

Luis Leyva vive en Mar del Norte desde 1964. Dice que la señorita Lilia, y su hermana Lupita, tenían entonces 35 o 40 años. Le habían comprado la casa a la familia de Goyo. Siempre fueron solteronas, siempre fueron reservadas.

«Muchos periodistas venían a tocar de vez en cuando, pero ellas los ponían de patitas en la calle. “Déjennos en paz”, les decían. Ahora, la señorita Lupita ya murió; sólo queda la hermana. Sale algunas veces a barrer la banqueta, pero no habla con nadie. De por sí, los vecinos no se acercan a esta casa. Dicen que hay Lloronas que chillan, y que en las noches se oyen voces de mujer pidiendo auxilio» relata Luis Leyva.

Le digo que Mar del Norte debió ser en 1942 un lugar sombrío. Mueve la cabeza: «¡Uuuuuuh! Cuando yo llegué a vivir aquí, la calle no tenía ni pavimento. Era un lodazal. No era amplia, como ahora, sólo cabía un coche. Uno tenía que arrimarse a las paredes para que los carros pudieran pasar. Y en aquellos tiempos los taxistas no querían venir. Decían: “Yo allá no entro”».

Quiero ver el jardín. Quiero ver cómo es la casa.

«¿Hay esperanza de que la señorita me abra?», les pregunto, y vuelvo a tocar.

Un perro comienza a ladrar en algún lugar cercano. Luis Leyva me dice que no hay absolutamente ninguna esperanza, lo cual suena muy raro dicho aquí.

«La señorita nunca sale, nunca habla con nadie» —agrega—. «Hace poco supimos que se cayó y no podía caminar. Llamamos a una patrulla para que la ayudara, pero no abrió. La casa siempre está callada, aunque dicen que de noche se oyen gritos de mujeres, portazos y platos estrellados».

He visto alguna vez los titulares de aquellos días. «Espeluznantes crímenes de un vesánico asesino de colegialas», «El monstruo hace brutal confesión». Llamo de nuevo. Será como ver un teatro en ruinas.

Pero la señorita no abre. Toco y toco, y ella no abre.

El crimen de República del Salvador

LLEGUÉ A UNA VECINDAD del Centro en busca del único mesón del siglo XVIII que se mantiene en pie hasta la fecha. Del mismo modo en que en La Alameda no hay álamo alguno, en Mesones no queda rastro de las hospederías que desde 1526, año en que se expidió en la Ciudad de México el primer permiso para ese tipo de establecimientos, sirvieron para dar nombre a la calle.

El único ejemplo vivo se halla en Mesones 119. Se trata de un sólido edificio de tezontle rojo, construido por los agustinos en el último tercio del XVIII. Toqué varias veces el grueso portón. Quería conocer el patio, la disposición de los cuartos; recorrer esas habitaciones cerradas, sin ventanas, asfixiantes, en las que, según la usanza de la época, circulaban las chinches, pero jamás el aire. Lo que encontré fue la relación de un asesinato, el de los hermanos Villar Lledías en octubre de 1945, narrada por un plomero de 89 años que los conoció: el señor Joaquín Morán.

En 1942, Joaquín Morán abrió un taller de plomería en la accesoria de Mesones 119, que acababa de tomar en renta. Los propietarios de esa casa figuraban entre los personajes más singulares del viejo centro. Se llamaban Ángel, Miguel y María Villar Lledías. Tenían fama de avaros, vestían como pordioseros, comían comidas corridas en el café Principal, carecían de auto, radio y teléfono, y sin embargo eran propietarios de doce edificios coloniales ubicados en el Centro y de una fortuna valuada en veinte millones de pesos.

El señor Morán, entonces un muchacho de 25 años, se ganó la confianza del mayor de los hermanos, Ángel Villar, quien frecuentemente lo llamaba a hacer reparaciones en la casa que éstos habitaban —República del Salvador 66—, así como en las otras de su propiedad.

De ese modo descubrió que los hermanos desconfiaban de los bancos y preferían guardar sus caudales en los roperos de su propia casa. «Con las monedas formaban cartuchos; con los billetes, paquetes envueltos en periódicos».

El 23 de octubre de 1945, los hermanos Villar Lledías pasaron a formar parte de lo que el viejo reportero David García Salinas llamó «Los casos que más conmovieron a México». Ángel Villar fue ahorcado en el zaguán, cuando volvía de una diligencia, y arrojado en un tapete de la sala. Miguel Villar, que era ciego, fue estrangulado en su propio lecho. María, la hermana de ambos, fue atada en un sillón, golpeada salvajemente y abandonada una vez que se le dio por muerta. Con gran despliegue de fotografías, las «horripilantes escenas de República del Salvador» dieron vuelta a la ciudad.

La única sobreviviente del crimen tardó un rato en desatarse y luego se dedicó a cometer una serie de errores inexplicables. Le preguntó desde el balcón a un policía si había visto salir a alguien —el policía dijo que no—, se puso a buscar un abrigo, salió de la casa sin llaves, fue a pedir ayuda a una amiga que vivía en 5 de Febrero, juntas buscaron un cerrajero para que abriera nuevamente el portón, y sólo entonces llamó a la delegación para reportar el crimen.

El jefe la policía judicial se presentó en la casa, se metió en los bolsillos lo que los asaltantes habían dejado (sus agentes hicieron lo mismo) y procedió a detener a la anciana como principal sospechosa del asesinato de sus hermanos. La prensa se encargó de lincharla; la sociedad clamó «porque se le aplicara el máximo castigo fijado por nuestras leyes».

La señora Villar fue encerrada en Lecumberri, desde donde ofreció una recompensa de 50 mil pesos a quien entregara a los asesinos. El ofrecimiento refrescó la memoria de alguien. Los homicidas, cuatro albañiles que habían hecho reparaciones en la casa, fueron localizados en Pachuca. Uno de ellos, en lugar de manos, tenía dos garfios.

Visito Salvador 66. La casona de los Villar no existe más. El predio fue entregado a vendedores ambulantes. El recuerdo de aquel crimen sólo existe en la prensa y en la memoria de Joaquín Morán. Se me viene una línea de Pacheco: «De ese horror quién puede tener nostalgia».

La calavera de Hernán Cortés

LUCAS ALAMÁN MURIÓ EN 1853 sin revelar el enigma que había atormentado a los historiadores de su tiempo. ¿En dónde estaban los huesos de Hernán Cortés? La osamenta del conquistador se hallaba perdida desde 1836. José María Luis Mora propaló la versión de que alguien los había sacado del país en secreto. Joaquín García Icazbalceta relató que cada que le preguntaban por el paradero de los restos, Alamán cambiaba de conversación con cualquier pretexto. En 1920 los huesos seguían sin aparecer. Carlos Pereyra aseguró ese año que la renuencia de Alamán a abordar el tema se debía con seguridad a la existencia de un pacto secreto.

Cortés murió en Sevilla en 1547. En el mausoleo que se le destinó, su hijo Martín hizo grabar este epitafio, bello y sombrío:

Padre cuya suerte impropiamente
Aqueste bajo mundo poseía
Valor que nuestra edad enriquecía,
Descansa ahora en paz, eternamente.

Pero Hernán Cortés no tuvo paz ni antes ni después de su muerte. En el testamento que redactó apenas dos meses antes del fin, ordenó que sus restos fueran devueltos a la Nueva España y sepultados en un convento que a costa suya, y antes de un plazo de diez años, debía ser construido en Coyoacán. Sus deudos lo sepultaron en el monasterio de San Isidoro del Campo, en Sevilla; alegando «necesidades de espacio» sacaron los restos tres años más tarde, para depositarlos en el altar de Santa Catarina. La última voluntad del conquistador tardó quince años en ser cumplida. Volaba el año de 1566, cuando zarpó la nave encargada de transportar el ataúd al reino que don Hernando había conquistado. El convento de Coyoacán no pasó de ser una quimera: la cláusula más olvidada del testamento. Al llegar a tierra, los restos fueron conducidos a la iglesia de San Francisco de Texcoco, en donde, ¡séale la tierra leve!, yacían los restos de la madre del conquistador, doña Catalina Pizarro.

Terminó el siglo XVI, se cumplió el primer centenario de la Conquista, y al poco tiempo, 1629, murió el último descendiente de Cortés en línea masculina: Pedro Cortés, cuarto marqués del Valle. Don Pedro fue sepultado con pompa en el templo de San Francisco. El virrey de Guadalcazar mandó que los restos de su ilustre antepasado fueran a reposar al sitio en que «tomó descanso el último de sus herederos

varones». En un sepelio majestuoso, en el que unos trescientos frailes marcharon en procesión por el Empedradillo (desde el actual Monte de Piedad, donde estuvieron las casas de Cortés), la urna forrada de terciopelo, en la que había sido depositada la osamenta «del famoso campeón e invencible Hércules de Extremadura», fue colocada, primero, en un pequeño nicho del Sagrario y años más tarde «debajo del altar mayor». La llave que abría esa urna pasó de mano en mano durante 165 años entre los frailes sacristanes del convento de San Francisco; en 1763, el padre Francisco de Ajofrin tuvo la calavera entre las manos. Escribió en el diario de sus viajes que en la urna se leía, en letras doradas:

Ferdinandi Cortes osa servantur hic famosa

Llega 1790. Revillagigedo ordena que los restos sean llevados al templo del Hospital de Jesús —que el propio Cortés fundó en los años inmediatos a la Conquista— para que ocupen el «magnífico sepulcro» que han diseñado José del Mazo y Manuel Tolsá. La ceremonia es solemne y suntuosa. La osamenta es envuelta en una sábana de Cambray bordada de seda negra. Ha llegado a su sexto sitio de reposo: el que, según todo lo indica, será su última sepultura.

Pero no es así. No fue así. En 1823, huesos más ilustres llegan a la Ciudad de México para ser honrados en la Catedral Metropolitana. Son los restos de Hidalgo, de Morelos, de media docena de insurgentes. La visión de aquellas osamentas sagradas desata el fervor nacionalista. Por la ciudad circulan impresos que incitan al populacho a extraer los huesos de Cortés e incinerarlos en donde antiguamente estuvo el «quemadero» de San Lázaro, una de las plazas donde el Santo Oficio ejercía, en la persona de las brujas, los sométicos y los judaizantes, su ministerio terrible.

La víspera del 16 de septiembre todo pareció indicar que la profanación era inminente. Lucas Alamán, que un año más tarde iba a impedir que la furia nacionalista fundiera la estatua ecuestre de Carlos IV, ingresó al templo en secreto y cambió los huesos a un lugar donde no se les encontrara. Para burlar la vehemencia nacionalista, desmontó los mármoles del sepulcro, que alguien robó poco después, e hizo que un busto de Cortés que Manuel Tolsá había esculpido fuera llevado a Italia. Incluso el «pontífice de los deturpadores de Cortés», el intelectual liberal José María Luis Mora, creyó que los restos habían salido de México.

Alamán no dijo a nadie dónde se encontraba la osamenta, pero reveló su ubicación en un documento fechado en 1836. Ese documento llegó a manos de la embajada española una vez que las relaciones México-España se restablecieron. La embajada mantuvo la información oculta durante un siglo.

El 11 de noviembre de 1946, el historiador del arte novohispano Francisco de la Maza asistió a una misteriosa reunión a la que lo habían convocado un refugiado español (Fernando Baeza) y un becario cubano de El Colegio de México (Manuel Moreno). Estos personajes le informaron que tenían en su poder la carta que

respondía la pregunta que los historiadores se hacían desde el siglo XIX.

Dos años antes, José C. Valadés había buscado la tumba sin éxito alguno. Corría la leyenda de que en 1919 también el capellán del Templo de Jesús se había empeñado en encontrarla, y que lo hizo en forma tan obsesiva que terminó recluido en un manicomio.

De la Maza constató la autenticidad del documento que le mostraban. Era el mismo que Alamán había redactado poco después de esconder los restos. Con el auxilio del historiador Alberto María Carreño, De la Maza obtuvo autorización del secretario de Educación, Jaime Torres Bodet, para llevar a cabo una nueva búsqueda.

Al amanecer del domingo 24 de noviembre de 1946, los dos historiadores, acompañados por Manuel Moreno, Fernando Baeza y un conjunto de notables, entre los que estaban Manuel Toussaint, Manuel Romero de Terreros y un bisnieto de Alamán, penetraron en el templo. Carreño dio el primer barretazo. Al caer la tarde, tras una doble hilera de ladrillos, apareció un catafalco: el catafalco que había torturado la imaginación de generaciones enteras. Según la crónica publicada en esos días por *El Universal*, quienes deambulaban aquel domingo por las inmediaciones de Pino Suárez y República de El Salvador pudieron presenciar el momento insólito en el que cuatro historiadores salieron del templo cargando un ataúd y marcharon por la calle a tropezones, hacia la cercana oficina del director del Hospital de Jesús.

En ese sitio abrieron el catafalco. Los huesos se hallaban dentro de una caja de plomo; el cráneo descansaba en una urna de cristal. El bisnieto de Alamán —no a otra cosa había venido— entregó a De la Maza una llave de oro que había pasado en secreto de padres a hijos. Servía para abrir la cerradura de la urna de vidrio.

Hubo ese instante de expectación del que hablan las novelas. Los restos aparecieron envueltos en un rico pañuelo con galones de oro.

Al momento de su muerte, el «invencible Hércules de Extremadura» era un viejecillo al que sólo le quedaba el colmillo superior izquierdo.

Al día siguiente, al término de un acto oficial, el secretario Torres Bodet subió al automóvil del presidente Manuel Ávila Camacho y le informó del hallazgo. Le dijo también que los historiadores deseaban rendir homenaje a los restos del conquistador. Ávila Camacho respingó. Un homenaje, dijo, sólo iba a servir para azuzar «una vieja discordia histórica, estéril, interminable». Ordenó que el INAH realizara la autenticación de los restos y volviera a enterrar los huesos en el mismo sitio.

El informe de antropología forense mostró que el esqueleto estaba surcado por diversas huellas de lesiones patológicas. Cortés tenía el tabique nasal desviado y severas contusiones en omóplatos, fémures, tibias y peronés: las huellas de la Conquista. Su osamenta se hallaba marcada, además, por diversos procesos infecciosos. Había padecido tifoideas y disenterías. Al llegar la muerte, la mayor parte de sus huesos estaban arqueados e hipertrofiados.

La tumba volvió a cerrarse. Nadie celebró el hallazgo de esos huesos que llevaban años perdidos. El único homenaje que se les permitió: una placa que enmarcaba las

dos fechas:

HERNÁN CORTÉS

1485-1547

Adiós a El Toreo

EN 1946, EL TOREO fue sacado a patadas de la colonia Condesa para que Ángel Urraza pudiera fraccionar los terrenos donde ocho años más tarde se inició la construcción de El Palacio de Hierro Durango. Los cronistas taurinos deploraron el hecho: desmontar la soberbia estructura de hierro traído de Bélgica para arrumbarla en los llanos solitarios de Cuatro Caminos significaba desterrar una tradición, arrasar con bares, restaurantes y puestos de fritangas que desde el porfiriato le daban a la zona una fisonomía determinada. ¡Y todo para levantar un monumento al consumo!

En mayo de ese año, El Toreo de la Condesa celebró su última corrida. En los tendidos había taurófilos que habían estado presentes en la inauguración de la plaza, en septiembre de 1907, la tarde en que un toro de Tepeyahualco corneó a Agustín Velasco (mientras la prensa ovacionaba las instalaciones y tronaba contra las *cocottes* que tuvieron el descaro de exhibirse al lado de «las familias decentes»).

En la última tarde de El Toreo, esos mismos taurófilos supieron que un México desaparecía. Debieron recordar que en esa plaza había alcanzado la gloria Rodolfo Gaona, a quien Victoriano Huerta iba a ver torear completamente borracho. De seguro evocaron los días de Juan Silveti, Luis Freg, Silverio Pérez, Luis Procuna y David Liceaga. Aún estaba cerca la tarde en que Manolete había llevado al público al delirio; en el ruedo seguía fresca la sangre de Alberto Balderas, que *Torilero* le extrajo a raudales cuando uno de sus pitones le atravesó la femoral.

Nadie recibió con gusto la inauguración del nuevo Toreo. Los periódicos auguraron que la corrida inicial sería un desastre, que iba a registrarse un vacío absoluto. Los taxis «se dejaban pedir» entre cinco y ocho pesos por *la dejada*. «No hay camino que lleve a Cuatro Caminos», escribió Loret de Mola en *Novedades*.

El 23 de noviembre de 1947, sin embargo, el propio Loret crónico el via crucis de los automovilistas que avanzaban a vuelta de rueda por la calzada del Hospital Militar («las cajas de velocidades se hacían añicos de tanto maniobrar») y reseñó el martirio de los aficionados, exprimidos por la reventa. La corrida no fue espectacular (Loret definió a Luis Castro y Lorenzo Garza como «dos espadas decrepitos»), pero Carlos Septién admitió que «la nueva plaza olía a torero» y señaló que «los viejos miembros de hierro del antiguo Toreo de la Condesa» habían llevado su espíritu hasta las lomas lejanas de Naucalpan.

El Toreo de Cuatro Caminos fue durante sesenta años una de las puertas de entrada a la ciudad. Su estructura metálica enrojecida constituyó la garita que

señalaba, a lo lejos, el principio de la metrópoli. No sólo eso. De los combates del Ratón Macías a mediados de los cincuenta al retiro de El Santo en 1982, de las faenas de Manolo Martínez y Eloy Cavazos a la guerra mundial desatada y protagonizada por el Alacrán Torres y Chartchai Chionoi, de las tardes de Silverio Pérez, Carlos Arruza y Fermín Rivera al enfrentamiento homérico entre Vicente Saldívar y Ultiminio Ramos, El Toreo fue un espacio consagrado: un templo dedicado a la apoteosis de las religiones laicas.

Hoy estamos como al principio. Donde estuvo El Toreo habrá otro centro comercial, y todas esas imágenes se irán por la coladera, hacia el túnel de la desmemoria. Pero hay algo completamente extraño: la estructura arrancada al Toreo de la Condesa, que fue la estructura que en Cuatro Caminos marcó la entrada a la ciudad, va a convertirse ahora en la estructura de una plaza de toros en el estado de Hidalgo. Qué extraña persistencia del hierro belga: Septián escribiría que tal vez hay, en el fondo de las cosas, algo, un espíritu que se resiste a morir.

Por el taco se llega al cielo

CUANDO SALVADOR NOVO se paseaba en camión para llevar por la ciudad —«mostrársela, exhibir mi pericia y mi conocimiento de todos sus secretos»— al imaginario amigo de provincia que aparece en la magistral *Nueva grandeza mexicana* (1947), en la calzada México-Tacuba existía un abigarrado paisaje de cines, cafés de chinos y edificios coloniales de los que hoy no queda huella. ¿Quién recuerda el restaurante Veracruz, Las Mil Tortas, los cines Ópera, Lux y Roxy; las cafeterías Córdova, Nochebuena y Kiko? Digámoslo así: si Novo volviera a recorrer las calles de la ciudad que amó tan pura y desinteresadamente, ya no podría reconocer más que unas cuantas cosas. Entre ellas, las taquerías que los capitalinos ejercen de manera preferente al caer la noche, y que sobrevivieron a la construcción del Metro, e incluso al arribo de la comida macrobiótica.

No existe en México una estatua de Hernán Cortés. San Cosme, en cambio, está lleno de taquerías. La culpa, como siempre, es de los tlaxcaltecas.

Por el propio Novo sabemos que, para celebrar la caída de Tenochtitlan, Cortés organizó un banquete en Coyoacán; congregó a capitanes, tlaxcaltecas y soldados, y ordenó que se guisaran unos cerdos que acababan de llegar de Cuba. Los comensales carecían de trigo. Para acompañar la carne, los tlaxcaltecas ofrecieron su «pan de maíz»: es decir, sus tortillas. Novo, que todo lo entendía, afirmó que aquel banquete hizo nacer la más tradicional de las instituciones mexicanas: no el Partido Revolucionario Institucional (PRI), sino el taco de carnitas.

Los indios mexicanos, precursores del taco de acocil y el taco de charal, no conocían el cerdo. Lo descubrieron esa tarde, y se sumaron gustosos a una segunda conquista, que ahora era gastronómica.

Al paso del tiempo, el taco encontró a sus clásicos: Guillermo Prieto lo llamó «vil prosa de la alimentación diaria». Un siglo después, Jorge Ibarguengoitia supuso que su creador había querido inventar una cosa que, además de alimento, fuera plato, cuchara y mantel. Carlos Monsiváis confesó que lo estremecían frases cabalísticas como «otros dos de cachete». Gabriel Zaid consideró que un puesto de tacos convenía más al país que un puesto burocrático.

Se dice que don Alfonso Reyes no dijo nada.

Borró de sus obras la palabra «tacos» porque, según las consejas, acostumbraba comérselos apenas terminaba de escribirlos.

En 1520, Cortés lloró a los soldados que murieron en la Noche Triste. El tiempo, sin embargo, le permitió una venganza histórica: en la misma calle donde sus

hombres perecieron, corren hoy infiernos gastrointestinales que, con el nombre de La Especial, El Califa de León y La Perla de Occidente, entre otros, provocan infecciones, dolores de estómago y a veces la muerte a los glotones descendientes de los aztecas. Gilberto Owen tenía razón: también por la carne se llega al cielo.

Y sin embargo, en la Ribera de San Cosme no hay salmonelosis que valga. En plena era del sushi, el gimnasio, los licuados, las dietas y las fibras, un público que devora tacos de pie, ligeramente encorvado, apartando con la punta del zapato el hocico del perro que espera siempre a las puertas de la taquería, se juega la vida descifrando los misterios de la nana, el ojo, el buche, la cabeza, el suadero, el nenepil...

Alguna vez, la espuma de la cerveza y los cañonazos del champán desterraron el pulque de la mesa mexicana. Don Porfirio quería blanquear el gusto de los mexicanos. Y sin embargo, no se metió con el taco. El puesto donde éste se expendía siguió iluminando las esquinas de los barrios y resistió los usos de una ciudad que pasó el siglo xx intentado superarse en inglés —hot dogs, hamburguesas, *flying saucers*—, y luego deseó purificarse con la soya, el ginseng, la dieta vegetariana y el naturismo.

Que alguien conteste esta pregunta: ¿por qué se les llama «paisa» a los taqueros? Acaso porque su oficio confirma, por el estómago, los vicios del nacionalismo. El taquero es el chef del barrio, el historiador gastronómico, el único nutriólogo que entiende la frase antigua, tlaxcalteca, ancestral, que todos pronunciamos alguna vez en este viaje a la tumba que es vivir en la Ciudad de México: «Paisita, otros diez para llevar».

❖ 1949 ❖
Cine Ópera

SUBO AL MIRADOR DEL Monumento a la Revolución: a lo lejos resalta la mole abandonada, enigmática, portentosa, del viejo cine Ópera. En la grisura de una ciudad que desde aquella altura suele decir tantas cosas de sí misma, el Ópera es una clave que descifra la ciudad. Ahí están las dos misteriosas figuras femeninas talladas en piedra que presiden la parte alta de la marquesina —y aunque ahora nadie lo sabe, representan la tragedia y la comedia. Ahí está el inmenso ventanal de la fachada, que en los buenos tiempos inundaba de luz el vestíbulo de la sala. Allí está también la ordenada tipografía de claro espíritu *deco*, que informa a los peatones que aquel prodigio de la arquitectura es el legendario CINE ÓPERA.

El Ópera fue inaugurado el 11 de marzo de 1949 con la proyección de *Una familia de tantas*, la extraordinaria película de Alejandro Galindo sobre la llegada de la modernidad. En ese filme, un joven vendedor, David Silva, lleva la aspiradora y el refrigerador a un hogar de costumbres porfirianas, en el que aún reinan la escoba, el brasero y los prejuicios de un autoritario y delicioso don Fernando Soler.

Aquella noche de 1949 el Ópera no sólo estrenó una película sobre la modernidad: estrenó también la modernidad misma. Construido minuciosamente a lo largo de siete años, a partir de un plano diseñado por Félix T. Nuncio, al Ópera se le consideró el cine «más elegante e imponente que hay en la ciudad». Era la época del Palacio Chino, del Metropolitan, del Lido, del Teresa. Los tiempos del Chapultepec, el Colonial, el Del Prado, el Roxy, el Olimpia y el Orfeón. Todas esas salas inclinaron la cabeza el día en que «este cuento de hadas convertido en realidad, construido a todo costo con gran lujo y esplendor» llegó a la ciudad. Las taquillas eran un prodigio geométrico de cristal y hierro; en el vestíbulo había una fuente, pisos de mármol, cómodos sillones de formas caprichosas y lámparas de cristal que escoltaban el arranque de una suntuosa escalera. La sala podía albergar hasta 3 600 espectadores. Un portentoso candil de bronce pendía sobre la luneta.

Mi abuelo, el hombre que me crió, era nativo de Santa María la Ribera. Su niñez había coincidido con la del cine. Durante unos veinte años vio todas las películas mudas que era posible ver en México, y desde la aparición del sonido —en un mundo sin televisión, y también sin videocaseteras— se pasó la vida cumpliendo el difícil ritual de ver una película diaria.

Santa María, un barrio que se daba ciertos aires, ponía al alcance de la mano al menos una docena de salas cinematográficas. El Rívoli, el Cosmos, el Majestic, el Encanto, el Lux... Ser visto en el vestíbulo del Ópera, sin embargo, daba más caché

que ser «descubierto», digamos, en el del cercano cine Tlacopan. Así que mi abuelo lo convirtió en su segundo hogar. Pasó en la oscuridad de esa sala tantas horas como en la sala de su casa, con el agravante de que las horas que pasaba en la sala de su casa, las dedicaba a hablar de las películas que veía en la otra sala, «su sala chica».

Me recuerdo subiendo las escalinatas del Ópera. Recuerdo las elegantes puertas que daban acceso a la luneta acolchada. Recuerdo la dulcería repleta de objetos de otro mundo: muéganos, sorbetes, malvaviscos, sevillanas, golosinas que no lograron llegar a nuestros cines de plástico.

Las salas cinematográficas de San Cosme eran mundos salvajes. El Lux, promiscuo en su pequeñez, asfixiaba. En el Cosmos y en el Tlacopan —lo he contado antes—, te mataban si pronunciabas un diptongo de más. Salías de ellos con la nariz sangrando. En el Ópera, en cambio, se respiraba calma, como si las diosas femeninas de la fachada fueran ángeles que custodiaran la entrada.

Ignoro en qué momento dejé de pasar estrenos para volverse un cine de segunda corrida. Para los niños y los adolescentes de mi tiempo, los cines verdaderos eran, sin embargo, precisamente los «de segunda»: dicha clasificación significaba que a la vuelta del tiempo volverías a ver en pantalla los filmes de tu fascinación, las películas trashumantes que después de andar saltando de una sala a otra, volvían para darte una de las grandes felicidades que la civilización del siglo xx entregó a los hombres. Recuerdo: *A la hora señalada*, *Ben-Hur* y *Los Diez Mandamientos*.

Pronto hará veinte años que cerró el cine Opera. Lo miro desde el Monumento a la Revolución con la misma nostalgia con que miro la vieja casa de mi infancia. Caigo en la cuenta de que, a excepción del Cosmos y del Ópera, ninguna de las salas que conocí en la niñez se mantiene en pie. No hay ya cine Latino, ni Roble, ni Paseo, ni Chapultepec. No queda nada del Gloria, el Goya, el Alameda, el Bella Época. No sé qué ciudad era aquella que se permitió levantar cines de esa naturaleza, pero gracias al Ópera comprendo qué ciudad es ésta, y mirando sus ruinas desde lo alto le echo en cara mi desprecio y, como mandan los cánones, le declaro mi odio para amarla mañana.

La diosa repetida

LA FUENTE DE PETRÓLEOS fue inaugurada en el Paseo de la Reforma en 1952, en la época en la que el «regente de hierro» Ernesto P. Uruchurtu comenzaba los catorce años que duró su reinado arrasador. Conmemora una epopeya: la expropiación petrolera que Lázaro Cárdenas llevó a cabo en 1938. Fue diseñada por el escultor Juan Olaguíbel y el arquitecto Vicente Mendiola, y se le ha descrito como un conjunto alegórico

que representa el esfuerzo y el trabajo de aquel puñado de hombres mexicanos, que una vez expropiadas las instalaciones petroleras tuvieron que cargar sobre sus hombros la enorme responsabilidad de mantenerla operando y produciendo, muy a pesar de los escasos recursos técnicos y económicos de que se podía disponer.

La construcción del Anillo Periférico, una década más tarde, inició el proceso de su invisibilidad. El tráfico vertiginoso, los congestionamientos, las obras públicas que sumergen a la ciudad en sucesivas renovaciones ayudan a ocultar un secreto urbano: la mujer desnuda que preside la fuente, junto a un grupo de técnicos y obreros entregados a la perforación de un pozo, tiene la misma cara, los mismos muslos, los mismos pechos, las mismas caderas y el mismo cabello que la succulenta Diana Cazadora que flecha para siempre a las estrellas en lo alto de la fuente más conocida de la capital («succulenta» es el adjetivo que le impuso, genialmente, el escritor José Agustín).

No se trata de una coincidencia. La modelo de ambas esculturas, una secretaria de Petróleos Mexicanos (Pemex) llamada Helvia Martínez, exigió el anonimato al escultor Olaguíbel. El secreto fue sellado a piedra y lodo. La historia es semejante a la de la costurera Ernesta Robles, la modelo del Ángel de la Independencia, quien en 1903 accedió a posar ante el escultor César Augusto Volpi, a condición de que se guardara el secreto que ponía en riesgo su reputación.

Helvia Martínez tenía 16 años cuando Olaguíbel la descubrió. El día que se reunieron por primera vez en el taller del escultor —se encontraban reunidos el arquitecto Vicente Mendiola y el fotógrafo encargado de retratar a la modelo—, la futura Diana Cazadora se desnudó. «Arrojé el lienzo» —recordó después—. «Me entró una tremenda timidez. Vi el techo queriendo esconderme de sus miradas. Poco a poco bajé la vista y descubrí sus admirados rostros, sus ojos sobre mi cuerpo... Los tres hombres me miraron, los tres perdieron la serenidad. Luego de unos instantes, se repusieron».

Durante largos cuarenta años la identidad de la modelo se mantuvo oculta. La

esposa del presidente Ávila Camacho había hecho un escándalo. La Liga de la Decencia obligó a Olaguíbel a cubrir la escultura con un taparrabo. Al saber la verdad, uno de sus novios había tachado a Helvia de desvergonzada. «Yo pasaba por la fuente y algunas veces ni la miraba», recordó.

En 1952, la secretaria de Pemex volvió a ser solicitada. «Vamos a hacer un monumento a la expropiación petrolera, una fuente en el Paseo de la Reforma. La figura central es una hermosa mujer» —le dijo un funcionario—. «Nada más lógico que una petrolera, usted, queremos que sea usted».

Helvia contestó: «Creo que ya no sirvo. Ya pasaron diez años». El funcionario le dijo: «Sigue muy bella». «¿Todavía puedo servir?», preguntó Helvia al escultor Olaguíbel. Olaguíbel respondió: «Usted será la modelo».

De ese modo la muchacha se convirtió en una diosa repetida. En una glorieta de Reforma flecha a la Estrella del Norte; en otra, a unos cientos de metros de distancia, con un chorro de agua que mana a sus pies, muestra con las manos el futuro.

Si el tobogán urbano que rodea a la Fuente de Petróleos impide descubrir en ésta a la Diana Cazadora, hoy es imposible advertir el chiste particular, el segundo secreto que el escultor Olaguíbel y el arquitecto Mendiola perpetraron: colocar las esculturas de ellos mismos al lado de la diosa. Olaguíbel, transfigurado en obrero; Mendiola, convertido en uno de los trabajadores técnicos.

La identidad de la costurera Ernesta Robles se descubrió en 1957, cuando el Ángel de la Independencia fue derrumbado por un temblor. Helvia Martínez contó su propia historia en 1992. Pienso en ella constantemente. ¿Cuántas historias encierran las estatuas de la Ciudad de México?

Informe sobre las peluquerías

PRIVA LA IMPRESIÓN de que las peluquerías han sido borradas de la urbe desde que se impusieron en las calles los salones de «estética masculina» —como los llama en *México ayer* el cronista y periodista Miguel Villarelo Vélez, mejor conocido como Miko Viya.

Según Viya, la primera «estética masculina» que hubo en la capital se estableció en Paseo de la Reforma en 1963, se llamó Salón Gran Maxel y fue fundada por el estilista Jorge O’Farrill.

La «estética» —primero «masculina» y más tarde «unisex»— fue acogida con tal furia por las juventudes de las décadas siguientes que se llegó a pensar que las peluquerías de nuestros padres iban a representar, muy pronto, una de las formas más discretas de la nostalgia. Como los baños de vapor, esas instituciones de otro mundo, parecían destinadas a desaparecer del territorio urbano. Y sin embargo, la peluquería es como el mar: aparece donde menos la esperas y te la sigues encontrando en todas partes: Nunca en Domingo, Finisterre, Excélsior, La Tijera de Oro, Lo que le Pasó a Sansón.

En la mejor crónica sobre peluquerías que se haya escrito jamás, Artemio de Valle-Arizpe reconstruye un tiempo en el que los barberos, además de las excelencias del trabajo a peine, de la costumbre de meterle al cliente un hueso de aguacate o una bola de vidrio tras los cachetes para facilitar la rasura de carrillos ajados, eran expertos en sacar muelas, hacer sangrías, aplicar cataplasmas y concertar huesos desquiciados. Los rapistas de ese tiempo, dice don Artemio, eran llamados flebotomianos y debían pasar arduos exámenes ante el Real Protomedicato.

Sus locales, verdaderas salas de tortura, contaban con una extensa variedad de tenazas y lancetas de hierro, y era frecuente que del interior de estos establecimientos capilares surgieran voces, gritos, clamores, e incontables clientes al borde del desmayo.

En 1831 desapareció el Protomedicato, y los permisos para practicar cirugías quedaron en manos de los egresados de la Facultad Médica del Distrito. Impedidos para practicar operaciones, los barberos siguieron realizando otras formas de tortura. Algunas de ellas, con mínimas variaciones, llegaron hasta nosotros. La más temible se llamó «casquete corto»: un rasurado total a los lados y en la nuca, que dejaba sólo un cortísimo copete sobre el cráneo (las madres de mi generación sostenían ese copete con vaselina sólida o con jugo de limón). El escritor Eduardo Mejía suele recordar que el acceso a las bondades del «casquete regular», menos salvaje, más

humano que el anterior (pues ya dejaba pelo arriba y a los lados), era semejante al momento en que en la película *Cuando los hijos se van*, Fernando Soler le reconoce a Alfredo Varela el derecho a usar pantalones largos.

Visitante quincenal de la peluquería El Bosque, no pude gozar de tal ascenso en el entramado social porque mi abuelo creía que no era posible que «los jóvenes de hoy anden más coquetos y arreglados que las mismas mujeres». Todavía se me eriza la piel ante el sonido de la maquinilla eléctrica que en unos minutos me dejaba convertido en un soldado raso de ocho años.

Las peluquerías mantenían —algunas, aún lo mantienen— un misterio antiguo a sus puertas: un cilindro blanco al que circundaban anchas listas rojas y azules. A la fecha, nadie ha podido explicarme qué significa. Adentro, entre espejos amplios, sillones de madera y potes repletos de líquidos fragantes, un hombre decididor, de bata blanca, hacía rechinar la navaja de afeitar sobre una banda de cuero. Un asesino inglés del siglo XIX que cazara prostitutas en la niebla no habría puesto tanto ahínco en ese acto. La obra de aquel maestro puede hallarse en medio centenar de fotos que más que a un soldado raso muestran algo parecido a un loco que no tardará en convertirse —él también— en un asesino serial.

Las crónicas dicen que, en el porfiriato, los parroquianos de la peluquería de Micoló mataban el tiempo requebrando a las mujeres que cruzaban por la acera. En El Bosque no había otra manera de distraer la espera que leyendo revistas e historietas que el maestro disponía sobre una mesilla de centro habitada por mechones perdidos. Aquel artista capilar —jamás supe su nombre— era un lector consumado de *Rarotonga*, *Tradiciones y leyendas* y la revista *Duda*. En una sola visita uno podía tener una erección, volverse especialista en vida extraterrestre, morir de espanto ante las imágenes espeluznantes que acompañaban los «sucesidos» en alguna vieja calle de la capital, y luego, con tres pelos en la frente y las orejas afiladas, salir directo al escarnio público.

Las estéticas son mundos sin dolor. Uno sale de ahí coqueto y arreglado. Extraño a veces lo otro: el salón de torturas donde supe del miedo, del sexo y del misterio. Recuerdo a *Rarotonga* y siento un cosquilleo.

Permítanme, en un segundo vuelvo.

EN UNO DE LOS CEMENTERIOS más antiguos de la ciudad, el panteón de San Fernando —sitio legendario de reposo de algunos de los personajes más importantes de la vida mexicana del siglo XIX—, hay una de esas inquietantes esculturas que parecen seguir con la vista a quienes andan entre las tumbas. Representa a Juan de la Granja, el hombre que introdujo el telégrafo en México. Hace más de un siglo que la tumba de De la Granja está vacía. Cuando los derechos de su fosa se vencieron, no hubo mano alguna que se prestara a refrendarlos. Dos enterradores fueron un día por los huesos, y los lanzaron burocráticamente a la fosa común.

En 1967 los telegrafistas procuraron desagaviar al precursor, y le hicieron una estatua que lo muestra arrellanado en un sillón. Los vigilantes dicen que la pieza aterroriza a los niños y hace sonreír nerviosamente a sus padres. En un panteón donde se hallan las tumbas de Zaragoza, Juárez, Lerdo, Comonfort y Ocampo, la estatua de De la Granja es uno de los atractivos principales: extraño honor para alguien a quien se escatimó todo mérito en vida, y también en la muerte.

Juan de la Granja me siguió una tarde con la mirada, y luego se me apareció bajo la forma de una inserción pagada: un anuncio pequeño en *El Monitor Republicano* que avisaba a los lectores que el 10 de noviembre de 1850 iba a realizarse, en el Palacio de Minería, la primera demostración pública del telégrafo.

¿Qué decía el primer mensaje que se envió en México a través de una línea telegráfica? ¿Cómo habían vivido los ingeniosos hombres del XIX la aparición de un prodigio que permitía «transmitir a distancia el pensamiento por medio de signos»? Revisé página a página la edición de *El Monitor* correspondiente a aquel día. Descubrí con sorpresa infinita que al editor, Vicente García Torres, se le había ido la nota. Ni a él, ni a los aguerridos redactores de *El Siglo Diez y Nueve* —el otro gran diario liberal de aquella época— se les había ocurrido mandar a un periodista a hacer la crónica correspondiente. Ambos periódicos prefirieron dedicar sus páginas a la tarea de aporrear, hasta con la cubeta, a los representantes del Partido Conservador. Ninguno de los genios de la prensa decimonónica sospechó que estaba a punto de presenciar el surgimiento de una era que duraría siglo y medio, en la que el telegrama monopolizó el servicio de mensajería, provocando la jubilación del caballo. De aquel hecho trascendental, sólo quedó un «Aviso Oportuno», un anuncio clasificado.

Aquella tarde de 1850, unos telegrafistas gringos enviaron un mensaje en clave

Morse desde el Palacio Nacional, que fue descifrado por otros telegrafistas gringos a cinco cuerdas de distancia, en una oficina instalada en el Palacio de Minería.

Cuando en 1921 se hizo en Bellas Artes la primera demostración pública del radio, la gente enloqueció de curiosidad y se disputó a empujones los audífonos que permitían escuchar «la voz de los espíritus del aire». A mediados del XIX, sin embargo, el experimento realizado por De la Granja pasó completamente inadvertido. El hombre que pretendía traer al país «el telégrafo electromagnético», uno de los «adelantamientos» más notables del siglo, se vio obligado a pagar dos inserciones más en los diarios, con la esperanza de atraer «a los amantes de las ciencias y las artes».

Habían pasado apenas dos años desde que el territorio nacional fuera desmembrado con la firma del Tratado Guadalupe-Hidalgo. La hacienda pública estaba en bancarrota. El conde de la Cortina se arruinaba en el intento de montar la primera línea de tranvías jalados por mulas. El país se le estaba deshaciendo al presidente José Joaquín de Herrera. Nadie estaba interesado en invertir en experimentos extraños. La demostración del telégrafo derivó en fracaso.

Juan de la Granja era un hombre de cabellos rojos, español de origen, que alguna vez abrió una imprenta en sociedad con Manuel Payno. En 1844, como cónsul general de México en Washington, presenció los trabajos de Samuel Morse y tuvo incluso entre las manos el primer telegrama de la historia, una hoja de papel donde se leía: «¡Lo que ha creado Dios!». Regresó al país en busca de socios que se arriesgaran a tender una línea telegráfica entre México y Veracruz. José Joaquín de Herrera le ayudó a conseguir dos mil quinientos pesos.

De la Granja anduvo por los montes de Puebla y los cerros lluviosos de Veracruz, vigilando a lo largo de ciento ochenta kilómetros la realización de las obras. Ahí pescó la pulmonía que en 1853 se lo llevó a la tumba. Sus huesos fueron a dar a la fosa común diez años más tarde. Nadie volvió a recordarlo. La primera oficina telegráfica de la ciudad fue abierta en la actual calle de Bolívar número 66.

«Proceda Ud. a la ejecución del archiduque Maximiliano de Habsburgo», «Mátenlos en caliente», «El primero de febrero nos proponemos dar comienzo a la guerra submarina sin restricción. Alemania propone a México una alianza contra los EU, en la cual será invitado a participar Japón»... ¿Cuántas cosas no habrán provocado esos papeles amarillos que un cartero entregaba en el propio domicilio? «María ha muerto», «Arribo a aquélla tren de las siete» o «Papá, perdóname, seré feliz».

En agosto de 2005, Western Union canceló el servicio de telegramas en Estados Unidos. Ese año sólo se habían enviado cincuenta o cincuenta y cinco telegramas diarios. El hecho no tardó en ser replicado en otras ciudades. Como ahora sólo lo utilizan los servicios de cobranzas, el telegrama es otra de las cosas perdidas bajo los aguaceros del tiempo.

La glorieta del deseo

EN 1969 LA GLORIETA del Metro Insurgentes era un cráter futurista abierto en la columna vertebral de la urbe. Los añejos caserones que la circundaban parecían mirarla azorados —como si de pronto la Ciudad de México se hubiera metido en un filme de ciencia ficción. José Alvarado afirmaba que el Metro iba a crear a un ciudadano nuevo: capitalinos frescos, sin neurosis, relajados y sonrientes, que viajarían de un punto a otro de la urbe, cómodamente sentados en un vagón que suprimía los semáforos, los embotellamientos, la lentitud de los trolebuses, la pesadilla que fue viajar colgado del pescante de los autobuses urbanos: el López Mateos, el Circunvalación, el Violeta-Perú. Terminaba para siempre el viaje «de a mosquita». La glorieta de Insurgentes era la escenografía de un mundo que se aproximaba: una ciudad ultradinámica, dotada de circuitos, desniveles, amplísimos espacios.

Las ciudades asesinan los sueños. Una década después de la inauguración del Metro, José Joaquín Blanco visitó nuestro cráter del futuro y entre las muchedumbres intermitentes que entraban y salían de la circunferencia, advirtió que la ciudad, «su miseria, sus masas, el modo de vida de sus barrios, su violencia», había convertido a la glorieta en una plaza más. Las boutiques, los bares, los lujosos restaurantes que en 1969 servían al aire libre y eran la puerta que conducía, ¡oh, Cuevas!, ¡oh, Fuentes!, ¡oh, Monsiváis!, a la snobísima Zona Rosa, se habían disuelto en una serie de fondas, taquerías, torterías, sucursales de la Conasupo, el Boletrónico, el Injuve. Los usuarios del Metro comían de pie, caminaban con prisa, ingerían licuados, se perdían entre una masa uniformada por el desempleo y los sucesivos brotes de pobreza.

Han pasado casi cinco décadas desde que Gustavo Díaz Ordaz inauguró el primer viaje en Metro. Las puertas de acceso a la ciudad interplanetaria están invadidas de discos y películas «pirata». Los ambulantes venden cepillos, lociones, cosméticos. En 1969, la publicidad ofrecía la aspiración de convertir a los mexicanos en técnicos de IBM. Hoy se pueden contar en la glorieta trece cafés internet, atascados la mayor parte del día. La computación no fue el futuro, pero los viajeros urbanos olvidan sus problemas o adiestran su rencor en las aguas mitológicas del facebook o del tuitter — la nueva forma de uniformar a los ciudadanos.

Sobre los restaurantes al aire libre cayeron el polvo, el smog: el mundo interplanetario fue reemplazado por baños públicos, farmacias de similares, escuelas «internacionales» de cosmiatría, maquillaje y estilismo, tiendas de productos para la calvicie, la gordura y la impotencia, peluquerías de a diez pesos y consultorios

médicos donde te atienden por veinticinco.

Las muchedumbres forman colas estables frente a las máquinas de recarga del Metrobús. Los túneles traseros de los comercios huelen a orines; los indigentes se agrupan para inhalar cemento junto al busto del regente Corona del Rosal. En las bancas, los novios se besan, pelean, conversan. Las tribus urbanas, formadas por lo que sea, afirman por un instante su pertenencia a la metrópoli. La glorieta comprueba que hubo una salida masiva del clóset: hay fajes a mil por hora y besos de lengüita de ese amor que hace unos años aún no se atrevía a pronunciar su nombre. Cumbias y salsas emergen de los puestos. Entre las seis de la tarde y las nueve de la noche, la glorieta es la sala de estar de una ciudad que se caracteriza por su falta de puntos de encuentro. Es el sofá, el café, la lonchería a cielo abierto, la dura decisión de subirse al Metro, o dirigirse, sin más, al cercano Hotel Castro.

Ha caído la noche. A la plaza la sobresaltan las sombras. Como en la crónica lejana de José Joaquín Blanco, los policías fuman. Aguardan el momento de oficiar.

Recuerdos del viaje a la Luna

AQUEL AÑO SONABA en todas partes una canción de Serge Gainsbourg y Jane Birkin: *Je t'aim... Moi non plus* (*Yo te amo... yo tampoco*). Era un sencillo que debía su título a una frase de Dalí: «Picasso es español, yo también. Picasso es un genio, yo también. Picasso es comunista, yo tampoco». La canción había causado escándalo debido a los sensuales murmullos amorosos de la Birkin y se escuchaba con frecuencia en Radio Fiesta y Radio Capital. El 20 de julio de 1969 esos murmullos hicieron una pausa: ambas estaciones transmitieron la llegada del hombre a la Luna. La programación del Canal 2 anunciada para ese día:

De 11:40 am a 01:19 pm: Separación del módulo lunar de la nave de mando.

De 11:54 pm a 12:00 horas: Vistas de la Luna.

De 12:09 a 02:29 am: Caminata sobre el suelo lunar.

Qué extraño mundo aquel: quienes estábamos de pie aquí en la Tierra mirábamos a los que estaban de pie allá en la Luna: familias enteras conteniendo el aliento frente a la televisión, y muchedumbres arremolinadas ante los aparadores de las tiendas y los almacenes que exhibían televisores encendidos (los hubo en Avenida Juárez y José María Marroqui; en Bucareli y Donato Guerra, esquinas donde, según *El Universal*, «se registró la mayor concentración de curiosos»).

Ha pasado casi medio siglo y las imágenes de aquel viaje a la Luna recuerdan de algún modo las primeras imágenes del cine mudo. Todo luce lejano, rayado, tembloroso, desvaído. Neil Armstrong desciende los nueve peldaños de la nave y dice que abajo hay algo que parece polvo, arena fina. Luego deposita el pie izquierdo sobre la superficie lunar. Veinte minutos después baja de la nave *Buzz Aldrin* y, en una imagen que sigue siendo escalofriante, ambos caminan a saltos, oníricamente, entre los cráteres del satélite. «El paisaje es tan bello como el de los desiertos americanos», dirá Armstrong. Aquí, los locutores lloran: este día quedará marcado para siempre en la historia de la humanidad.

La canción de Jane Birkin volvió a sonar en todos los radios. Estoy seguro de que *Jet'aime...* era la música de fondo la tarde en que vi, en la revista *Life*, la huella de Armstrong en el polvo de la Luna, la figura de Aldrin recortada contra un firmamento oscuro, y la foto del planeta, azul y gigantesco, en el que millones de ojos miraban cada noche al cielo.

Dos meses después, en septiembre de ese año, Díaz Ordaz y Corona del Rosal inauguraron el Metro de la Ciudad de México. Fuimos a conocerlo, y uno de mis tíos

dijo: «Nosotros reptamos bajo la tierra, mientras los gringos andan conquistando el cielo». La frase, en el fondo, contenía una esperanza. En 1972, sin embargo, Estados Unidos suspendió las misiones lunares y la Tierra, lentamente, dejó de mirar al cielo. No sé qué habrá sido de Jane Birkin, pero sus murmullos quedaron en la película irreal y en las voces distantes: en la caminata de 1969 que nos hizo esperar que la historia del mundo cambiara para siempre.

PERTENEZCO A LA GENERACIÓN de las muchedumbres.

Mi vida queda enmarcada entre las estaciones Normal y Bellas Artes, Balderas y Tlatelolco; Juanacatlán, Taxqueña, Insurgentes y Pino Suárez. En medio hay una serie de transbordos en las horas pico, en los que fui domesticado en las artes del empujón, la supervivencia en medio del hacinamiento, la lectura de pie, la siesta entre estaciones y el aprendizaje de la elegancia en los aparadores de las tiendas Milano (que alguna vez reinaron en los pasillos del metro Hidalgo). Pertenezco a la generación que en 2009 cumplió 40 años de viajar en Metro.

En 1969, Gustavo Díaz Ordaz y Alfonso Corona del Rosal inauguraron las instalaciones del Sistema de Transporte Colectivo. Díaz Ordaz condujo el vagón de Candelaria a San Lázaro, y de ese modo se convirtió en el primer pasajero del Metro. El Canal 2 transmitió «a control remoto» la ceremonia inaugural. Medio millón de personas, «unas por diversión, otras por curiosidad o necesidad ya latente» (*El Universal*) esperaban frente a las taquillas: hubo colas inmensas en las estaciones Zaragoza y Chapultepec. A las once de la mañana, los boletos se habían agotado. Uno de los primeros metronautas, el pasajero Alfonso Díaz Becerril, declaró: «Pronto llegará el día en que dejemos el coche en la casa para ir al centro en el Metro». Los diarios multiplicaban el asombro: el Metro permitiría atravesar la ciudad «con tranquilidad», «en cuestión de minutos» y «cómodamente sentado».

Había quedado atrás la era de los tranvías eléctricos, «La Rosa», «Las Artes», «Primavera», «Cima», que durante 69 años marcaron el pulso de la vida metropolitana. El Metro hería de muerte la hegemonía del camión, que había encontrado a su cronista mejor en Alejandro Galindo, director de *¡Esquina bajan!* (1948).

Una de las grandes figuras de *la vieja guardia*, el periodista José Alvarado, escribió:

¿Ha estudiado alguien el alma de quienes pasan buena parte de su vida metidos en camiones, víctimas de apreturas, tufos, pisotones, codazos, impacencias, calores, injurias y retardos? Ello ha producido toda una comunidad de ciudadanos tristes y agresivos, prestos a la disputa y al berrinche, resentidos y enfermos, expulsados de la alegría y con la aptitud del trabajo disminuida; listos para amargar la existencia del prójimo... El Metro disminuirá las aglomeraciones y en diez minutos cubrirá distancias hoy de una hora. Serán más bellas las señoritas en los vagones y las damas obesas resultarán menos opresivas. Por otra parte, aparecerá, ágil y dinámico, el tipo nacido para el Metro. Toda una nueva época se anuncia.

La historia de la ciudad es la historia del modo en que la ciudad se va despojando de

sus ilusiones. A fines de los sesenta, el Metro fue vivido como aventura: una experiencia de la modernidad que familias enteras iban a conocer, deslumbradas por los vagones destellantes, los modernos torniquetes, las refulgentes escaleras de mármol. En unos años se cumplieron los terrores anunciados en el siglo XIX por Eugenio Sué y Victor Hugo: surgió la ciudad subterránea, el mundo-de-abajo, la ciudad de los tufos, los túneles, los miasmas («viva reproducción industrial del Hades», dice José Joaquín Blanco). Cuarenta años después, el mundo imaginado por José Alvarado se desvanecía entre los 3 millones 832 mil pasajeros (tristes y agresivos, prestos a la disputa y al berrinche, expulsados de la alegría, listos para amargar la existencia del prójimo) que los vagones transportan diariamente. Las familias que en 1969 vivieron el Metro como aventura, se han pasado la vida luchando para no tener que subirse nunca más en él. ¡Oh, José Alvarado! ¿Quién podría calcular las horas de vida dejadas en el Metro, lo irremediablemente perdido entre los túneles?

El poema de las piedras

EL RUMBO DE TACUBA no ha figurado nunca entre mis favoritos. Allí está todo lo malo que puede haber en una ciudad: caos, pobreza, abigarramiento, inseguridad, congestiones viales. Desolados parajes bajo los puentes, puestos de todo aquello que cumpla el requisito de chorrear salsa, laberintos formados por los toldos del ambulante, y todo eso rodeado por un escudo infranqueable de camiones y microbuses en cuyos radios retiemblan cumbias y reguetones.

Cuando la vida me lleva a aquel lado de la ciudad, tomo aire varias veces. Y luego procuro pasar a ver, aunque sea de lejos, el antiguo ahuehuete, contemporáneo del Códice Mendocino, que se alza, se diría que dignamente, al sur de la estación Tacuba del Metro. A diferencia de su hermano muerto en Popotla —el célebre Árbol de la Noche Triste—, el ahuehuete de Tacuba, verde y rozagante a pesar de su avanzada edad, ha logrado mantenerse bíblicamente a salvo de la incuria y la piromanía. Me gusta ir a verlo porque en esta ciudad nunca se sabe. Tal vez no habrá otra oportunidad.

El ahuehuete de que hablo es el habitante más antiguo de Tacuba. Fue sembrado ahí cuando en vez de una estación del Metro había un *teocalli*; cuando el sórdido «Torito», azote de los bebedores, no había sido siquiera soñado y en su lugar se alzaba un centro ceremonial: el del señorío de Tlacopan.

Miro aquella fronda y caigo en el lugar común de pensar que un simple árbol —raíz, corteza, savia, hojas— sobrevivió a la caída y destrucción de una ciudad hecha toda de piedra. Un sencillo ahuehuete vio desaparecer Tacuba —no se tiene, por cierto, mucha idea de cómo fue aquel reino prehispánico—, y poco después vio llegar a los cuatro frailes franciscanos que hacia 1570 empezaron a levantar el convento y la parroquia de San Gabriel Arcángel, que se mantiene en pie hasta la fecha (el convento cayó durante la Reforma).

Hace poco visité la parroquia. No sabía lo que iba a encontrar. Había leído que en el siglo XVIII San Gabriel fue modificada por completo. El diseño original contaba con una «muchedumbre» de columnas de cantera que impedían a los fieles apreciar el altar mayor, así que un fraile experto en «montea» (arquitectura) tapió los espacios que había entre las columnas. Las dos naves laterales fueron escondidas tras un par de muros falsos.

Transcurrieron dos siglos. Nadie volvió a pensar en aquellas columnas. En 1972, a raíz de la construcción del Metro, la parroquia fue sometida a un proceso de restauración: los encargados de dicha tarea detectaron, 250 años después, la

existencia de aquella «muchedumbre» de columnas de cantera. No las desemparedaron, sin embargo.

—Aquí hay algo único en América —me dijo, el día de mi visita, la encargada del templo. La seguí por la sacristía y por una serie de antiguos patios —lo único que queda de lo que fue el convento. La mujer abrió de pronto una puerta, me invitó a pasar a la parte trasera de los muros falsos, y me mostró las columnas. Estaban hechas con las piedras de los templos prehispánicos. Tenían labrados círculos, signos calendáricos y pequeñas flores, entre otros motivos vegetales. En ciertas zonas mantenían los colores que alguna vez habían recubierto el *teocalli*.

Tacuba se independizó de Azcapotzalco en 1431. Se cree que ese año, a la muerte de Maxtla, el viejo poder de los tecpanecas se trasladó a Tlacopan. Durante el siglo previo a la llegada de los españoles floreció en Tacuba el señorío que formó, con mexicas y texcocanos, la Triple Alianza.

No sé lo que sentí. Esas piedras habían formado templos, y esos templos habían coronado el paisaje de una región florida y rodeada de agua. Ahora estaban en un recinto oscuro, detrás de unas paredes, sosteniendo una iglesia en ruinas.

Pensé en el ahuehuete de Tacuba. Las piedras de los templos que vio caer después de la Conquista fueron arrastradas hasta este sitio. Los fieles de la parroquia de San Gabriel las habían contemplado durante doscientos años, mientras a aquel ahuehuete se le caían y luego le retoñaban las hojas.

Fotografié las columnas. Había seis o siete siglos encerrados en ellas. Las habían visto tantos ojos y las habían tocado tantas manos. Venían de muy atrás, de un mundo que no sospechamos.

Caminé como un borracho hacia los parajes desolados bajo los puentes, el escudo infranqueable de camiones y microbuses en cuyos radios, como siempre, tronaban cumbias y reguetones.

Las esculturas más feas de la ciudad

PARA CONMEMORAR UN SIGLO de la muerte del Benemérito de las Américas, el gobierno de Luis Echeverría encargó a dos artistas, Luis Arenal y Lorenzo Carrasco, la construcción de lo que conocemos como la Cabeza de Juárez. De ese modo legó a la ciudad una de las intervenciones urbanas menos afortunadas de la historia. Inaugurada en 1972, burda, antiestética, descomunal, la Cabeza de Juárez se convirtió en emblema del burdo, antiestético, descomunal oriente capitalino. En lugar de embellecerlo, parece aplastarlo. Es como una bola de plastilina que algún niño descuidado hubiera arrojado desde el cielo. El episodio demuestra que, desde que el ornato público pasó a formar parte de las funciones del Estado, es posible tener ciudades inundadas de representaciones artísticas que, lejos de honrar a los héroes, mueven a mofarse de ellos.

En 2010, el entonces delegado en Tlalpan dispuso la instalación de tres esculturas de Enrique Walbey en el camellón de Acoxta. Las esculturas se llamaban «Tlalpan avanza», «El triunfo de Tlalpan» y «Clamando justicia». La reacción de los vecinos fue tan radical que pareció que, en lugar de triunfar y avanzar, la delegación se hundía en un pantano. En las redes sociales, a la obra de Walbey se le asestaron estas frases: «Estatuas humanoides horrendas», «basura pseudo-intelectual», «cochinadas», «favor de retirarlas y fundirlas como fierro viejo». Atravesé la ciudad para contemplarlas.

Según un boletín de la delegación, Walbey había presentado «seres humanos llenos de defectos que están cargados con una tremenda carga de energía (*sic*) que inquieta a quien las mira». Yo sólo encontré personajes a medio hacer, provistos de grandes barrigas e inmensos glúteos. No entendí por qué Tlalpan triunfaba. Me quedó claro que es bueno que el arte inquiete, pero no hasta ocasionar infartos.

En el siglo XIX, los liberales quisieron romper con los símbolos del poder hispánico y forjar una tradición propia: crear una memoria nacional. Por eso Reforma se llenó de estatuas: los espacios públicos recibieron la tarea de crear la identidad cultural, y a los ciudadanos se nos impuso la obligación de incluir a los héroes en nuestros hábitos visuales. No es posible salir a dar un paseo sin que un Zapata venga a recordarnos de quién es la tierra. El problema, sin embargo, es que México no es el París de Haussmann.

En 1891, la colocación de los Indios Verdes a la entrada del Paseo de la Reforma desató fuertes manifestaciones de repudio. Las efigies de Ahuizotl e Itzcóatl fueron tachadas de «ridículos y antiestéticos muñecotes». Para colmo, cuenta la leyenda, se

pusieron verdes tras la primera lluvia. Representaban, en realidad, un pasado que se despreciaba. La dictadura de Díaz amaba a los héroes patrios pero no al punto de permitir que rompieran la armonía europeizante de la calzada, así que los desterró al pueblo de Jamaica, entre otras cosas, para que nadie los viera. Con *El Caballito* del escultor Sebastián, una vulgar papirola de metal que lleva años burlándose de nosotros, los Indios Verdes y la Cabeza de Juárez formaron la peor trilogía del arte por encargo. En la esquina de Reforma y Rosales, la obra de Sebastián —de un amarillo que sobrecoge— pretende continuar la asociación afectiva que el verdadero Caballito, la estatua ecuestre de Carlos IV, dejó en aquel espacio.

La muerte del candidato del PRI a la presidencia, Luis Donaldo Colosio, agregó a la urbe otra pieza aterradora: el busto, en la contra esquina del Campo Marte, de lo que parece un cantante de canciones rancheras.

¿Quién decide el gusto en esta ciudad? He visto un monumento al perro callejero en Insurgentes, una rana cantora en Bolívar, una representación del Sereno que parece, en realidad, la estatua del Príncipe Valiente. Al escribir estas líneas, me ataca esta duda: ¿qué hace una efigie bronceada de Cantinflas junto a la entrada de urgencias del Hospital Obregón? ¿Les dice acaso a los accidentados: «A volar, joven»?

La entrada del Hades

HALLÉ LA SIGUIENTE ANOTACIÓN en un libro olvidado: «La entrada al inframundo se encuentra en la Ciudad de México, a un costado del cerro de Chapultepec, en el sitio en donde se abre la “Casa del Maíz” o cueva de Cincalco».

Cincalco es la gruta legendaria en la que, «asustado lo más del mundo», Moctezuma II quiso esconderse el día en que le avisaron que venían los españoles.

En 1974, Gutierre Tibón encontró el acceso bajo una losa. Lo acompañaba el administrador del bosque, Enrique Wiechers. «Echamos en el acceso papel encendido y vimos la entrada a una galería que se interna en el cerro. Dos de los más viejos jardineros del bosque afirman haber pasado hace años por la galería y haber llegado a una cueva que se interna debajo de la cúspide del cerro».

En el amanecer de la historia, los primeros pobladores de Chapultepec hallaron al pie de ese cerro un sistema de manantiales a los que atribuyeron propiedades curativas. Gutierre Tibón lamentó que las autoridades hubieran sellado la entrada de la gruta mitológica, en lugar de emprender un serio trabajo de exploración en un sitio arqueológico que ya medio milenio antes de Moctezuma los toltecas consideraban sagrado. ¿Qué fantásticas ofrendas podrían hallarse en la gruta?

Decidí visitar Cincalco. Tomé una libreta y una pluma, equipaje más exiguo que el del sentimental Sterne, y atravesé la ciudad en lenta peregrinación. La cueva se halla en uno de los rincones del bosque menos frecuentados. En las laderas del cerro aún pueden verse los petroglifos en los que Moctezuma II dejó la única imagen que poseemos de él, y que el rabioso Zumárraga picoteó con saña religiosa hasta dejarla casi irreconocible. Ahí se encuentra también el antiguo monumento a los Niños Héroes: no el que figura en las fotos y las postales, inaugurado en 1947, sino el otro, modesto y desconocido, que el presidente Manuel González hizo levantar en 1882.

El silencio es casi total, las hojas caídas de los árboles se espesan. En esa atmósfera atrial, casi de recogimiento, aparecen, primero, los restos del anciano depósito de agua que alimentó a la ciudad en la época colonial: el punto de partida del llamado acueducto de la Tlaxpana, cuyos novecientos arcos fueron demolidos en 1892; luego, al doblar un recodo, el cadáver legendario del ahuehuate al que los alumnos del Colegio Militar bautizaron como El Sargento: un árbol que Nezahualcóyotl sembró hace medio milenio y que en 1969 las autoridades del bosque dejaron morir por incuria.

Ingreso al espacio que Salvador Novo bautizó como el Audiorama: un sitio para

la lectura y la contemplación, rodeado de flores y árboles, de no más de treinta metros de diámetro. Se oye música clásica: la *Pastoral* de Beethoven. Al fondo encuentro, al fin, la cueva de Cincalco. La música, la gente que lee, la belleza y la frescura del lugar, el silencio quieto del bosque, hacen que el sitio conserve algo de su antiguo carácter sagrado. Esos viejos que dormitan en las bancas con sus libros abiertos son los modernos guardianes de la gruta.

En la *Historia Tolteca-Chichimeca*, en los *Anales de Cuauhtitlán* y en la *Leyenda de los Soles* se relata que Huémac, rey de los toltecas, se ahorcó en esta cueva cuando un intenso calor hizo en Tula se quebraran hasta las piedras y los augurios señalaron que «se acabaría el tolteca». Es la misma cueva en la que quinientos años más tarde Moctezuma quiso esconderse de los hombres barbados: fue aquí donde pidió permiso a Huémac, transmutado en señor del inframundo, para bajar a servirle «de barrendero y de criado».

No hay en la ciudad otro lugar así. Uno no querría irse nunca. La misma *Pastoral* de Beethoven parece bajar la voz. Los rayos del sol caen entrecortados por las hojas, la brisa toca las ramas de los árboles.

Huémac le negó la entrada a Moctezuma: «¿A qué viene acá? No se puede sustraer a lo que está determinado». Le pintó el inframundo como un sitio de polvo y de sombras: «Aquí todo es trabajo y miseria».

Paso la mañana allí, mirando la gruta sellada. Un par de horas más tarde, hago el camino de vuelta: el cadáver de El Sargento, el origen del acueducto, el monumento a los Niños Héroe, los petroglifos de Moctezuma. Desciendo por los peldaños gastados del Metro Chapultepec. Hay un viento ficticio que azota los túneles. Ruge el Señor del Hades. El Metro es el inframundo.

Huémac se ha mudado de casa.

La esquina maldita

TRABAJADORES DE LA COMPAÑÍA DE Luz y Fuerza reportan el hallazgo, en la esquina de Argentina y Guatemala, de un monolito extraño: una figura prehispánica con el cuerpo desmembrado y cascabeles en las mejillas. Es el 21 de febrero de 1978. Una veintena de arqueólogos se apersona en el lugar. La figura es identificada como Coyolxauhqui, la diosa de la Luna.

La leyenda dice que Coyolxauhqui intentó matar a su madre, la diosa Coatlicue, para impedir el nacimiento de Huitzilopochtli. Huitzilopochtli, sin embargo, nació armado, combatió a su hermana y la despeñó desde lo alto del cerro de Coatepec. Por eso la diosa aparece desmembrada.

El hallazgo indica a los arqueólogos que están al pie de lo que fue el Templo Mayor de Tenochtitlan, el *teocalli* dedicado a Huitzilopochtli, que no es sino la representación simbólica de Coatepec. Por eso Coyolxauhqui yace ahí, desmembrada, justo al pie de las escalinatas.

El gozo del presidente López Portillo no conoce límites. Ordena que sean derrumbados los edificios coloniales de la zona, para que el Templo Mayor «salga a la luz de los mexicanos».

En la esquina de Argentina y Guatemala está la Antigua Librería de Robredo, que desde 1919 es la más acreditada del centro. Sus muros son los primeros en caer. Para entonces esta librería, fundada por Pedro Robredo, es propiedad de uno de los hermanos Porrúa: Rafael. La demolición le cae a Porrúa como bomba: sus bodegas contienen miles de ejemplares únicos: verdaderas joyas bibliográficas del tiempo colonial.

Rafael deberá desmembrar ahora ese acervo. Embodega algunos de los libros (terminarán arruinándose con los años) y con los más valiosos abre una pequeña librería en Havre y Reforma.

Pero esa librería caerá durante el terremoto del 85 y los títulos —todos los títulos— se perderán, despedazados bajo los escombros.

Los libros tienen vida propia. Aparecen y desaparecen. Piden ser llevados de un lugar a otro. Muchas veces vuelven, por caminos extraños, a su punto de partida.

El viejo palacio en donde se hallaba la Antigua Librería de Robredo fue habitado en el siglo XVII por el arquitecto Melchor Pérez de Soto, un maestro de obras de la Catedral que poseyó una biblioteca compuesta por más de mil quinientos volúmenes.

Esa biblioteca fue ejemplo y envidia de su tiempo. Pérez de Soto fue tenido por uno de los hombres más cultos del virreinato; en 1654 se le acusó de estar en

posesión de libros prohibidos y se le envió a las cárceles secretas. La biblioteca fue confiscada por la Inquisición.

Al ser apartado de sus libros, el erudito sufrió una «lesión imaginativa»: comenzó a escuchar voces y a ver figuras. Para paliar su soledad, los compasivos inquisidores le dieron como compañero de celda a un hombre «tocado de merarquía» (melancolía), que había llegado al tribunal acusado de invocar al diablo y utilizar el peyote para adivinar el futuro. Más tardó en entrar a la celda que en estrangular al infortunado arquitecto.

Mucho antes de que la librería de Robredo desapareciera, en esa misma esquina una biblioteca entera se había perdido.

Pedro Robredo se especializó en libros antiguos, raros y curiosos. ¿Cuántos de los mil quinientos libros que pertenecieron a Pérez de Soto habrán ido a parar a sus manos, es decir: habrán vuelto al lugar de donde salieron? Es probable que algunos: cuando la Inquisición desapareció, los bibliófilos del XIX se arrebataban de las manos los libros que el tribunal había confiscado.

En todo caso, hay algo en esa esquina que produce desenlaces trágicos. En 1566, cuatro siglos antes de que la librería de Robredo fuera demolida, en esa esquina vivieron los hermanos Alonso y Gil González de Ávila, jefes de una conspiración que intentó despojar a la Corona del gobierno de la Nueva España. Ellos tuvieron también un desenlace trágico: se les sentenció a morir decapitados en la Plaza Mayor y se ordenó que su casa fuera demolida y sembrada con sal, para que nada volviera a crecer dentro de ella.

Tras la muerte de los hermanos Ávila, en esa esquina no quedó piedra sobre piedra. Igual que ahora, en que no es más que un mirador que permite apreciar, varios metros abajo, un conjunto de ruinas mexicas.

Los Porrúa creen que la esquina está maldita. Atribuyen esta suma de desenlaces a una venganza. La venganza de Coyolxauhqui.

Epitafio de San Juan de Letrán

YA NO EXISTE «la viva y venenosa calle de San Juan de Letrán». Camino de La Nacional al mercado de San Juan, intentando encontrarla. Voy del Hotel Virreyes a la Torre Latino, del templo de la Purísima a la plaza de las Vizcaínas, del Edificio Rule a la Casa Rosalía; de ahí a la churrería El Moro.

Pero esa calle murió sin que nos diéramos cuenta. Se fueron las escuelas comerciales, las academias de danza, los escaparates que exhibían dentaduras postizas. Ya no están los vendedores de billetes de lotería, toques eléctricos, huevos duros, charales y chupamirtos para la suerte en el amor, que una tarde encontró José Emilio Pacheco. Ya no está la librería Zaplana, ni los alquiladores de cuentos de *La Familia Butrón*, gracias a los cuales se volvió escritor Vicente Quirarte. Se fue el cine Teresa, se fue el Club Social, se fue el pasaje subterráneo que alguna vez estuvo a la altura de 16 de Septiembre, en el que se vendían corbatas, calcetines, cinturones y tirantes.

Desaparecieron los fotógrafos del peatón, que te dejaban volver a casa con un souvenir de la experiencia urbana: tú caminando por la ciudad. Ya no está «el espacio por excelencia para el paseante», como llamaban en los años treinta del siglo pasado a la calle de San Juan de Letrán: la avenida que inauguró en México la modernidad urbana, la transfiguración de la ciudad en metrópoli. Ya no está siquiera el antiguo nombre de la calle: a éste también se lo llevaron, lo sustituyeron por la nomenclatura más horrible que pueda recibir calle alguna: Eje Central Lázaro Cárdenas.

En 1979, José Joaquín Blanco escribió el epitafio de San Juan de Letrán. Para este cronista, la antigua «Vía Blanca» de México, centro alguna vez del gran comercio, los grandes cines, los grandes espectáculos (zapaterías, camiserías, tiendas, cabaretes; Cinelandia, el Politeama, el Novelty, el cine Avenida), se convertía de modo inexorable en un espacio estridente de comercio «masivo y barato». Escribió Blanco:

Los «tristes y vulgarísimos burgueses», las «chicas de aire, caramelos y filmes americanos», las «juventudes ice cream rellenas de basura» del poema de Efraín Huerta ya no están en San Juan de Letrán, y sólo por milagro se aparecen en el centro. Viven ahora en suburbios elegantes, con sus plazas comerciales, discotheques, restaurancillos exclusivos. El centro, que fuera el ombligo del Nuevo Mundo alguna vez, del país, de la ciudad, ahora resulta —poco a poco abandonado por los poderosos— una abigarrada mezcla de nacos y burócratas enmarcados por una escenografía de polvo, smog concentrado, atroz calor seco (reverberante en densas y largas costras de carrocerías automovilísticas).

Pobre José Joaquín. De saber lo que vendría se hubiera suicidado. El sismo del 85 echó por tierra lo que no lograron derrumbar los empeños «modernizadores» del

regente Hank González: aquel 19 de septiembre San Juan de Letrán era un amontonadero de humo, polvo, escombros. A aquel paisaje de la devastación se agregaron en los años dorados del lopezobradorismo hordas de vendedores ambulantes que hicieron del Eje Central un mercado pavoroso al aire libre: tres y hasta cuatro hileras de puestos en cada banqueta, toldos que se sucedían sin parar, gritos, mugre, grasa: películas «pirata», lociones «pirata», cinturones «pirata», pantalones «pirata», juegos de video y programas de computadora «piratas».

Como decía Gutiérrez Nájera, el país ha mejorado desde entonces: López Obrador dejó la jefatura de gobierno y desaparecieron los toldos, las hordas de vendedores ambulantes. Lo malo es que en su lugar llegaron nuevas hordas de vendedores ambulantes, de las que no usan toldo pues su especialidad consiste en «torear» a las autoridades: ahora los ves y al segundo siguiente, ya no los ves.

Cambió también el giro comercial de la calle. Eje Central es ahora un tianguis tecnológico. En los edificios antiguos quedaron los letreros desvaídos de comercios desaparecidos: «Ferretería Aba». Algunas ventanas anuncian todavía «Venéreas, crónicas, hemorroides, impotencia / Dr. Odilón Gómez Latorre», pero en general el mundo antiguo se fue. Todo lo ocupa ahora una avalancha de anuncios con tema absolutamente contemporáneo: «Tablet», «Android», «Flexeo», «Desbloqueo», «Chip Telcel», «liberación», «software», «carcazas», «flexores», «combos», «audífonos».

Camino por ese mundo desconocido, por una ciudad que no es como la recuerdo y comprendo: una ciudad que no es la mía. Veo centros de mayoreo, grafitis, sex shops, «Cambio, compra y venta de celulares». Veo edificios antiguos con letreros de «WC». Hay ruido. El tramo clásico de la calle es un enjambre de gente que grita, que ríe, que tose. Leo: Plaza Central, Plaza Meave, Plaza de la Tecnología.

Decido alejarme. Lo hago con la cabeza baja porque llega el día en que una ciudad nos apabulla, y se nos viene encima.

El árbol de la abuela triste

RECUERDO UN TIEMPO en que el Árbol de la Noche Triste era un conjunto de ráfagas verdes y frondosas; en la ciudad de principios de los años setenta la gente aseguraba que la vida de este árbol histórico dependía de una sustancia extraña que le inyectaban cada mes para ayudarlo a mantenerse en pie y resistir el paso de los siglos. Los niños de ese tiempo no podíamos acercarnos a su sombra sin pensar en el mito de Cortés, llorando bajo sus ramas la muerte de sus hombres el 30 de junio de 1520.

Acabo de verlo hace unas horas. El árbol más famoso de la historia de México es ahora un cadáver calcinado, una estatua involuntaria de madera corrompida en la que el tiempo ha esculpido una forma que recuerda la garra de un muerto: la mano de un muerto que luchara por salir de la tumba y volver a la tierra.

Permítanme el recuerdo: cierta tarde, en la quieta plazoleta que lo rodea, dos hombres le arrebataron el bolso a mi abuela paterna. Yo presencié el forcejeo y crecí pensando que aquella pobre vieja era la segunda persona a la que le tocaba llorar al pie de ese árbol.

Recordé su llanto el 19 de enero de 1980, cuando la prensa anunció que el antiguo ahuehuate de Popotla había sido incendiado. Hubo dos versiones, que algún orate había lanzado a las ramas un cohete, y que los puestos de una feria cercana habían provocado un cortocircuito. El Árbol de la Noche Triste ardió durante más de seis horas, una pira gigantesca se llevaba para siempre uno de los grandes emblemas de la historia patria.

Aquella no era la primera vez que el árbol se incendiaba y mi abuela no fue tampoco la segunda persona que lloró bajo su fronda. Lo descubrí por azar en una hemeroteca. El 2 de mayo de 1872, la Ciudad de México preparaba el festejo por los primeros diez años de la batalla de Puebla. Un clima de nacionalismo exaltado inundaba las páginas de los diarios. Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano y otros héroes señalados de la Reforma, preparaban encendidos discursos.

A las ocho y media de la noche, relata Manuel Rivera y Cambas, una gigantesca columna de fuego fue vista hacia el poniente desde las calles del centro. Era como «un inmenso candelabro, que se veía en todo el Valle de México». La noticia corrió súbitamente. El gran símbolo de la resistencia azteca era devorado por las llamas. Una crónica de *La Patria Ilustrada*, firmada por Luis A. Escandón, refiere que más de cinco mil personas acudieron a Popotla con ánimos de sofocar el fuego. Entre ellas se hallaba José María Enríquez, quien pidió a los vecinos que se armaran con vasijas

y regaderas e intentó trepar a las ramas para combatir las llamas desde arriba. Aunque se recibió el auxilio de dos pipas enviadas desde la cercana Escuela de Agricultura, «nada propicio pudieron conseguir». El incendio duró toda la noche. «El que había cometido aquel sacrilegio histórico» —relata *El Siglo Diez y Nueve*— «tuvo buen cuidado de tomar sus precauciones: llenó el ahuecado tronco de estopas empapadas en petróleo, y esto y la cera de las abejas que anidaban allí, prestó al fuego sus fuerzas destructoras».

Según la crónica de *La Patria Ilustrada*, cuando José María Enríquez comprendió que no había nada que hacer, que había llegado el fin «de aquel titán que habían respetado los siglos», comenzó a llorar. Escribió Escandón: «Parece que ese árbol estaba destinado a ser testigo de las penas de los hombres y por segunda vez otro hombre regaba con el llanto el suelo que lo fructifica».

En *El Monitor Republicano* se relató que el cura de Popotla y el dueño de una zahúrda cercana fueron señalados como probables responsables del desastre. La gente «quiso aplicarles la Ley Lynch», cuenta Escandón, pero al final «nada pudo probárseles». Con el tiempo se impuso la versión de que el autor del incendio era «un extranjero resentido» que había querido tirarle un gancho al hígado al nacionalismo mexicano.

El viejo ahuehuete, sin embargo, se aferró a la vida. No había sobrevivido 351 años contados a partir de la Conquista para que unas cuantas horas de fuego y el odio de «un extranjero» —¿alguien maltratado por nuestros compatriotas en aquellos días en los que el país era víctima constante de los intereses foráneos?— lo borrarán así como así de la faz de la tierra. «Quedan aún las diferentes capas de la corteza, por donde puede circular la savia —apuntó *El Siglo Diez y Nueve*—. Hay esperanza de que se conserve el respetable monumento».

Verdaderamente, el árbol lo consiguió: fotografías de los primeros años del siglo xx lo muestran firme y venerable, cargado de años, de nudos, de hojas. Un siglo más tarde, el descuido, la estupidez, lo que se quiera, la barbarie, acabaron para siempre con aquel testigo del tiempo.

Atravieso la plazuela en cuyo centro se yergue el Árbol de la Noche Triste. De todos los sitios de la urbe, éste me pertenece legítimamente. Guarda para siempre la imagen de mi abuela llorando.

El sismo que se llevó una ciudad

EN LA CIUDAD DE MÉXICO ha temblado desde siempre, pero cada temblor llega como si fuera el primero. A fines del siglo XVII hubo un terremoto que según el cronista Antonio de Robles duró tres credos: aquello debió ser el pandemonium, si se toma en cuenta que rezar el credo lleva alrededor de un minuto. Y sin embargo, cuando volvió a llegar un movimiento telúrico de importancia, ya nadie recordaba los efectos del terremoto anterior.

Concepción Lombardo de Miramón cuenta en sus *Memorias* la llegada del terremoto de abril de 1845, que durante mucho tiempo fue considerado el peor en la historia de la ciudad. Edificios, torres, cúpulas: lo que no se vino abajo se dobló o resquebrajó.

Aquel terremoto provocó la instalación, en una plaza de la ciudad, del que fue tal vez el primer campamento de damnificados. Pero en términos generales, sufrir un sismo y después olvidarlo ha sido la historia de la capital. El terremoto de 1845 había sido olvidado cuando ocurrió el terremoto de 1911, conocido como «el temblor maderista» porque sucedió el mismo día en que el caudillo triunfante, Francisco I. Madero, llegaba a la ciudad en la que dos años más tarde sería asesinado.

Como la ciudad se empeña en olvidar sus tragedias, los diarios señalaron que el temblor del año once había sido el peor en la historia de la urbe. Tranquilo no estuvo: los derrumbes mataron a cientos de personas, y muchas otras quedaron atrapadas entre los escombros. La destrucción, el horror, la mortandad se extendieron sobre todo por San Cosme, Tepito, Santa María la Ribera y las calles comprendidas entre Avenida Juárez y Avenida Chapultepec: Revillagigedo, Victoria, Ayuntamiento.

En uno de los hechos, eso sí, más delirantes que se registran en la historia de la metrópoli, los mismos que lloraban a las seis de la mañana por el temblor fueron los mismos que a la una de la tarde vitorearon a Madero en Reforma, Juárez, San Francisco y Plateros.

Todo aquello se había olvidado en 1957, cuando una noche de sábado llegó el terremoto que derrumbó el Ángel. Unas personas que salían de una fiesta relataron a *La Prensa* el momento inolvidable en que la Victoria Alada de Enrique Alciati se desplomó, dejando sobre la base de la columna, sobre el césped y sobre el pavimento de Reforma, trozos de oro que brillaban a la luz de los faroles. Fue el horror. Cientos de edificios resultaron dañados, todas las construcciones del llamado Primer Cuadro perdieron los vidrios, y la radio relató, por vez primera, minuto a minuto, la tragedia de la gente que había quedado sepultada, el hallazgo macabro de cadáveres bajo

toneladas de escombros.

Así nos sorprendió veintiocho años más tarde, como si fuera el primero, el terremoto del 19 de septiembre: el sismo que se llevó una ciudad. En 1985 era lo suficientemente joven como para que dieran las 7:19 y yo siguiera en la cama. Hacía cosa de un año había comenzado a dar clases de literatura en una prepa de la colonia Roma. La Roma se había convertido desde entonces en mi segunda casa; me pasaba el tiempo en sus cafés, sus fondas, sus taquerías, sus bares —y cuando llegaba el caso, en sus hoteles: el Milán, el Roma, el Monarca.

Aquel jueves tenía libre la mañana. Me había quedado de ver con un amigo, no sé si a las dos o a las tres de la tarde, en el Vips del Metro Insurgentes, para tomar café. En aquellos años tomábamos café hasta quedar al borde del llanto. No fue la sacudida la que me expulsó de la cama, sino los gritos destemplados de mi hermana. Había comenzado el terremoto que arrancó de cuajo manzanas enteras y se llevó, no sé, lo hemos repetido tanto, el mundo antiguo: el Hotel Regis, el Centro Médico, el Hotel del Prado, el Superleche, los multifamiliares Miguel Alemán, el edificio Nuevo León, varias secretarías y otros edificios de gobierno, un millar de construcciones de Tlatelolco, la Roma, la Juárez, Tepito, la Guerrero, el Centro.

En 1985 era también lo suficientemente inconsciente como para volver a meterme en la cama después del temblor. Se había ido la luz. Así que no había tele ni radio. Mi madre alcanzó a llamarnos y nos dijo que había visto caer un edificio. No le creímos, porque ella tiene un sentido dramático que le hace siempre exagerar las cosas. Después de su llamada nos quedamos también sin teléfono.

Me puse a leer una novela, aislado en la burbuja de la casa familiar. Unas horas más tarde, uno de mis tíos tocó la puerta y nos describió, no el último libro de la Biblia, pero sí algo semejante a él. El Apocalipsis. «La ciudad está paralizada. Hay derrumbes por todos lados», nos dijo.

Tomé una bicicleta. Aquel tío me dio la encomienda de ir a las casas de todos y cada uno de mis familiares para constatar si estaban bien. Comencé a pedalear. Creo que lo primero que vi fue el inmenso titular de la edición vespertina de *Ovaciones*. Su elocuencia era aterradora. Decía, simplemente: «¡Oh, Dios!».

No he olvidado aquel día. Durante muchos años lo recordé diariamente. Durante muchos meses me fui a dormir con la luz encendida, para poder ver si la lámpara del techo se mecía. Nadie en la ciudad estaba listo para ver lo que vimos. Robo la frase de un amigo: era como si la ciudad entera se hubiera suicidado.

Pedaleé de aquí a allá durante ocho o nueve horas. De San Cosme a la Juárez, de la Juárez a la Roma, de la Roma al Centro, del Centro a Coyuya, de Coyuya a la Anzures. No voy a decir nada de eso. Pero hubo un momento en el que no supe dónde estaba, porque todos los referentes cotidianos habían desaparecido.

Oí gritos bajo unas piedras en Álvaro Obregón, y vi una foto de boda que emergía entre unos escombros. Pasé junto el edificio derrumbado donde vivía un amigo: él también había sido lo suficientemente joven como para seguir en la cama a las 7:19,

pero a diferencia mía, no supo nunca lo que ocurrió: no pasó los 28 años siguientes con todo aquello metido en el sótano de la memoria.

Volví a mi casa en San Cosme, sirenas, tráfico, olor a gas. Pasaban de las nueve de la noche. En Reforma, parado en una esquina, estaba Octavio Paz. Pasé como una ráfaga, pero no he olvidado sus ojos. Me explicaron todo. Ahí estaba la tragedia, la muerte, el horror.

❖ 1996 ❖

Elegía por el cine Cosmos

EN LA VIDA DE TODOS hay una sala de cine guardada bajo la alfombra. En el reparto de ofertas que la ciudad nos destina, a mí me tocó un palacio de la México-Tacuba: el legendario cine Cosmos.

Abandonado desde 1996, ahora cuelga en su fachada una manta que anuncia su venta. La religión de las sombras que durante medio siglo congregó en sus butacas multitudes expectantes se volverá una torre de departamentos, un edificio de oficinas, acaso otro centro comercial. Fernando Pascual dice que en la Ciudad de México, los recuerdos se vuelven pavimento.

El recuerdo más lejano que tiene mi padre viene del día en que el cine Cosmos se incendió. Terminaba 1946 y los coches eran voluminosos como tanques de guerra. Una noche, la gente del rumbo escuchó gritos y sirenas. Los niños salieron de las casas a mirar las llamaradas. Uno de ellos era mi padre.

Al Cosmos lo había diseñado Carlos Crombé, un arquitecto que elevó la construcción de salas de cine al rango de arte. Crombé era autor del Colonial, el Odeón, el Alameda, el Olimpia. El techo del Colonial simulaba un cielo plagado de estrellas, que empezaban a brillar cuando las luces se apagaban. Antes de su inauguración, el Cosmos fue anunciado en los diarios como la sala más moderna que habría en la capital. Cinco mil butacas de piel, mármoles y herrerías, temperatura graduada «científicamente» y un adelantado equipo RCA de proyección sonora. La noche anterior a la inauguración, mientras alguien probaba el sistema eléctrico, una chispa prendió los plafones de celotex. Según *Excélsior*, en menos de dos horas el edificio bramaba envuelto en llamas: «Cerca de cincuenta mil personas querían tomar posiciones para presenciar a su sabor el espectáculo dantesco».

El empresario Jesús Grovas perdió una fortuna valuada en tres millones de pesos. Le tomó dos años reinaugar el cine. Pero el nuevo Cosmos no era ni la sombra del que se había llevado el fuego. Regresó convertido en una sala de segunda donde se proyectaban filmes que habían brillado lustros atrás.

Lo cual no importaba, porque su público, reclutado en las vecindades de Santa Julia, y entre los alumnos del Poli, la Normal de Maestros, la Esca y el Colegio Militar, aullaba como si aquellas cintas acabaran de triunfar en Cannes.

La «permanencia voluntaria» llegó a México en 1909, como una novedad impuesta por el Cinematógrafo Cine-Club, en la esquina de Cinco de Mayo y Motolinía. Pero yo sospecho que la «permanencia voluntaria» no causó nunca en otro cine el furor que provocaba los domingos en el Cosmos: tres películas en la función

matutina y otras tres en la función de la tarde. Todo, por \$1.50.

Recuerdo los domingos del Cosmos: butacas con la borra y los resortes de fuera, tortas de jamón o de queso de puerco apiladas en la barra de la dulcería, escurrimiento de líquidos indefinibles, que hacían rechinar las suelas del zapato. Y allá, en la pantalla Cinemascope, *Los siete magníficos*, *Shane el desconocido*, *Los doce del patíbulo*, *El Halcón Maltés*, *Los cañones de Navarone*.

El primer trabajo que recuerdo fue conseguir \$1.50 para pagar la entrada al Cosmos. En la dilatada alfombra de mi vida, esta sala fue una manera de entender la ciudad y de ver el cine. Paso ahora por las ruinas del Cosmos y recuerdo esas películas «cortadas» que parecían ruinas de otro mundo, esa pantalla inmensa en la que los filmes se incendiaban de pronto, volviendo el lunetario un manicomio.

Imagino al niño que fue mi padre viéndolo arder esa noche en que la Ciudad de México le entregaba el primer recuerdo imborrable, la primera aventura.

He dicho que en 1946 los autos eran como tanques. Lo que no dije es que a mi padre le gustaban los refrescos Pingüino, que Hermann Goering se había envenenado en Nüremberg, que acababa de inaugurarse el Hotel del Prado, que el restaurante Tampico no tenía siquiera un año de vida, que María Luisa Landín era la estrella principal de *La Hora Nescafé*, que Arturo de Córdova había sido aprehendido en una redada efectuada en un casino clandestino, y que Tin Tan estrenaba su primera película importante: *Hay muertos que no hacen ruido*.

La casa en la que mi padre y yo vivimos alguna vez está abandonada. Se va volviendo una ruina. Un día amanecerá convertida en pavimento, y lo mismo ocurrirá muy pronto con el Cosmos. Ese día levantaré la alfombra..., y ya no habrá nada.

Novelas rosas en la ciudad gris

LA CONSTITUCIÓN TIENE UNA PLAZA; las madres, un monumento; la Independencia, una columna. La ciudad abre espacios donde puede celebrar lo que dicta el calendario. Pero la ciudad no ha encontrado nunca dónde meter el amor: desterrado de las calles por los excesos demográficos que han llenado el mundo de mirones; ahuyentado de las plazas y los parques por los criminales, los ambulantes, los subempleados que los gobiernan; imposibilitado, a causa de la crisis, de ocupar una mesa en el Vips o comprar una tarjeta en el Sanborns, el amor corre por Chapultepec como un viejo perro apaleado. No le queda más que esconderse en los rincones solitarios del bosque, las hondonadas sombrías que rodean al Castillo.

Viene el 14 de febrero de 2002: me piden una crónica para la revista en la que escribo. Carlos Monsiváis me sugiere: el Día del Amor en Chapultepec.

Y ahora estoy a las afueras del Metro. Es la hora en que se tuerce el camino que conduce al salón de clases, o a la máquina fresadora, o a la ventanilla de trámites, o a la rigidez del cuartel, acaso a la soledad de la escoba. Es la hora en que los estudiantes de secundaria, los obreros, los burócratas, los soldados y las sirvientas se hunden bajo los árboles frondosos, o esmirriados, para vengarse de una ciudad que sólo destina al amor una triste hoja de calendario.

Es 14 de febrero: corre por Chapultepec el amor y se hace de cualquier manera. Entre las «bicicletas acuáticas» que inundan el lago verdoso, entre los puestos que ofrecen cornetas y máscaras de luchadores, entre los fotógrafos ambulantes que pese al crecimiento de la ciudad han logrado mantenerse en el mismo sitio, y entre los raspados de sabor «rojo» y los expendedores de llaveros en forma de corazón. Entre los gordos practicantes de jogging —que intentan comenzar el día creyendo que se han vuelto mejores—; entre los acalorados vendedores de globos y las ardillas huidizas que devoran restos de pan junto a un puesto olvidado de hot dogs. Ahí, bajo un cielo plomizo que pesa sobre el Castillo como el decorado de un cuento de horror, los enamorados de belfos sedientos y miradas vidriosas adiestran el 14 de febrero su rencor. Caminan por las avenidas del bosque como hace cinco siglos lo hacía Moctezuma para yacer con sus indias. Se tienden en la hierba alta, como alguna vez, en el clímax de su noche imperial, debieron hacerlo Maximiliano y Carlota. Ya no existen los viejos ahuehuetes, las flores exóticas, las aves multicolor que inspiraron versos de José Juan Tablada y Amado Nervo. El actual entorno luce tachonado de bolsas, de restos de fruta, de envases vacíos. La basura asoma bajo los árboles como flor nueva entre la hierba. Pero la peregrinación de San Valentín sigue encontrando en

el bosque de Chapultepec su idílico escenario. Ahí se repite y actualiza el diálogo que Usigli sospechó en *Corona de Sombra*:

Maximiliano: [...] Escapemos del imperio, Carlota.

Carlota: ¿Qué dices?

Maximiliano: Como dos prometidos o como dos amantes vayamos a caminar por el bosque azteca cogidos de la mano.

Si Lawrence Durrell habló de «la ciudad que se sirvió de nosotros como si fuéramos su flora, que nos envolvió en conflictos que eran suyos y creímos equivocadamente nuestros», en Chapultepec, ha escrito José Joaquín Blanco, el deber consiste en olvidarlo todo: repudiar a la ciudad enemiga y dejarse arrastrar por el anonimato. Mientras los adolescentes que se han ido de pinta juegan la primera *cáscara* de la mañana, y los niños que pasean con sus padres alborotan en torno de los vendedores de dulces, los alrededores del lago, de la calzada de los Poetas, de la Casa de los Espejos, comienzan a transformarse en antesalas amorosas que cambian el colchón por el pasto y hacen de Chapultepec «el hotel más democrático de México».

El perro ahuyentado de las calles encuentra entonces su sitio exacto. Los cuerpos se anudan sobre la hierba, las manos buscan fugazmente bajo las faldas y una muchacha lanza una risa desmadejada que se evapora bajo el sol, y finalmente se convierte en silencio. El silencio que envuelve las novelas rosas de la ciudad gris.

❖ 2005 ❖
El último Metro

A ESA HORA FLOTA EN EL AMBIENTE un aire de inquietud, de urgencia. En el andén vacío suenan pasos apresurados. La gente no se mira a los ojos. Son las 00:05. Está por pasar el último Metro.

Estación Sevilla: hay anuncios de escuelas de computación, de escuelas de enfermería, de escuelas de estilistas «internacionales».

En un pizarrón, hay también retratos de gente desaparecida, fotocopias donde la ciudad despliega sus misterios: «¿Le has visto?». Una bocina oculta deja escuchar — fúnebremente— *Las ruinas de Atenas*. Se han ido los limosneros y los vendedores ambulantes. Sólo quedan los últimos, los retrasados, los que tienen cara de agobio o de agotamiento, o de querer llegar a casa. Las fotos del pizarrón, sin embargo, parecen recordarnos que no todos lo conseguirán. ¿Dónde están esas personas?

El Metro adquiere en la soledad y el silencio la potestad de crear atmósferas fantasmales.

00:07. Una mujer con el uniforme sastre de alguna oficina mira hacia ninguna parte. Un hombre de ojos enrojecidos apoya la espalda contra el muro. Hay un militar vestido de paisano. Y sobre todo, jóvenes: jóvenes que muestran que el equipaje del metronauta moderno requiere de gorra, mezclilla, botella de agua y mochila al hombro.

Beethoven resulta inquietante en la desolación de este espacio. Uno casi agradece cuando *Las ruinas de Atenas* son sustituidas por algo de Los Churumbeles de España. Aparecen de pronto una mujer que carga un acordeón azul, y un sobreviviente de los años sesenta, con barba negra y gorra guevarista. Los dos tienen el aire de haber sobrevivido a una tragedia: es como si allá, afuera, la ciudad hiciera cosas para terminar con la gente.

Las llantas, el zumbido de las llantas y un olor a hule quemado, inundan la estación. En el último vagón, distribuidos en asientos azules, rayoneados, pegosteosos, viajan hombres de aspecto absorto. En el Metro, ya se sabe, se esmeran los silencios. Una mujer analiza en el reflejo del vidrio su propia imagen, para esquivar los ojos de los otros. Va también un hombre viejo, con sombrero de fieltro y chamarra de Chiconcuac, que dormita y sostiene entre las manos un arrugado fólder rosa. Los pasamanos se sienten cochambrosos. Acumulan el sudor, las huellas digitales que les imprimieron vidas atrapadas «en una sola identidad colectiva».

1891: en la novela *La Rumba*, Ángel de Campo describe el trenecillo que salía por las noches hacia el pueblo de Romita, transportando seres a los que el trabajo de

sol a sol había dejado vacíos.

1916: Julio Sesto rememora, en un libro de recuerdos, el tren eléctrico que a la caída de la noche partía rumbo a San Ángel, dejando en las esquinas bultos tristes, cuerpos ebrios, cadáveres semidormidos.

2005: el último Metro extiende hasta nuestro siglo esa tradición trituradora. Homogéneo, tumultuoso, abigarrado a las horas pico, el convoy se fragmenta a esta hora en seres distintos, hermanados sin embargo, por el cansancio, el abatimiento, la casi total ausencia de corbatas, la multiplicación de tatuajes y cabelleras erizadas, y por el desempleo, el subempleo, cualquier cosa que uniforme el aspecto.

En los andenes que van quedando atrás siguen apareciendo anuncios de escuelas de computación, de escuelas de enfermería, de escuelas de estilistas «internacionales». Son promesas de un futuro mejor, de empleos sin cansancio ni abatimiento. Trabajos que te permitirán no volver a viajar en Metro. Sin embargo, en esta hora de silencio y somnolencia, cae como losa una frase del maestro Monsiváis: «El que viaja con frecuencia en Metro ya carece de posibilidades de ascenso».

Las puertas se abren en la estación Insurgentes para recoger a los naufragos de la Zona Rosa. Una marabunta de novios, casi todos del mismo sexo, irrumpe en el vagón con algarabía. Nadie voltea a verlos. Lo único que importa es llegar, salir a la calle oscura, volver a respirar el aire frío. Agradecer que la realidad va apagando sus lámparas. Sentir que esta vieja díscola y aparatosa, la Ciudad de México, ha puesto punto final a la pesadilla de cada día y ahora se dispone a cerrar los ojos.

Por México-Tacuba, con amor y sordidez

MÉXICO-TACUBA es la calzada más antigua de América: tiene siete siglos de existencia. Es también una de las más tristes y abandonadas de la metrópoli. Cuesta creer que alguna vez estuvo poblada de huertas y rodeada de agua: que a lo largo de tres siglos sus alrededores fueron admitidos como «los más saludables de la capital». Recorrerla es un martirio. No importa si es a pie, en automóvil, en autobús o en micro. Uno encuentra una calle del atraso, con perfiles que parecen trazados a navajazos.

A México-Tacuba la arrasaron. El arquitecto Antonio Torres Torrija demolió en el porfiriato el histórico acueducto que le daba identidad, y que en los años de su permanencia, unos doscientos sesenta, dejó boquiabiertos a los viajeros que lo contemplaron. Con el acueducto cayó también la Fuente de la Tlaxpana, llamada de los Músicos (estuvo en Ribera de San Cosme y Circuito Interior), en la que unos ángeles de chiluca tallada minuciosamente tocaban instrumentos musicales, bajo el gran escudo de piedra de la ciudad.

El virrey de Guadalcázar concluyó el acueducto en 1620, un siglo después de la Conquista. No bastó con echar abajo un tesoro de los siglos: a México-Tacuba le demolieron también sus casas de campo, de las que sólo queda la de Mascarones, que el conde del Valle de Orizaba no acabó de construir, y que permaneció cerrada, a medio hacer, por más de medio siglo, a consecuencia de un enredado litigio (de ahí el carácter inacabado de algunos de los mascarones que ilustran la fachada).

La destrucción de aquellas fincas no fue suficiente. Quemamos dos veces el Árbol de la Noche Triste hasta hacer del ahuehuate centenario un trozo de carbón ennegrecido. Y es que en México-Tacuba iba a cumplirse lo que Artemio de Valle-Arizpe consideró la verdadera maldición de la ciudad: la pulsión de tirar lo único para levantar lo que puede encontrarse en cualquier parte.

Decido caminar, como quiere un libro clásico, *Por la antigua calzada de Tlacopan*. Asciendo por las gastadas escalinatas de la estación Tacuba. Imposible imaginar la risueña belleza que a este pueblo le atribuyeron ciertas crónicas. El templo de San Gabriel ha sido borrado, invisibilizado. Para observarlo, es necesario atravesar un abstruso paisaje de basura, un laberinto de costales, huacales y puestos ambulantes: en la segunda década del siglo XXI el rancio señorío de Tlacopan es un manicomio de gritos, de música que explota en los comercios, de gente que lucha por avanzar entre los ríos rojos y azules que forman los toldos que cubren las mesillas de comistrajos. Gruñen los taxis, los camiones, las combis y los autos. Todo lo que

parece reptar en el tráfico.

Me encamino hacia Popotla. No hay en la calzada un edificio que no haya sido dictado por la improvisación, la urgencia. Las construcciones son como cajas de zapatos con vidrios. De un lado y otro, letreros de colores chillantes, estridentes, que anuncian mueblerías, tiendas de ropa, zapaterías. A orillas de la banqueta hay puestos de jugos, y sitios de taxis, y paraderos de micros. Los perros beben de los charcos. Hozan la basura acumulada en las coladeras.

La calzada por la que huyeron los españoles la Noche Triste de 1520 no es una calzada recta. Se va curvando imperceptiblemente porque los aztecas la trazaron sobre un lago para conectar un archipiélago de islas pequeñas. Popotla fue una de ellas. Hubo otra: la Tlaxpana.

En el tramo que une actualmente estos dos islotes desaparecidos, aparecen la iglesia de Popotla, algunas casas antiguas —cada vez menos— y tres ejemplos de arquitectura del siglo xx: el Colegio Militar, la Escuela Nacional de Agricultura y la portentosa Escuela Nacional de Maestros. Esta última es un espacio abierto, reflexivo, majestuoso: Mario Pani lo soñó en 1947 (la Escuela Normal no puede sino ser obra de un sueño).

Un Toks se llevó para siempre el cine Tlacopan. El legendario Cine Cosmos, cerrado y en ruinas, parece un emblema de la calle entera. Todo está agobiado por el abandono. Hay polvo, más puestos, más micros. De algunas casonas de finales del porfiriato se desprenden aromas punzantes: son las taquerías de foco y perro, con molcajete de salsa espumosa; son también los cafés de chinos que predominan en el rumbo y las fondas de caldos cuya animación contrasta con la soledad, al otro lado de la calle, de la envejecida Casa León (reparación de licuadoras).

No puedo más. No visitaré la Capilla Británica, ni la tumba de los soldados invasores de 1847, ni el templo de San Cosme y San Damián; no recorreré el palacio que Tolsá levantó en Buenavista: no quiero pasar, de aquí hasta San Fernando, y luego hasta la Mariscala, entre paraderos, y puestos ambulantes, y casas destruidas.

Será otro día. No quiero ver los restos de un pasado que de modo indiferente le hemos entregado al polvo.

Tlatelolco, ciudad desconocida

A PRINCIPIOS DE 2009 aparecieron en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco un centenar de esqueletos en perfecto estado de conservación. Según el arqueólogo Salvador Guilliem, director del Proyecto Tlatelolco, eran los restos de un grupo de jóvenes indígenas asesinados en los años cercanos a la Conquista. Su edad rondaba los veinticinco años. Las osamentas presentaban contusiones en los brazos, las piernas, las costillas, el cráneo. Guilliem no sabía con certeza si se trataba de guerreros caídos el 13 de junio de 1520, el día que los mexicas presentaron la última resistencia en México-Tlatelolco, o si aquel cementerio era el vestigio de una ejecución en masa provocada, años más tarde, por un motín.

Además del crimen de entubar los ríos para legamos una ciudad de coches y de asfalto, Adolfo López Mateos cometió un atentado terrible contra la Historia: ordenar la construcción de 102 edificios y casi doce mil departamentos en el sitio donde alguna vez había existido el reino de Tlatelolco. A diferencia de su ciudad gemela, Tenochtitlan, en cuyas ruinas los españoles construyeron iglesias, colegios, palacios y otros monumentos, después de su saqueo y destrucción, los restos de Tlatelolco permanecieron intactos bajo la tierra. Aquella ciudad fue durante siglos un inmenso baldío sobre el que crecían casuchas que no hallaban asiento dentro de la traza urbana (el llamado Primer Cuadro). A finales del siglo XIX, la cercanía con Buenavista transformo esos terrenos en patios de ferrocarril, estaciones de carga y talleres ferroviarios.

Pese a los esfuerzos del arqueólogo Francisco González Rui, a quien le costó el empleo oponerse a la construcción de la Unidad Tlatelolco, las excavadoras barrieron sin contemplaciones las ruinas de una ciudad-espejo que tuvo la misma extensión que Tenochtitlan y contó, por ejemplo, con un Templo Mayor que excedió en altura al de la ciudad vecina: una construcción que despertó la envidia de Moctezuma, quien quería para sí el más grande templo dedicado a Huitzilopochtli.

Sabemos todos de Tenochtitlan. Ignoramos todo de Tlatelolco. El relato clásico indica que su fundación ocurrió trece años después del nacimiento de la capital mexica, debido al desprendimiento de un grupo que rechazó la forma en que los barrios de México-Tenochtitlan fueron repartidos. «Algunos de los viejos y ancianos, entendiendo que merecían más de lo que les daban y no les hacían aquella honra que merecían, se amotinaron y determinaron buscar nuevo asiento», escribe fray Diego Durán. Aquel grupo cruzó una laguneta que los españoles llamaron luego la Lagunilla, construyó una muralla que lo separara —y delimitara claramente su

frontera— y levantó una ciudad idéntica a la de sus hermanos: un espejismo, o mucho mejor, un reflejo de Tenochtitlan que parecía flotar sobre las ondas del lago. La rivalidad entre ambos pueblos persistió siempre. Pero a la hora final, lucharon juntos. Los tlatelolcas fueron los últimos en caer.

Todos lamentamos que los españoles borrarán Tenochtitlan de la faz de la tierra. Nadie derrama una lágrima por la destrucción de Tlatelolco. Sin embargo, el breve espacio que el gobierno de López Mateos accedió a conservar, la Plaza de las Tres Culturas, constituye una fuente de información que la capital azteca, sepultada desde 1521 por pesados edificios, raramente puede proporcionar.

Sigue existiendo el sol y no persistieron ni la gloria ni la grandeza de México-Tenochtitlan. Las osamentas descubiertas en las Tres Culturas viajan casi cinco siglos para relatarnos una historia. Son de alguna forma la prolongación de una lucha: la revancha de Tlatelolco contra el esplendor de la ciudad que logró oscurecerla y terminó por sacarla de los libros de historia.

La ciudad y los gays

TUVIERON QUE PASAR cinco siglos para que los gays abandonaran la vida subterránea a la que estaban confinados. Con los matices propios de una cultura que decidió fincarse en la homofobia desde que Nezahualcóyotl moralizó Texcoco a través de una ordenanza que mandaba sacar los intestinos a los homosexuales, hoy como nunca antes la visibilidad del subsuelo sexual ha dejado de ser incitación al escándalo. Aunque persiste el linchamiento de la jerarquía católica y se mantiene lo que Carlos Monsiváis llamó «la resistencia fundamentalista» de algunos sectores de la sociedad (acosos, desprecios, burlas, golpizas), en la Ciudad de México los gays han accedido a una serie de conquistas históricas, impensables hasta hace poco tiempo: por primera vez pueden casarse y se hallan amparados por leyes contra la discriminación; por primera vez en la historia de esta ciudad, resulta natural ver a dos hombres caminar de la mano.

Tras esa «naturalidad» se halla, sin embargo, el proceso en que se construyó el infierno de los homosexuales. La primera vez que un sector de la Ciudad de México salió masivamente del clóset, ocurrió de modo involuntario el 6 de noviembre de 1658. Ese día, catorce «sométicos» (esdrújulización novohispana de sodomitas, narra Salvador Novo en *Las locas, el sexo, los burdeles*), fueron quemados en una plaza pública bajo el cargo de «haber cometido unos contra otros el pecado de sodomía». La Inquisición había descubierto que todos ellos se hacían llamar con nombres de mujer —Cotita de la Encarnación, etcétera—, y habían recibido a más de un centenar de señorones de la sociedad novohispana en casas montadas «con todo aliño». Un viejo español, cuyo nombre quedó en blanco en el expediente, y a quien ellos llamaban Señora la Grande, les «servía de escudero, avisando un día a unos y otro a otros para que se aperciesen de recibir la visita, y era el que los concertaba, y después de la merienda los ponía en los puestos unos con los otros para ejecutar este pecado con toda liviandad».

La segunda salida del clóset, también masiva, también involuntaria, data de 1901: un gendarme descubrió que en una calle de la colonia Tabacalera se verificaba un baile misterioso. Amparado en las sombras, comprobó que aquél era un baile de hombres solos y que buena parte de los asistentes se hallaban travestidos. La policía aprehendió esa noche a cuarenta y un personas, entre los que «había capitalistas y otras personas de posición encumbrada, pertenecientes a familias muy distinguidas» (*El Imparcial*, 23 de noviembre de 1901). Era el porfiriato: los hijos de aquellas familias distinguidas fueron protegidos con una cortina de silencio; otros veintidós

detenidos fueron enrolados en el ejército y enviados —entre una multitud que los siguió hasta la estación del ferrocarril lanzándoles injurias y proyectiles— a hacer trabajos de zapa para el ejército que combatía en la Guerra de Castas. El escándalo provocó la satanización en la cultura popular del número «41», y condenó a los homosexuales a encerrarse en sus propios guetos, de los que sólo salieron para ser exhibidos como bufones o como escorias (hay que ver la manera en que los trató la Época de Oro del cine mexicano).

En el México postrevolucionario, de políticos empistolados y machos a la Pedro Armendáriz, la salida más importante del clóset fue absolutamente voluntaria. El primer personaje público que ostentó su homosexualidad fue el escritor Salvador Novo. Como afirman los clásicos: Novo hizo del amaneramiento una proclama. Mientras otros artistas se veían obligados a expresarse en clave —el compositor Gabriel Ruiz fue uno de ellos: nos hizo cantar «boleros de amor» cuyos destinatarios nadie imaginaba—, Novo se exhibía en la calle, asombrando, irritando, provocando (con sus pantalones blancos, sus zapatos blancos y sus cejas depiladas). Aquel escritor asumió su preferencia sexual de un modo feroz: gracias, entre otras cosas, a su vasta cultura, su prosa finísima y destellante, su maledicencia proverbial, logró convertirse en un personaje temido, respetado, *tolerado*. Salvador Novo se impuso en el poder cultural y fue aclamado como el gran cronista del siglo xx mexicano. Carlos Monsiváis considera que esa aclamación unánime abrió, tal vez, el primer gran boquete en nuestra cultura homofóbica.

Fue necesaria, sin embargo, la derrota del régimen de la Revolución, fueron necesarios cuatro gobiernos de izquierda (los tres primeros, y sobre todo el tercero, no se atrevieron a abordar el tema), para que los gays pudieran caminar del brazo y por la calle. Novo se fue hace ya cuarenta años. Un espléndido libro coordinado por Miguel Capistrán y Michael Schuessler, *México se escribe con J* recoge sus aportaciones y narra, desde el cine, el teatro, la música y la literatura, la manera en la que los gays representaron su mundo. Esa crónica de un largo viaje por el país de la noche constituye el primer intento colectivo de narrar la historia de la comunidad gay en México.

Los piratas del boulevard

CON LA APERTURA, hace unos años, del corredor peatonal Madero, las autoridades capitalinas devolvieron a la ciudad una tradición centenaria, «boulevardear» por Plateros: una costumbre que según Carlos González Peña a partir de los años treinta el uso del automóvil había desterrado «para siempre». Los habitantes de la capital institucionalizaron el paseo a lo largo de esa calle desde el siglo XVII. Esa forma de habitar la ciudad era sólo un recuerdo que poblaba ciertas crónicas. En 2010, la instalación de bancas, luminarias, bolardos, macetones y árboles de sombra permitió la recuperación de uno de los espacios más significativos de esta metrópoli: el kilómetro lineal que durante doscientos años fue conocido como «el paseo de Plateros».

Los nobles del virreinato eligieron el conjunto de edificios señoriales que se extendía entre la Plaza Mayor y el convento de San Francisco para recrearse con el espectáculo de sí mismos. Todos los días, como a las cuatro de la tarde, iniciaba el desfile de hombres a caballo y coches «llenos de mancebos, damas y ciudadanos, para ver y ser vistos, cortejar y ser cortejados». Encajes de oro y plata, medias de seda, «rosas en los pies y espada a un lado». En el tiempo que siguió, de José Joaquín Fernández de Lizardi a José Juan de Tablada, pasando por Manuel Payno, Guillermo Prieto, Manuel Gutiérrez Nájera. Amado Nervo, Luis G. Urbina y Ciro B. Ceballos, no hubo cronista que se resistiera a narrar el escaparate, el muestrario, el teatro mayor de la representación social que era la calle de Plateros: una sucesión de tiendas de moda, bares, restaurantes y cines, en donde los habitantes de la urbe se hallaban, mezclaban, confundían: un punto de encuentro legendariamente auspiciado por instituciones como el Salón Rojo, el restaurante Gambrinus, la joyería La Esmeralda, la pastelería El Globo, el lujoso Hotel Guardiola y el café de La Concordia, entre otros.

Gutiérrez Nájera hizo de esta calle el escenario de sus versos más repetidos («Desde las puertas de La Sorpresa / hasta la esquina del Jockey Club...»). Ramón López Velarde trazó su derrotero de un plumazo: «Plateros fue una calle, luego una *rue* y hoy es una *Street*». Escribe Carlos González Peña:

«Ir a Plateros» era en México un rito del que no se podía prescindir. Allí se daban cita desde el empomado «fiff» que iba en pos de ocasión matrimonial que sacase de apuros su distinción sin dinero, hasta el hombre de negocios que entre charla en la esquina y copa de las once en el bar próximo se las entendía para ir medrando. El fisgoneo de escaparates, para el bello sexo, y, para los hombres, la contemplación y hasta el posible requiebro del mujerío, ocupaban horas y horas... Hasta un poco entrada la noche, no cesaba el desfile de

carruajes.

El espejismo acentuaba su brillo al atardecer, durante la llamada «hora verde» en recuerdo del ajenjo y de Musset. Ciro B. Ceballos cuenta en sus *Memorias* que los jóvenes «boulevardistas», verdaderos piratas del paseo, se plantaban en las esquinas durante horas para admirar, aunque fuera un instante, el paso de la «pléyade de luceros» que, tocadas con enormes sombreros adornados con plumas de avestruz, alumbraban los anocheceres porfirianos.

La irrupción del automóvil, «el humo insano de su prisa», según la descripción de Carlos Fuentes, transformó la cadencia del paseo, aunque no pudo asesinarlo del todo. Su verdadera muerte la marcó la tormenta aulladora de la Revolución, el fin de la pretendida *belle époque*, la salida del país de las clases acomodadas. En 1914, Heriberto Jara impuso a la calle su nombre actual: Madero. La avenida conservó sus prestigios y fue durante décadas la calle más cuidada del Centro. Inevitablemente, sin embargo, el progreso se le vino encima: durante la segunda mitad del siglo XX era sólo un lugar de paso y no un lugar de encuentro.

Convertido hoy en corredor peatonal, democratizado por los caminantes, nuevos piratas del boulevard que sin las pretensiones parisinas de antaño «escapatean» en las tiendas, este antiguo paseo ha trazado el cuadro de costumbres más vivo, más reciente, más inédito de la urbe.

La demolición del cine Teresa

EL PAÍS ESTABA MUY ATENTO a la inauguración del Mundial. México jugaba contra Sudáfrica. Ese día, el investigador Miguel Ángel Morales descubrió que se está llevando a cabo la demolición del cine Teresa: el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de una generación formada en las viejas salas de cine, y que éste no era el primero, sino el más reciente de una serie infinita de cambios.

En la antigua San Juan de Letrán, la avenida de la que no es posible hablar sin traer a cuento los dos adjetivos patentados por Efraín Huerta —«viva y venenosa»—, el cine donde en 1942 el ingeniero Francisco Serrano introdujo el *streamline*, la última vertiente del *art deco*, la primera aparición de lo aerodinámico en México, fue remplazado por un mediocrazo centro comercial que amontona lo único a lo que los capitalinos parecemos tener derecho: la ropa, los tenis, los restaurantes corrientes.

Hace años, el reportero Juan Solís publicó una fotografía del día de la inauguración del cine Teresa. O más bien, de la noche de junio de 1942 en la que el cine fue inaugurado. Se proyectaba una película de Tyrone Power y Gene Tierney: *El hijo de la furia*. Los autos del tiempo de la Guerra se estacionaban en batería frente a la fachada iluminada. Hombres y mujeres con sombreros y pieles se formaban frente a la taquilla.

Los diarios de 1942 consideraban el cine como «el número uno de esta capital». En el vestíbulo había una reproducción de la Venus de Canova. Los pasamanos de la escalera eran de cristal. Había más de tres mil butacas. Según la publicidad, unas musas en relieve parecían volar sobre la sala «gracias a un efecto especial de la luz azul»: el espectáculo comenzaba en la calle, seguía con las imágenes proyectadas en la pantalla —la primera Cinemascope que hubo en México— y terminaba con la sensación de irrealidad que envolvía a los espectadores cuando la luz era encendida, y aquellas musas iniciaban el vuelo.

Por esa sala flotaron las imágenes consagradas a lo largo de medio siglo. *El salario del miedo*, la tremenda película del Hitchcock francés, Henri-Georges Clouzot, estuvo, por ejemplo, más de un año en cartelera (hubo llenos completos). En ese cine se cumplió el axioma de Cabrera Infante («A quien la cámara quiere también la quiere el público, y a quien no quiere la cámara la quiero yo»).

Cuando en los años ochenta comenzó el derrumbe de las viejas salas, el Teresa había perdido sus prestigios: películas de karate, películas mexicanas, películas de lo que fuera. En 1992 el cine estuvo a un paso de irse a la quiebra. De acuerdo con la

crónica de Juan Solís, Carlos Amador lo salvó: le entregó al propietario una dotación de películas porno, que le permitió seguir a flote durante los años siguientes. Basta un chapuzón en la red para constatar la curva de ese cine que en 1942 estuvo dedicado «a las damas metropolitanas» (las mujeres no pagaban) y medio siglo después pasó, de lugar de apoyos masturbatorio, a espacio preferencial de citas de sectores de la comunidad gay.

C IERTO TRÁMITE QUE NO VIENE a cuento detallar me condujo a las puertas de un estudio fotográfico de la colonia Roma. En la sala de espera, un muestrario cubierto de polvo mostraba las fisonomías airosas de medio centenar de retratados. La mayor parte exhibía copetes, solapas y corbatas que estuvieron de moda a fines de los setenta. Vi muchachas enigmáticas, a las que el tiempo habrá constituido, acaso, en seres entrados en años y en carnes. Aparecían adultos mayores, que muy probablemente hoy gocen de la paz de los sepulcros, y niños rubios, morenos, flacos o regordetes, que no parecían anunciar el desarrollo de alguna biografía despampanante.

Sentí que había ingresado en un templo del pasado. El reducto de otra vida, de otro tiempo, cuyas puertas sólo se entreabrían mediante la formulación de frases cabalísticas: «Seis fotos tamaño mignon», «dos fotografías tamaño infantil», «de frente», «de perfil», «de tres cuartos».

Mientras un maestro de bata desvaída colocaba sus luces y montaba las placas, comprendí que asistía a un rito terminal. El fin del Photo Studio.

Afuera, la ciudad se hallaba invadida por dispositivos, artilugios, aditamentos: cámaras metidas en teléfonos del tamaño de una cajetilla de cigarros; el ejército de maravillas de la era digital. Pero adentro, entre los grandilocuentes escenarios falsos del estudio, el fantasma de mis padres y mis abuelos ensayaba poses: ahí flotaba algo que convertía a la gente en objeto de culto de un altar doméstico.

En la segunda mitad del siglo XIX, Maximiliano de Habsburgo introdujo en México la pasión por el retrato. En la capital existían estudios fotográficos desde que Jean Prelier abrió el primero en el número 9 de la distinguida calle de Plateros; en tiempos de Santa Anna la fotografía había servido para que el Estado hiciera un catálogo de reos: el álbum de familia de la sociedad patibularia; ir a retratarse, como ir al dentista, acudir a un abogado o encaminarse a la tumba, era una de esas cosas que tarde o temprano uno tenía que hacer en la vida. Pero la fiebre que se vivió en el Segundo Imperio no tenía precedentes. Fijar en un trozo de cartón «la majestad de los rasgos», más que en una moda, se convirtió en la carta de naturalización de la vida en sociedad, el acta de matrimonio entre el individuo y el siglo que lo cobijaba. Imitando los usos de la corte, todo mundo comenzó a llevar en el bolsillo de la levita, y en el caso de las mujeres, en la pequeña, iridiscente bolsa de mano, un mazo de tarjetas de visita en las que, además del nombre, aparecía la efigie del propietario. La ciudad se vio inundada por aquellas tarjetitas en las que se manifestaban señores de aire

aristocrático y bigote alacranado, y evanescentes damas que apoyaban la mano en una columna rota.

Años después de la caída de Maximiliano, Ángel de Campo se burlaba en *El Imparcial* porque sus contemporáneos, aun aquellos cuyo aspecto debía obligarlos a llevar una existencia más modesta, seguían contando al menos «con tres ejemplares de su apariencia corporal: uno de busto, otro de cuerpo entero, y el restante en tropel».

«El retrato» —escribía— «es hoy una cosa tan común, como las faltas que comete la policía».

Durante el porfiriato funcionaron en la capital más de veinte locales dedicados al retrato. Los más señalados —digamos, el legendario estudio de los hermanos Vallete, en la segunda calle de San Francisco número 2— poseían recibidores, salones amueblados, catálogos de poses y elegantes vestidores en los que los clientes podían mudar de traje.

En *Fuga mexicana*, un libro clásico sobre la historia de la fotografía en México, Olivier Debrouse relata que en aquellos estudios, algo parecidos a los teatros, el maestro fotógrafo fungía como director de escena: sugería posturas, componía detalles, arreglaba con los dedos la cabellera de sus modelos. De aquellos establecimientos procede la tradición que ordena a los fotógrafos exponer en una vitrina, o a las puertas mismas de su negocio, los frutos de su arte. A Micrós le gustaba burlarse porque no era raro encontrar en aquellas antologías de la fisonomía mexicana, a charros empistolados posando en un salón estilo Luis XV, y a mujeres gordas que seguían, con las manos juntas, el vuelo de un tórtola.

En aquella edad perdida, un fotógrafo extranjero, Rodolfo Jacobi, hizo traer de Europa un contingente de artistas del retoque, a los que encargó la tarea de *fotoshopear*, como decimos hoy, las imágenes que él obtenía. El trabajo de los retocadores consistía en adelgazar las cejas, afilar la nariz, borrar de la superficie facial todo rastro de granos, barros y protuberancias. «Mejorar» el original fue un éxito paralelo de la fotografía.

En 1901, la American Photo Supply comercializó las primeras cámaras portátiles y desató una suerte de democratización de la imagen —el antecedente más remoto de Instagram— que llevó a los estudios a perder el lugar preponderante que habían ocupado en el mundo de la representación mecánica. Ya no era necesario acudir a un estudio en busca del espejo de uno mismo. «Apriete el botón, nosotros hacemos lo demás», rezaban los anuncios publicitarios que inundaban los diarios, las revistas, la ciudad.

Los fotógrafos se vieron obligados a recorrer las calles en pos de nuevas clientelas. Deambularon por la urbe, cargando sobre la espalda sus útiles de trabajo. Una crónica de *El Imparcial* los retrata en el instante de asomarse a las vecindades para gritar, con la misma tonada de los compradores de ropa usada:

—¿Personas qué retrataaaaar?

La reproducción industrial de la fisonomía quedaba, por primera vez, al alcance de todas las fortunas. Otra vez De Campo: «Por sólo unos reales» —escribió— «“salen” el perro consentido, el loro enjaulado ¡y hasta un niño muerto vestido de San José!».

La irrupción de la cámara Kodacolor, entre los años cincuenta y sesenta, selló el destino del Photo Studio como bastión de la fotografía oficial (pasaportes, cartillas, títulos, certificados) y oficina de registro de acontecimientos únicos (bodas, bautizos, XV Años). Como todo lo que desplazan las «nuevas tecnologías», los viejos estudios se volvieron vestigios del mundo del pasado. En las salas y los pasillos de las casas mexicanas, dejaron, sin embargo, memorias y genealogías. Álbumes familiares: «Emanaciones de lo ausente».

«¡Pajarito, pajarito!».

Hay una voz que se ha llevado el viento.

En la era del postdepartamento

BUSCO CASA. Desde hace varias semanas atravieso la ciudad con un periódico lleno de subrayados, de marcas, de indicaciones. Voy de norte a sur, voy al occidente, voy de un lado a otro. He adquirido la manía de anotar los números telefónicos que encuentro en los carteles que cuelgan de los postes. Todos esos números me ofrecen un futuro mejor. Por las noches, de los bolsillos de mi saco salen toneladas de pequeños papeles arrugados. Son los futuros mejores a los que no he podido acceder, o a los que no quiero tener acceso.

Creemos vivir en una ciudad, pero en realidad sólo «ejercemos» una mínima parte de ella. Eso lo demostró José Joaquín Blanco en una crónica extraordinaria.

En las colonias que he ejercido o estaría dispuesto a ejercer, una renta cuesta entre 12 y 15 mil pesos. No hablo de la renta de un departamento —decir «departamento» sería extremadamente generoso, y los caseros no lo son—, sino de un tipo de construcción que es el resumen, la síntesis de éste: el postdepartamento.

Nadie encontrará este concepto en la Real Academia Española (RAE), pero el postdepartamento es una cajita de zapatos, una cajetilla de cigarros de la que unos arquitectos —ellos sí, extremadamente listos—, dijeron un buen día: «Vamos a poner aquí una salita, una cocinita, dos recamaritas, dos closetcitos y dos lugares de estacionamiento».

He visitado decenas de estos sitios en la Roma, la Escandón, la del Valle y la Narvarte. A algunos de ellos tuve que entrar con la cabeza gacha, porque los arquitectos redujeron la altura de los techos a fin de tener a su disposición más centímetros que vender.

¿Y qué decir de los paisajes? Los paisajes son inolvidables: si no eres de los privilegiados que alcanzaron postdepartamento con vista a la calle (18 a 24 mil pesos), lo que verás el resto de tus días son los muros de concreto de un cubo de luz, o la sala y la recámara del vecino que habita el postdepartamento de junto.

De las ventas, mejor ni hablemos. Los especuladores de bienes raíces han hecho el gran negocio de sus vidas ofreciendo a la gente un destino de setenta metros cuadrados —que la gente se pasará pagando durante los siguientes veinte años.

El 20 de julio de 1902, Ángel de Campo escribe en *El Imparcial* el artículo titulado «Las viviendas rentadas». Rescato estos párrafos:

Los poseedores de bienes raíces piden por un alquiler precios exorbitantes, imponen condiciones sangrientas, arman con facultades vejatorias a sus cobradores, se niegan a emprender composturas, violan solemnes contratos y empujan a sus inquilinos a la vida nómada.

[...] ¿Puede llamarse hogar una vivienda interior de segundo piso donde el pavimento de mala duela se pudre y permite ver a vista de pájaro el baño de aseo mensual que se prescribe la señora del entresuelo? ¿Es hogar ese 8 bis separado del por un pasillo de cañería, y tan juntos que los vecinos tienen que transar para que la mesa de la cocina del uno ocupe parte de la sala del otro?

En ese tiempo había llegado a la Ciudad de México «una revolución arquitectónica y un golpe de muerte para las llamadas vecindades al estilo del país»: la era del departamento, que transformaba para siempre el sentido del espacio.

Ángel de Campo decía que si las vecindades tenían algo de diligencia —anchas, lentas, espaciosas—, los modernos departamentos parecían, más bien, un carro Pullman (en tiempos de De Campo, y aún en los míos, el pullman era un vagón de tren dotado con camas).

El 26 de enero de 1908, francamente escandalizado con el modo de vida que proponían aquellas construcciones, volvió a la carga: «Cuatro metros separan una y otra hilera de viviendas. Desde las ventanas del 12, un miope sin anteojos, puede ver hasta mojar la retina, lo que sucede en el “parlor” del 15».

Más entristecido que escandalizado, en 1962 un testigo de ese cambio radical en el sentido del espacio, Ernesto Espinosa Porset, hizo el resumen urbanístico de lo que había sido el siglo xx: «Las casas de departamentos, a las que se les viene dando el chocante, aunque correcto nombre de apartamentos, suplen a las típicas y tradicionales casas de vecindad. Se acaban las viviendas amplias y surgen las de techo bajo, privadas de aire y de luz y sin espacio donde los niños puedan jugar y correr».

Y sin embargo, esas viviendas privadas de espacio de las que se quejaban De Campo y Espinosa Porset son verdaderos palacios si se les compara con la oferta arquitectónica que inunda la ciudad que ejerzo. A este paso, en un siglo nos habremos convertido en ratas.

En elegantes ratas.

MANUEL TOLSÁ LE LLEVÓ veinte años concluir la Catedral Metropolitana: recibió la obra en 1793 y la terminó en 1813. Para entonces, las vidas de veinte arquitectos se habían consumido entre los planos, las piedras, los andamios, las inacabables torres del edificio.

La Catedral es la obra mayor del virreinato porque comenzó a ser construida bajo las órdenes de Hernán Cortés y no fue terminada hasta que la guerra de Independencia estaba en plena marcha, casi tres siglos más tarde. En su interior se encuentra —da vértigo pensarlo— el virreinato entero.

Aunque al hablar de ella vienen a la mente bóvedas, columnas, pilastras, altares, capillas y retablos bañados de oro —la Catedral visible—, en su interior habitan objetos poco conocidos por el público: extraños misterios que conforman su tesoro. Destaco sólo algunos.

- En la Capilla de las Reliquias (la más antigua: fue construida en 1615) se encuentran, por ejemplo, según un inventario realizado por Manuel Toussaint, dos cráneos de las «once mil vírgenes», varios huesos de San Vito y San Gelasio, y los cuerpos completos de San Primitivo y Santa Hilaria, santos martirizados por los romanos durante las persecuciones de Dioclesiano.

En esa capilla se encuentra también un trozo del *Lignum Crucis*, el madero de la Cruz, que algún Papa donó a la Nueva España en el lejano 1573. Aunque no existen datos sobre la ceremonia de su llegada, es fácil imaginar el revuelo que la aparición de aquellas astillas debió desatar en el mundo colonial. Una suntuosa procesión debió desfilar por la ciudad, acompañándolas al sitio en donde hoy se encuentran.

Esas y otras reliquias se hallaban guardadas dentro de espléndidos relicarios, en unos nichos, provistos de puertas, que fueron practicados en el retablo principal. En tiempos de la Reforma, los relicarios fueron vendidos. Las reliquias misteriosas, sin embargo, aún se conservan en la capilla.

- En 1660, la llamada Capilla de Nuestra Señora de Guadalupe fue entregada a la archicofradía del Santísimo Sacramento, una de las instituciones religiosas privadas más ricas e importantes de la época colonial. La archicofradía añadió a la capilla algunas salas interiores, a las que ocultaba un postigo: una puerta falsa. En ese sitio, los cofrades celebraban sus juntas. Cuando la archicofradía fue disuelta en tiempos de la Reforma, las salas que servían para las reuniones se convirtieron en bodegas. En 1973, Manuel Toussaint afirmó que a ese sitio había ido a parar una verdadera pinacoteca oculta: las pinturas que la archicofradía había reunido a lo largo de los

siglos. «La lista de las pinturas que se guardan ahí sería interminable», escribió. La idea estremece, porque entraña la noción de que la Catedral no es sólo lo que vemos: en ella se resguardan más de dos mil reliquias, pinturas y ornamentos, muchos de los cuales permanecen ocultos.

- En aquellas bodegas, escribió Toussaint, se hallaba, entre otras cosas, «una galería de retratos de cuerpo entero de los señores arzobispos de México».

José Damián Ortiz de Castro diseñó la fachada de la Catedral y en 1791 fue el arquitecto encargado de terminar las torres y colocar, mediante un ingenioso artefacto, las pesadas campanas. Su deseo de ser enterrado en el templo no se cumplió. En la Capilla de San Miguel hay un sepulcro vacío que lleva su nombre.

- En la Capilla de Nuestra Señora de las Angustias de Granada se encuentra un busto de San Felipe de Jesús, el primer santo mexicano, quien murió martirizado en Nagasaki en 1597. La leyenda asegura que el busto fue donado a la Catedral..., nada menos que por la madre del santo.

- En la Capilla de Nuestra Señora de la Antigua se encuentra una escultura de madera conocida como El Santo Niño Cautivo. En 1620, el dueño de la figura, Francisco Sandoval de Zapata, cayó en poder de los piratas berberiscos, quienes a cambio de su libertad pidieron un rescate de dos mil pesos. El rescate tardó siete años en llegar. Para entonces, Sandoval de Zapata había muerto. Los piratas devolvieron, sin embargo, la escultura del Niño Dios, que fue llevada a la Catedral, convertida desde entonces en protectora de los cautivos. La figura funge ahora como santo patrono de los secuestrados. Aunque el Niño Cautivo convive en la capilla con varias vírgenes y diversos santos, ha despertado en los últimos años el culto más solicitado de cuantos existen en Nuestra Señora de la Antigua.

Un provinciano en Reforma

ME DI CUENTA QUE Reforma se había vuelto irreconocible y recordé que uno de mis autores predilectos, Manuel Payno, afirmaba que un viajero que volviera a la ciudad tras una ausencia de diez años, difícilmente podría encontrar en ésta las huellas de su pasado. La calzada que trazó Maximiliano atraviesa la explosión inmobiliaria más significativa, acaso, desde su creación. Hoy, en el viejo paseo decimonónico existen quince o dieciséis rascacielos que arañan las nubes a la manera bíblica; los lugares del pasado se transformaron en complejos residenciales con gimnasio, alberca, spa. Hay hoteles de lujo y flamantes centros comerciales. A Reforma le cambió la cara en unos meses. Está más cerca del futuro que de nuestro tiempo.

Novo relata que en los años fugaces de su imperio, Maximiliano trazó con la mirada una línea que iba de la terraza del Castillo de Chapultepec a la estatua ecuestre de Carlos IV; imaginó una calzada anchurosa, con fuentes y glorietas, que conectara la residencia imperial con el Zócalo capitalino —y le evitara el demorado trayecto, de más de una hora, por una antigua calzada que en época de lluvias se volvía intransitable: la del Acueducto de Chapultepec.

El Cerro de las Campanas impidió que Maximiliano concluyera la calzada que pensaba bautizar como Paseo de la Emperatriz: el día de su ejecución sólo había un trazo elemental sobre el conjunto de pastizales (los ejidos de la ciudad) a los que el ganado iba a pastar desde hacía siglos. Aquel trazo tenía un carácter ecuestre y era para uso exclusivo de la corte imperial: el reglamento prohibía la entrada de carros, de bestias de carga..., y de gente de a pie.

Benito Juárez consideró impropio concluir aquel proyecto imperial: rebautizó el paseo con el nombre de Paseo Degollado y lo dejó en el olvido durante cosa de cinco años, en que finalmente lo abrió al público; debemos al olvidado Sebastián Lerdo de Tejada la culminación de la que iba a convertirse en poco tiempo en la arteria más bella de México. Lerdo le impuso a Reforma su nombre actual, y le colocó la primera estatua: la dedicada a Colón. La ciudad se lanzó de inmediato a la conquista del paseo: allí brotaron los chalets, las villas y las mansiones de los Scherer, los Braniff, los Limantour, los Manterola. Gutiérrez Nájera advirtió que la capital iba dejando atrás a los pobres, «parecida a la dama elegante que percibe un olor y recoge su falda de seda y sale aprisa de la iglesia», y anunció que México se uniría muy pronto a Tacubaya, «que lo espera como una novia espera al novio, con prendido de flores y con una rosa roja en el corpiño».

No hay cronista, desde entonces, que haya transitado por Reforma de manera impune. La calzada exige ser cronicada, narrada, admirada. A la llegada de Díaz, la dictadura empezó a perfilar en Reforma la narrativa de una nación —de la columna de la Independencia a las estatuas de los héroes liberales— que reconocía en las gestas del pasado la justificación histórica del presente. Don Porfirio hizo del paseo un salón de clases: un espacio público en cargado de mostrar a los ciudadanos los momentos cruciales de la Patria. Esa oleada de mexicanismo escultórico encontró el orgasmo —la frase es de Novo— en la instalación de las estatuas de Cuauhtémoc y los Indios Verdes.

La profecía de El Duque Job se cumplió. En tiempos de Álvaro Obregón, a Reforma se le agregó Chapultepec Heights; en el sexenio de Lázaro Cárdenas, el paseo fue la puerta que comunicó con la nueva sensibilidad arquitectónica emanada de la Revolución: las mansiones de estilo colonial californiano que inundaron Polanco.

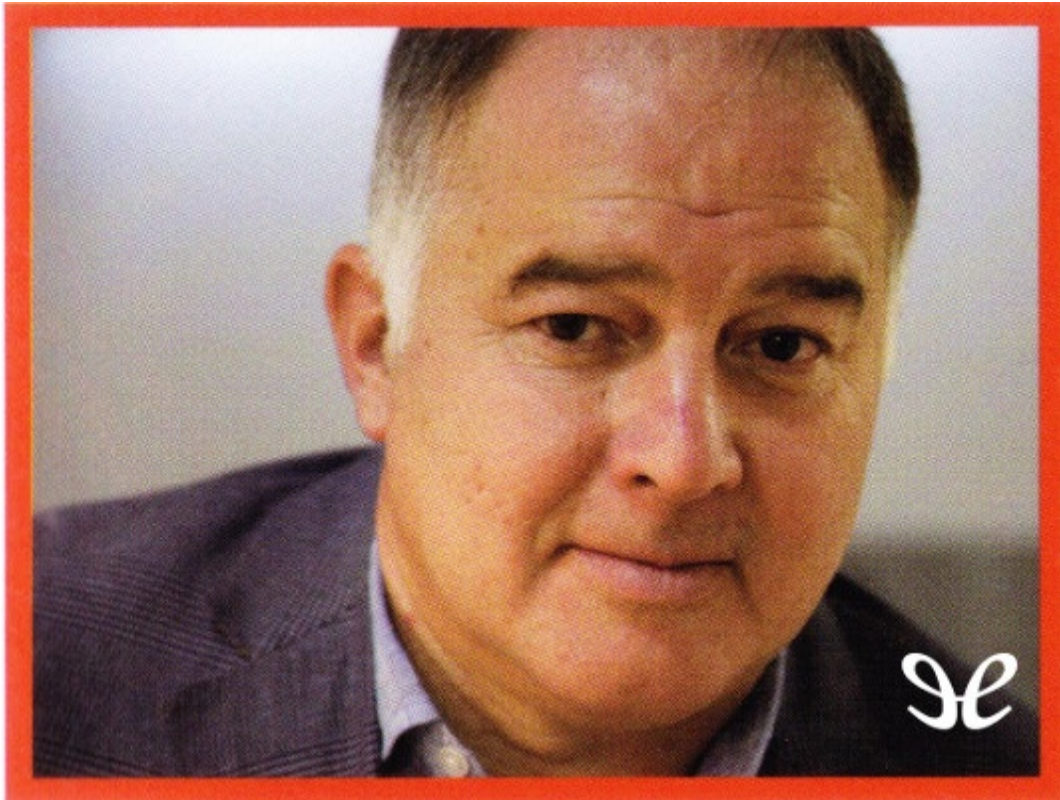
En Reforma el progreso siempre ha ido tan de prisa que sólo unos años más tarde Salvador Novo registró el momento en que las mansiones, viejas y suntuosas, del paseo, fueron abandonadas y sustituidas por todo lo que el siglo xx había traído consigo: agencias de viaje, oficinas, líneas aéreas, hoteles, boutiques, restaurantes y un puñado de salas cinematográficas inolvidables: Latino, Roble, Paseo, Chapultepec, Diana, París.

De un lado, la zona residencial de Las Lomas; de otro, la zona cosmopolita, snob, internacional, que abanderaba el sueño incumplido de la Zona Rosa, con sus hoteles, sus restaurantes, sus tiendas de curiosidades, sus sastrerías, sus cabarets rumbosos (el *Ciro's*, el *Waikikí*).

Aquel mundo terminó en 1985 con un terremoto. En Reforma se hallaba, sin embargo, el ángel guardián de la ciudad, la Victoria Alada de Alciati, y el paseo se convirtió en la sede de las celebraciones, las marchas, las protestas cotidianas. Poco a poco cerraron los cines. Poco a poco murió la Zona Rosa. Sólo tres o cuatro mansiones centenarias resistieron el otro terremoto, el del tiempo, y el tsunami de la especulación inmobiliaria.

Paseo por Reforma y sé que Payno estaba en lo cierto. Salvo por las bancas de piedra —que hace un siglo fueron arrancadas, por cierto, de la Alameda—; a excepción de las glorietas y los monumentos; a excepción de la Lotería, del periódico *Excelsior*, del antiguo hotel Reforma, no puedo encontrar los sitios del pasado, los ecos de otro tiempo, los espacios en los que transcurrieron mi infancia y mi juventud.

La antigua colonia de los ricos, los extranjeros, los potentados, se ha convertido en la avenida en que otros ricos, otros extranjeros, otros potentados, se expresan, no a través de la construcción de mansiones señoriales, sino por medio de repentinas torres imponentes: palacios de cristal que apabullan con su verticalidad exultante: paisajes del siglo xxi ante los ojos, azorados, de un provinciano del siglo xx.



HÉCTOR DE MAULEÓN nació en la Ciudad de México en 1963. Es autor de los libros de cuentos *La perfecta espiral* y *Como nada en el mundo*, de la novela *El secreto de la Noche Triste*, y de tres libros de crónicas: *El tiempo repentino*, *Marca de sangre*, *Los años de la delincuencia organizada*, y *El derrumbe de los ídolos*. En la colección Los Imprescindibles, de Cal y Arena, antologó la obra de Ángel de Campo. Director de los suplementos culturales *Posdata* y *Confabulario*, de ilustre memoria, es en la actualidad subdirector de la revista *Nexos*, columnista del diario *El Universal* y conductor del programa de televisión *El Foco*, de Canal 40.